



Universidad Nacional Autónoma
de México

Facultad de Filosofía y Letras



Colegio de Estudios Latinoamericanos

Guerrilleras en Guatemala y El Salvador,
hacia una feminización de la lucha social.
Perspectivas y prospectivas de un sentido
revolucionario.

Tesis
Para obtener el grado de
Licenciada en Estudios Latinoamericanos

Presenta
Magali Sánchez García

Asesora: Dra. Silvia Soriano Hernández

México, enero 2015



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Índice

Introducción

Capítulo I

Y en el pasado las guerrillas fueron latinoamericanas

Situación latinoamericana. Guerrilla, marxismo, imperialismo y guerra fría.....	24
La guerrilla desde América Latina. Formas de la revolución.....	33
Centroamérica dice ¡Basta!.....	41
El gigante centroamericano, Guatemala.....	49
“El pulgarcito” arde.....	60
Dos discusiones finales para el reconstruir: guerrilla y feminismo.....	70
Identidades revolucionarias. Guerra de guerrillas, <i>foquismo</i> , frentes.....	71
Uso y desuso del concepto de guerrilla.....	78
Posibilidades feministas para la revolución.....	82

Capítulo II

En el principio las mujeres pudieron/decidieron
/quisieron ser guerrilleras

De qué mujeres podremos hablar.....	102
-------------------------------------	-----

Mujeres viviendo la guerrilla.....	113
El mundo de la militancia, lo político y la estrategia.....	115
Vida, motivaciones y militancia previa.....	116
Sus espacios de trabajo. La vida plena en la guerrilla.....	123
Formas cotidianas de opresión.....	152
Familia parental.....	153
Maternidades.....	162
Relaciones erótico-afectivas.....	188
Pequeñas resistencias. Espacios de solidaridad genérica ¿feminismo?.....	203

Capítulo III

Cerrando el círculo. ¿vestigios de una feminización?

Indicios feministas y cuestiones de género.....	226
---	-----

A modo de conclusión.

El recrear de una perspectiva revolucionaria

Anexo 1. Mapas de ocupación guerrillera

Bibliografía

INTRODUCCIÓN

El pasado es un tiempo complejo, tenemos la sensación de conocerlo, sistematizamos explicaciones alrededor de él, lo objetivamos e intentamos reedificarlo desde múltiples posturas éticas. Concebimos comúnmente a la historia como el producto de esos intentos pero es también materia viva, en movimiento, reconstruida y removida de los escombros por las nuevas narraciones. Es nuestra construcción del tiempo y por lo tanto ni sus discursos ni sus formas son estáticas. Tampoco es sólo un proceso intelectual de acumulación para la comprensión; la importancia de narraciones desde espacios marginales, como el de las mujeres guerrilleras en el que aquí profundizaré, sobrepasa generaciones cuando al crearlas se conceden sobresaltos de conciencia para hilarnos en un constructo de humanidad.

No obstante las cosas nunca han sido tan simples. Dentro de las amplias posibilidades de cómo construir la historia, se fue optando por sostener aquella que terminaría llevando a la omisión de gran parte de la población que nos ha conformado. Ante eso surgirían los primeros reclamos exigiendo existir, como si el simple hecho de aparecer en un escrito les convirtiera en alguien. Luego de a poco ese empuje fue

conformando la llamada “historia de las mujeres”¹ que se confrontó con “La Historia”, que hasta ese momento se había pretendido justa y total bajo el supuesto de que al final había poco que historiar sobre ellas. Serían esas primeras batallas las que desembocarían en la gran aspiración de la neutralidad, desde donde se asumiría que “la mujer” estaba ya incluida, aún si nunca se le mencionaba explícitamente, porque en el discurso ya todos éramos humanos y por lo tanto iguales.

Esas discusiones dentro de la arenga histórica precedieron lo que posteriormente lograría articular el poscolonialismo, y que desde Simone de Beauvoir se argumentó en torno a la construcción de *la otredad*. Se comprendía que la historia no era neutral, o su neutralidad era masculina –además de heteronormativa y étnicamente autoritaria–; y serían las mujeres, como colectivo determinado fenotípicamente², quienes alzarían la voz denunciando su omisión. Lo hicieron así aquellas que tenían acceso a la vida intelectual, pero pasaría aún más tiempo para que una *otredad* menos empoderada comprendiera también su importancia, sacando a flote nuevas contradicciones que han evidenciado lo sesgado del conocimiento histórico que provenía de una minoría elitista. Reconocer la agitación de estas tensiones nos da la oportunidad de explorar y recrear las historias a partir de renovados paradigmas, aunque impli-

1 En inglés se hace el juego de palabras His-story (historias de él) y su contraposición, Her-story (historia de ella)

2 Al retomar esta categoría de las ciencias biológicas se pretende reconocer que nuestra sociedad tiende constantemente a tipificar/biologizar, conforme a las características más exteriores de los cuerpos sin importar si son constatables. Sabemos que lo fenotípico se refiere a cualquier expresión genética (genotípico) pero aquí retomamos sobre todo las expresiones sexuales que no se conocen pero se alude que existen al mirar un sujeto social. No hay certeza de qué hay debajo de la ropa, pero se asume que al cumplir con los estándares externos serás catalogado como corresponde y de esta forma convivir contigo, a través de tu cuerpo, como las normas culturales lo dictan.

Introducción

que también tomar en cuenta que en algún punto, o tal vez si seguimos los estándares actuales, la “historia de las mujeres” podría llevar a un arraigo de la segregación que históricamente se ha combatido. Una trampa que habríamos de evitar.

La pretensión de la neutralidad es un vicio que se sigue imprimiendo en la construcción de la historia, dado lo cual pensar en términos de *género* ha terminado por entenderse como casi exclusivo del mundo mental de las mujeres; asumiéndose, equivocadamente que omitiendo la categoría de nuestro mundo intelectual, político, cotidiano, dejamos de actuar y funcionar bajo sus normas. ¿Las respuestas están en seguir el camino de escribir sobre mujeres como si fueran únicas representantes del universo absolutamente *subjetivizado*, como si ese lugar de ideas feministas existiera *per se* en todas nosotras? No del todo, las mujeres no somos una unidad absoluta, y la identidad que proporciona el género requiere para su mejor comprensión de empatare con las otras formas a través de las cuales nos construimos en el mundo.

Entonces ¿Por qué mi tema? ¿Por qué elegir a las mujeres como sujeto de estudio? La primera razón es que aunque no las entiendo como una unidad homogénea me gustaría que al estudiar a estas mujeres precisas se tiendan puentes para comprenderlas como parte de una memoria de la resistencia. Partir de su exclusión, de su constancia como subalternas, hace que acceder a su reflexión sea comprender la representación desde los márgenes de la identidad amplia del ser mujer, atravesada por la uniformidad que ha extendido el sistema patriarcal. Lo segundo es la persistencia de un reclamo; aquí no se admite que haya neutralidad, por lo que se entiende que estas mujeres guerrilleras a las que se acuden aparecen inmersas en una narrativa histórica que ayudaron a construir sin poder influir con fuerza en el discurso historiográfico de su participación.

Introducción

La intención es hacer un análisis de la participación de guerrilleras en dos naciones centroamericanas: Guatemala y El Salvador, trayéndolas al frente para contrarrestar la primacía del caso Sandinista en Nicaragua. Desde ahí, guiada por reflexiones testimoniales, caracterizaré la relación sexo-genérica centrada en el cuerpo de mujer, para comprender las posibilidades de que las formas de poder que se establecen a través de esa relación fueran cuestionadas acompañando los actos revolucionarios que apuntaban al cambio sistémico de la estructura económico-capitalista. Soy consciente de las muchas otredades desde las cuales el proceso guerrillero podría ser estudiado: la indígena, la influencia clerical, o aquellas figuras de refugiados o quienes se conciben como “víctimas de la guerra”; aquí elegí pensar en clave de mujer pero no por eso se niega la influencia de esas otras visiones (la indígena es determinante en Guatemala, mientras en El Salvador se ha hecho pasar desapercibida), aunque no sean centrales en este estudio.

Al inmersarse en esta faceta de la historia se tienen que tomar en cuenta ciertas tendencias que se cruzan en el camino; como lo es que si bien ellas son quienes predominan en este estudio, no por eso se asume como sinónimos *género-mujer*, ni se acepta repetir el error de creer que son las únicas con problemáticas de este tipo. Aquí se entiende al *género* como la manifestación de la construcción de prácticas sociales a partir de la biología-sexo. Categoría crucial puesto que su uso ha sido respuesta desafiante ante las visiones que confundían –confunden– lo construido con un producto de esencialidad naturalizada en el sexo. Pero como advertimos no está aislada, no debería de estudiarse de esa forma, pues está inmersa e intrincada con el resto de las estructuras sociales actuales e históricas, no de forma azarosa sino como parte de una serie de estamentos que han sido normalizados para la convivencia. Con

Introducción

esto me refiero a que cohabitamos, a la vez que reproducimos, con un conjunto de sistemas de dominación que configuran nuestras formas sociales. Por lo mismo es necesario admitir que la relación entre estos no es jerárquica, sino relacional en distintos niveles y dimensiones.

El sistema sexo-género, como lo llamó Gayle Rubin (1986), es una forma de enunciar aquello que alude a la reproducción pero no sólo a la sexual sino también a la social, y esta directamente relacionada con cómo influyen las formas corporales. Su tipicidad será la patriarcal, entendida aquí como un conjunto de prácticas sociales que tienden a la dominación colocando en el centro valores *masculinizados* (valentía, coherencia, inteligencia, práctica política, racionalidad, etc.) dotados esencial y naturalmente en la figura del hombre. Si bien esto es verdad y el patriarcado ha dejado mayores privilegios al colectivo de *hombres*, actualmente es posible admitir que este sistema de dominación también lo es para ellos. Al comprenderlo así, nos posiciona en el mundo haciéndonos asumir nuestra responsabilidad política como sujetos género-normativizados, reconociendo la amplitud del impacto de esta dominación llamando a reflexiones como las que aquí haremos pero desde otros fuerzas e identidades corpóreas (por ejemplo la del hombre).

Este estudio centra a mujeres guerrilleras provenientes de sociedades tradicional (regidas por normas culturales que las colocaban como típicamente inferiores) como lo serían la mayor parte de las centroamericanas, erigiéndose como figura revolucionaria dentro de un proyecto revolucionario. Sin embargo corroborando la perspectiva vertida anteriormente no se pretende eludir el hecho de que su práctica sexo-genérica estuvo a su vez acompañada por otros sistemas de dominación; por lo que constantemente se trastocara la influencia, que relocala socialmente como prác-

tica económica, del capitalismo asumido en Latinoamérica con su cualidad de dependiente. Advirtiendo que las formas en que el área se relaciona con el mundo corresponden a un sistema-mundo, descrito por Wallerstein (2005), en donde lo que llaman subdesarrollo no es sino la forma que el capitalismo toma en los espacios subalternos para hacer funcionar su engranaje. Ese sería el caso de los países desde los cuales partiremos. Siendo de los más pobres de la región, sobrevivientes de la agroexportación, del monocultivo y las economías de enclave que describe Vania Bambirra (1992).

Puesto que las mujeres de las que hablare estuvieron inscritas en un proceso socio-histórico muy preciso es pertinente que la investigación comience situándolas en su contexto. El primer capítulo abordará una guerra revolucionaria en espacio centroamericano establecido geopolíticamente como área de influencia norteamericana. Enmarcado en una reconfiguración de las formas de la revolución, que de primera mano había proveído el marxismo, para ser influidas por el proceso de la Revolución cubana de 1959 bajo el cual germinaría el auge de las guerrillas con apellido de latinoamericanas. Se partirá entonces de la generalidad del desarrollo de los procesos socio-políticos de la región, que implica necesariamente enlazarlos con las políticas norteamericanas y los discursos que internacionalmente encontraron eco aquí. Ahondando en la especificidad de la realidad guatemalteca, a partir de 1961, y salvadoreña comenzando en 1968; ambas fechas coincidiendo con los brotes guerrilleros, que en esta lectura del tema se van difuminando conforme avanzan las iniciativas de paz (en Guatemala la primera propuesta de la URNG sería en 1986, en El Salvador en 1987).

En esta primera parte será central la concepción de *guerrilla* como categoría de explicación, proceso de organización, identificación y apropiación, que se consolidó

Introducción

aquí en América Latina como identidad revolucionaria (siendo el principio de la enunciación de guerrillero/ra). Haciéndola particular con respecto a la gran gama de experiencias guerrilleras, el intento de que se establezca también como tradición de resistencia antisistémica, y no sólo como un acto militar (pequeños grupos guerreros); noción extensible a otras formaciones del orbe subalterno.

Partiendo de esto, aunque generalmente se habla de *guerrilla* para referirse a procesos de tipo militar –con todo sentido puesto que ha sido primordial– aquí se apuesta por ampliar esos límites, reconociendo con ello a la multiplicidad de sujetos sociales que al colocar su voluntad en el proceso ayudarían a conformarla como acto revolucionario (idea que guiará continuamente las premisas de este texto y será vital a la hora de caracterizar a quiénes de aquellas que han escrito o hablado retomaremos). Para hacerlo resulta inevitable reconsiderar y complejizar la categorización de *violencia*. Su reivindicación en el acto revolucionario alude a una forma crítica, de reapropiación de la práctica –sin por eso considerarla la vía única de activación de la inconformidad social. Quedando claro que los grupos guerrilleros asumirían posturas *violentistas*, concepto este que si bien hace referencia a una apología acrítica de la violencia, razón por la cual es utilizada generalmente para desprestigiar a los movimientos sociales, puede ser también comprendido como una cualidad de interpretación del actuar social asumiéndola como fenómeno de apropiación popular. Ésta violencia es una afrenta ejecutada desde lugares no oficiales, lo que ha sido siempre causa de desprestigio pues en muy pocos momentos históricos ha sido legítimo reconocer sus otras posibilidades, incluso si ésta proviene de una organización social con principios de justicia revolucionaria. Pensar procesos sociales como los guerrilleros desde otra mira, implica cuestionar estos principios normalizados.

Introducción

Dibujar el marco de acción de las guerrilleras pasa asimismo por tener perspectiva de la postura ético-política que para el momento configuraba al feminismo como el bastión de la crítica a las relaciones sexo-genéricas y, específicamente, de la situación de la mujer. Por lo que también al final de esta primera parte se presentará al feminismo latinoamericano inserto en una lógica internacional y su devenir como movimiento político e intelectual, para comprender sus capacidades de impacto –si las hubo– en las posturas de otros movimientos revolucionarios.

Las complejidades que presenta el feminismo hacen de él un espacio en el que convergen visiones contradictorias; para nuestro caso se recupera un entendimiento de éste a partir de su comprensión como proyecto incluyente que desde la crítica al sistema sexo-género en clave patriarcal, se opone a cualquier forma de opresión-explotación. Se recuperará no sólo como una postura ideológica sino también epistemológica, centrando las formas en que se han construido las relaciones alrededor de la naturalización de las prácticas sociales (la confusión entre sexo y género). Sin que por eso se pretenda repetir el error de considerarla la única perspectiva ordenadora, aunque se considera imprescindible para un análisis crítico de los procesos sociales.

Es el marco general en el que podemos presentar a estas mujeres, y que dará pié a evidenciar la realidad compleja de los procesos subjetivos atravesados por los grandes procesos estructurales pero reconfigurados por las posturas personales que hacen difícil crear impresiones exactas.

El capítulo dos se concentra en la producción testimonial que desde esas naciones emerge para dar explicación, para aportar, para no hacer juego del silencio, para superar el miedo. Una larga estela de discusiones precede a este formato de historia que se pone de frente a las posturas positivistas para poner en duda “la verdad”. Aquí

Introducción

la historia no es ya objeto porque se palpan las personas, se hace personal y sin duda política. Es la memoria, confusa, difusa, maniquea, pretenciosa, lo es así desde fuera aún si para quienes escriben es un discurso coherente y objetivo; que impacta para mostrar otros sujetos sociales, que son *otros –otras* más bien– en tanto que no figuran en la historia oficial. Pero al trabajarse con memoria ya formada, trastocada por las manos del editor, o de su propia productora, mis dudas rebasarán los límites del contenido de sus textos sin por eso coartar las posibilidades del análisis crítico.

El desarrollo de este segundo capítulo implicó la búsqueda de esas fuentes ya reunidas, libros escritos en primera persona y otros elaborados a partir de la palabra compilada de varios grupos de mujeres. Múltiples obstáculos existen para quienes decidan explorar estos espacios. Al enfrentarse a textos que parten de una preselección de contenido es necesario empatar la propia perspectiva –esa con la que se ha decidido acercarse al tema– con las intenciones y respuestas de quienes han producido esos textos; pasando por el necesario descarte de lo que para la investigación está de más. Resulta más sencillo con quienes presentan sus vidas en primera persona y en un solo libro, pues las compilaciones de testimonios implican un tratamiento más minucioso al no ser uniformes los formatos de organización de la información; haciendo que no siempre se presente a quién escribe, o se den los mismos datos de todas las personas, ni tampoco se explique consistentemente cómo será la distribución. Todo esto deja con versiones distintas a la hora de seleccionar los fragmentos de utilidad; además de información desigual puesto que obviamente de quienes escriben solas se tienen muchos más detalles y posibilidades de rellenar los huecos de su vida para ubicarlas socio-políticamente. Traté de resolverlos incluyendo al principio de ese segundo capítulo un recorrido historiográfico que de muestra de los textos consulta-

dos, especificando en cada uno de ellos las complicaciones o ventajas que se encontraron.

Entenderlas desde este proceso de creación que es el trabajo con su memoria, provocó una integración con su versión de ese fragmento de vida; y ante la sistematización necesaria de su información se empiezan a recordar sus detalles de forma más fluida. Lo que resulta útil porque han dicho demasiado. Es así que el proceso de lectura implica un equilibrio entre criticidad y contextualización; no se puede esperar que se lleguen a las mismas conclusiones, aunque para nosotras resulten lógicas. Tampoco se pueden obviar contradicciones, por muy inmersas en el contexto que estén. Aunque con todo y sus diferencias emergerán pronto “coincidencias” guiadas por esos procesos identitarios que culturalmente nos conforman.

La perspectiva que yo le quise dar a sus voces se me fue dando, en parte, conforme notaba cuáles eran los tópicos repetidos y cómo estos me iban permitiendo articular la crítica para discutir las relaciones sexo-genéricas. Fue en base a esto que conformé los apartados del capítulo, que tratan de recorrer múltiples fases, complejizando su reflexión pero a su vez marcando las tendencias que permitirían dar respuestas a mis cuestionamientos. No todos los temas pudieron ser profundizados como hubiera preferido (las madres de las guerrilleras, su desmovilización, etc.) y otros debieron quedar fuera porque desbordaban las posibilidades de la investigación o porque no era suficiente lo dicho para establecerlo como eje (las refugiadas, las madres cocineras en las bases de resistencia, los hijos –o niños viviendo en la guerrilla). Es claro que respecto al tema aún hay muchos vacíos inexplorados, reconociéndolos en este espacio de investigación pretendiendo que sean considerados en otras futuras creaciones intelectuales.

Introducción

Una idea crucial debe acompañar la lectura de este texto, la muestra de mujeres que podremos conocer no podría representar la totalidad de las guerrilleras en Guatemala y El Salvador, eso lo aclaramos desde aquí, se hacen particulares desde que tienen la posibilidad de escribir y publicar sus memorias (sobre todo quienes lo hicieron en modo de autobiografía). Pero esta particularidad, que además se trata de recalcar constantemente al evidenciar lo contradictoria de su relatoría, no evita que sea posible articularlas como un cuerpo explicativo de ese momento histórico preciso —esas guerrillas centroamericanas— tipificado por ser contado desde un sujeto social corporizado como *mujer*. Así aquí la figura de mujer es entendida como un constructo social al que se le ha dotado de ciertos valores culturales correspondientes con su *fenotipización*. Reflejada en la forma en que narrativamente se les encontrará, como sujetos pasivos, débiles, apolíticos, recluidas en las labores del hogar (de donde venía, dicho sea de paso, su inactividad política innata), no aptas para la guerra e imposibilitadas para comprender las complicaciones de un sistema político. Si este era el imaginario sobre la mujer podemos ir deduciendo el golpe que significaría verlas vestidas a lo militar respaldando el discurso revolucionario que gestaban las guerrillas. No obstante como advertimos en el entendimiento que aquí haremos de *guerrilla*, no se recuperará únicamente a aquellas mujeres que se apropiaron de lo militar, o a quienes vivieron en la montaña, pues entendemos que las guerrilleras no necesariamente tomaron un arma pero sin duda asumieron con voluntad el compromiso ético-político de la revolución. Esta diferencia la pude establecer después de revisar testimonios que aún incluidos en recopilaciones sobre guerrilleras, hacían un recuento resignado de su práctica; contrastando con aquellas que aún admitiendo que la guerra se les impuso la asumían como forma de empoderarse y sobrevivir, vislumbrando en el pro-

Introducción

yecto que presentaban las guerrillas una posibilidad de mejora en sus vidas. En tanto esto es verdad, también lo es que a lo largo del texto notaremos que su cuerpo de mujer, si bien no las determinó absolutamente, haría que se forjaran a partir de él una identidad que les haría verse reflejadas en otras de sus compañeras, y en las problemáticas que vivieron.

El segundo y tercer capítulo tienen un vínculo especial, si el segundo se enfoca en el tratamiento de los testimonios lanzando premisas sobre temas a reflexionar, críticas y tendencias, en el tercero se alude a sus formas más teóricas para comprender lo que las mujeres guerrilleras han dicho respecto a su vida. Tratando de anclar su proceso subjetivo con una sistematización estructural que al trascender su figura individual haga evidente su correspondencia con discusiones más abstractas, que las sobrepasan, porque tal vez no fueran conscientes de ellas, pero que a su vez las atraviesan. En él se amplía la discusión, puntualizando los formatos a través de los cuales ellas terminaron por reproducir el sistema patriarcal. Terminando por enlazar a estas mujeres con la larga historia de la participación “femenina” en los movimientos revolucionarios; buscando establecer los límites de su lucha como frente antripatriarcal, para desbordarlos sin olvidar reconocer sus “pequeñas resistencias”.

Es importante recalcar que aquí no se entiende a las mujeres como víctimas absolutas de la opresión sexo-género sino que se atañe también a su figura reproductora evidenciada en sus vivencias guerrilleras. Siguiendo esta idea al hacer uso de la categoría de *feminización*, que en su forma común tiende a referir al proceso social que asintóticamente ha concentrado la intromisión de las mujeres (se habla de la

feminización de la pobreza³, o en el caso de ciertas formas de violencia se le llama feminicidio, aunque también se podría hablar de la feminización de las ciencias sociales), su alusión aquí apunta a un sentido cualitativo para referir a qué tanto su inclusión pudo influir en la reflexión colectiva del sistema sexo-género, y cómo (si fue posible) se pudo manifestar. Se entiende que retomarla puede ser conflictivo puesto que bajo esta perspectiva generalizada se centra tanto un sentido de mujer en su forma más fenotípica –aduciendo que las mujeres son una totalidad compuesta por un cuerpo biológico que es el que las define, significando que cuando sujetos con cuerpo de mujer apabullen un espacio social de forma atípica se hable de una feminización–, como los resultados cuantitativos para definir el fenómeno. Por lo que hay que tener cuidado con no permitir que la valorización de una *feminización* termine por arraigar una *biologización* de las prácticas sociales asociadas a los cuerpos. Por ejemplo, en algunos procesos de feminización se podría, sin querer, eludir –o no negar– que la indefensión no es natural de las mujeres sino un precepto cultural que se ha incrustado en ellas colocándolas en una posición subordinada, sin que esto pueda significar que todos los cuerpos de mujeres lo asuman o vivan igual. Al no evitar éste tipo de perspectivas seguiremos buscando una feminización a través de rastrear y crear referencias que esencialmente han sido dotadas a la mujer en un sentido acrítico y absoluto.

Al adentrarnos a sus historias para comprender su influencia en el espacio guerrillero revolucionario, nos enfrentaremos también a visiones estereotipadas de

3 Si bien como he dicho la feminización alude a los cuerpos de mujer, la denominación de “feminización de la pobreza” empieza a extenderse para denominar a hombres que a razón de su “proletarización” se les “feminiza” socialmente para señalar su condición.

Introducción

lo que se considera hombre-mujer; resulta así porque quienes se narran no necesariamente partirán de cuestionar esos preceptos, lo que las ha llevado a pensarse, aún involuntariamente, conforme a lo que los sistemas de dominación han construido para la idea de mujer (tanto como la de hombre). Imprimiendo constantemente la tensión entre lo revolucionario y lo conservador; algunas veces reconocido dentro de sus memorias y otras tantas en mi comprensión/interpretación de su pasado. Sin embargo es a través de estas tensiones que se nos permite traer al frente nuevas discusiones, nuevas posibilidades de analizar estos temas.

Acudir a ese pasado no se hará en calidad de expectación, como quien pretende encontrar en él todas las respuestas en perfecto orden. Me sé saliente de un contexto tanto como sé que también ellas lo son. Pensando así sería imposible partir de aquí como una inquisidora en búsqueda de sus máximos horrores para evidenciarlas como incapaces; tampoco podría hacerlo como una mujer acrítica incapaz de reconocer los traspiés. Su estudio, por ser además tan tendencialmente recuperado a través de estas dos visiones (inquisición o acriticidad), se hará centrado constantemente en la necesidad de un equilibrio (no objetividad positivista) que permita responder críticamente a su actuar, sin que por esto se las aísle de las posibilidades de su contexto mental e histórico. No se va al pasado esperando encontrar las herramientas de nuestro presente, pero sí para generar a partir de él renovadas visiones que empiecen a diluir los marcados dogmas que en esa época tan celosamente se guardaron para ser legado.

Capítulo 1
Y EN EL PASADO LAS GUERRILLAS
FUERON LATINOAMERICANAS

Más que un principio jurídico, el derecho a la revolución es un principio político, ético, moral... Un sistema jurídico no puede contemplar su autodestrucción.

Januario Ramírez

Para un revolucionario el fracaso es un trampolín. Teóricamente más rico que el triunfo: acumula una experiencia y un saber

Regis Debray

El poder es invisible, hasta que lo provocas

Camille de Toledo

Hablar del fenómeno guerrillero en América Latina implica hablar del uso de la violencia y su relación dialéctica con aquellos fenómenos políticos que desencadena y la desencadenan. Esta relación violencia-guerrilla imbricada como proceso militar, –aunque a lo largo de este texto exploraremos nuevas acepciones– históricamente ha sido dotada, desde la perspectiva hegemónica y normalizada, de una carga moral por su asociación principal con su capacidad destructiva. Siendo así es menester un cuestionamiento con miras a una reconstrucción, que al complejizar nos permita recuperar justamente su potencial de erigir, cuando se ha apostado por ella como herramienta para aspirar a una convivencia más justa; ayudando a dilucidar por qué resulta una opción cuando aceptar su uso implica convertirse en enemigo frente una potencia superior, haciendo tangible y cercana la muerte acompañada de una sobre-traumatización a razón de los métodos que se utilizarían para hacer dimitir a quienes se atrevieran a retar al poder.

Es una realidad que el mundo entero está embargado por experiencias violentistas ejecutadas en sus diversas posibilidades (estructural, discursiva, militar, política, etc.), haciéndose particulares en su accionar tanto por la influencia de los contextos socio-ambientales como por las capacidades tecnológicas, entre otros factores. Pero aún sin recurrir necesariamente a las armas (que es a través de la cual popular-

mente se reconoce), es constante la imposibilidad de eludir su estigma⁴ y lo que pareciera su imperiosa composición entintada de tendencias al autoritarismo, la jerarquización, y/o la dominación; características que han conformado su funcionalidad esencialista como proceso intransformable en un entendimiento, a mí gusto, mucho más peligroso cuando es asumido por grupos revolucionarios como los que a continuación exploraremos.

Acudiremos a uno de aquellos momentos en los que desde los llamados “países del tercer mundo”, diversos sujetos sociales desde distintas situaciones nacionales dieron cabida al cuestionamiento del sistema de dominio y colonialidad que los llevaría a una renovada gestación del sentido de la rebelión, impulsando/asumiendo los discursos que les permitirían contrarrestar ese momento preciso de explotación-opresión. El enemigo era variado, a veces se trataba del imperialismo, o del capitalismo, o una forma más local de dominio en donde entraba en juego alguna dictadura. Nuestra área latinoamericana, tal vez por su naturaleza subalterna, no podría haber sido una excepción. Sus guerras y batallas interpolíticas han sido continuas: la lucha por el poder; la tradición de la contraposición liberal-conservador, que en países como Colombia legó el sentido de la violencia por largas décadas; el establecimiento de los Estados-nación; el impacto con los pueblos amerindios. El trauma aparece constantemente.

4 Este estigma ha cambiado históricamente, influido por el proyecto de socialización dominante. Generalmente hay formas de violencia que son admitidas con mayor facilidad, otras que se estigmatizan, y aquellas cuyo impacto se invisibiliza y naturaliza porque han funcionado para los diversos sistemas de dominación que históricamente han existido.

Me centraré en la segunda mitad del siglo XX, con la gestación de una reconfiguración socio-política que permearía en las formas y las razones del enfrentamiento a través de la violencia; donde la guerrilla, como forma de organización popular, cobra una importancia sin precedentes a lo largo de toda la región latinoamericana, concentrando las últimas aportaciones en las experiencias centroamericanas. Guardando las proporciones de las particularidades de cada intento guerrillero, las siguientes líneas, además de enmarcar la realidad concreta e ideológica de las mujeres que participaron en ella –por lo cual en la parte final se hace referencia al feminismo latinoamericano–, apuntan a retomar desde las guerrillas latinoamericanas, no una concepción de unidad absoluta, sino la materialidad de una tradición que fue colocando justo a la guerrilla como *identidad revolucionaria* y ya no sólo como táctica militar. De ahí la pertinencia de su uso acompañada del necesario cuestionamiento de sus alcances.

Sin duda tiempos en que la represión desde un gobierno ya centralizado bajo el fantasma del imperialismo norteamericano, había allanado el mundo de lo local para convertirse en el núcleo de los reclamos, asentando su práctica represiva como continua al menos por casi tres décadas. Se desatarían oleadas de violencia que llevarían a las más cruentas matanzas, desapariciones y torturas; mientras en paralelo se generaba la sensación ambigua de una utopía que se quería aunque el estruendo imposibilitara vislumbrarla claramente.

Y en el pasado las guerrillas fueran latinoamericanas

SITUACIÓN LATINOAMERICANA. GUERRILLA, MARXISMO, IMPERIALISMO Y GUERRA FRÍA

Cabría comenzar afirmando que ha sido una tendencia la pobreza, la desigualdad, la dependencia, y la relación en desventaja con alguna fuente de imperialismo. Tanto como es pertinente reconocer que la tradición de resistencias a los diversos sistemas de dominación que aquí han resultado no comenzó en 1959, y que si algo seguro provocó la Revolución cubana fue visibilizar regional e internacionalmente las tensiones que venía arrastrando América Latina; es decir probablemente aportó a las tensiones posteriores pero no las desencadenó.

Si bien esto es cierto, también es una realidad que la narración histórica ha abonado en la impresión de que a partir de aquel mítico año explotaría en Latinoamérica una sensación de revolución que impactaba con una efectividad inevitable ¿Había cambiado algo? y ¿Aquello que cambió fue tan determinante como para remover las aguas con tanta fuerza?. Hay quienes como Samuel Huntington (2001) responden desde la tensión que provocó el proyecto de modernización al trastocarse con las diversas esferas de la vida social. Él argumenta que la apertura del sistema político sobrepasó las capacidades reales de absorber esa creciente demanda de participación; apuntando a cómo una mejora en las condiciones de vida podía promover la rebelión incluso más que la pobreza. Lógica entendible asentada en la idea de que ante una posibilidad de acceder a cubrir las necesidades más básicas se potenciaría la sensación de pensar que habría algo más por resolver, lo que va acorde con la importancia de no reproducir la respuesta de pobreza=revolución –absoluto que resulta poco

productivo. Queda claro desde hace tiempo que la pobreza, la dependencia, o el ser subalterno nos es garante absoluto de un sentir revolucionario. Ni la modernidad se construye sólo desde arriba, como por momentos pareciera que admite Bataillon (2008), ni la revolución se construye sólo desde abajo.

Posturas como las de Huntington han representado un contraste respecto a las respuestas comunes al analizar el fenómeno revolucionario; sin embargo históricamente no se podría afirmar que hubo una verdadera apertura política, pero tampoco se puede negar que el proyecto de la modernización ha implicado una serie de estamentos simbólicos que pudieron haber generado una sensación de estabilidad en donde no la había. Tratar de comprender el ensamble de un proceso social como lo es el acto revolucionario seguirá generando reflexiones que ya no se bastan con explicarse a través de la evidente precarización de lo social, por lo que reconocer figuras abstractas que impactan materialmente en la construcción del imaginario social, como la modernización, el progreso, la industrialización, resulta crucial para saber-nos parte de una serie de estructuras ordenadoras que intervienen e intervenimos. La misma importancia tiene hacer manifiesto que el sentir y las prácticas socio-político-económico-culturales son transhistóricas, y que si bien no podemos trazar una línea directa entre las luchas y revueltas anteriores tampoco sería provechoso negar que la narración de esos hechos geste, así como reproduce en ciertos momentos y espacios, una tradición revolucionaria. La historicidad de los procesos, cada una de las representaciones, levantamientos, descontentos, manifestaciones, aunarían en la posibilidad de ser interpretados como el continuo de una crisis, y del poder social para cambiarlo.

Y en el pasado las guerrillas fueran latinoamericanas

América Latina inaugura entonces la segunda mitad de su siglo XX con la Revolución de Cuba en 1959, y su posterior declaración como nación socialista (1961). Década inaugural que presenciara el auge del Estado-nación desarrollista producto de la experiencia sistematizada de la Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI) que se venía impulsando desde los años 30-40 como promesa resolutoria de la decadencia que trajo la crisis de 1929. De sus principales características sería la concentración de las posibilidades de desarrollo económico a través del *ente* Estatal, así como una lectura del crecimiento en clave industrial de progreso lineal. La decadencia de este modelo se daría casi en paralelo con la sensación de urgencia por la revolución.

Como ya se ha dicho la creciente centralización en una figura política hasta entonces “irrelevante”, llevaría a que los sectores sociales que comenzaban a cuestionar el *status quo* plantearan que la idea de cambio pasaba por señalar un único agente de obstrucción: el Estado. Empero no sería tal cual la estructura estatal la que estaría en juego, lo que perdía legitimidad, los que tenían que ser sustituidos, eran los sujetos que ejercían el poder, esos que podían verse tanto en las cámaras de gobierno, como al frente de empresas y bancos. Era un Estado que en toda Latinoamérica había sido atravesado por un empoderamiento militar que en algunos casos, como el centroamericano, significaba una fusión total entre el poder político y el poder de las fuerzas armadas. El discurso nacional –a través del gobierno– buscaría concentrarse en el fortalecimiento de los ejércitos para dotarlos de la legitimidad de la violencia; asegurándose así de que quedara claro que ésta surgía de una nación –abstracta– que le re-

clamaba su protección incluso en contra de esa sociedad que al final le dotaba de su posibilidad identitaria. Es decir, la nación se salvaba/preservaba incluso si sus ciudadanos no lo querían.

Por su parte, en una narración internacional, la inconformidad expresada como movimiento armado desde la izquierda latinoamericana suele ser contada como de surgimiento espontáneo con la intromisión explícita de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), pero, como ya se había mencionado, en realidad la resistencia como producto del descontento ha venido apareciendo continuamente en las problemáticas del área. Se puede mencionar, para el momento anterior a esta renovada expresión revolucionaria, al movimiento encabezado en Nicaragua por Augusto Cesar Sandino y sus tempranas demandas antimperialistas; la revuelta de 1932 en El Salvador, que acarrearía la muerte de Farabundo Martí, apoyada por un atípico Partido Comunista (PC) desbordado por el descontento popular que actuó sin la aprobación del Comité Central (*Komitern*); o la organización de autodefensas campesinas en Colombia, coordinadas con el PC a finales de 1940, que precederán a la experiencia cubana. Hago referencia a estos no porque sean los únicos, pero sí porque pueden representar el legado de ciertos ideales de lo que posteriormente se llamaría la *izquierda radical./revolucionaria*.

Con su mención se alude inherentemente a otra raíz: la intervención norteamericana, que podría decirse le dio continuidad a sus métodos imperialistas –como lo hizo al promover la escisión Panamá-Colombia, de la que después se beneficiaría ante la construcción del Canal y su posterior monopolización–, pero ahora entintadas

con nuevas justificaciones, el comunismo. Situación que llevaría por ejemplo a apoyar/financiar la caída en Guatemala de Jacobo Arbenz en 1954 (su derrocamiento mermó el camino de la participación política abierta que derivaría paulatinamente en una ilegalidad de los grupos de izquierda, aunque su gobierno estuvo inscrito en una postura tendiente a la democracia reformista y liberal, no por eso ilegítima, que al ser insertado en las políticas internacionales terminó dotada de una carga revolucionaria sobredimensionada). Considerar, como se hizo líneas antes, que existió una vida previa a la Revolución cubana ayuda a dar muestra del desarrollo de las prácticas políticas de dominación que los Estados Unidos y los grupos de poder locales, irían estableciendo para el campo de acción latinoamericana en los años por venir.

Abonando en la propagación del imperialismo, como consecuencia del reajuste internacional posterior a la segunda gran guerra se desataría la “Guerra Fría”, emprendida con miras a la cooptación de poder entre las dos grandes potencias (EUA y la URSS). Proceso de vital importancia para comprender la lectura que se daría de cada movimiento de la época y bajo el cual los grupos armados latinoamericanos ingresarían –sin pedirlo– al medio de una contienda por la hegemonía mundial, por la legitimidad de imponer un discurso; donde las cualidades del “tercer mundo” cobrarían sentido cuando internacionalmente parecía discutirse el binomio justo/injusto, generando ahí nuevos frentes de batalla donde cada acción política, cada discurso, cada alianza, cada descontento, sería medido como parte de la contienda entre las dos fuerzas.

Así llegaría Cuba y su revolución, germinando la idea de que tenían que impactar en toda América Latina, en todo el mundo, como salvadora de las peripecias vividas a consecuencia de un *desarrollismo*, de un progreso con sueño de industrialización que nos perseguía para ubicarnos, según el capitalismo (y de alguna forma también el socialismo soviético), en ese lugar idóneo en el que transcurría la vida de las grandes potencias; Cuba tenía que llegar para poder luchar contra el imperialismo que había azotado desde siempre, pero también para mostrar lo lejos que se estaba de la “modernización ideal”, transformada en la aspiración predominante: “[...] como consecuencia de la Revolución cubana de 1959 y de la contraofensiva que Kennedy lanza con la inauguración de la APP [Alianza Para el Progreso]. Los diversos discursos político-ideológicos se articulan a partir de entonces en torno al tema de la indispensable modernización económica y social [...]” (Bataillon, 2008: 86). El destino de la modernización se encargaría en adelante de generar una identidad no sólo económica sino político-social; perdiéndose de vista que ese proyecto –en abstracto, progresivamente lineal– implicaba admitir ciertas concesiones conservadoras al sentido nacional/nacionalista, así como alinearse con una realidad capitalista-mercantil.

En términos regionales esa modernización a la que se aspiraba, en clave de desarrollo y progreso, no eludiría su relación con el espacio geográfico en el que se impulsaba, que no solo implicaba la relación con los recursos naturales explotables sino con las formas sociales forjadas a lo largo de los procesos productivos que habían evolucionado desde la Colonia; impactando en los grupos en los que se concentraría el potencial de rebelión. Por más que el marxismo planteara que los obreros-industria-

Y en el pasado las guerrillas fueran latinoamericanas

les debían ser el sujeto revolucionario en Latinoamérica –y no sólo aquí también en otras regiones con tradición de colonización– se mostró la diversidad de actores posibles, siguiendo a José Carlos Mariátegui quien lo plantearía tempranamente en su texto *7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana* de 1928. Hecho que ciertamente ayudó a desmitificar mínimamente la idealización de una sola manifestación de descontento aunque no fue ni ha sido posible deshacerse del todo del peso de la subjetividad de *clase* o de la necesidad intelectual y militante de identificar al “sujeto revolucionario”.

Los factores de diferenciación pasarían por la presencia indígena, la afluencia campesina-urbana, la migración, etc.; por lo que mientras en algunas naciones de la zona andina como Perú y Bolivia –con fuerte presencia indígena– el progreso se entendió sobre todo como el impulso a la extracción minera (del estaño y el salitre por ejemplificar), llevando al empuje de organizaciones sindicales pertenecientes al espacio industrial, que se diferenciarían por su condición indígena de las fuerzas paralelas de países como Argentina, quien junto con Brasil apuntarían a una modernización en donde se apelaba por transformar las ciudades, para generar una industrialización intensa, y un aumento en la densidad de población urbana –en obvio detrimento de lo rural–; por lo cual sus sujetos sociales de base en proceso de empoderamiento pasarían generalmente por un ambiente estudiantil, industrial con tonos obrero-sindicales. En tanto procesos como el colombiano y el mexicano impulsarían un desarrollo agrario a la par que aludían a la generación en las ciudades de nuevos agentes productivos que conformarían nuevas tensiones –la clase media. Mientras

que en Centroamérica el progreso no pudo pensarse en sintonía con una industrialización de las ciudades sino como un desarrollo de la agroexportación, ni siquiera en clave nacionalista predominando más bien la economía de enclave; concentrándose las bases de los enfrentamientos y rebeliones en el sector campesino, indígena o de oficios tradicionales (con la incorporación estudiantil oportuna para cuando el momento de la guerra se acrecentaba), que si bien iletrados, aprehendería en su vivir esa inconformidad y esa fuerza que llevaría a aceptar el uso de la violencia.

Esos sujetos en movimiento trascurrirían con la emergencia de las estrategias contrarrevolucionarias como la Alianza para el Progreso (APP) impulsada en 1961 por el Presidente de los EUA, J. F. Kennedy. Planteada como continuidad a la labor de la Comisión Económica Para América Latina (CEPAL) por el impulso del desarrollismo, pero a su vez haciendo su presentación como discurso oculto, al afianzarse con este programa la posibilidad de esa presencia político-militar que habría de arrinconar cualquier posible descontento social. Claro ejemplo de ello sería la Doctrina de Seguridad Nacional (DSN) que como parte del *Southern Command* (instancia norteamericana que se encarga de proveer seguridad a cualquier miembro de la Organización de Estados Americanos OEA) daría respaldo a la creación de la Escuela de las Américas en Panamá⁵ (1946-1984), en donde a sus 10 años de existencia se establecería la ense-

5 “No son solamente oficiales o suboficiales, ya que han seguido cursos en las grandes universidades o han recibido nociones de etnografía, de sociología y conocen bien la historia y la geografía de América Latina. A veces han aprendido incluso dialectos indios. Todos ellos tienen una sólida formación política. Les han enseñado sobre todo a ser discretos y a respetar el orgullo nacional, siempre susceptible, siempre irritable, de los latinoamericanos.” (Larteguy, 1969: 287)

Y en el pasado las guerrillas fueran latinoamericanas

ñanza únicamente en español; arraigando con su ubicación la importancia geopolítica del área centroamericana. Esa llegada de la DSN, también impulsada desde Estados Unidos, terminaba por generar la oportunidad abierta de la intervención de las Fuerzas Armadas (FFAA) en la política nacional⁶. El Informe Rockefeller de 1969 dotaba de tal legitimidad a las FFAA latinoamericanas que las describía como “[...] la fuerza esencial para un cambio social positivo.” (Citado en Cockcroft, 2004: 69); por lo que no es extraño que entre 1961-1975 EUA entrenara 70 mil militares latinoamericanos y que 8 de ellos llegaran a la presidencia (Ibídem).

Conforme va aumentando la presión y se exponen los límites del sistema de ISI, la tensión social crece y de igual forma la hiperinflación, el desempleo y la polarización de clases e ideologías. Procesos que serían acompañados por una paulatina cezuración de la participación política, recrudescida y respaldada con lo que ahora se admite, desde los estudios norteamericanos y latinoamericanos, como una suerte de “paranoia comunista”. Con esto, desde la oposición, la idea de la violencia guerrillera adquiriría fuerza en los grupos inconformes ya organizados que irían admitiendo con mayor facilidad la imposibilidad de resolver los conflictos por otra vía, o que simplemente pensaban legítima una lucha armada.

Las dictaduras, formales e informales, se recrudescerían generando grupos de choque para confrontar clandestinamente a las emergentes guerrillas, como una forma de mantener la apariencia de normalidad. Mientras que en el mismo Caribe, ter-

⁶ No pensemos que fue necesario este programa para que las prácticas militarizantes se ejecutaran, pues ya ha quedado claro que el militarismo comenzó su auge antes de la década de 1960. Lo que sí ocurre es que su intervención será dotada de legitimidad interna y de capacidad económica para su profesionalización/modernización.

cera frontera norteamericana, Cuba comenzaba a generar su particular “estado de bienestar total”; ampliando la concesión de servicios sociales y lanzando una campaña de alfabetización que la llevaría a niveles superiores dentro del continente. Es por eso que, ante la obviedad que ahora nos generan las narraciones históricas, frente a esta crisis, el modelo cubano, el apoyo de la URSS, y en general la revolución, no lucía ya como imposibilidad sino como opción factible, viable y necesaria.

La guerrilla desde América Latina. Formas de la revolución

Ante este particular momento histórico predomina la noción de que la organización social legal que decidía enfrentar a las diversas formas de poder autoritario se va viendo diezmada conforme la presión, interna y externa, crecía. Para algunos grupos, tal vez los estudiantes de la nueva clase media, la represión irrumpía abruptamente en la ciudad y en las universidades, pero a la par de ellos estaban quienes desde antes de la explosión de la guerra, de la paranoia, venían acumulando indignación a razón de la experiencia explícita de injusticia perpetua, ineludible para quienes no eran parte de ese “pequeño espacio privilegiado”. Así, el arraigo de la vía armada toma fuerza como método de enfrentamiento a los gobiernos ocupados por el poder militar, y/o envueltos por ideales y prácticas autoritarios.

Será común que los grupos revolucionarios de América Latina se acompañen, para conceptualizar y darle estructura a la organización, del término *guerra de guerrillas* –o simplemente *guerrilla*– (su consideración teórica se desarrollará más largamente en la parte final de este primer capítulo). Considerada comúnmente un opuesto a la guerra regular –es decir contraria a un ejército estatal del cual proviene el legal

Y en el pasado las guerrillas fueran latinoamericanas

y legítimo monopolio de la fuerza y la violencia–, en su actuar militar implica emboscadas a partir de pequeños grupos así como dinámicas de discreción al surgir en clara desventaja tanto militar como política. Posteriormente con el ejemplo cubano se establecería el denominado *foquismo* apelando al levantamiento militar de un grupo minoritario destinado a convertirse en la vanguardia del movimiento revolucionario para guiar a las masas. En todas sus versiones ha requerido y se ha apoyado en movimientos populares tanto legales como clandestinos –variará más bien la correlación de fuerzas para con esos grupos–, además de bases sociales desarmadas solidarias quienes proveen de información, alimentos, y refugio⁷–, así como de un Comité Central (CC) que dirigiría desde un espacio de sobreprotección como si en ese lugar, en su perpetuación, se ubicara la posibilidad absoluta de triunfo revolucionario.

Esta organización y práctica que representa lo militar a través de la guerrilla no fue exclusiva de este tiempo, es por eso que en los estudios del caso aparece común la equiparación de estas guerrillas del siglo XX con algunas formas de guerras implementadas por los romanos o con los movimientos independentistas del XIX latinoamericano e incluso (Ramírez, 1994; Prieto, 2007); la comparación con las independencias en su dimensión política mucho más certera. Sin embargo en este estudio se entiende que el proceder predominante durante la pasada centuria a través de las rebeliones del mundo subalterno, la coyuntura con la cual surgieron, les dotó de una personalidad propia y de particularidades que trascendieron la simple práctica militar;

7 Se deja asentada la discusión acerca del peligro la incapacidad o la falta de voluntad que tuvieron los grupos guerrilleros para proveer o generar seguridad en las bases solidarias que al estar desarmadas, y al ser centrales en la sobrevivencia de la guerrilla, se convirtieron en el blanco ideal de la represión del gobierno.

dado lo cual se hace más una similitud –o la continuidad de una herencia–, coincidiendo con la visión de Gabriel Gaspar (1997), con el levantamiento del siglo XVIII encabezado por Juan Gabriel Condorcanqui (Tupac Amaru), se piensa en las autodefensas campesinas contra los terratenientes, así como en las resistencias a invasiones norteamericanas que dotaron de un sentido antimperialista a las luchas de Charlemagne Peralta en Haití o Augusto Sandino en Nicaragua. Y si hemos de trascender nuestras fronteras regionales vale la pena recuperar la experiencia de los *bacaudé*⁸, grupo de campesinos y esclavos libres en resistencia desde el 300 a.N.E en la Galia (región europea actualmente ocupada por Francia, Bélgica y algunas zonas de Suiza y Alemania), que después de generar un espacio de organización autónoma, retomarán la guerra de guerrillas para contrarrestar el embate del que serían objeto ante su incómoda presencia en los albores de una territorialidad en expansión.

Al recuperar estos procesos históricos se reafirma que lo que pareciera sólo una táctica militar, es recuperada constantemente por grupos con condiciones sociales precisas, que desempoderadas tratan de resistir, de defender o de atacar en pos de un proyecto alternativo.

Pero el nuevo contexto al que aquí nos referimos traía consigo el peso del proceso de la Revolución Rusa, que en su desenvolvimiento haría trascender internacionalmente una interpretación del marxismo a través de la cual las ideas comunistas se

8 Es sintomático que algunos historiadores y analistas de las guerrillas latinoamericanas busquen sus rastros en las prácticas del imperio romano y no en quienes resistieron a él, como fue el caso de múltiples sociedades de cimarrones. Su impacto político no es equiparable y recuperar a los segundos permite hilar una memoria de la resistencia y una consistencia con el uso de prácticas político-militares.

Y en el pasado las guerrillas fueran latinoamericanas

arraigaban como una opción contundente. Bajo esta mirada las guerrillas aparecerían sólo como un método más de lucha, como lo eran las huelgas, las barricadas o los motines –ninguno de ellos de mayor importancia que la conformación de cuadros políticas centrados en la figura del Partido. Alrededor de todos se había teorizado pero el uso de cualquiera de estas formas de violencia estaba supeditado al *Komitern* para evitar que ocurrieran en condiciones arbitrarias (más bien descentradas de las disposiciones centrales) o “espontaneas” (por eso no es de extrañar que presionados por las masas levantadas al interior de los diversos Partidos Comunistas (PC) se hayan desatado acaloradas discusiones en torno a la pertinencia o no de plegarse a esta versión de la violencia). La legitimidad teórica de la práctica guerrillera recaía en la observación de que un pueblo armado emerge en desventaja con respecto al grueso del ejército estatal, así según William Pomeroy, Marx nos decía que:

Una nación que lucha por su libertad no debe adherirse con rigidez a las reglas convencionales de la guerra. Los levantamientos de masas, los métodos revolucionarios, las guerrillas en todas partes: tales son los únicos medios por los cuales una pequeña nación puede esperar mantenerse en lucha con un adversario superior en número y equipo. Si utiliza esos medios, una fuerza más débil puede derrotar a más fuertes y mejor organizados adversarios. (Citado en Pomeroy, 1967: 81)

Y es que como sabemos los grupos que se levantaron en armas a partir de la segunda posguerra no sólo lucharon en contra de la fuerza militar de su nación sino que en paralelo se enfrentaron a la forma moderna del naciente combate imperialis-

ta, la “Guerra Fría”, en su versión acaecida en las regiones con eminente herencia colonial como lo sería la nuestra.

Desde aquí el posicionamiento que arraigaría esta forma de lucha ocurre en la conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) organizada por Cuba en 1967; clave por las cualidades de sistematización que se intentaron del proceso revolucionario cubano. Se pretendió que ese espacio funcionara para generar lazos entre los militantes que estuvieran en la línea que planteaban desde la mítica isla haciéndose un llamado a enunciar al imperialismo, junto con las oligarquías nacionales que lo sostenían, como el gran enemigo; a consolidar la insurrección armada como único camino, y a retomar a la guerra de guerrillas como el método más adecuado. Desde ahí se haría el llamado por trascender las fronteras y extender la revolución.

La resonancia del comunismo acompañada de la narración del triunfo de la Revolución cubana llevaron a la guerra de guerrillas a un lugar primordial dentro de las formas posibles de lucha revolucionaria; trascendiendo su primicia como intento militar para convertirse en una práctica social que contenía un impulso por formas contestatarias de vivir, posibles a raíz del triunfo de la guerra contra un Estado-gobierno, contra un estado de las cosas⁹. Así, en el caso latinoamericano, en definitiva, la guerrilla se convertiría en el paradigma de la revolución, tomando las formas rurales, urbanas, *foquistas*, de masas; guerrillero sería siempre el apellido de lo revolucionario, y la revolución era sin duda el camino correcto.

9 Regresaré más adelante para extenderme en esta explicación de lo guerrillero en clave latinoamericana, y la propuesta que se da para su resignificación.

Y en el pasado las guerrillas fueran latinoamericanas

La declaración de guerra estaba hecha, surgiendo y arraigándose movimientos sociales tanto armados –clandestinos– como políticos –legales–, muchas veces con una línea difusa entre una y otra expresión. Podemos hablar en Brasil de Ação Libertadora Nacional (ALN) que emerge en el contexto de la dictadura militar resultante del golpe de estado a João Goulart en 1964, pero además como apoyo a los ideales de Carlos Marighella expulsado en 1967 del PC brasileño ante la asistencia de éste a la conferencia de la OLAS en Cuba. En Argentina el Movimiento Peronista Montoneros (MPM) se dio a conocer a principios de 1970, respondiendo primero a demandas coyunturales –el regreso de Juan Domingo Perón que finalmente se concretaría en 1973–, y posteriormente, antes de la muerte de éste en 1974, como causa de contradicciones en su gobierno (donde coexistían grupos como la Alianza Anticomunista Argentina) vendría su ilegalización y el rompimiento que llevaría a Montoneros a encastrar su lucha por ciertos ideales socialistas; igual que muchos otros grupos, serían apabullados por la dictadura militar de 1976. El gran ejemplo de la guerrilla urbana surgiría en Uruguay con el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T) y su accionar formal desde 1963-1965, teniendo sus mayores enfrentamientos bajo el gobierno de Jorge Pacheco Areco. Hemos mencionado ya a Colombia, en donde producto de su continua violencia y de una larga historia de resistencias campesinas, emergerían las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en 1964, sin poder ser disueltas hasta nuestra fecha, aunque definitivamente disminuidas sus condiciones de influencia. Y tal vez una de las más discordantes e incómodas: el Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso (PCP-Sendero Luminoso) que surge en

1979 para gestarse como de las más dogmáticas y autoritarias, sin olvidar que es la única que le compite a los gobiernos el número de muertes contra sujetos no militares; sin duda particulares con respecto al resto del espectro guerrillero latinoamericano. Más cerca de las latitudes que aquí nos competen, Nicaragua tuvo al Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) que combatiría primordialmente a ese grupo familiar que monopolizaría el poder en el país desde la muerte del mismo Sando: los Somoza; y aquellas unidades que significarán el desenlace de las geografías que aquí presentamos, el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) nacido en 1980 en El Salvador, y a la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) de 1982. Esto sólo por mencionar algunos, pues están también el Movimiento 19 de abril (M-19), el Ejército Popular Revolucionario (EPR) de Colombia; el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) en Argentina; el Partido de los Pobres (PdP) y la Liga comunista 23 de septiembre de México; o el Ejército Guerrillero Túpac Katari (EGTK) de Bolivia.

La tendencia generalizada de estos levantamientos armados iba en respuesta al intervencionismo norteamericano y la posición de ciertas élites latinoamericanas que se beneficiaban fomentándolo. Al conocer el recorrido histórico se muestra la divergencia en los caminos que tomaron esta diversidad de agrupaciones, aunque confluirían por momentos guerrillas urbanas y rurales (un ejemplo sería en Colombia, con las FARC en el campo y el M-19 en la ciudad); para continuar hacia una nueva caracterización que encontraría su espacio en Centroamérica a través de los Frentes y movi-

Y en el pasado las guerrillas fueran latinoamericanas

mientos de masas, con sus uniones a veces demasiado forzadas para ser entendidas como reales.

Pero nuestra lectura desde la actualidad contrasta con los textos escritos en el calor del auge revolucionario (Taber, 1967; Pomeroy, 1967) que relatan, con cierta ingenuidad, al proceso guerrillero como tremendamente armónico; tal vez producto de esa certeza absoluta del camino que la historia tomaría. En ellos se habla de cómo la guerrilla era esencialmente popular, lo que la hacía el camino correcto; de por qué la contrarrevolución, y con ella el gobierno, serían incapaces de encontrar un interlocutor en la población, pues de ser así la guerrilla y la revolución perderían sentido; y tampoco les parecía posible que el estado moderno que apuntaba a la democratización apostara alguna vez por la confrontación directa, descarada, con los grupos armados, porque se asumía que había una consideración estatal de la importancia de “cuidar” a su población (producto-consumidora) gobernando primordialmente a través del consenso en lugar de la coerción. Tristemente el tiempo, la evidencia histórica, nos mostrará que las élites gobernantes no tendrían reparo en hacer explícita su violencia para generar miedo y acabar con el enemigo, y que el proceso de coerción se complejizaría a tal punto que la contrarrevolución encontraría interlocución en “el pueblo”. Tal vez resulte difícil imaginarse el ambiente político de esos años, sobre todo porque los textos más contemporáneos dejan ver una urgencia de accionar que podría llevar a pensar que todos querían cambiar al mundo; y aunque seguramente no fue así, me parece que lo que sí fue una realidad es que eran momentos en donde

no se podía permanecer neutral, en donde el sentimiento de crisis y las revueltas como resolución eran una realidad innegable sobre la cual se debía tomar postura.

De esta forma los primeros grupos guerrilleros inherentemente más cercanos a la tradición cubana del *foquismo*, compartían a la vez el ser respuesta y responsables de los primeros brotes del militarismo nacional de las dictaduras de los sesenta del siglo XX. A pesar de sus problemas, de debates internos, del recrudecimiento de la represión y de derrotas militares, lograrían continuar desarrollando un discurso a partir de 1970-80 que apuntaló a la generación de los movimiento de masas que tendían hacia una politización generalizada; lo que terminaría por dar forma a los Frentes – que de cualquier forma no podrían deshacerse del todo de la militarización.

Pero antes de llegar la paz, siguiendo la idea de Rouquié (1994), comienza una nueva etapa de la guerra fría con los últimos testigos del sentido revolucionario de 1980; cuando el resto de las naciones se plateaban seriamente que la respuesta era la democracia en clave liberal, Centroamérica con Nicaragua, Guatemala y El Salvador vivirán sus batallas más intensas, y sus grupos guerrilleros sentirían la posibilidad del triunfo cercano.

CENTROAMÉRICA DICE ¡BASTA!

Para el inicio de la segunda mitad del siglo XX el estado de esta pequeña región era tensa y contrastante. Por una parte ya desde 1951 estaba integrada bajo la Organización de Estados Centroamericanos (ODECA), y para finales de 1960 en el proyecto del Mercado Común Centroamericano (MCCA), pero de igual forma había enfrentado

sus conflictos regionales –como lo sería la guerra entre El Salvador y Honduras en 1969 con pretexto de la ocupación que salvadoreños harían en tierras vecinas a causa de una creciente explosión demográfica en el más pequeño de los países centroamericanos–, hecho que además finiquitaría al MCCA. Igualmente con su ya larga lista de intervenciones y actos de índole represiva contra cualquier fuente posible de cambio en las estructuras que no favoreciera a los grupos de poder tiene los precedentes, como ya habíamos mencionado, de la lucha y asesinato de Farabundo Martí en El Salvador y Augusto C. Sandino en Nicaragua, entre 1932-34; e inaugurando nuestra temporalidad, con una remaquillada justificación a la intervención, el derrocamiento de Jacobo Arbenz en 1954¹⁰, por mencionar solo los nombres icónicos. Actos sin duda inscritos como prácticas de control y contención que el creciente imperialismo norteamericano, encontrándose con las élites latinoamericanas, ejerció para así mantener el monopolio de influencia en la región.

Fáctica y discursivamente un área marginal desde tiempos coloniales hispánicos por no figurar como fuerte empresa de capital o un espacio de inversión signifi-

10 Es pertinente mencionar, aunque no es el tema central, las versiones existentes al respecto de este tema. Al acudir al texto contemporáneo *El libro negro del comunismo en Guatemala* publicado por la Comisión Permanente del Primer Congreso contra la Intervención Soviética en América Latina –título que ya da muestra de una tendencia–, se describe el golpe de estado como una proeza de lo que ahí se denomina el “Ejército de Liberación, integrado por campesinos humildes, pequeños propietarios agrícolas, estudiantes universitarios y unos cuantos jefes y oficiales que secundaron al Corl. Carlos Castillo Armas.” (1954: 6). Ahí se busca reflejar la nula injerencia de los Estados Unidos, por ejemplo, evitando a toda costa mencionar a esa nación al enumerar aquellas de donde provenía su “apoyo” armado, y en su lugar traer a colación a Alemania, Suiza o Checoslovaquia. Y al contrario tácticamente Crockcroft (2004) describe como aquel Coronel sería escoltado a Guatemala desde Honduras en un avión de la embajada de Estados Unidos.

cativa –en contraste con otras naciones que proveyeron en ese primer momento de recursos mineros–, figuraría en el comercio internacional sobre todo con la agroexportación (siendo los grandes ejemplos el café y el banano). No obstante su caso nos revela que los recursos naturales de los que pueda proveer una región no les relaciona directamente con su importancia geopolítica, pues con todo, Centroamérica sería intervenida y presionada para su control internacional en el marco de la perspectiva imperialista.

Casi siempre en tensión por las crisis de los productos agrícolas, y las fluctuaciones en los precios de los bienes básicos de consumo de los que proveía al mundo. Con su mayoría de población rural enfrentando la nueva organización del empleo que los había dejado sin tierras¹¹, y la mayoría de las veces como asalariados temporales; la configuración social iría transformándose con la proletarización y desarraigo en el campo, abonando en la gestación de nuevas clases en el espacio urbano, acompañada de una constante dureza y monopolización del poder en sus sistemas políticos.

Pero también su territorio, con sus prácticas culturales y su población altamente católica y rural, sería el germen en donde se daría lugar con mayor preponderancia la innovadora postura de la Teología de Liberación. Arraigada sobre todo en las zonas indígenas rurales tiene su origen –atenuado– en el Concilio Vaticano II (1962-1965) en

¹¹ Las mejores fueron expropiadas para ser usadas en los cultivos de exportación, primero el banano, el café, el algodón, y posteriormente con el bloqueo a Cuba la caña de azúcar. Cada uno de estos, por sus implicaciones naturales, requería cierta forma de mano de obra que moldearía impactado en las formas sociales de quienes se movían económicamente por el campo.

Y en el pasado las guerrillas fueran latinoamericanas

el que se plantearía la necesidad de una iglesia cercana a un compromiso social. Su continuación se vería en la Segunda Conferencia del Episcopado Latinoamericano (1968) en Medellín, donde aún buscando separarse tanto de las corrientes capitalistas como marxistas, se radicalizarían las posturas enarbolando una explicación del porqué de la desigualdad y de la necesidad de la búsqueda de justicia. La publicación en 1971 del texto *Teología de la liberación. Perspectivas*, sería la continuidad al llamado de una acción cristiano-revolucionaria que ya justificaría la violencia. Las dimensiones eclesíásticas latinoamericanas sobrepasarían la simple enunciación para establecerse como punta de lanza de organizaciones tanto clandestinas como legales¹², respaldando sus prácticas y su defensa. Inevitablemente eso significará la persecución de ciertos sectores de la iglesia, lo que con el tiempo aunara en la participación de miembros clericales en las guerrillas.

Teniendo en cuenta los aspectos en tensión, como nos dice Rouquié: “[...] lo que pasó no estaba inscrito en ninguna parte. Ninguno de los elementos desestabilizados por si solo aseguraba un apoyo popular a los partidarios de la lucha armada que, desde 1960, inspirados por el ejemplo cubano, tentaban a su suerte en el istmo sin mayor éxito.” (1994b: 141). Es por eso que complejizar las respuestas acerca de qué factores pudieron llevar a tal punto de quiebre resulta pertinente al abonar en la reflexión y reconocer cómo las medidas estructurales ejecutadas por los gobiernos toman un cariz poco predecible cuando llegan a la vida común. Esto nos permite el enfoque

12 En el caso de Guatemala serán las Juventudes de Acción Católica Rural a través de las cuáles se insertarán en la organización campesina. Mientras que en El Salvador se fundará la Federación Cristiana de Campesinos Salvadoreños (FECCAS), participantes activos de las primeras grandes huelgas azucareras.

de Gilles Bataillon (2008), quien coloca en el centro las prácticas modernizantes argumentando que éstas implicaron una serie de nuevas concesiones y dotaron de nuevos paradigmas, descentrando el arraigo de la pobreza como único germen de tensión. Su visión es que los sistemas políticos centroamericanos se abrieron, desechando así la idea de gobiernos puramente “antipopulares”¹³ por lo que la fórmula habría sido modernización + desarticulación social = nuevas tensiones (no desarticuladas del pasado). Con lo cual, la situación político-social de Centroamérica desencadenaría resoluciones con miras a estabilizar –en beneficio de la élite casi siempre– que terminarían conformando un torbellino de nuevos conflictos con nuevos actores, mezclados con la larga data de inconformidad. Y si bien se proporciona el ejemplo de los militares guatemaltecos, la idea de los sistemas políticos abiertos es contradictoria con la realidad histórica que para el momento implicaba de hecho golpes de Estado y persecución de sujetos sociales tendientes a lo revolucionario; e incluso a persecución de la pobreza por considerarse el abono de las ideas subversivas.

Acompañando siempre estaría el proyecto impulsado por Norteamérica, que para ese momento establecía una serie de políticas que implicarían un aumento en la ayuda económica que impulsará una mayor incorporación del sector privado, el desarrollo de instituciones democráticas y la aspiración a la eliminación del clima de violencia. Preceptos más discursivos que prácticos pues, como dice Gitli (1989), la idea detrás de la “necesaria” intervención estaría trastocada por el modelo explicativo de

13 Promovieron los derechos de huelga y de organización sindical. Y en el caso guatemalteco del derrocamiento de Jacobo Arbenz, los militares mantuvieron algunas de sus reformas, como lo fue la autonomía de la universidad, y algunos puntos del sindicalismo.

la visión estratégica “blanco-negro” característica del gobierno de Ronald Reagan (1981-1989) pero presente a lo largo de los años anteriores. Su base estaría en una perspectiva “globalista” del mundo en la cual EUA resultaba el centro, cuestión que implicaría que cualquier proceso en detrimento de ese centro sería leído como posible amenaza o ataque a la Seguridad Nacional norteamericana, que ha sido siempre entendida como transfronteriza.

En consecuencia la expresión militar para el renovado conflicto, operaría con la creación del Consejo de Defensa Centroamericano (CONDECA) en 1964. Órgano creado como agente superior en la defensa y seguridad regional en respuesta al “agresivo embate comunista” “En 1965, el CONDECA fue incorporado al sistema de defensa de Estados Unidos, a través del Comando Sur del ejército norteamericano [...] en la zona militar del canal de Panamá, cuerpo que trataría de homogeneizar el entrenamiento, la organización y el equipo militar de los ejércitos participantes [...]” (Gordon, 1989: 106). Detrás estaba la idea del supuesto e inminente interés de naciones con prácticas o discursos socialistas, aunque mayormente las políticas e inversiones de seguridad implementadas desde Estados Unidos para el área se moverían en función de su visión geopolítica de fronteras externas –ante el traspié inocultable en Vietnam (1959-1975)–, y no tanto por una afinidad avasalladora de la URSS, de Cuba o de China en algún espacio de esta región –o de Latinoamérica en todo caso.

Contrario a lo esperado, sin el abrumador apoyo soviético, el esfuerzo revolucionario encontraba raíces en las pequeñas e incipientes naciones centroamericanas, que sin ser las más industrializadas, sin ser las más letradas, creerían posible lograr

abrirse camino en el pantano del capitalismo y deshacerse de peso del “gran hermano”. Si esto era posible en este espacio ¿qué se podría esperar de otras naciones con mayor poder y autonomía? Requería ser detenido, y la idea de seguridad nacional de Estados Unidos permitía comprender que las fronteras nacionales de otros también les pertenecían.

Las guerrillas centroamericanas caminarían en contra de los pronósticos imperialistas pero también de las tendencias –requerimientos– que otros procesos revolucionarios habían establecido en sus manuales guerrilleros. Sobrevivirían al primer embate, marchando hacia nuevas formas, lejos del repliegue o de dejar de ser entendidas como amenazas. Pero con su evolución vendría también el aprendizaje para los estrategas norteamericanos, llevando al desarrollo de la Guerra de Baja Intensidad (GBI) con tres ejes centrales: 1) la remoción de gobiernos que tomaran posturas autónomas con respecto a las norteamericanas; 2) la conducción y el impulso de la contra-insurgencia y, obviamente; 3) la asistencia militar bajo dos categorías “nuevas” para la época, el narcotráfico y el terrorismo (Gitli, 1989). Fue con ésta que se aprendería, junto con la experiencia en Vietnam, que la guerra frontal tendría que acompañarse de la psicológica y propagandística, buscando la simpatía y la participación civil.

“[...] Carter y Reagan son los primeros presidentes norteamericanos que combaten a la Unión Soviética con las propias armas del comunismo internacional. Aquel recurre a la guerra ideológica: la cruzada por los derechos humanos trata ante todo de restar legitimidad moral socialista [...] los dos presidentes eligen la América Central como lugar de *Kriegspiel* emblemáticos al menor costo, porque está claro que la paz

Y en el pasado las guerrillas fueran latinoamericanas

mundial no corre verdadero peligro en el «laboratorio» centroamericano” (Rouquié, 1994b: 167)

Se crearía la sórdida imagen de un ejército que atemorizaba y asesinaba, para después –o a su vez en otra localidad–, colmar de ilusiones a la población.

Bajo este escenario y ante el ensombrecimiento de la Nicaragua Somocista, comienza acciones desde 1961 de forma silenciosa el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). Su llegada al poder en 1979 marcará un nuevo camino para la región, envolviendo el ambiente de posibilidades para aquellos grupos en naciones vecinas que quisieran repetir su hazaña. Desde su territorio Sandinista se movieron por un tiempo las armas, los heridos y las reuniones logísticas de los Comités Centrales de guerrillas contiguas; mientras se defendían del embate de la contraofensiva que se armaba desde Honduras, con la asesoría norteamericana, y desde Costa Rica usando sus bases aéreas. La unidad solidaria entre naciones estaba muy lejos de convertirse en realidad, haciendo que las posiciones en el mapa cobraban más peso que nunca¹⁴. Entonces la presión del vecino estadounidense encima señalaría el apoyo que Nicaragua le daba a grupos “irregulares” en otras naciones –Guatemala y El Salvador–, y que exigía parara como condición para detener el embate de los *contras*. Fi-

14 Aunque es importante resaltar el intento del Presidente de Costa Rica, Oscar Arias, que culminaría en el “Plan Arias” o “Esquipulas”. El cual sería presentado como contraposición a las disposiciones norteamericanas al llamar a reunir a todos los presidentes de Centroamérica, incluido Daniel Ortega de la Nicaragua Sandinista, en Guatemala en 1987 para abonar por la pacificación. Si bien hizo afrenta a las políticas que desde su país se hacían en favor de la movilización de los *contras*, también se ha reconocido que el proyecto sería una versión velada del de Reagan; introducirlo desde Costa Rica sería un método para que gozará de legitimidad al ser propuesto desde “dentro” pero con apoyo externo.

nalmente en 1981 cederían, y los Sandinistas dejarían de enviar armas al Farabundo Martí.

Sin duda el triunfo de este proceso revolucionario significó para unos el arraigo de la esperanza en el cambio por la vía armada (con profundas transformaciones que se habían ideado desde Centroamérica para la opción violentista), pero a la par implicaría la necesaria sobreprotección imperialista a través de los métodos represivos renovados y antaños. Junto al FSLN transitó en un principio la experiencia guatemalteca, y posteriormente la salvadoreña; emergentes contendientes con aspiraciones revolucionarias y nuestras geografías elegidas para la exploración que aquí pretendemos.

EL GIGANTE CENTROAMERICANO, GUATEMALA

1960-1980 sería el período de mayor crecimiento económico experimentado en Guatemala, pero a su vez el gasto social del Estado sería de los más bajos de Centroamérica. Entremedio se gestaría la contienda abierta a través de la guerrilla para la cual la Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH) plantea tres momentos: el primero –de 1954 a 1963– caracterizado como la “reacción antiarbenquista contrarevolucionaria”; la reacción antiguerrillera –de 1964 a 1982–; y la matanza entre campesinos armados desde 1982 hasta el final del conflicto, refiriéndose al reclutamiento en el campo para conformar las Patrullas de Autodefensa Campesina (PAC) (CEH, 2000). De igual forma tanto en éste como en otros textos (Gitli,1989), se dice que Guatemala vivió la forma más acabada del Estado militar contrarevolucionario, teniendo las ba-

ses para hacerlo al respaldar políticas como aquella que concedía a los dueños de las fincas funciones policiales en el código penal entre los años 1936-1973 (CEH, *Íbidem*). De acuerdo con Gitli en Guatemala “[...] el Estado plantea la militarización total de la vida del país, tanto en sus formas económicas, como en la política y en la cultural. La doctrina militar guatemalteca es expansionista y concibe la situación política del país como un estado de guerra total” (1989: 166). A pesar de todo la inversión económico-militar de los Estados Unidos sería menor aquí en comparación con otros casos centroamericanos, y casi imperceptible.

En términos de la historia contemporánea de la guerrilla en este país, se puede comprender en dos etapas no inconexas entre sí que dan muestras de cierta evolución. La primera tiene su raíz en noviembre de 1960 con motivo del alzamiento de un grupo de jóvenes en el ejército que se opusieron primeramente al establecimiento de bases norteamericanas en territorio guatemalteco destinadas a contrarrestar el impacto de la Revolución cubana. Entre ellos quienes aparecen más comúnmente en la historia son el Teniente Marco Antonio Yon Sosa (apodado “El chino” –de madre indígena, padre chino) ex-alumno de la Escuela de las Américas, y el subteniente Augusto Turcios Lima quien había sido alumno en el centro de formación militar Fort Benning, en Georgia, EUA¹⁵. Su alzamiento terminaría configurándose como una aspiración de cierta facción del ejército –mucho más cercana la izquierda– de retomar el poder, pero terminaría por obligarlos a replegarse –a quienes no se exiliaron– hacia

15 Otros nombres que no han figurado como ellos, y que sólo encontré en el texto de Larteguy (1969), serían Trejo Esquivel, el subteniente Eva Zaldivar, el teniente coronel Argueta, y los capitanes De León y Chacón. Estos tres últimos morirían en ese intento.

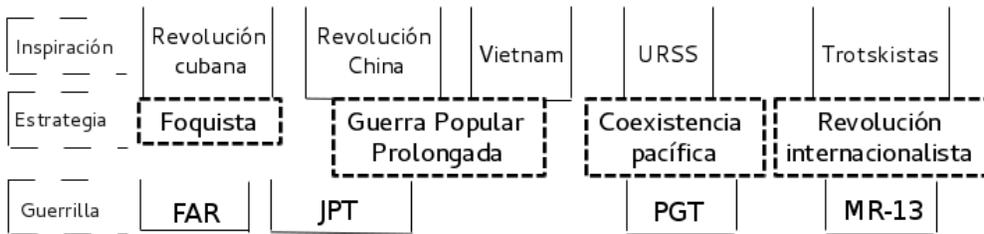
Sierra de las Minas; donde su contacto con el mundo campesino reformularía/ampliaría sus principios. Su acto no trascenderá en el primer momento –muchos de ellos aceptarán la amnistía mientras los que no, huirían hacia Honduras–, pero desembocará en la organización del Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre (MR-13) fundado en julio de 1961 dándose a conocer en febrero de 1962.

Este momento inicial de la fase guerrillera será cruzado por el golpe de estado al gobierno del General Miguel Ydigoras Fuentes (1958-1963) por el Coronel Enrique Peralta Azurúa en marzo de 1963 (1963-1966). Entremedio del cual ocurriría un momento clave para la juventud de ese entonces: las jornadas de marzo y abril de 1962 encabezadas por la Asociación de Estudiantes Universitarios (AEU), como un llamado a la renuncia de todo lo que implicaba la constitución de 1956. Esa intensa movilización estudiantil traería consigo la represión y pronto el llamado a “estado de sitio” para cimentar la persecución. El 12 de abril de ese año una patrulla acribillaría a estudiantes de la Facultad de Derecho mientras colgaban carteles, y ese acto sería relacionado con la motivación que llevaría a algunos miembros de la AEU y del Frente Unido Guatemalteco Organizado (FUEGO) a reconocer la imposibilidad de la vía pacífica, agrupándose a partir de 1963 en el Movimiento 12 de abril (M-12). A su disolución algunos de sus militantes se incorporarían a las primeras Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR) constituidas además por el MR-13 y el Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT)¹⁶. Protagonistas de esta etapa inicial.

16 El Partido Comunista guatemalteco fundado el 28 de septiembre de 1949.

Y en el pasado las guerrillas fueran latinoamericanas

Las FAR sentarán un precedente de unidad aunque repetirían la tendencia a la generación de divisiones constantes; las organizaciones que confluían compartían ciertos principios pero sus bases no eran suficientemente sólidas, por lo que al ir mutando sus ideas la relación se iría haciendo tensa. Así, basándome en el texto de Carlos Sabino (2008), se podría dibujar de esta forma:



Cuadro 1. Tendencias ideológicas de Guatemala. Elaborado por la autora.

El MR-13 se divide en 1964 dejando dos facciones: la dirigida por Yon Sosa –que rechazaba la tutela preponderante del PGT–, y la dirigida por Turcios Lima. El primer grupo, de Sosa, tomaría distancia de las FAR para optar por tácticas de autodefensa campesina y ocupación de tierras, influidos por un acercamiento al trotskismo que cesaría en 1966; con lo cual se reintegrarían en 1967 al segundo momento de las FAR solo para volverse a escindir de ellas en 1969 e irse desvaneciendo durante 1970, posterior a la muerte de Sosa en mayo de ese año. A la par la facción integrada por Turcios Lima y su Frente Revolucionario Edgar Ibarra (FREI) seguiría a esas segundas FAR refundadas en el 65 que apuntaban a una declaración de Guerra Popular Prolongada, manteniendo una cercanía –tensa– con el PGT, del cual Turcios formaría parte en su Comité Central a partir de 1966.

Si el PGT podía causar tensiones se debía sobre todo a que entendía a la guerrilla como el brazo armado del Partido, lo que significaba que ese aparato militar debía estar subordinado. Y aunque siguiendo a Carlos Figueroa (2011) este PC guatemalteco fue una excepción dentro del conjunto latinoamericano por su temprano apoyo a la postura violentista/de lucha armada –fluctuante–, eso no cambió que para el Partido resultara crucial permanecer como la figura política central –aún fuera de los márgenes– cuando eso le dotaría de control sobre cualquier coyuntura de movilización popular. A razón de esto su concepción no se contraponía con una cercanía a grupos aburguesados o con cierta parte de la élite agroexportadora; por lo que consecuentes a esto en 1966, con el “gobierno civil” de Julio César Méndez Montenegro (1966-1970), el PGT haría una tregua suspendiendo su lucha armada. Montenegro representaba al Partido Revolucionario (PR), y pretendía encabezar “el tercer gobierno de la revolución”. Tal vez ante estos preceptos y conscientes de que había participado en el gobierno de 1954 recibió apoyo clandestino del PGT. Desgraciadamente era solo un montaje de la civilidad llegando al poder, pues los militares como condición para su llegada harían que éste firmara un acuerdo que evitara la ejecución de reformas estructurales a la vez que se le derogaba el derecho como ejecutivo de intervenir en los asuntos del ejército, lo que lo dejaba fuera de cualquier posibilidad de cambiar el curso que la guerra estaba tomando¹⁷. El pacto con ese gobierno del PR llevaría a la separación definitiva del PGT con las FAR en 1968 (sin embargo en 1969 ratificarían la

17 La evidencia sería el proyecto emprendido desde diciembre de 1965 para ejecutar la desaparición selectiva forzada de militantes de izquierda, pausada curiosamente un día antes de las elecciones del 6 de marzo en las que ganaría Montenegro. El caso de los “28 desaparecidos”, como es conocido generalmente aunque hubo más de 28, fue según la CEH

Y en el pasado las guerrillas fueran latinoamericanas

vía armada como forma de lucha). Serían los quiebres con los que cerraría esta década los que darían vida a una segunda etapa diferenciada, sobre todo, por el factor considerado del mundo indígena.

Mientras los miembros del ejército volvían al poder con el Coronel Carlos Arana Osorio (1970-1974), en 1971 las FAR celebrarían su 3era. conferencia con una creciente necesidad de reflexión. Ahí lograrían vislumbrar las dificultades de su visión *foquista* de la guerrilla y de la revolución, tratándolo de revertir reconociendo tanto la importancia del apoyo popular, como de la innecesaria contraposición de dirección política-militar, haciendo un renovado llamado a generalizar el trabajo político en clandestinidad. Pero las contraposiciones acumuladas habían sido suficiente y darían a luz a nuevos grupos. Escindiéndose de las FAR se formará tanto la Organización Revolucionaria del Pueblo en Armas (ORPA) en 1972, como el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) resultante sobre todo de ex-miembros exiliados¹⁸.

La ORPA, cuyo hombre representativo es Rodrigo Asturias “Comandante Gaspar Illóm”, trabajará sobre todo en el oeste y el suroeste, apostando por la clandestinidad para hacer su trabajo de politización con grupos indígenas; sin considerar una prioridad el crecimiento numérico de la guerrilla, se acercaría a movimientos de masas pero sin que esto significara incorporarlos a la “vanguardia armada”. Su noción territorial apuntaba a elegir éste en base a la existencia de población para conformar el movimiento popular, por lo que su presencia no debía estar fuera del pueblo sino

de Guatemala (2000) el primer intento masivo de terrorismo de Estado en América Latina. El presidente electo sería incapaz de parar, influir o investigar este hecho.

18 **Anexo 1** Mapas de ocupación guerrillera

fundirse con él. Su golpe fundacional sería a la finca Mujulía en Quetzaltenango tras 7 años de haberse movido en silencio, en 1979. Por su parte el EGP, que se instalaría en el Ixcán (extremo norte del departamento del Quiché), descrita por uno de sus fundadores, Ricardo Ramírez (Morán, 2002), como marxista-leninista, popular y proletaria, apostaría aún con eso por enraizarse con grupos indígenas para junto con ellos organizar los embates armados. El ajusticiamiento en 1975 del “Tigre del Ixcán” José Luis Arenas Barrera –terrateniente de tendencia anticomunista– sería con el que se darían a conocer. Las diferencias entre estos dos grupos se representarían sobre todo en el cuidado de la relación clandestinidad-legalidad, siendo el EGP más laxo a este respecto provocando mayores bajas en sus zonas de apoyo.

Este período de reestructuración guerrillera ocurriría en lo que Carlos Sabino describe como de crecimiento económico, precisándolo con el aumento del 28% del PIB, el impulso del desarrollo en el sector industrial y la apertura del mundo rural; para él el triunfo de Arana Osorio provenía de una Guatemala “[...] amante de la paz y del orden, pero también de la legalidad y de la democracia.” (2008: 117) –justificando con esto la represión. Sin embargo, y sin intención de negar hechos tan puntuales y concretos, sabemos que el desarrollo económico e incluso la misma actividad electoral no pueden ser en sí mismos reconocidos como únicos agentes de movilización social; es una realidad que el problema no es la recolección de la riqueza en un país, materializado en el PIB, ni la cantidad de votos que un candidato reclute, sobre todo en un país donde no votar te señala como subversivo, sino en las formas y las distribuciones del poder. Es por eso que éste será también un período donde la represión gu-

Y en el pasado las guerrillas fueran latinoamericanas

bernamental se sistematizará para aliarse con las actividades paramilitares¹⁹, que se encontrarían con un nuevo sujeto en diálogo con la vía armada: los indígenas. En ese grupo se focalizarían las posteriores políticas de dislocación social en el campo, “[...] se reúne a los indígenas y a los simpatizantes de la guerrilla en aldeas estratégicas militarizadas, suerte de campos de concentración llamados “polos de desarrollo”. Allí el indígena es sometido a un proceso de desarraigo, occidentalización y adoctrinamiento a fin de que pueda resistir la tentación de los revolucionarios.” (Rouquié, 1994b: 164). Eran las llamadas *aldeas modelo*, una estrategia (implementadas también en Vietnam) que implicaba la reconstitución del entorno campesino más en control por el gobierno y tal vez más sensible al miedo.

Entre los gobiernos del General Kjell Laugerud García (1974-1978) y el del General Romero Lucas García (1978-1982) surgirían nuevas políticas desde EUA aplicables al estado del gobierno guatemalteco. Por una parte en 1977 ante un informe crítico a la violación de derechos humanos, el Congreso de ese país aprobaría un embargo de armamento (aunque el presupuesto asignado en el año anterior por la instancia norteamericana, *Military Assistance Program* (MAP) se respetaría, haciendo del embargo parcial) (Cockcroft, 2004; Rouquié, 1994). Israel emergería como el nuevo proveedor, casi sólo para hacer más largo el camino del dinero que salía de Norteamérica para esas causas. Así con la continuidad de la represión será también momento de nuevas conformaciones en el movimiento de masas: el Comité Nacional de Unidad Sindical (CNUS) en 1976, figura de diálogo desde la legalidad con preceptos de justicia social

19 Estaban activos ya grupos como: “Mano Blanca”, “Buitre Justiciero”, “Movimiento Anticomunista de Guatemala”, “Ojo por Ojo”, etc.

dentro de la cual participaron la Central Nacional de Trabajadores (CNT) –cercana a las FAR– y el Comité de Unidad Campesina (CUC) –próximo al EGP–; además de los Núcleos de Obreros Revolucionarios (NOR). Cerrando la década con la tentativa de unión en 1979, entre las FAR y el EGP en el Núcleo de Dirección Nacional (NDN), escisión del PGT.

1980 se inaugurará con la masacre del 31 de enero en la Embajada de España (además de la huelga de cañeros en la Costa Sur, ambas encabezadas por la CUC) que Bataillon (2008) identifica como una reacción de los militares guatemaltecos ante el peligro de caer como lo venían haciendo en 1979, Somoza en Nicaragua y Romero en El Salvador. Entre la sombra de la vecina Nicaragua Sandinista aumentando los factores de tensión, y las nuevas organizaciones armadas más cercanas a movimientos de masas legales, que en definitiva significaron una mayor inclusión de diversos grupos sociales que encontraban en sus demandas algo de sentido, la escalada de violencia sería inminente. Llegaría justo cuando el gobierno de Roland Reagan (1981-1989) determinaría que el juicio respecto a los derechos humanos en Guatemala había sido premeditado, con lo cual se derogaría el embargo aumentando el presupuesto de ayuda militar de 19.5 a 22 millones de dólares (Cockroft, *Ibidem*). Las desapariciones o detenciones forzadas encontrarían en quienes participaban en algún movimiento de masas su primer objetivo al no recibir el endeble cobijo que proveía la clandestinidad. Su momento más álgido llegará con la ofensiva antiguerrillera de julio de 1981 que implicará detenciones importantes en las casas de seguridad de la ORPA y el EGP así

Y en el pasado las guerrillas fueran latinoamericanas

como la consolidación del control del ejército en las zonas de la autopista panamericana; ejecutada como medida preventiva al posible intento de ofensiva guerrillera

Dos golpes de estado, el de 1982 por el General Efraín Ríos Mott y en 1983 por el General Oscar Mejía Victores, y la inclusión de programas como “Fusiles y frijoles” y “Techo, tortillas y trabajo”, dejarían claro tanto la inestabilidad como el aprendizaje. Los gobiernos se daban cuenta que se tenía que pelear tanto por el territorio como por las poblaciones. Para el primer caso se constituirían las Patrullas de Autodefensa Civil (PAC) que utilizando el método de la intimidación y la amenaza contarían para 1981 con 40 mil campesinos (CEH, 2000). Junto con esto la estrategia de *tierra arrasada* terminaría por cercar la vida fuera de las ciudades, evitándose que las guerrillas contaran con algún recurso para seguir su paso. Esto cuando en contraste el trabajo de recuperar a las poblaciones implicaba acercarles programas para que pudieran tener la sensación de acceder a lo que parecía sólo podían obtener a través de la organización para la fuerza armada: cubrir dignamente sus necesidades básicas.

Siendo así, con la perpetuación de las crisis y la tensión creciente, los momentos coyunturales que habían enfrentado fragmentados por su divergencias en el cómo y el para qué, llevarían a esta diversidad de grupos guerrilleros a plantearse el escenario de enfrentarlo juntos. Con el antecedente cercano del NDN iniciarían un nuevo camino vinculadas las cuatro²⁰.

²⁰ Según el texto de Rolando Morán (2002) el PGT se integraría a la URNG hasta 1988, es el único que difiere respecto al resto de los textos consultados sobre el tema.



Cuadro 2. Formación de la URNG. Elaborado por la autora

Después conformaron el Comité Guatemalteco de Unidad Patriótica (CGUP) entre la URNG, las Fuerzas Populares 31 de enero (FP-31) y el Frente Democrático Contra la Represión (FDCR).

Este viraje de la URNG²¹ implicará su apuesta por la revolución como agente de paz, enfrentando al dominio económico y político tanto nacional como extranjero, con una política internacionalista y de autodeterminación, declarándose como garante de la igualdad reconociendo la importancia de la participación indígena (Prieto, 2007; Rouquié, 1994).

Para 1983, con el General Mejías Victores, y la Enmienda Bolland (1982-1985) que prohibía a EUA financiar ejércitos contrarrevolucionarios, el ambiente político inundado con la postura desarmamentista para acabar con las guerrillas, enmarcaría el llamado en 1985 a una Asamblea Constituyente que precederá a la apertura electoral que culminará con el gobierno de Vinicio Cerezo Arévalo del Partido Demócrata Cristiano (PDC) (1986-1991). Primeramente la URNG rechazaría al gobierno del PDC

²¹ El EGP vivirá una escisión entre 1982-1984 encabezada por Mario Payeras y Yolanda Cólom, conformaron junto con militantes que siguieron sus pasos "Octubre Revolucionario". Este grupo no formará parte de la URNG.

Y en el pasado las guerrillas fueran latinoamericanas

por considerarlo una estrategia contrainsurgente, pero de a poco el gobierno iría ganando simpatía internacional al hacer un cambio en la estrategia y dedicarse a perseguir a los cuadros de las guerrillas, desde los cuales podía parar su evolución, evitando tocar a los “grandes nombres” que darían más publicidad a los movimientos revolucionarios (Moran, 2002). En 1986 la URNG empieza a acercarse a las posiciones abanderadas por las renovadas oleadas “democratizadoras” y asume una postura defensiva, sin aceptar el desarme. El 25 de octubre de ese año enviará su primera propuesta de diálogo. El proceso continuará, sin respuesta por parte del gobierno hasta 1991, para concluir primero con un documento firmado entre la URNG y la Comisión Nacional de Reconciliación (CNR) el “Acuerdo básico para la búsqueda de la paz por medios políticos.”, a lo que le seguirá la negociación directa con el gobierno de Jorge Serrano (1991-1995) y Ramiro de León Carpio (1995-1999) producto de los cuáles se firmará en 1996 el “Acuerdo de Paz firme y Duradera”.

“EL PULGARCITO” ARDE

El Salvador llega a la mitad del siglo XX como muchos otros países latinoamericanos, con el sueño de la modernización encima y los militares colgados de cada espacio que les permitiera una dote de poder. Pero aquí, la fórmula ejército + oligarquía sería perfectamente productiva para aquel reducido grupo de propietarios conocidos como “las catorce familias” –que en 1960 resultaban ser 50 de acuerdo con Cockcroft (2004)–, aprovechando como nadie más los beneficios de la APP. Era sin duda un espacio pequeño repleto de injusticia.

La formación de guerrillas revolucionarias imbricadas en la tradición pos-Cuba sería tardía en comparación con el caso guatemalteco; sin que esto impidiera que el cerco militar a la posible expresión social tuviera también larga data (por ejemplo para 1963 se legalizaría la presencia de las Fuerzas Armadas (FFAA) en la cima del aparato de gobierno, y de a poco ese ejército se iría profesionalizando gracias a la inversión y el empuje que dejó en la región la fundación de la CONDECA). Como muchos otros ejércitos, el salvadoreño se conformó con los ideales de las escuelas norteamericanas que promovían el anticomunismo, la modernización y el progreso en clave capitalista, no por nada serían el tercer país con mayor ayuda del estado norteamericano, hasta 1990 (Rouquié, 1994b).

La guerra contra Honduras (“la guerra de las cien horas”) irrumpiría en 1969, haciendo un llamado para el apoyo nacional a todos los partidos políticos. Llamado que curiosamente sería escuchado por una facción del Partido Comunista Salvadoreño (PCS) ilegal desde 1950 (fundado en 1929), lo que conllevaría a la tensión que acarrearía la escisión de una sección de éste para articularse en defensa de la lucha armada prolongada, formando las Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí (FPL-FM) lideradas por Cayetano Carpio “Marcial”. Como la mayoría de las agrupaciones que surgieron en esos años, recuperaban la importancia del papel dirigente de la clase obrera a través de la guía de la vanguardia revolucionaria intelectual.

Caminando en paralelo, la Democracia Cristiana (PDC) y el Partido Unión Democrática Nacional (PUDN) –con otros grupos menores– integrarían la Unión Nacional Opositora (UNO), con intenciones de “atacar” por la vía electoral durante los co-

Y en el pasado las guerrillas fueran latinoamericanas

micios de 1972 con Napoleón Duarte como candidato a la presidencia. Esas elecciones pondrían en jaque al gobierno militar, quien mantenía el discurso de la modernidad habiendo legalizado la oposición –contenida– y políticamente esforzándose por generar la sensación de normalidad. Pero cuando en ese año parecía que la oposición encabezada por la UNO podría triunfar, se evidenciaría que si la modernización del sistema electoral habría de significar la salida del poder militar, resultaba mejor continuar como se estaba. Bajo esta lógica dos momentos fundan en ese año las condiciones futuras: llega al poder –a través del fraude– el Coronel Arturo Armado Molina (1972-1977), gobierno que dictaminará una tímida reforma agraria en 1975 (con el reparto de 60 mil hectáreas y la creación del Instituto Salvadoreño de Transformación Agraria); y ante la decepción del fraude una parte del PDC se separará y se aliará con la Juventud Comunista –cercana a la China de Mao– para conformar al Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), que se convertiría en los años posteriores en la fuerza militar del Frente por excelencia –con una relación de amor odio con el gobierno castrotrista.

Ese potencial tendiente al militarismo del ERP concentraría las tensiones; por lo que pronto una facción se desvincularía apostando por la movilización popular en contra de las “desviaciones militaristas” formando las Fuerzas Armadas de la Resistencia Nacional (FARN) en 1975²², alineándose con la primera gran organización de masas con inclinaciones revolucionarias: el Frente de Acción Popular Unificado

22 **Anexo 1** Mapas de ocupación guerrillera.

(FAPU)²³. El 30 de mayo del mismo año aparecería el Bloque Popular Revolucionario (BPR)²⁴ –cercano a las FPL– que es caracterizado por Rouquié (1994) como el “movimiento unificado de masas más fuerte que haya existido”. La última agrupación por conformarse sería el Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PRTC) el 2 de enero de 1976, con visiones de cooperación y unión entre las organizaciones armadas y legales, articularán después al Movimiento Popular de Liberación (MPL).

Los siguientes años implicarán un incremento en la confrontación ejército guerrillas. A la llegada al gobierno del General Carlos Humberto Romero (1977-1979), representante de la línea más dura del ejército, se decretará la “Ley para la Defensa y Garantía del Orden Público”, que ilegalizaba del todo la organización popular y significaba la antesala de lo que algunos llaman la “guerra civil” que se desató en El Salvador a partir de 1980. Esto será seguido por el intento de detener la posible influencia de la vecina Nicaragua ya Sandinista, cuando las FFAA el 15 de octubre del 1979 dan golpe de Estado para instaurar una Junta Revolucionaria de Gobierno civil-militar, que, declararían Viron Vaky subsecretario norteamericano, sería crucial para evitar “Otra Nicaragua” (Conckcroft, 2004). Ésta de primer momento estuvo constituida por prominentes personajes de la oposición moderada entre los cuales estaba Guiller-

23 En las FAPU participaban el Frente Universitario de Estudiantes Revolucionarios Salvador Allende (FUERSA) y la Federación Nacional Sindical de los Trabajadores Salvadoreños (FENASTRAS)

24 Integradas por la Unión de Trabajadores Rurales (UTR), la Federación Cristiana de Campesinos Salvadoreños (FECCAS), la Federación Sindical Revolucionaria, entre otras agrupaciones estudiantiles tanto nivel secundaria como de universidad.

Y en el pasado las guerrillas fueran latinoamericanas

mo Manuel Ungo –representando a la UNO–, pues su legitimidad no estaba en duda para un sector de la sociedad política; incluso Duarte, que estaba en el exilio, volvería para apoyar como parte del PDC. No obstante para la facción que había reaccionado a la represión con la organización armada, no se podía confiar en esta nueva cara del gobierno, que pronto mostraría sus verdaderos colores.

A comienzos de 1980 Ungo y 37 oficiales abandonarían la Junta; veríamos aquí el mismo patrón ejecutado por los militares guatemaltecos. Se sabía que la postura internacional estaba cambiando, y como una estrategia se usaría –en los términos más maniqueos– a un Presidente civil, Duarte, para que se mantuviera como imagen pública de la vida política del gobierno mientras durara la Junta cívico-militar (1980-1984). Sin embargo éste no tenía posibilidades de influir o inmiscuirse en los asuntos del fuerte poder que ejercía la partida del ejército, mucho menos disminuir la persecución, tortura y desaparición de quienes a juicio de las FFAA fueran miembros de la izquierda. Así dentro de la Junta el PDC quedaría reducido, mientras desde sus filas había quienes se mudaban con mayor convicción a las filas guerrilleras²⁵. Según el texto de Cockcroft (2004) el que se haya mantenido en el poder Napoleón Duarte estaría también influido por el hecho de que con él se respondería a un llamado a la democratización –en clave imperialista– desde EUA hacía el Congreso, y a través del cual se obtenían mayores recursos de aquel gran hermano del Norte.

25 Es interesante el caso de José Antonio Morales Ehrlich, militante del PDC quien se integró a esta segunda Junta cívico-militar de 1980 mientras sus dos hijos se convencieron por la guerrilla, en el texto de Cockcroft se cita a uno de sus hijos: “Es realmente deshonesto estar en tu situación y seguir tratando de ocultar al mundo la realidad de la violencia y represión que nuestro pueblo sufre a diario.” (2004: 206)

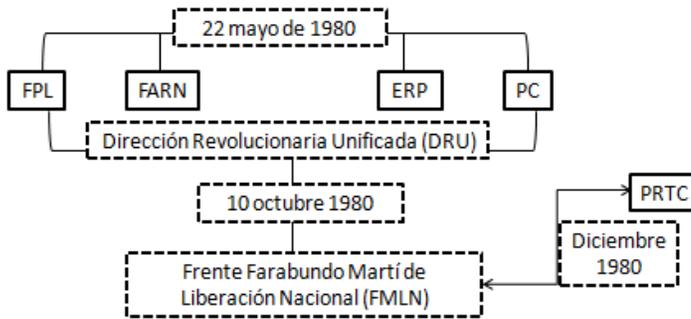
La conjunción de la necesidad de estabilizar la economía del país –ante la caída de los precios de los bienes de exportación– y detener el desarrollo del descontento social, proveyó del escenario idóneo para el auge del paramilitarismo de ultra derecha, que contaba ya con su largo historial de participación en la represión²⁶. El terrorismo de Estado se recrudeció y en tiempos de repliegue y crisis, las distinciones ideológicas debieron parecer superables. El antecedente inmediato sería el intento de las FPL, PCS y FARN por crear la Coordinadora Político-Militar; con lo que se asentaría la unificación. Entonces de acuerdo con la información de Prieto (2007), Rouquié (1994) y sobre todo del “Manifiesto de la Dirección Revolucionaria Unificada al Pueblo Salvadoreño”²⁷, los grupos armados se conformarían de la siguiente forma²⁸:

26 La Organización Democrática Nacionalista (ORDEN) sería fundada en 1968; y a mediados de la década de 1970 proliferarían algunas otras como: Frente Político Anticomunista (FPA) o la Fuerza Armada de Liberación Anticomunista-Guerra de Exterminio (FALANGE). Posteriores al derrocamiento de Romero se crearían, el Bloque Antigüerrilla Oriental (BAGO), y el Partido de Liberación Nacional Ejército Secreto Anticomunista (PLN-ESA), entre muchas otras.

27 Consultado en la página del CEDEMA <http://www.cedema.org/ver.php?id=3935> [Recuperado el 28 de agosto del 2013]

28 Es importante aclarar que hay variaciones respecto a quiénes, cómo y cuándo formaron la DRU. De acuerdo al comunicado de ésta para anunciar la conformación del FMLN en octubre de 1980, las FARN no eran parte de la Dirección en ese momento; sin embargo Prieto (2007) ubica al ERP como de posterior inserción junto con el PRTC, y Rouquié hace lo mismo pero con las FARN. Aunque todos coinciden en que el PRTC será el último en incluirse en diciembre de ese año.

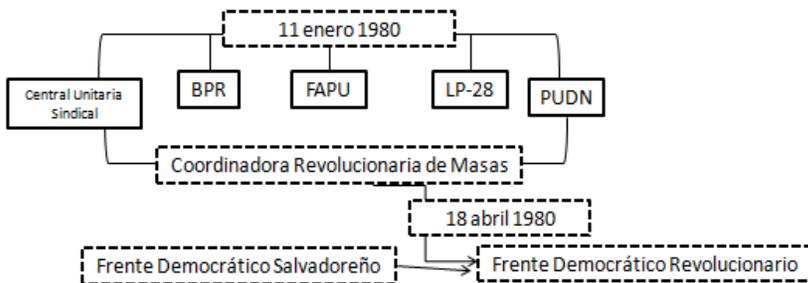
Y en el pasado las guerrillas fueran latinoamericanas



Cuadro 3. Formación del FMLN. Elaborado por la autora.

Cada grupo con representantes en la Dirección Central, presentarían al FMLN a la historia para apropiarse más fielmente la aportación *frentista* de la región centroamericana. Por si fuera poco, reconociendo su pasado indígena –como no se ha hecho en El Salvador con mucha frecuencia–, formarían el Frente Paracentral Anastasio Aquino en San Vicente, lugar donde Aquino encabezó la rebelión indígena de los *pipiles* en 1833.

Junto con las guerrillas, las organizaciones populares harían su parte:



Cuadro 4. Formación del FDR. Elaborado por de autora.

Ambas se encontrarían para formar la Comisión Político-Diplomática. Y personajes como Manuel Ungo, que había renunciado a la Junta Militar de 1979, se integrarían al FDR.

Era un esfuerzo enorme por establecer lazos de unidad, así que lo que quedaba era lanzar la evidencia de que sus acciones no eran aisladas sino operaciones planificadas y consensuadas. La comunidad y “hermandad” interna fueron preceptos cruciales para generar la sensación de unidad inquebrantable (después se sabría que nunca fue tan armoniosa) que se requería para derrotar en algún plano al Estado salvadoreño, que pasaba por una fuerte desconfianza social. Adoptaría el FMLN los preceptos del “centralismo democrático” y, se dice, con la presión cubana y nicaragüense se planearía la “ofensiva final” para enero de 1981 (hay datos de que la solidaridad internacional al FMLN dotaría de 10 millones de dólares para esta acción (Peñate, 2002)). Los tres objetivos generales para esta ofensiva: tomar 16 cuarteles por asalto, generar la insurrección tanto de los obreros y campesinos como de 5 cuarteles de las FFAA, y la huelga general (Ibídem). Sin embargo la ofensiva no logró tener el impacto ni crear el ambiente que los grupos guerrilleros creían necesario para conformar un Ejército Popular y acercarse un poco más a la toma del poder. A pesar de la situación en la que se había quedado con este intento de ofensiva, la guerra continuó con un FMLN fortalecido, lo que provocó una división contundente de las fuerzas y el control del territorio; el Frente apostaría desde ese momento por el desgaste, el sabotaje y las emboscadas.

Y en el pasado las guerrillas fueran latinoamericanas

Le tocaría al gobierno de Álvaro Magaña, Presidente interino desde 1982 hasta las elecciones de 1984 en las que saldría electo Duarte (ya sin la Junta Militar encima aunque no necesariamente con capacidades para impulsar un gobierno autónomo²⁹), enfrentar ese preocupante control parcial del territorio; la ayuda llegaría de nuevo de la fuerte inversión norteamericana, tanto económica como de asesoría político-militar, que según cita Rouquié (1994b: 227) entre 1983-1984 se duplicaría y pasaría de 72,5 millones a 150,4 millones de dólares. A la par las FFAA salvadoreñas adoptarían esa nueva forma de lucha, la GBI que hemos ya caracterizado, retomando la asistencia social en las poblaciones como una forma de cambiar la imagen del ejército nacional, con el objetivo de convertirlo en una entidad con legitimidad. De esta forma, sin dejar de lado el ataque frontal militar, se incluiría lo civil a la guerra generando grupos de defensa contra las guerrillas que provendrían del mismo seno de la sociedad que años antes habían llamado a la revolución. Serán estos mismos años en los cuáles el FMLN, tal vez ante el “fracaso” de la ofensiva del 1981, asumirían la posibilidad del diálogo lanzando en 1984: la “Plataforma para un futuro Gobierno Provisional de amplia participación”, convocando al gobierno de José Napoleón Duarte (1984-1989) del PDC a la primera reunión para negociar la paz, aunque aún sin aceptarse el cese al fuego por ninguna de las partes.

29 “Se reconoció ampliamente que el gobierno de Estados Unidos aportó, por lo menos, 1.4 millones de dólares a la campaña final contra Roberto D'Aubuisson del partido de extrema derecha Arena (Alianza Republicana Nacional) con el propósito de asegurar la victoria de Duarte, del PDC. Debido a las asociaciones de D'Aubuisson con los escuadrones de la muerte, el gobierno de Reagan temía que una victoria de Arena pudiera repeler a la opinión pública estadounidense y socavar el apoyo del Congreso para enviar ayuda adicional.” (Cockcroft, 2004: 210)

Se hacía claro, para ambos –gobierno y Frente–, que la guerra comenzaba a pesar. La lectura del proceso no arrojaba un ganador y aunque el FMLN sería el primero en proponer el diálogo no por eso dimitiría en sus intenciones. Para 1985 su programa priorizaría la convocatoria a movilizar la ciudad, por lo tanto a la vez que pedían dialogar exigían con las armas sus derechos. Transcurrió de esta forma hasta 1989 cuando efectuarían su mayor ofensiva –sin poder de nuevo lograr la insurrección generalizada– tan sólo para que llegue al poder Alfredo Cristiani de la Alianza Republicana Nacionalista, y se acepte al fin el diálogo con la guerrilla.

Llegaría el momento en que con mediación de la ONU en México, en 1990 se sentarán para acordar el fin de la guerra para el 19 de febrero de 1992. No parecía haber más que hacer, sus “aliados”, Cuba y Nicaragua lo habían también perdido todo, y en su vecina Guatemala los pactos de paz se asomaban igualmente como “último” recurso.

Décadas pasaron y la violencia que en un principio parecía responder, comenzaba a evidenciar su incapacidad de ser resolutiva; con todo esto, la URSS en decadencia y con ella Cuba, la revolución fue tomando nuevos tintes para acoplarse al sentimiento democrático y pacífico respaldado por sociedad cansada y desgastada que prefería pactar a seguir contando muertos. De esta forma la violencia se iría viendo deslegitimada de a poco para ser sustituida por una paz conservadora, no más legítima pero tampoco ilógica. Y entonces se hablaría del “fracaso de las guerrillas” para confirmar su ineficacia y aludir a su violencia como justificación de la represión; se

Y en el pasado las guerrillas fueran latinoamericanas

abandonarían los paradigmas y las utopías se guardarían para no sentir vergüenza. Ya no había más que hacer porque con la experiencia guerrillera, parecía caer todo.

DOS DISCUSIONES FINALES PARA EL RECONSTRUIR: GUERRILLA Y FEMINISMO

El largo camino recorrido por los grupos armados, plenamente reconocidos como guerrillas, llevaría a toda la región al estruendo de la guerra. La guerra contra un estado de las cosas, contra un formato de la vida que desde siempre había implicado para gran parte de la población sobrevivir; había guerra incluso sin su versión militar.

Pero el escenario que en este primer capítulo se planteó estaría incompleto si no se presentaran nociones inherentemente paralelas a los fenómenos socio-históricos que se han ido exponiendo. Se ha acudido a la guerrilla a lo largo del texto para caracterizar los levantamientos que aquí hemos descrito. Al respecto se han hecho ya algunas aclaraciones acerca de su uso en esta tesis, por lo que queda aquí afinar las conceptualizaciones y preceptos que se han seguido en torno a ella. Desde Argentina hasta México fueron dejando sus rastros, por lo que reafirmaré por una parte su generación latinoamericana –particular– sin pretender homogeneizarla pero si reconociendo en ella ciertas tendencias, mientras al hacer un seguimiento historiográfico se pretende ayudar a comprender su recorrido teórico, ligado sin duda al paso concreto de las prácticas políticas que hombres y mujeres fueron construyendo a través de la experiencia guerrillera. La intención es establecer pautas para futuras discusiones,

pero a su vez guías de lo que seguirá en esta investigación. Son mis reflexiones del tema hasta el momento, y por lo tanto no son finales ni absolutas.

Para cerrar el capítulo se hace un acercamiento más certero al tema de las mujeres en las guerrillas, nuestro objeto central, haciendo un reconocimiento del campo feminista latinoamericano. Una postura ético-político de larga data, que implica una relación de resistencia de muchas mujeres alrededor del mundo, que sin embargo, podemos adelantar, no parece haber podido influir críticamente para cambiar el rumbo de las relaciones hombre-mujer dentro de las guerrillas. Aún así conocer sus planteamientos y su recorrido político, será de ayuda para dibujar las líneas posibles en el imaginario de las mujeres, en esos tiempos en los que el peso de la categoría de *clase* experimentaba una absolutización como única revolucionaria.

**Identidades revolucionarias. Guerra de guerrillas,
*foquismo, frentes.***

Insurrección, grupos armados, revueltas, brazo armado del partido político, movimientos guerrilleros, guerrillas. Cualquiera de éstas podría haber sido usada para describir a los grupos organizados de la segunda mitad del siglo XX; sin embargo *guerrilla* sería la que predominaría para encontrarles un lugar en la historia. Eran tiempos de renovación, de nuevos paradigmas, nuevas formas de entender lo utópico que trascendían las fronteras; por lo que el término encontraría su camino también en las tierras de Vietnam³⁰. Teniendo en común su germinación en esos países “en

30 Incluso los estudios teóricos desde Latinoamérica alrededor de la guerrilla toman como pilar éste caso, haciendo falta hilarlo con las características y el desarrollo de la práctica en nuestra región.

Y en el pasado las guerrillas fueran latinoamericanas

vías de desarrollo”; eran “los otros”, los subalternos, con naciones dependientes, población en pobreza y sin fuerza económica para ejercer resistencia. Eso parecía.

Antes de comenzar vale la pena aclarar que se sabe que la guerrilla en singular alude a un grupo pequeño que enrolado en un proceso militar constituye la unidad caracterizada por su movilidad y su capacidad de emboscar a grupos grandes. Dentro de éstas características es que resulta de ayuda como estrategia para los grupos que emergen en desventaja. Como se sabe esto también se reconoce que en la vivencia de quienes constituyeron un grupo revolucionario en ese contexto preciso, emergió la guerrilla como un verbo amplio y no sólo un adjetivo; “las guerrillas” no serían ya la unidad de múltiples de ellas, y el guerrillero/ra sería aquel que participaría activamente en el enfrentamiento a las figuras de poder y no sólo quien conformara efectivamente una guerrilla.

No sería una exportación, pues como ya se ha dicho razones de sobra había para organizarse asumiendo el uso de la violencia y emprender un empoderamiento. Su práctica no tenía patente en ningún lugar del mundo, así que aquí sería reconfigurada y reapropiada en su concepción y su vivencia, haciendo de su desarrollo teórico –también histórico– no un continuo lineal y progresivo, sino en momentos y caracterizaciones diferenciables a lo largo de su vida temporal.

El estudio de estos casos acarrea constantemente una superposición categórica, así que para los fines de este escrito se comienza por admitir el hecho de que el desarrollo más prominente de lo que denomino como *identidades revolucionarias*, se daría en la América Latina a partir de la década de 1960. No siendo el momento en que sur-

gieron las contradicciones, sino siendo el momento en que se exponenciaría su presentación ante el mundo.

Tiene sentido comenzar por uno de los sujetos que se ha constituido como el gran emblema, simbólico y teórico, de aquellos movimientos revolucionarios guerrilleros: Ernesto Guevara de la Cerna. Su texto *La guerra de guerrillas* publicado en Cuba en 1960, establecía tres aportes fundamentales que según él devinieron del proceso cubano: 1) el potencial de las fuerzas populares frente a las fuerzas oficiales; 2) la legitimidad del “foco insurreccional” como impulsor de condiciones revolucionarias; y 3) la preeminencia, en América Latina, de la lucha armada en el campo (Guevara, 2008). Estas condiciones, que indudablemente permearon en la construcción teórica-práctica de las primeras guerrillas, apuntarían al camino elegido denominado *foquismo* (que constituye un primer momento de historización).

Su gestación podría parecer producto de una generación espontánea, una ocurrencia, no obstante hay una consideración que no se ha hecho respecto de por qué el *foquismo* pudo tener sentido. La respuesta se puede encontrar en el proceso amplio – internacional– de la conformación del discurso revolucionario que provenía desde la URSS. Habría que recordar que desde ahí la Segunda Internacional con su lectura leninista había hecho un llamado a constituir Partidos Comunistas para seguir la perspectiva “etapista” de la revolución que indicaba, entre otras cosas, que se debía pasar por la Revolución Democrático Burguesa –en obvia alianza con la burguesía nacional– para socavar al feudalismo y con eso esperar el arribo del comunismo; siguiendo el camino lineal que llevaría a la eventual –e inminente– construcción del co-

Y en el pasado las guerrillas fueran latinoamericanas

munismo. Podríamos imaginar que esta figuración del quehacer revolucionario implicaba, hasta cierto punto, una actitud poco proactiva, de espera, que se intentaría contrarrestar con la urgencia “aventurista”, dirían algunos comunistas, de la creación del foco guerrillero; en donde además me parece que la concepción del “hombre nuevo” tiene entonces la intención de generalizar e interiorizar el potencial revolucionario y así escapar, mínimamente, del dogma del momento (posteriormente la experiencia cubana también se haría dogma). Al comprender a lo que se contrapuso el *foquismo*, cobra sentido su determinante influencia latinoamericana porque emergió como perspectiva rebelde con respecto a una visión predominante.

Guevara y Régis Debray son considerados los ideólogos de las primeras guerrillas pos-Cuba; no sé si podría afirmar que su intención era exportar la experiencia isleña para convertirla en el *deber ser* guerrillero por excelencia, pero la narración histórica deja muestra de que eso fue lo que paso. A pesar de los intentos de explicitar la particularización de los territorios, de la población, de la necesidad de una base de “cuestiones objetivas”, las “reglas” establecidas en sus textos para guiar una guerrilla resultaban demasiado acabadas para ser reinterpretadas³¹. Una de las críticas más prominentes que llegaron desde el marxismo, recaía en el proceso de descentralización del Partido con respecto a la guerrilla. La sistematización del proceso cubano llevó a concertar la importancia de la independencia del foco guerrillero –en el campo– frente al espacio del Partido representado en la ciudad, y tal vez también de las orga-

31 Esto aunado a que el triunfo de la Revolución cubana sin duda desconcertó al grado de convertirla en un proceso inmortal, absoluto y con el acceso al poder, en apariencia terminado.

nizaciones populares legales. Nos dice Debray: “Situarse la guerrilla bajo la dependencia estratégica y táctica de un partido que no cambia radicalmente su organización normal de tiempo de paz, o situar la guerrilla como una ramificación más de la acción del partido, trae por consecuencia una serie de errores militares mortales [...]” (2005: 136). Problematizaba sobre todo cuestiones prácticas de depender de un grupo político que no estaba inmerso en la sierra, en donde la dinámica y la urgencia de las decisiones eran prioritarias con respecto a la realidad vivida en la ciudad pacífica e inherentemente “aburguesada”. Así este primer intento teórico –y panfletario tal vez– que predominó, generaría una tensión esencialista entre el campo y la ciudad; el símbolo de la primera era la revolución, el de la segunda el opresor. Con el tiempo el proyecto del foco guerrillero fue apuntalado para trascender las fronteras (con la OLAS como ya mencionamos), pero su tambaleo elemental sucedería a la muerte del “Che” en 1967, sobre todo porque ésta ocurría mientras llevaba a cabo su tercer intento por propagar la guerrilla como práctica para la revolución con el Ejército de Liberación Nacional (ELN) en Bolivia.

Las contrapropuestas vendrían desde la crítica de lo rural, desarrollándose, aún con tintes foquistas, la guerrilla urbana como su antítesis. Hay dos grandes ejemplos de este precepto, Carlos Marighella (Brasileño militante de ALN) que publicará en 1969 *Mini-manual do guerrilheiro urbano*, recuperando la necesidad de una perspectiva global que reconociera las virtudes estratégicas del campo y de la ciudad. Y tomando a los Tupamaros uruguayos como uno de sus ejemplos más prominentes, Abraham Guillen (teórico y militante anarquista, miembro de la CNT española exilia-

do a consecuencia de la guerra civil), de los principales teóricos de esta vertiente, quien establecería la necesidad de priorizar a la población. Para él era totalmente ino-
cuo adentrarse a una sierra donde no había “nadie” que te escuchara. Por lo cual
apostaba por acudir a la ciudad en donde se encontraban los oídos, las voces, las ma-
nos y las armas (Guillén, 1977). Su idea era ascender y superar el *foquismo*, con todo su
militarvanguardismo, trascendiendo hacia la formación de un ejército de liberación,
de un pueblo armado, “La prioridad se ubica en levantar a la gente en armas más que
desmoralizar al enemigo [...] los ataques a la ley y el orden y la diseminación sistemá-
tica del caos deben llevarse a cabo únicamente en aquellos casos de compatibilidad
clara y evidente [...]” (Ibídem: 9). Pone énfasis en las diferencias del cómo se quiere
llegar al poder y aunque sigue apelando a la existencia de una vanguardia dirigente,
su idea de fondo es que las guerrillas, sus actos, sus objetivos, deben de estar en cons-
tante comunicación con el pueblo al que dicen defender. El *foquismo* cubano, según él,
no permitía eso y confundía la revolución con la rebelión, incitando más a actitudes
de “golpe de estado” que de creación del poder popular. Insistirá en la necesidad de
un mando continental en donde pudieran confluír todos los ejércitos nacionales que
se fueran creando –muy al estilo del internacionalismo anarquista. Con esto se co-
menzaba a gestar una nueva necesidad, apelar y ser en el pueblo.

El tema resultaría complejo porque sabemos que la realidad varía mucho entre
nación y nación. Por lo que la posibilidad de una guerrilla urbana o rural estaba en
función de quién la organizaba, pues al final ninguna de las versiones, hasta el mo-
mento, había cuestionado la centralidad de una vanguardia que poseía las capacida-

des únicas de movilización (Muy *a posteriori* lo harían, aún con fallas, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional EZLN desde Chiapas, México; encabezando una nueva oleada de movimientos revolucionarios). Haciendo que la revolución siguiera emitiéndose como un agente externo a la sociedad a la que se le quería incluir porque de principio no era parte.

Pero como vimos en los apartados anteriores al concentrarnos en la experiencia centroamericana de Guatemala y El Salvador, se avecinarían cambios; y tenía que ser porque como se ha caracterizado a esa zona, sus cualidades y propiedades requerirían un viraje. Es verdad que la gran enseñanza centroamericana sería el intento de desmilitarización, o la descentralización de la militarización, emprendiendo un proyecto tripartito: Partido, Ejército, Movimiento de masas, que tenía la intención de generar un mayor involucramiento, acudiendo el endeble equilibrio entre clandestinidad-legalidad. Tendrían “éxito” porque sobrevivirían largo tiempo, sin ser verdaderamente centrales en las disputas de los grandes poderes como para que se invirtiera en su perpetuación desde fuera, lo que nos debería llevar a considerar su potencial movilizador y la simpatía popular con las motivaciones que representaban. No obstante como ya dijimos antes, “perderían” al ser incapaces de preparar un cerco de seguridad alrededor de quienes desde lo legal defendían su existencia. Sin tratar con esto de colgarles los muertos de los que sin duda es responsable, no sólo la figura estatal, no sólo los varios gobiernos que pasaron, sino también todos los sujetos individuales que pusieron su voluntad en la tortura, desaparición y asesinato de tantas personas.

Y en el pasado las guerrillas fueran latinoamericanas

Al final los Frentes tendrían también sus defectos, y de sus posibilidades se tendría también que especular porque al final claudicarían.

Lo que llevan en común todas estas facetas es que desde un principio se aludió a la necesidad/justificación de agotar todas las vías posibles desde el orbe de lo legal para así dotar de legitimidad al uso de la violencia. Se reconocía explícitamente que mientras más sangriento y represor fuera el Estado, más gente estaría dispuesta a adherirse y luchar. Pero aún con todo su sentido de radicalidad, paradójicamente, las guerrillas apelarían también a la modernidad como parte de su proyecto revolucionario; apostando por la industrialización, el desarrollo y la inserción a la economía mundial, sin poder/querer dejar fuera categorías de convivencia que desde el discurso moderno se imponían, tales como el entendimiento binómico de la realidad (hombre-mujer; campo-ciudad; naturaleza-razón, civilización-barbarie) o el sentido de competencia por llegar a un estado de desarrollo ideal. Con lo cual, y de a poco, me parece que la figura del guerrillero se va asentando como forma de ascenso social para encontrarse con un poder –tanto en el sentido de acción como en el de coerción– que de otra forma resultaba imposible.

Uso y desuso del concepto de guerrilla

Entonces *guerrilla* aparece en múltiples momentos históricos y por lo tanto se ha aludido con ella a variadas formas de organización, siendo determinante su figuración como proceso militar (el *foquismo* cubano, no haría más que arraigar esta idea.) El tinte que yo le agregaría como singular dentro del espacio histórico de las guerrillas, sería el de la revolución, no entendiéndola necesariamente como la llegada al poder estatal de la vanguardia sino al empoderamiento que implicó para la gente que se invo-

lucró en ella. Aunado a esto visualizaría el sitio, guerrillas en el mundo colonial del imperialismo capitalista no podrían ser lo mismo que la guerrilla alemana Fracción del Ejército Rojo organizándose en el centro de la nación alemana “primermundista”.

Robert Taber nos dice: “Cuando hablamos de lucha guerrillera nos referimos a los guerrilleros políticos, civiles armados para quienes el rifle o el machete no es el arma principal, sino sus relaciones con la comunidad o la nación, en y por la cual pelean.” (1967: 18). Es decir es claro que la guerrilla estaba compuesta por bases de apoyo y combatientes, con actividades diferenciables y sin duda jerarquizadas, pero en cierto nivel identificarse y asumirse como guerrillero o guerrillera no pasaba, necesariamente, por la práctica militar. Al final el “pacto social” que coloca al sujeto como encarnación sin poder, por habérselo concedido a un Estado, sería roto por todas las partes que constituyeron a la guerrilla al tomar en sus manos las posibilidades de cambio; dado lo cual aún sin armas formaron parte del mismo grupo identitario y empoderante. Y ésta debería considerarse como una de sus aportaciones y particularidades que la hacen latinoamericana, o tal vez queda decir subalterna.

La idea que vierte Ilja Luciak en su texto, respalda y reafirma lo que aquí evitaré:

Es obvio que a los ojos de los propios guerrilleros, la categoría de “combatiente” no se limitaba al que portaba armas, sino que incluía hombres y mujeres en posiciones de apoyo, al igual que en cualquier ejército del mundo. Sin embargo, al discutir la participación de las mujeres en los movimientos guerrilleros, muchas fuentes académicas disciernen entre las combatientes armados y las mujeres en funciones de apoyo. Este último grupo se considera parte de la guerrilla, pero no

Y en el pasado las guerrillas fueran latinoamericanas

está incluido en el cálculo de los “combatientes”. Por ende, esta distinción artificial tiende a opacar y menospreciar la importante función que desempeñan las mujeres y los hombres que ocupan cargos de apoyo logístico. (2001: 62)

No es una noción del todo impregnada en los testimonios de ex-militantes, pero ayuda a guiar la perspectiva desde la cual he decidido mirar sus historias.

Su peso como categoría con innegable connotación ideológica hace que reflexionar alrededor de ella lleve a pensar que vira hacia el desuso porque ya no refleja el contexto. Hay quienes consideran que se debe sustituir por una más apropiada, más neutral, que permita el entendimiento total de la gama de variantes movimientos armados que surgieron (los nacionalistas, los socialistas, los populistas, etc.). Ignacio Sosa en su texto *Insurrección y democracia* (1998) plantea sustituirla justamente por insurrección, argumentando entre otras cosas, que la categoría “opaca” a aquellos grupos que sí lucharon por el ideal democrático en los términos más liberales; pues su reminiscencia cubana aún socava sus posibilidades. Tiene razón al diferenciar los motivos, y al dejar claro que no todas apuntarían al socialismo de primer momento, pero se equivoca al no reconocer que si bien es cierto que había las que demandaban democracia (perspectiva que sería considerada por los comunistas como burguesa pues no apuntaba a resolver los problemas estructurales de la desigualdad social), ésta siempre iría acompañada por la exigencia en la ampliación de los sistemas de justicia, por la disolución de los intereses particulares elitistas, y la popularización de la práctica de gobernabilidad. De fondo, en todas las que he podido estudiar, estaba

siempre el sentido de justicia social que trasciende las posibilidades de la democracia liberal –o neoliberal.

Considerando que lo que conocemos de los movimientos guerrilleros está en relación directa con los estudios y la construcción histórica del tema, resulta obvio que la carga ético-política de la que se ha dotado tenga que ver con el discurso historiográfico que ha predominado; que se ha desarrollado en términos progresistas y lineales, mostrando a la expresión guerrillera como punto de quiebre de una crisis ascendente que irrumpió en la normalidad de la incipiente vida democrática. Hay poco de crítica al sistema capitalista, al ideal democrático predominante, a los diversos sistemas de opresión, no se han considerados categorías como el colonialismo o el patriarcado y sin esto la guerrilla parece absorta en un contexto limitado que llegó a su punto máximo con la caída de la URSS. Es por eso que hacer un discurso crítico requeriría una reestructuración en la cual entendiéramos a la crisis como la constante del sistema-mundo, teniendo como variante no el escalamiento de la decadencia, sino al empoderamiento social.

Finalmente en el conjunto de este texto se ha elegido partir desde la categoría de *guerrilla*, no como un capricho político sino como una necesidad intelectual de reflexionar alrededor de ella. Pues aunque parece obsoleta y/o descontextualizada, se cree que si cambiamos el lente con que la analizamos es posible re-aprender y relegar el legado del trauma, la decepción y retracción. Es a través de la experiencia en Centroamérica, y a través de las experiencias en femenino, que se pretende apuntar a su renovada posibilidad conceptual.

Y en el pasado las guerrillas fueran latinoamericanas

POSIBILIDADES FEMINISTAS PARA LA REVOLUCIÓN.

La revolución será feminista, o no será

Acercarnos al feminismo implica acercarse a aquella larga tradición de resistencia que como ideario político ha sido el pilar embrionario a través del cual se ha podido desarrollar una postura crítica con respecto a las relaciones hombre-mujer. Aquí nos referiremos a su relación con la revolución en los términos en los que se estaba planteando en América Latina para la segunda mitad del siglo XX, lo que a su vez pasa por aludir a la experiencia en los países socialistas, sin dejar de reconocer el recorrido que desde aquí se hizo al respecto.

Para comenzar vale la pena hacer una aclaración epistemológica: se ha perpetuado historiográficamente un discurso –que ha comenzado a contrarrestarse–, en el cual predomina la perspectiva europea probablemente porque se ha arraigado la idea del origen –como práctica teórica y política– en la lejanía de ese espacio occidental durante y posterior a la revolución francesa de 1789; cuando a través de la discusión acerca de la soberanía y la igualdad se dejaron entrever las contradicciones históricas de quiénes podían ser iguales y para qué. Con el tiempo pasaría lo mismo con las estadounidenses quienes al ganar peso internacional, impulsarían las agendas con respecto a la mujer considerando que partir desde ellas implicaba incluir a todas.

Ha pasado tiempo y es posible ahora admitir que no existe UN feminismo, que no hay UNA mujer y que al estar ancladas a las otras estructuras sistémicas, el desarrollo del movimiento –tanto internacional como latinoamericano–, sus demandas y

sus luchas, transcurrirán inevitablemente en paralelo con el Estado-nación, el imperialismo o las prácticas económicas. En esto ha sido crucial la aportación del feminismo acompañado de la crítica al colonialismo, de la práctica descolonizante³², que, con la influencia del movimiento subalterno, se movió del centro a los márgenes para enunciar nuevas interlocutoras desde el sur, dicen: “[...] concebido metafóricamente como un espacio político que se caracteriza por cuestionar las herencias de la dominación e imaginar otras cartografías posibles.” (Suárez, n.d: 6). El feminismo latinoamericano se inscribe en este relato.

Admitir esto es tener claro que el camino del feminismo ha implicado en todas partes la asimilación de sus demandas, con la representación de ciertos grupos mejor acomodados políticamente; por lo que se tiene que recordar constantemente que la mujer blanca de clase media intelectual no es la única, aunque su discurso sea generalmente el más divulgado.

Con todo, es crucial comprender el impacto del periodo descrito desde Europa como la Modernidad, que al conformar sus preceptos y heredarlos al mundo desembocaría en mujeres que pudieron organizarse al reconocer que no estaban incluidas, porque básicamente no eran sujetos políticos válidos; erigiéndose como movimiento anti-moderno (aunque no necesariamente como desmodernizante pues más bien se buscaba que la modernidad las incluyera). Se dieron internacionalmente luchas contra esas premisas que excluían a las mujeres, como sería el caso también de Amé-

32 Intentos de feminismos no occidentales como lo representan *Descolonizando al feminismo. Teorías y prácticas desde los márgenes* (n.d) y más recientemente *Feminismo desde Abya-Yala. Idea y proposiciones de las mujeres de 607 pueblos en Nuestra América* (2014) de Francesca Gargallo

rica Latina donde parece que el feminismo tuvo una expresión tardía –con relación al norteamericano– y poca injerencia en términos de potencial revolucionario. Sus primeras expresiones vendrían con la lucha por el sufragio³³ y por la serie de derechos políticos (entendiendo estos dentro del espectro jurídico estatal). Sin embargo si nos quedamos solo con esta lectura estaríamos dejando fuera la actividad de las mujeres anarquistas en Argentina –desde finales del siglo XIX–, como nos lo deja ver la publicación del periódico anarcofeminista *La voz de la mujer*³⁴, o el empuje que tuvieron a través de la expresión sindical mujeres indígenas, artesanas, en Bolivia (Lehm; Rivera & Ricaldi, 1988); ejemplos que nos muestran la aparición temprana de movimientos de mujeres que se aglutinaron alrededor de la posibilidad de la revolución, y que generaron un discurso que apelaba a sus diversas dimensiones sociales. Demostrarían muy pronto, contraria a la idea de que en pos de la revolución la categoría dominante debía ser la de *clase*, que se podía pensar y luchar también desde su subjetividad de género, desde la conceptualización de su cuerpo-mujer.

Así siguiendo la historia de las mujeres, aparece otro punto de tensión con la crisis de 1929, la primera y segunda posguerra, que irían exigiendo todas las manos

33 El voto femenino se logrará en Argentina 1947; Belice 1954; Bolivia 1938; Brasil 1932; Chile 1934; Colombia 1954; Costa Rica 1949; Cuba 1934; Ecuador 1929; El Salvador 1939; Guatemala 1946; Guyana 1953; Haití 1950; Honduras 1955; Jamaica 1944; México 1953; Nicaragua 1955; Panamá 1941; Paraguay 1961; Perú 1955; Puerto Rico 1929; República Dominicana 1942; Uruguay 1927; Venezuela 1946

34 “Constituye una de las primeras manifestaciones registrada en América Latina de la fusión de ideas feministas con una orientación revolucionaria y de clase obrera, y se diferencia del feminismo que encontramos en el resto del continente durante las fases iniciales de la industrialización, el cual se centraba en las mujeres educadas de clase media y reflejaba hasta cierto punto sus intereses específicos.” (Molyneux, 2003: 26)

laborales desestabilizando las regiones más favorecidas por el imperialismo; dándose la integración paulatina y desigual de las mujeres al mundo laboral, lo que las colocaría en un nuevo lugar de poder, más público y por lo tanto más legítimo para el reclamo. No obstante la idea de las mujeres trabajadoras no era una sorpresa para la mayoría de la población latinoamericana (o de cualquier otra zona colonial), el trabajo en el campo por mujeres y niños era una tradición milenaria, por lo que el factor que se integraba sería una nueva forma de organización, más propia del mundo industrial y que apelaba más directamente a la figura estatal.

Para el momento que nos compete, la segunda mitad del siglo XX, la discusión feminista –más intelectual que práctica– apostaba por la corrección estructural de la figura del Estado como “cura” para su desigualdad. Y sí, esta clase de demandas hicieron de este feminismo un movimiento de la Modernidad; aunque, me parece, las cosas cambiarían al darse cuenta que la efigie estatal se reformaba mientras las prácticas cotidianas no parecían ceder. Se hacía evidente eso que las anarquistas habían dicho hace años (aunque sin darles reconocimiento), la demanda de que lo privado se hiciera público, para que con esto se hiciese político. Con esto deconstruirían la obtención de la categoría política de ciudadana para asentar la lectura en clave patriarcal. Empero, todo su posible potencial práctico tendría que aguardar; el mundo se comenzaba a centrar en otro conflicto que ocupó (y tal vez aún ahora) la discusión central por gran parte del siglo XX, la obrero-patronal, la *clase*, y la revolución en función de éstas.

Y en el pasado las guerrillas fueran latinoamericanas

El feminismo (que pasaría por ser sinónimo de emancipación de la mujer o movimiento de liberación de la mujer) y su relación con el socialismo, comunismo y marxismo, distó mucho de ser una relación “justa”. Su inclusión en el discurso teórico se puede encontrar, aunque no exclusivamente, en el texto de Federico Engels *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado* de 1884; lo que deja en el “experimento” de la Revolución Rusa de 1917 un espacio para el desarrollo práctico de la tan traída y llevada emancipación. Es una realidad que los estados socialistas contenían una serie de contrastes que requieren de un análisis integral de sus prácticas para no caer en los extremos de la gloria o el infierno. Coincido con que es a través del aspecto femenino, que se pueden establecer algunos de estos contrastes, como nos los deja ver en su texto Maxime Molyneux:

[...] el salario femenino era aproximadamente un 30 por 100 inferior al masculino, las mujeres seguían a cargo del grueso del trabajo doméstico y el cuidado infantil, y estaban por lo general ausentes de los centros del poder político. Esto era igualmente válido para los estados revolucionarios del Tercer Mundo y para la URSS y la Europa del Este. (2003: 157)³⁵

En paralelo a esto ocurría, como parte de la realidad viviente de las mujeres – junto con otros grupos relegados– que habitaban países socialistas, la transformación socioeconómica que implicó su ingreso a la esfera pública con un nuevo conjunto de derechos y obligaciones, “[...] alcanzaron niveles educativos iguales, cuando no supe-

35 Cabría preguntarnos y reflexionar alrededor de qué tanto pudo haber cambiado esta situación. Pues en la actualidad seguimos encontrando estos aspectos discriminantes y opresores.

riores, a los de los hombres; la familia fue modernizada, pasando a apoyarse en la igualdad legal entre los sexos.” (Ibídem: 157). Las mujeres tuvieron aquí acceso al divorcio, apoyo en el aborto y planificación sexual; antes que en cualquier otro país capitalista se establecería la cuota femenina para la participación política, además de que Alexander Kollontoi sería la primera embajadora en la historia.

La postura materialista, en términos generales, comprendía que la opresión de la mujer estaba sujeta a la configuración de la propiedad privada y a cómo su cuerpo biológico la había alejado del trabajo y por lo tanto de la producción, llevándola a la enajenación de la familia monogámica patriarcal. Es por eso que la respuesta no era necesariamente una lucha de las mujeres por fuera de la lucha de clases, que ejemplificaba un feminismo, sino la integración a la lucha por colectivizar la propiedad, el trabajo y con esto abolir la familia patriarcal; el triunfo llevaría a romper las cadenas que estructuralmente sostenían su opresión.

Las complicaciones de acudir a la crítica de otros espacios no economizantes acompañaría constantemente al siglo XX; proveniente de la renovada concepción de la revolución que centralizaba al poderío capitalista. Pero aún desde ese frente, el movimiento de mujeres se reconfiguraría con las nuevas experiencias revolucionarias, era el estruendo del nuevo contexto que ya no podría omitirlas. Por lo que justamente contrario a la abstracción de lo teórico que había presentado el socialismo marxista, se le enfrentarían las vivencias de a poco sistematizadas de la “revolución en la revolución”.

Y en el pasado las guerrillas fueran latinoamericanas

Acerca de la revolución, como acerca de la relación hombre/mujer, es demasiado fácil para los marxistas citar abstracciones antes que ahondar profundamente en la dialéctica de lo concreto. Y las mujeres del movimiento marxista encuentran mucho más fácil citar cuán claramente habló Clara Zetkin acerca de la relación hombre/mujer en la inauguración de la Segunda Internacional, en 1889 [...] Pero cuando se trata del efecto de la relación hombre/mujer no sólo en términos económicos, sino personales y términos de revolución, simplemente callan. (Dunayvskaya, 2009: 187)

Como se reafirmará conforme avance el texto, será la consecución del actuar en la guerrilla: a la par de que gran parte del mundo colonial se sacudiera de los yugos imperialistas, se esparcía el antagonismo entre las problemáticas de género y las de clase. Aunque con la re-generación no espontánea del discurso feminista, habría quienes se darían a la tarea de mostrar la larga historia entre feminismo y marxismo, y cómo éste último, de acuerdo por ejemplo con la marxista Mary Alice Waters (1979), había dotado al primero de la estructura que possibilitaba su empuje como movimiento de masas³⁶, pero que de ninguna forma se oponían entre sí; colocando al socialismo como una teoría consciente de la necesaria liberación femenina sin la cual no estaría completa la revolución. Se intentaban pulir las asperezas, sabiendo, como lo admite Juliet Mitchell (1974), que la vivencia en la izquierda revolucionaria había llevado a algunas mujeres al desencanto por la lucha en conjunto con los hombres. Encontrando en ello la razón a la radicalización que llevó a concebir al patriarcado –a ve-

36 Obviando totalmente las luchas previas y las reflexiones proveídas de las experiencias, de fracasos, sin los cuales no podría haber reflexión crítica.

ces a los hombres como totalidad— como el gran enemigo a vencer y no a las estructuras capitalistas como lo planteaba la perspectiva de clase.

El llamado sería a contribuir, a enlistarse en la lucha que lo abarcaría todo. Por lo cual son ilustrativos los cuestionamientos que nos presenta Norma Stoltz (intelectual que además ha contribuido con la historia de las mujeres guatemaltecas) “[...] cómo las mujeres pueden ser movilizadas en favor de o como parte de la clase trabajadora; [...] cómo pueden ser movilizadas en favor de su propia liberación de una forma que también hagan avanzar al movimiento socialista.” [Traducción propia del original]³⁷ (1977: 84).

Este era el dilema que movía las arenas para cuando se emprendía el viaje guerrillero de miles de mujeres centroamericanas para quienes como iremos viendo, la convicción de omitir cierta parte de su constitución como sujeto social sería una realidad poco cuestionada abiertamente hasta después de salir de la coyuntura de la guerra abierta. Se trataba de apuntar a la confluencia, para dirigir al movimiento de clase femenino que aportaría a la transformación social amplia. Con la ilusión de que nadie se perdiera en las aguas del reformismo.

La llegada de Stalin cambiaría mucho el ambiente, y es probable que mayormente hacia su política, desde aquella “gran nación revolucionaria”, se lancen las críticas de éstas mujeres. Pero podríamos decir que esta es una realidad histórica ineludible: el socialismo admitió que la idea de una mujer subyugada era simplemente

37 “[...] how women can be mobilized on behalf of or as part of the working class; [...] how they can be mobilized on behalf of their own liberation in ways that also advance the movements for socialism.” (1977: 84)

inadmisible, al menos en el discurso. Se puede aludir que sus intenciones eran más que suficientes para legitimar su bandera revolucionaria, y su alineación con el feminismo (o con la liberación de la mujer, como preferían llamarle por todo el estigma que implicaba ser feminista). Pero hay consideraciones que a tomar. Molyneux parte de la importancia que tenía la modernización para los imperialismos de la URSS y EUA, pues en el desarrollo de sus sociedades se guardaba el germen de que su proyecto se expandiera, planteando que fue crucial esta perspectiva para guiar a la idea de la liberación de la mujer, no necesariamente por un sentido de justicia sino de utilitarismo. Para ella los estados socialistas admitieron ciertas prácticas, que pudieron caer en el feminismo, porque formaban parte del paquete de la modernización y el progreso (en términos de evolucionismo lineal y ascendente), y en su carrera por llegar primero se pasaba por admitir que algunas prácticas contra el colectivo de mujeres, eran injustas pero sobre todo antimodernas, atrasadas y por lo tanto inaceptables. Nos es imposible conocer con veracidad las intenciones de las políticas y sus ejecutores, por lo que la idea provocadora del utilitarismo sirve entonces más como reflexión que como declaración final. Aún así las mujeres soviéticas tuvieron sus traspiés en la revolucionaria nación, y las críticas a las prácticas más tradicionalmente patriarcales no se concretarían, dejando la pregunta del por qué y abriendo la posibilidad a respuestas como las de Molyneux.

Las influencias y retroalimentaciones de las ideas socialistas y feministas, que en algún punto pudieron converger, fueron encontrando caminos separados –lo que sobre todo significó la fragmentación del feminismo– conforme se acentuó la priori-

dad de las relaciones de *clase* producto del sistema económico. La categoría de “feminismo burgués” se asentó, y como en el mundo, en América Latina las mujeres debieron elegir desde cual subjetividad estarían dispuestas a hablar; el prestigio político se encontraba cargado totalmente en la de *clase*.

La posibilidad internacional del feminismo se diluirá para comenzar una lucha cuesta arriba por consolidarse como categoría política, y después con el desarrollo del concepto de *género*, como categoría intelectual. Reconocido por la “vanguardia revolucionaria” como movimiento burgués con pretensiones de dividir a la fuerza obrera, las feministas recorrerían la década de los 60 y 70 divididas, y fundidas con el ideario revolucionario que proporcionaron los Partidos Comunistas.

Aquí, con la teología de la liberación, tan influyente y determinante a la hora de mover a las masas hacia la importancia de la revolución que permitió romper con el paradigma conservador de quienes se adscribían al catolicismo, pasaría algo similar. Encontrarían también un límite en lo que era sensato para el grupo de mujeres, y su moralidad jugaría un papel primordial a la hora de juzgarlas. En definitiva en términos de su entendimiento de la esencialización imbuida a las características del sistema sexo-género no fueron muy innovadores; arraigando la idea de que los preceptos tradicionales del lugar de las mujeres en el mundo –y por lo tanto de los hombres– no eran cuestionables. La teología de la liberación no pudo hacer mucho para que el discurso revolucionario admitiera esos matices que irrumpieran para romper la relación

Y en el pasado las guerrillas fueran latinoamericanas

de poder hombre-mujer³⁸. Y dice Lucía Rayas “El dios de los pobres era un dios liberador con rasgos patriarcales [...]” (2009: 94)

Para 1975 la Organización de las Naciones Unidas inauguraría en México la década de la mujer, lo que serviría para que los grupos de feministas establecieran su línea política y su frente de lucha. Años después, en 1981 se llevaría a cabo en Bogotá, Colombia el I Encuentro Feminista de América Latina y el Caribe, que según nos cuenta Francesca Gargallo, evidenciaría la tensión entre dos visiones (la idea de la “doble militancia”), el feminismo apegado a las guerrillas y los partidos políticos, y otro que apelaba por una autonomía respecto a políticas consideradas masculinas (Gargallo, 2006). De las primeras se esperaba que dejaran en el fondo su “ser” feminista para concentrarse en la coyuntura de la revolución socialista; mientras que las segundas habrían de dejar a un lado cualquiera de sus otras subjetividades, para concentrarse exclusivamente en su lucha como mujeres. Durante un nuevo Encuentro en 1987 ahora en Taxco, Guerrero, la idea de las luchas separadas se consolidaría cuando guerrilleras del Farabundo Martí acudan a éste para pedir solidaridad con su revolución, recibiendo como respuesta que su movimiento al no ser feminista no podría ser apoyado por ellas.

Gran parte de los estudios sobre el feminismo latinoamericano coinciden en que su producción tanto teórica como práctica no pudo arraigarse hasta finales de 1980 cuando el entorno de las dictaduras generalizadas (al menos en apariencia) se

38 Al respecto dejó asentado un ejemplo interesante que aún requiere ser analizado: el caso de la Coordinadora Diocesana de Mujeres (CODIMUJ) en Chiapas. Silvia Soriano hace una aproximación en su texto (2006: 158)

deshacía. Entonces emergerán grupos de mujeres, aunque no necesariamente feministas, y en el caso centroamericano la experiencia del único “Encuentro Centroamericano de Mujeres. Historias de género. Una nueva mujer, un nuevo poder” en Managua, 1992.

Pero es prudente diferenciar entre las diversas luchas feministas, y las encabezadas por mujeres, ya que ésta diferenciación ayudará a comprender las divergencias en sus caminos. Aunque entiendo la importancia de la relación –teórica y práctica– Estado-género, no es lo mismo la lucha por el sufragio o la plena ciudadanía, que implica una línea más apegada al espacio estatal –reformista, aunque no menos contestataria–, a la lucha de las mujeres dentro de sindicatos e ideologías tendientes a una autodeterminación y a la búsqueda de su horizonte fuera de la esfera del poder del Estado. Será en esta última en donde se ubique mi empatía. Y es que como hemos visto las mujeres han ocupado nuevos espacios, y aunque algunas de ellas convergen con el feminismo no por eso han hecho de éste una práctica antisistémica; al respecto es inevitable hacer referencia a Domitila Barrios de Chungara, minera boliviana que acudió a la Conferencia de 1975 en México pero que dejó claro que su condición de pobre, la diferenciaba, junto con muchas otras. O las nuevas discusiones a las que apunta Julieta Paredes y la “Comunidad Mujeres Creando Comunidad” que sin tapujos renuevan lo que se entiende por género para concebirlo como “[...] categoría política relacional de denuncia, [...] que los hombres establecen con las mujeres para beneficio del sistema de opresiones que es el patriarcado, en la actualidad es patriarcado colonial-neoliberal.” (2012: 56), y que pueden reconocer el peligro en esas virtudes del

Y en el pasado las guerrillas fueran latinoamericanas

“neoliberalismo patriarcal” que apela a la inclusión de las mujeres como ciudadanas, haciendo críticas a la reivindicaciones de la equidad de género, pues –de acuerdo con ellas– la categoría refiere en si misma a una desigualdad, y apelar a la equidad en estos términos sería como apelar a la equidad de clases, imposible en su enunciación (Ibídem: 58). Obviamente sus alegatos han generado contrastes cuando internacionalmente se engrandece la igualdad de la mujer, es por eso que las menciono, para provocar el análisis de sus reflexiones y entablar diálogo con lo que desde nuestras arenas latinoamericanas se ha pensado, y equivocado.

Muchas de estas discusiones no estuvieron cerca de las mujeres en las guerrillas –las guerrilleras–, pero la memoria de quienes han podido materializar sus reflexiones han sido sin duda cruciales para lo que ahora podemos decir; no sólo en términos del feminismo o la lucha de las mujeres en el mundo sino también de la práctica guerrillera, en eso también han sido pioneras. Su posibilidad de desarrollar un discurso crítico de las relaciones hombre-mujer, tendría que haber pasado por un acercamiento cabal, crítico, reflexivo con el feminismo, lo que podría haber desencadenado el discurso para que eso que parecía privado, se hiciera público y se resolviera en colectividad dentro de las guerrillas y los espacios que éstas llegaron a trastocar. Desafortunadamente su influencia fue mínima, pero aún así, como iremos viendo en el capítulo dos, sus resistencias –pequeñas e inconexas entre sí– son palpables.

Capítulo 2

En el principio las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

Hace veinte años, abordar los temas que tratamos en estas páginas hubiera sido considerado por nuestros compañeros de lucha una traición, una desviación pequeñoburguesa, una peligrosa incursión en las filas del enemigo [...] Hace veinte años, muchas de las protagonistas del evento que recoge esta memoria hubiéramos pensado lo mismo de habernos escuchado

[Montañas con recuerdos de mujer. Una mirada feminista a la participación de las mujeres en los conflictos armados en Centroamérica y Chiapas]

El enfrentamiento abierto comenzaba, y bajo la inmensa fuerza del Estado-militar que arrasaba con la sociabilidad emanaría la resistencia de mujeres y hombres con la esperanza de que el proyecto en el que se integraban triunfara y pudiera verdaderamente cambiar las circunstancias nacionales. No se sabe con exactitud la amplitud o las formas pero los estragos de la guerra generarían una realidad de apariencia ineludible. La vulnerabilidad de la práctica política legal se había generalizado, contrariando las posibilidades de acceder a los canales abiertos, engendrando como opción la legítima vía de la ilegalización. Tiempos de movilidad social internacional en donde todo parecía estar pasando y todo parecía ser posible. La revolución se establecía como *deber ser* de muchos y la dimensión política por excelencia de ésta, la de *clase*.

Miles de mujeres centroamericanas optaron, porque las circunstancias se los permitieron, por emprender este viaje. La amplia gama de proyectos revolucionarios había prescrito un lugar para su participación. Desde el presente se han conocido a algunas a través de sus testimonios, aunque por razones que se tendrían que discutir del caso salvadoreño se ha arrojado más información cuantitativa que del guatemalteco (siendo por excelencia las sandinistas quienes ocupan la atención). Cabe la hipótesis de que el motivo esté en la relación entre las formas que tomó la represión en

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

uno y otro lugar, el impacto del miedo que puede inhabilitar el habla, así como la forma en que terminó por resolverse el conflicto.

Las cifras del caso salvadoreño son bien conocidas, se maneja que entre 1981 y 1992 las mujeres ocuparon un 60% como colaboradoras en el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), y 30% como combatientes (Ibáñez, Murguialday & Vázquez, 1996). De las guatemaltecas no conozco que se hayan manejado cifras a nivel de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG), sin embargo el texto de *Memorias rebeldes contra el olvido* (Carrillo, Hernández, López, Peláez, & Torres, 2008), establece que para 1997 el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) entregaría un listado con cuatro mil combatientes de los cuales asistirían a la desmovilización sólo 1470, 400 fueron mujeres. En ese mismo texto se dice que la URNG reportó en el mismo proceso de desmovilización, un 25% de combatientes mujeres, desafortunadamente no mencionan su fuente para poder ser verificada.

No serían las primeras mujeres participando en una guerra, dado que el proceso guerrillero es de tan larga data con muestras contrastantes –imperialista, independentista, revolucionaria, descolonizante. Lo que sí, es que las guerrillas revolucionarias que describo en este escrito serán innovadoras al permitirles participar como combatientes, guerrilleras o militantes (en toda la extensión de la palabra). Las tres categorías haciendo alusión al trabajo militar, tendientes a ser utilizadas indiferentemente; sin embargo, y aunque yo me enfoqué en buscar testimonios de mujeres vinculadas a las guerrillas, no pretendo concentrarme o utilizar éstas como formas cerradas relacionadas directa y exclusivamente con lo militar, aunque sí atribuirles

una voluntad de participación directa, es decir utilizarlas para definir a aquellas que aunque no necesariamente tuvieron acciones bélicas directas, sí asumieron un compromiso revolucionario –por lo tanto ético-político– a partir de otras actividades pero con la misma voluntad de transformación. Comprenderé, como fue desarrollado en el primer capítulo, que la acción revolucionaria contenida en la caracterización de guerrillera recayó en las espaldas de quienes desde el centro de la contienda se unieron a las opciones de resistencia y contraataque. Con esto aclaro que aunque dejaremos fuera a algunos grupos de mujeres –sobre todo aquellas que se movieron en calidad de refugiadas, o las madres que subían a cocinar a los campamentos– no por eso se niega que también trastocaron su vida, asumiendo ciertos compromisos, y que se enfrentaron a nuevos retos (por ejemplo la organización desde el refugio).

Muchas personas estuvieron dispuestas a dar su vida y es importante reconocerlo, pero en este proceso de investigación se aludirá a aquellas que contrastan porque en la presentación de su testimonio no deseaban necesariamente la guerra pero sí atribuían a su lucha un razonamiento más amplio que trascendía su circunstancia coyuntural. Fueron quienes se insertaron asumiendo el ideal revolucionario, que llegó a ellas en distintas circunstancias dependiendo de cómo había sido su proceso previo al estallido generalizado de guerra.

Así lo que queda claro es que ellas pudieron tomar un arma, entrenarse, ser base de apoyo, espías, creadoras; trabajaron y vivieron al lado de hombres que no eran sus esposos o parte de su familia parental. Ambos colectivos –mujeres y hombres– viviendo en un mundo patriarcal, reconocerían al grupo masculino como aquel

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

acostumbrado a la práctica política; ellos se sabían en mejores condiciones y ellas se sabían en desventaja. Y es que por una parte las mujeres integrantes de las guerrillas centroamericanas serían distintas entre sí, entre otras cosas por provenir de Estados-nación desarrollados en lógicas particulares, pero sus cuerpos de trabajadoras, indígenas, mujeres, guerrilleras, estarían contenidos por significados estructurales que trascendían esas fronteras ideales. Su existencia se construyó con los preceptos de la reproducción, la pasividad, y del sujeto a quien a través de la guerra se buscaba defender por ser la dadora de vida. Por lo cual su ingreso a ejércitos sería cuestionado por sus círculos sociales más cercanos, y significó un quiebre con las reglas básicas de la convivencia entre los cuerpos.

Los grupos guerrilleros fueron pioneros en permitir a las mujeres ser parte, de la misma forma las mujeres que lo decidieron rompieron con muchos paradigmas y se enfrentaron a su familia, amigos, y vecinos quienes las juzgarían desde el principio de su participación política por sus llegadas de madrugada a casa, por salir sin un hombre, por dejar a su marido solo, por pensar. Y a lo largo de este texto no se negará lo duro y valientes que debieron ser para intentarlo.

DE QUÉ MUJERES PODREMOS HABLAR

Las posibilidades de caminos a trazar a partir de trabajos testimoniales resultan para este estudio cruciales al permitirme acceder a una facción de la realidad, sin asumirlas como sujetos totalizantes sino como seres subjetivos a través de los cuales podemos trazar tendencias estructurales. El discurso producido por mujeres guerrilleras,

ya sea en recopilación de testimonios colectivos o en su formato individual, introduce en un mundo inexplorado tanto teórica como prácticamente. Con el constante peligro de caer en el sectarismo del que históricamente hemos sido víctimas.

Su existencia aún en el hecho de que la historia de las guerrillas centroamericanas (la historia en general) es contada sobre todo en clave de un supuesto sujeto neutral (hombre hetero-normativo). Sin embargo como en muchos otros casos no ha hablado cualquiera, han hablado generalmente los que dirigían, las élites de los grupos armados. Y puesto que las preguntas se les hacen a ellos, no se lee sobre relaciones sexo-género porque ese parece ser tema de mujeres. Ellos se preguntan, y se les pregunta, de la estrategia, la política y la guerra. Ellas sobre los hijos, los esposos, del amor, de la familia ¿Acaso nuestra vida está verdaderamente sesgada entre lo político-privado y lo político-público? Para mí la respuesta sería que no, por lo que resulta importante apuntar a investigaciones que diluyan esta división. Junto con esto es también fundamental admitir que esos hombres y mujeres guerrilleras vivieron esa forma particular de guerra como hombres y mujeres extraídos de una sociedad tradicional del siglo XX centroamericano; lo que seguramente los haría sensibles a vivirse y narrarse a través de esos lugares comunes y preconcebidos de lo que se les había enseñado que significaba socialmente su género.

La cuestión de los testimonios, al menos para mí, no es pretender igualdad y esperar de todos lo mismo; el problema no es solamente que las mujeres nos narren de sus hijos mientras los hombres parecen no tenerlos, sino que al jerarquizar y tipificar el valor de esta información sin sentido crítico abonemos en el arraigo de los bi-

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

nomios esencializados de lo “femenino-masculino”. Al hacerlo dificultamos su articulación con la estructura sistémica del patriarcado, haciendo difícil ubicar a éste en todas nuestras relaciones sociales y no sólo en las expresadas por la vivencia en clave de mujer. Ir hacia ellas implica reconocer sus errores, no para ajusticiarlas sino para dialogar. No creyendo que su experiencia fue especial necesariamente por su esencialidad como sujetos *mujerizados* (porque una mujer se construye) más sensibles y amorosas, pero sí por su vivir guerrillero en un mundo que además de capitalista ha sido siempre patriarcal.

Tomando esto en cuenta cabe aclarar que sólo unas pocas han podido escribir desde su individualidad, y otras pocas han subsistido a través de las recopilaciones colectivas. Quienes lo han hecho no podrían representar al colectivo de mujeres guerrilleras como una totalidad que en realidad es inabarcable. Aún así nos permitirán rastrear tendencias en actitudes y sensaciones que seguramente nos marcarán el ritmo de una época. Es por eso que la extensión de las citas será amplia, en los casos que sea necesario, para ayudar a transmitir la impresión inspiró la reflexión.

La producción documental, casi en su totalidad, se realizó y publicó en el contexto de desarme, posteriores a los tratados de paz. Cuestión que determinará tanto su contenido como su intención. En el caso salvadoreño, y desde su individualidad, María Martha Valladares (1952-) (Comandante Nidia Díaz) nos presenta *Nunca estuve sola* (1988) publicado durante la guerra. Mujer urbana con privilegios intelectuales y materiales, participó primero en el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) (1971) y posteriormente con el Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos

(PRTC). Vivió el proceso de guerra y paz desde los escalones de la diplomacia guerrillera, siendo parte y firmante de los tratados de paz. Su texto se concentra en el período que vivió en la cárcel (18 de abril de 1985 al 24 de octubre del mismo año) tras su detención en La Angostura, San Vicente, aunque a su vez deja entrever algunos aspectos de su historia política y familiar. Desde un lugar más cercano en tiempo, Lorena Peña Mendoza (1955-) (Comandante Rebeca) combatiente de las Fuerzas Populares de Liberación (FPL) escribió *Retazos de mi vida. Testimonios de una revolucionaria salvadoreña* (2009). También proveniente del espacio de la ciudad, creció en un ambiente privilegiado no tanto por una seguridad económica sino por la formación ético-política inculcada en toda su familia; una de sus hermanas sería desaparecida, la otra moriría en combate igual que su hermano mayor, su papá fue varias veces encarcelado o desempleado y vivió exiliado con su esposa hasta su muerte. Privilegiada también porque pudo elegir estudiar la universidad lo que le generó una amplitud de ideas proveyéndola de soltura a la hora de decidir dejarla para integrarse a la guerrilla. La suya es una narración mucho más amplia y compleja, que trasciende el mismo hecho de la identidad como guerrillera lo que a su vez ayuda a comprender mínimamente su vivir. Ambas tuvieron grados militares, tienen ahora lugares dentro del FMLN hecho partido, fueron madres durante el proceso de guerra, y debieron/decidieron relegar su maternidad y abandonar a sus hijos.

Con respecto a recopilaciones colectivas el texto: *La mujer en la revolución salvadoreña* (1983) de Norma Herrera, al ser producido en la coyuntura nos ayuda a comprender el sentido que se le estaba dando a la participación de las mujeres; incluye en

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

su mayoría a militantes de las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL) –grupo armado del Partido Comunista–. Sin embargo su lectura resulta poco verosímil por el lenguaje y la forma en que esta organizado, dejando la sensación de tener una intención propagandística más que testimonial. Durante el proceso de desarme verían la luz: *¿Valió la pena?! Testimonios de salvadoreñas que vivieron la guerra* (1995); e impulsados por el grupo feminista “Las Dignas” (formado en 1990) *Mujeres-montaña. Vivencias de guerrilleras y colaboradoras del FMLN* (1996), así como *Y la montaña habló: (testimonios de guerrilleras y colaboradoras)* (1997). El primero es mucho más amplio en cuanto a su grupo de estudio –trabaja con 21 mujeres– no todas necesariamente militantes de algún grupo, que de forma voluntaria o involuntaria se vieron envueltas en el conflicto armado, muchas de ellas involucradas a través del desplazamiento forzado y reconociéndose como refugiadas y repobladoras. El intento es constatar si para ellas esa vivencia les permitió encontrar nuevos espacios de participación. Los dos libros publicados por “Las Dignas” son producto de la investigación para el primero de ellos, éste se centra en la experiencia de 29 mujeres que se reconocen en su totalidad como combatientes incorporadas a partir de 1981. Trabajan con ellas aspectos de sus particularidades muy puntuales, como lo son el embarazo, la sexualidad y la maternidad (Nidia Díaz colabora en la parte final de este texto cuando Las Dignas buscaron convocar a miembros del FMLN para mostrarles y discutir sus resultados). El segundo de ellos presenta sólo 10 testimonios, mucho más amplios al concentrarse en un grupo más pequeño y dividido básicamente en tres apartados: “Las Colaboradoras”; “Las comandos urbanos”; “Las guerrilleras”. Siendo éstas últimas únicamente quienes militaron

en la montaña. Tomando sentido en El Salvador como en ningún otro lugar el simbolismo de “la montaña” como un lugar ocupado por la sensación de la revolución, dado que literalmente carecería de aquella significancia orográfica propia de otros espacios; reflejando aquella metáfora del título de libro: *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*.

Existen otros textos narrados en tercera persona como *No me agarran viva: la mujer salvadoreña en lucha* (1985), la historia de vida de Ana María Castillo (Eugenia) quien murió perteneciendo al FMLN en 1981, y que es contada por sus familiares que le sobrevivieron, entre ellos su esposo. Y el texto *Ana María, combatiente de la vida. Mérida Anaya Montes: salvadoreña, maestra y guerrillera* (2012). Sobre aquella mítica número dos de las FPL asesinada, según se dice, por órdenes de su superior Cayetano Carpio; y en honor a la cual surgen el grupo feminista “Las Méridas”.

De forma más indirecta esta también el texto de Raquel Gutiérrez *¡A desordenar! Por una historia abierta de la lucha social* (2006) escrito desde la cárcel, nos cuenta los primeros años en los que participo en el FMLN y como eso influyó en sus decisiones posteriores respecto al caminar hacia la revolución con otros principios.³⁹

Al respecto de Guatemala y sus mujeres guerrilleras encontramos el de Yolanda Colom (1952-) quien publicó *Mujeres en la alborada. Guerrilla y participación femenina en Guatemala 1973-1978* (1998). Militante en el EGP hasta 1983 cuando ayudará a conformar la escisión “Octubre revolucionario”; descendiente de una familia involucrada en la política nacional y con posibilidades de mujer ladina como sería la educación. Aun-

39 Después integrará una nueva guerrilla en Bolivia, Ejército Guerrillero Túpac Katari.

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

que se concentra en sus años de militancia rural también nos presenta explícitamente a sus padres, y veladamente a su maternidad y a su compañero de vida –del cual nunca menciona su nombre. Por otra parte, desde una generación distinta, Aura Marina Arriola (1937-2007) escribió *Ese obstinado sobrevivir. Autoetnografía de una mujer guatemalteca* (2000). Ella sería militante del Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT) para después ayudar en la formación de las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR) y posteriormente participar con el EGP. En el contraste de narraciones emerge ella como privilegiada y con una cultura familiar mucho más diplomática; fue sin duda participante activa de la élite revolucionaria latinoamericana, relatando sus encuentros con gran parte de la facción comunista italiana, cubana y guatemalteca. Por último, María “La Chiqui” Ramírez (1944-) presenta *La guerra de los 36 años, vista con ojos de mujer de izquierda* (2001). Militante del PGT y posteriormente combatiente de las FAR, combina en su escritura una narración abstracta, más literaria, para luego tomar forma desde primera persona con sus vivencias y sus formatos de participación en dicha guerra. Ella actualmente vive en Canadá. Todas provendrían de un ambiente estudiantil, todas serían madres, ninguna obtuvo un grado militar ni han sido partícipes activas de la política guatemalteca contemporánea. Ni siquiera Yolanda con un hermano ex-presidente.

Hablando de recopilaciones de testimonios, está el de Silvia Solorzano Foppa, quien escribió *Mujer alzada* (1989). Miembro de una familia comprometida políticamente, ex-guerrillera militante del EGP, – hija de Alaide Foppa poeta feminista desaparecida y asesinada en 1980 mientras viajaba a Guatemala buscando los restos o

con vida a sus dos hijos varones, que serían también asesinados— que ha seguido inmersa en la política nacional, pues en el 2011 ocupaba la Secretaría de Asuntos Políticos de la Mujer y del Comité Ejecutivo de la URNG. Su publicación durante la guerra y contenido hacen notar que la intención era presentar un escenario idealizado, que emerge contradictorio al ser contrastado con testimonios posteriores. Por su parte Norma Stoltz Chinchilla con *Nuestras utopías. Mujeres guatemaltecas del siglo XX* (1998) presenta un compilado de conversaciones con 22 mujeres diversas en su militancia y en su tendencia política; recorriendo a quienes vivieron la revolución del 44, y a quienes fueron activas durante el periodo de los 70-80. En éste se repiten testimonios de Yolanda Colom y Aura Marina Arriola. Por último el texto de *Memorias rebeldes contra el olvido. Paasantzila Txumb'al Ti' Sotzeb' al K'u'l* (2008) aparece como una excepción dentro del conjunto de las recopilaciones producidas por ambos países. Realizado como iniciativa de 28 ex-guerrilleras indígenas del EGP quienes convocarían a un grupo de mujeres intelectuales dispuestas a ayudarlas a dar a conocer su versión, siendo particularmente concisas a la hora de enunciar sus críticas.

Un único título publicado en Estados Unidos en 1994 por Jennifer Harbury, *Bridge of Courage. Life stories of the Guatemalan Compañeros and Compañeras* resulta muy interesante porque nos da prueba de una pequeña resistencia desde gente del país imperialista por contrarrestar los esfuerzos de su gobierno en seguir apoyando esa guerra. La autora se embarca hacia Guatemala después de enfrentarse a la negación de su gobierno de no aceptar un grupo de guatemaltecos en calidad de refugiados en EUA al no provenir de una Estado comunista sino de un Estado apoyado por ese país,

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

dado lo cual no había razones, desde la perspectiva norteamericana, para tener miedo. Las recopilaciones incluyen a hombres y mujeres, las hace entre 1985-1990 pero aún con esto no genera una sensación de propaganda; en su lugar se lee un cuestionamiento y una duda constante respecto a cuál será la respuesta más idónea, a si lo es la guerra, o lo es la paz, y cuáles serán sus implicaciones. El ejemplo de la apertura con la que parecen expresarse ciertos temas en este texto hace necesario plantear la posibilidad de que se deba a su publicación en el extranjero, lo que implicaría a su vez que quienes escriben y difunden su texto en el país de participación política temen la represión o el estigma por “traicionar” las organizaciones o grupos armados con los que pudieron tener contacto.

El grupo de “Las dignas”, desde El Salvador, ha sido quien ha impulsado a nivel regional un trabajo continuo de reflexión que se ejemplifica con la publicación de *Montañas con recuerdos de mujer. Una mirada feminista a la participación de las mujeres en los conflictos armados en Centroamérica y Chiapas* (1996). Producto del Foro Regional que se llevaría a cabo en San Salvador en 1995 con la intención de recuperar la memoria de excombatientes, generando una intercomunicación y estableciendo puentes entre las variadas formas que pudo tomar su participación como guerrilleras.

De esta forma podemos ver que el tratamiento del tema de mujeres en la guerrilla porta un abanico de posibilidades y aspectos que quedan aún por explorar; siendo curiosamente mujeres hablando de mujeres, algunas feministas otras solo apelando a una justicia del conocimiento. Silvia Soriano en *Mujeres y guerra en Guatemala y Chiapas* (2006) se posiciona desde la guerra como posible matriz generadora, mos-

trándonos cómo las mujeres encontraron en éste ambiente una posibilidad para organizarse y entenderse como parte activa del mundo político-público que antes se les había negado. Nos presenta a las mujeres guatemaltecas que durante el exilio debieron aprender la dura lección de encontrar al enemigo en casa, en su patio, en su organización, permitiendo vislumbrar una respuesta al por qué las guatemaltecas podrían tener más miedo de escribir, de exponerse. Acompaña a su perspectiva con críticas certeras al feminismo como posible postura o forma académica de exclusión y propone en su lugar uno que abarque luchar contra cualquier forma de injusticia; recordándonos la importancia de lanzar lazos hacia el pasado para ir creando el futuro. Una aproximación distinta a otro caso centroamericano nos deja el análisis reciente de la autora Lucía Rayas Velasco que bajo el título *Armadas. Un análisis de género desde el cuerpo de las mujeres combatientes* (2009) trabaja a las salvadoreñas (también a las mujeres militares del ejército norteamericano) partiendo de la guerrilla como un acto exclusivo de guerra, que en su análisis le permitirá acercarse a ese formato de vida por antonomasia masculino; la categoría de *cuerpo* como espacio vivido es central para comprender su transformación en lo que denomina mujer-pueblo. Se vislumbra a las mujeres “invadiendo” un espacio que no les es suyo y del que se reapropiarán sin poder generar necesariamente nuevas formas. Dentro de sus discusiones se centra en las dinámicas que se asumieron bajo el orden guerrillero portador de una doble moral patriarcal; sin embargo no logra, a mi gusto, hacerlo trascender para ubicarlo como forma sistémica de una de las estructuras de dominación. Por su parte el texto de Karen Kampwirth *Mujeres y movimientos guerrilleros: Nicaragua, El Salvador, Chiapas*

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

y *Cuba* (2007) se acerca para plantear la necesidad de reconfigurar la teoría revolucionaria desde una perspectiva feminista. Busca acercarse a mujeres que denomina de “mediano prestigio” para comprender desde ellas cómo se vivió y por qué se incorporaron. Desde ahí introduce a la migración, las redes familiares, el nivel educativo, la edad, y la participación apolítica, como ejes motrices que podrían explicar la incursión de las mujeres así como las formas que ésta pudo tomar.

Reconocer con antelación que estas líneas generales que incursionan en los laberintos de las mujeres guerrilleras, las mismas protagonistas de sus historias, establecerán puntos de partida que terminarán por arraigar cierto sentido de naturalidad en el *deber ser* de mujer, es un llamado para apuntar hacia incluir e incluirnos en una perspectiva más amplia que tome al sistema *sexo-género* para trascenderlo y atravesarlo con otros *sistemas estructurales de dominación* –patriarcado, capitalismo, colonialismo– sin que alguno requiera ser priorizado.

Recaltar que no podríamos acceder a un colectivo totalizante es crucial. Hay diferencias provenientes desde la subjetividad temporal y de personalidad. Los testimonios individuales están contenidos por una voluntad de reconstruir el pasado, tienen una intención de desarrollar una vivencia incorporando nuevas claves más acabadas como democracia, género, patriarcado, capitalismo. Son mujeres que elijen voluntariamente qué de su vida quieren darnos. Mientras que cuando nos acercamos a recopilaciones colectivas nos enfrentamos al sesgo de quien recopiló; hay temas que son los que guiarán la reflexión y leeremos las fracciones del testimonio, que en su paso por la edición, mejor reflejen la intención total del texto.

Queda decir que el tratamiento que aquí se dará de los testimonios requiere algunas especificaciones para su mejor lectura. Cuando se traten fragmentos de aquellos textos escritos en lo individual la cita se hará con el apellido de la autora; mientras que el caso de las recopilaciones es más complejo pues muchas veces en la fuente no se explica quien escribe, por lo que en la medida de mis posibilidades cuando lo sepa lo incluiré entre corchetes al final del fragmento, y si tengo la información una breve explicación de quién es. En ambos casos respetaré la estructura lingüística, gramatical y de estilo. Por último es importante aclarar que la parte que conforma este capítulo dos representa principalmente el encuentro con los testimonios; por lo que se pretende esbozar, a través de ellos, algunos hilos conductores de reflexión que se terminarán de desarrollar en el capítulo tres.

En perspectiva –sin perder de vista lo prospectivo– acudimos a la vida de algunas guerrilleras, entendiendo sus limitaciones histórico-discursivas, sin convertirlas en justificaciones acriticas. Sus relatos nos servirán para resignificar categorías, para discutir planteamientos, para proponer nuevos matices. Para sacudir el pasado y envolverlo de vientos de utopías.

MUJERES VIVIENDO LA GUERRILLA

La realidad vivida no es fraccionada como a veces lo podrían insinuar los registros intelectuales. No hay momento en que un sujeto social sea sólo genérico, sólo político, sólo colectivo o sólo individuo; constantemente se entrecruzan sus diversas formas subjetivas y se construye a su vez cruzando las barreras marcadas teóricamente por

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

las disciplinas. Si bien esto es verdad la utilidad de la fragmentación se origina de su cualidad simplificadora –en el mejor de los sentidos– a la hora de analizar la compleja realidad, incluso cuando se trata de un solo y pequeño trozo de ella.

Entonces para el enfoque que aquí nos concierne se optó por generar tres núcleos analíticos –que se incluyen a si mismos unos a otros– basados en los temas en los que han coincidido la mayoría de ellas, y las categorías que consideré permiten englobarlos. Se comenzará por lo relacionado con la militancia en su sentido más estricto, que en este caso alude a su faceta de lo político-público. El segundo momento implicará rastrear y trabajar con las formas más cotidianas de relación social, lo político-privado. El capítulo cerrará con lo que se puede leer de reflexión entre ellas, algunas en clave feminista otras simplemente desde su ser mujer. Haciendo hincapié desde aquí en que no se asume que estas tres dimensiones no se trastocan o que son abstractas unas de otras.

Antes de entrar en materia queda aclarar que aquí se entiende que lo político tiene muchas dimensiones, implicando siempre un sentido de movilidad explícito y/o un frente de lucha, por lo que lo político-privado y lo político-público tienen como base la consigna feminista de que lo personal es político. En el formato de lo privado se reconocen prácticas de procesos más íntimos que no necesariamente dejan de estar contenidos o de ser contenidos por los sistemas sociales estructurales; podríamos hablar de las relaciones erótico-afectivas, de la maternidad, o de los lazos familiares. Son procesos igualmente políticos incluso si no se expresan fuera de su esfera social de lo personal, también desde lo privado se hace política; y admitirlo así es importan-

te porque permite complejizar, cuestionar y analizar ese espacio no como un proceso exclusivo de quienes lo viven sino como uno sistémico. Lo público por su parte alude a las formas más comunes de reconocer su accionar participando en partidos políticos, organizaciones sociales, sindicatos, etc. Al admitir que lo privado ha sido el lugar por antonomasia de lucha de las mujeres, –no siempre legitimada y no siempre con apertura–, y que lo público ha sido predominantemente masculino, comprendemos que sería un primer paradigma al que estas mujeres se enfrentarían involucrándose con emergentes grupos sociales, base legal de un amplio enramado que se construía para destruir las bases de un gobierno considerado opresor.

El mundo de la militancia, lo político y la estrategia

Cuando se piensa en militancia se esta pensando en la activación de la voluntad para participar en un proyecto del cual se conocen sus intenciones y por lo cual se aceptan sus consecuencias. Siguiendo esta noción pude situar dos formas en las que se accedió a ella, una indirecta que yo pude ubicar en ciertos testimonios de mujeres de los cuales se oye una resignación por haber entrado a una guerra que ni entendían del todo ni querían del todo; y en la que yo decidí concentrarme, la directa, que no significa que sigan estando de acuerdo con todo lo que pasó, pero que en su pasado leo la voluntad y la confianza en el proceso del que estaban siendo parte.

Lo que se aceptaba era la visión de un programa político, el encause de una estrategia marcada por objetivos muy puntuales que guiarían el camino de la guerra. Desde éste mundo que solía ser tan lejano porque correspondía a un espacio público

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

al que ellas no estaban acostumbradas, algunas mujeres lo ocuparían para encontrar la legitimidad de su voz, para arraigar viejos hábitos y para hacerlo su vida.

En ese tiempo, en un contexto internacional más teórico, las consignas feministas estaban creando eco y librando sus batallas; se pasaba por una liberación sexual que en el primer mundo les permitió a algunas reaprender su forma de vivir. Pero aquí, ellas, aún conservadoras, aparecerían como miembros de guerrillas que pretendían atraer la libertad. Así su vivencia bipolar nos entregará contrastes, contradicciones y revelaciones de lo que en primer momento vivieron bajo esta amplia y ambigua categoría de militante; aludiendo a las partes más orgánicas del tejido guerrillero. Pero advertimos desde aquí que sus versiones derrumban directamente aquella percepción generalizada de que su relación con un hombre sería la razón de participación; ninguna de a quienes yo me pude aproximar pareció anclarse de esa manera al trabajo guerrillero.

Vida, motivaciones y militancia previa

Karen Kampwirth (2007) establece una serie de parámetros a considerar para comprender las razones que podrían llevar hacia la militancia para el caso salvadoreño, aunque resulta aplicable al guatemalteco: 1) cambios político-económicos 2) efectos en las estructuras familiares/patrones de emigración –Barbara Potthast (2010) coincide en la migración como un fenómeno que dotaría de independencia a las mujeres, lo que las pudo haber empujado a la politización activa– 3) Teología de la Liberación, con su relectura de los preceptos cristianos de solidaridad, pobreza, justicia, entrega. Estos tres al articularse con procesos particulares como: tradiciones familiares de re-

sistencia, pertenencia a una red social apolítica pero politizable, nivel educativo, ayudan a crear el entramado complejo de comprensión del camino hacia la guerrilla.

De esta forma las jornadas de movilización de 1962 en Guatemala, la actualización de la Teología de la Liberación, y en general el ambiente de represión en los estratos populares, pondría a agrupaciones como al Frente Universitario Estudiantil Revolucionario Salvadoreño Salvador Allende (FUERSA), al Frente Unido del Estudiantado Guatemalteco Organizado (FUEGO), al Comité de Unidad Campesina (CUC), o las Comunidades Cristianas, entre otros movimientos de masas, como protagonistas cruciales por ser agentes movilizadores generadores de críticas a las versiones de dictaduras en el poder. Dentro de sus variadas formas de vida pasada, estas mujeres coincidirán en decidirse por la militancia en una guerrilla, por lo que en sus relatos resalta la clara influencia de los movimientos sociales. De ninguna se lee un análisis continental, o una conexión de la represión y la revuelta como un proceso más amplio fuera de sus fronteras, aunque las más letradas hacen referencias a Cuba o Nicaragua. Los testimonios desde lo individual reflejan más su influencia estudiantil, aunque a su vez, y siguiendo a Kampwirth, en ellas se cruza ese potencial con prácticas religiosas alternativas –éstas últimas predominantes para el caso de los testimonios colectivos–, lo que iría articulando la realidad con la opción por las armas.

En diciembre de 1970 un grupo de la JEC [Juventud Estudiantil Católica] nos fuimos a alfabetizar con el método de Paulo Freire y a misionar (organizar misas, comuniones, bautismo) a un cantón de Quezaltepeque, llamado Girón [...] hasta allí se fue a meter la Guardia Nacional a capturarlos, se llevaron a dos personas capturadas, yo logré

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

escaparme y después fui a la Guardia Nacional con Monseñor Arturo Rivera y Damas y los compañeros a pedir la libertad de los presos [...] (Peña, 2009: 34)

Lo más significativo de esa época fue mi participación en las Jornadas de Marzo y Abril de 1962, que fueron una verdadera insurrección popular contra el gobierno de Ydigoras Fuentes [...] (Arriola, 2000: 37)

Inmediatamente después de las Jornadas de Marzo y Abril se inició la organización de la lucha armada: las primeras Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR). En ellas participamos varias mujeres que iniciábamos también nuestra lucha de liberación femenina. En ese entonces no lo sabíamos, pero en una sociedad tan machista como la guatemalteca, fuimos verdaderas pioneras. (Arriola, 2000: 42)

Después de mis luchas estudiantiles y de haber participado en organizaciones cristianas, di el salto hacia la organización guerrillera. Durante un tiempo fui aspirante a militante; pero en 1972, después del cierre de la universidad, me convertí en militante plena de la guerrilla. (Díaz, 2008: 251-252)

Dentro de los jóvenes que habíamos participado en las luchas de marzo y abril, la concepción de una lucha militar prologada era un hecho. Nos organizaron en la clandestinidad y nos preparamos para abandonar en cualquier momento las aulas estudiantiles y los hogares paternos. Inspirados en los ideales de justicia y equidad, creíamos que en la Juventud y el Partido Comunista, podríamos encontrar, a través de una participación efectiva, la orientación ideológica, política y militar que en ese momento necesitábamos. (Ramírez, 2001: 102)

Tenia como veinte años y me integré junto con mi esposo, ambos éramos estudiantes universitarios. La Universidad influyó mucho en nuestra decisión pero también el contacto que teníamos con amigos que estaban participando en los comando urbanos. [...] A partir de la muerte de

Monseñor Romero fue que yo tomé la decisión: como que era hora de actuar y de participar de manera más completa y así me incorporé. (Ibáñez, Vásquez, 1997: 48)

Le voy a contar como fue que me conocieron y empezaron a hablar conmigo. En primer lugar, en mi casa se celebraba la palabra de Dios; y el padre Miguel Ventura –el que estaba de puesto en Osicala– fue de los primeros fundadores, quizás, que enseñaba dentro de la palabra de Dios que había que luchar por convertir la injusticia en justicia y la desigualdad en igualdad, y todo eso. El nos explicaba que se iba a desatar una guerra, y que había que hacerle frente y defender a un pueblo; y nos daba los pasajes, las parábolas de la Biblia y yo realmente miraba todo lo que venía ocurriendo con lo que nos explicaba. Me organicé ya de lleno, de la palabra de Dios pasé a atender a los compañeros, a los núcleos que salían de clandestinos. [Carolina] (Domínguez, Navas, Ortiz & Rivera, 1995: 92)

La posibilidad de la educación no era generalizada en ninguna de las dos naciones⁴⁰, por lo que el hecho de que esta perspectiva este presente en la producción

40 Fue posible acceder a información censal de ambos países (revisar en la bibliografía las fuentes de los datos), de los cuales se extrajo lo siguiente: **Guatemala-1964** se reportó una población total de 4,209,820, de los cuales 3,174,900 tenían entre 7 o más años; solo 14,060 llegarían a la Universidad –2,760 serían mujeres ladinas y no se reportó ninguna indígena–. **Guatemala-1981** 2,894,234 población entre 7 y 29 años, 32,716 llegarían al nivel superior de las cuales 11,747 serían mujeres –9590 urbanas, 2157 de la zona rural–. **El Salvador-1971** habría una población de 3,554,648, 2,831,036 en edad escolar y solo 10,379 llegarían a la Universidad, 2676 serían mujeres –116 del área rural–. **El Salvador-1980** población total de 4,586,000, 1,492,000 tendrían entre 15-34 años y 75,000 accederían a la Universidad; no se tienen datos de cuantas serían mujeres.

En términos generales, el acceso a la educación sería parejo en cuanto al género, hasta la universidad cuando se exponencia la diferencia siendo siempre preeminente la mayoría masculina.

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

testimonial nos ejemplifica otro sesgo de a quienes pueden representar. Igualmente no hay que perder de vista la clara diferencia entre quienes como ellas pudieron tener la oportunidad de una militancia previa, un contacto con organizaciones sociales no armadas, lo que denota su traslado paulatino hacia la vía violentista, y aquellas mujeres que entran de lleno al momento de una guerra que ya había invadido sus vidas. Esa impresión denotan generalmente los testimonios de las mujeres campesinas e indígenas, en donde un sentimiento de injusticia continua guía el camino hacia una respuesta que es vista también como medida para sobrevivir (aunque paradójicamente implique aceptar morir). En ellas un sentimiento de venganza se mezcla con la realidad empoderante de defender su vida, y con ella una causa que trasciende su cuerpo.

Margarita: las balas del ejército alcanzaron a un mi hermano y quedó muerto, entonces me fui a la guerrilla, no le dije a mi papá, sólo pensé voy a combatir, voy a aprender cómo se porta un arma. ¿Será que sólo los soldados pueden disparar?, me pregunté. Mi pensamiento fue los ejércitos tienen que pagar porque mataron a mi hermano. Tenía como 15 años [...] Mi pensamiento también fue tengo que defender mi vida, aunque sabía que me podía pasar lo mismo que a mi hermano, pero si muero no va a ser como él, mi hermano no sabía portar armas. Murió no más. Pero si yo voy a morir que sea por algo, por defender mi vida, la de otros niños y jóvenes. (Carrillo, Hernández, López, Peláez, & Torres, 2008: 76)

Lucía: cuando el ejército estaba bombardeando en la noche, nosotros nos retiramos ya con rencor y miedo porque nuestra casa estaba tomada. Aunque están haciendo emergencia en las poblaciones ya no tenemos recursos, ya no encontramos soluciones para protegernos, ya no tenía

güipil. Teníamos tres cortes entre las cuatro: mi mamá, mi hermana y la esposa de mi hermano, una semana cada una. Estuvimos en la aldea modelo y no teníamos qué comer, ahí el ejército nos controlaba. A dos hermanas y dos hermanos los mataron, a mi papá lo mató la enfermedad, otra mi hermana se alzó, primero me fui yo y después ella. Nos fuimos por la necesidad, pensamos si nos capturan nos van a violar, a torturar, a matar. (Carrillo *et al.*, 2008: 78)

Isabel: ‘no sólo los hombres tienen derecho a agarrar las armas, las mujeres también’, nos decían los compañeros. Ellos no nos obligaron, fue nuestra voluntad por el odio que sentimos porque el ejército agarró a mi mamá y a mi papá. Por ese odio que me alcé y estuve en la guerrilla siete años. (Carrillo *et al.*, 2008: 79)

Cuando comenzó la guerra, nosotros estábamos en el mismo sistema, pobres. Nosotros comenzamos a ver cuando se iba a hacer la guerra, que se iba a hacer por una necesidad y que esa necesidad la sentíamos únicamente los campesinos; porque el grupo de los que siempre han sido con sus teneres, esos siempre han sido los mejores en sus pensamientos, en sus estudios, en todas sus cosas. Mientras que nosotros los pobres siempre hemos sido marginados. Cuando llegamos a reconocer la guerra y el proceso de por qué se hacía, vimos que de verdad era por la pobreza que siempre vivimos. Así fue como nos fueron incorporando. [Blanca Isidra Salazar] (Domínguez *et al.*, 1995: 174)

Cuando regrese a nuestra comunidad, ya no era lo mismo para mí. Recordaba las palabras de mi hermano acerca de servir a nuestra gente, pero no pensaba que el CUC fuera la respuesta. Intente con la Iglesia por un tiempo, trabajando con mi prima. Ella predicaba acerca de los derechos de los pobres. Pero entonces, cuando ella, también, fue objeto de amenazas por el ejército, sabía qué tenía que hacer. Había estado pensando mucho y con mucha confusión, pero ya no estaba confundida. Dejé mi ropa atrás, la falta y el *huipil* que me había tejido, y me puse

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

pantalones y playera de hombre. Corte mi largo cabello y tomé un rifle, y me fui a las montañas a pelear. Era muy joven, pero los *compañeros* me aceptaron porque mi pensamiento era muy claro. [Traducción propia del original]⁴¹ (Harbury, 1995: 45)

Muchas de estas historias de sobrevivencia, después de ver a su familia desintegrada, o que hacían evidente la precarización de la vida, ayudan a comprender cómo es que el contexto las empujaba a decidir y cómo el miedo podía superarse cuando se sentían cobijadas por ese proyecto amplio de la revolución, por el respaldo y la opción a través de la cual emergían la guerrillas; cómo con ella sentían el empuje por defenderse, por hacer algo para no lucir vulnerables. Dice Silvia Soriano “Había que organizarse [...] para luchar, para exigir, para no sentirse solas, para comprobar la fuerza que significaba estar unidas en una lucha, a pesar de la represión o más bien a causa de ella.” (2006: 399). Incluso viendo como la guerra invadía sus vidas y se les imponía, en las mujeres que retomo reconozco un sentimiento de voluntad por encima de la resignación ante las circunstancias. Tal vez tenga que ver con que muchas de ellas no sentían por primera vez como las inundaba la brutalidad de aquellos en el

41 “When i went back to our village, it was not the same for me. I remembered all of my brother's words about serving our people, but i thought that the CUC was not the answer. I tried the church for a while, working with my cousin. She was preaching about the rights of the poor. Then, when she, too, came under threats from the army, i knew what to do. I had been thinking so much and with so much confusion, but i had no confusion anymore. I left my clothing behind, the skirt and *huipil* i had woven myself, and put on pants and man's shirt. I cut my long hair and picked up a rifle, and i went to the mountains to fight. I was very young, but the *compañeros* accepted me because my thinking was so clear.” (Harbury, 1995: 45)

poder, pero ese sentimiento coincidiría ahora con el auge de una opción palpable con la cual imaginarse resistir.

Sus espacios de trabajo. La vida plena en la guerrilla

Nos queda claro que unas tuvieron más posibilidades de elegir, aunque creo que todas estaban conscientes de que sus decisiones las llevarían a palpar su vida con resonancia en la represión. Así la injusticia, sobre todo para las que no la vivían directamente, toma un cauce, y las consecuencias de ser sujetos activos durante un estado militarizado orillaban a decidir continuar o dimitir. Ninguna de las dos opciones aseguraba una vida tranquila.

La idea de participar políticamente transcurriría hacia sus primeros contactos con organizaciones clandestinas. Grupos armados en los que se planeaba la revolución, grupos guerrilleros; que como se ha dejado claro en el capítulo anterior no se ubicaron tan lejos de quienes se movían en legalidad. Se comenzaba en la clandestinidad como proceso de arraigo y desarraigo, haciéndose necesaria cuando la integridad estaba en juego (desde los militares llegando a su comunidad, hasta encontrarse perseguidas en las calles de la ciudad). Implicaría una nueva sociabilidad que introducía a nuevas dinámicas donde la confianza se reducía a quienes estuvieran autorizados; no era algo que se desarrollaba ni construía, se imponía.

Por la misma conformación social que ubica como primer grupo de influencia al entorno familiar, sería éste desde el cual se enfrentaría una primera clandestinidad. El conjunto de quienes escriben desde lo individual –mujeres de ciudad se podría decir– no tendían a hacer partícipe de sus actividades a ese núcleo, (con la excepción de Lorena Peña quien contó con una familia revolucionaria en plenitud) y si lo

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

hacían se debía poner un límite en cuanto a lo que podían saber. Entretanto las mujeres que se integraron desde el campo, al proceder desde un espacio hostil, inevitablemente hacían a la familia parte del proceso.

María Itzep Acabal recuerda que hubo una manifestación en Uspantán, cuando Vicente Menchú murió, “ahí participó mi papá. Yo decidí alzarme por medio de todas las palabras de mi papá que me decía cuando era pequeña. Decidí alzarme con toda decisión para luchar y lograr un cambio”. En tanto Elena Cobo Gómez comenta que “el pensamiento de mi papá era que si me iba a la guerrilla tal vez tendríamos contactos con otras organizaciones y otros países para buscar refugio. Entonces él me decía: “te vas con los compañeros, así después nos venís a traer para refugiarnos”. (Carrillo *et al.*, 2008: 49-50)

Al respecto se encuentra desde esto, hasta el anuncio de que hermanos y hermanas se unirían, u otros miembros de la familia que llegarían a ofrecer abiertamente la posibilidad/necesidad de más brazos armados. En estos casos los motivos de la militancia se compartían en el núcleo familiar, como lo podemos constatar en los últimos fragmentos de su militancia previa que también corresponden a mujeres del medio rural, quienes veían a sus padres y madres movilizados tempranamente, a veces enfrentando su posterior desaparición o asesinato, lo que hacía que se ligara con su propio camino hacia la clandestinidad. Sabían que vendrían por ellas cuando alguien más de su familia hubiese sido detenido, y entonces era momento de hacerse invisibilizar antes que el gobierno las encontrara.

El casi inevitable enfrentamiento haría necesario que sus identidades se difuminaran ante la inminencia del secuestro, la desaparición, la tortura. Al manejar in-

formación crucial los cuerpos de las militantes requerían de un cuidado especial, y se debía ser precavida para evitar caer en las manos del ejército que era implacable con los cuerpos de mujer⁴²,

Al progresivo alejamiento de mi medio social años atrás, se sumó mi ruptura con todos los lazos familiares. Hacia ninguna de esas separaciones me animaron sentimientos de rechazo o desapego. Al contrario, dejaba un mundo donde había sido feliz y privilegiada. Renunciaba a mis seres más queridos, a las amistades y a numerosas personas apreciadas sin despedidas ni explicaciones. (Colom, 1998: 90)

Entonces empieza otra época, ya no podemos ver a la familia, no podemos usar nuestra identidad, la policía nos busca, debemos abandonar nuestro trabajo legal.

Pasé a trabajar a tiempo completo para la organización [...] (Peña, 2009: 55)

Salía de la casa de mis padres tratando de aparentar una vida normal, pero la situación política se hacía cada vez más difícil. Las acciones militares de la guerrilla en la capital guatemalteca eran noticia diaria y yo como parte de una Unidad de Resistencia y miembro de la Comisión de Propaganda de la Juventud, tenía que ser más cuidadosa en las medidas de seguridad. Fue Roberto Machado, antes de caer preso, quien me llevó a *La Laguna*, una casa de seguridad de la Resistencia. Como

42 Nidia Díaz da muestra de esto cuando en su relato, basado en cómo sobrevivió a su detención en las montañas y su paso por el periodo de interrogación, vio a miles de hombres y mujeres que no sobrevivirían; su regreso a la legalidad y su nombre real en manos de los militares sería usado como chantaje y presión poniendo en peligro a su familia que tendría que salir exiliada a Suiza. Fue afortunada y fue una excepción. En general durante esa época en América Latina, no había detenidos, había desaparecidos y muertos. Guatemala tuvo sin duda peor suerte con respecto a El Salvador, con lo absurda, dadas las injusticias atroces, que puede ser la comparación.

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

profesional, la Organización me pasaba cincuenta quetzales al mes. Esto servía para cubrir los gastos necesarios como transporte y comida. Mis pertenencias cabían en una caja pequeña de cartón: otro calzón, calcetas, un suéter, cepillo de dientes y un peine.

Me había absorbido la clandestinidad [...] (Ramírez, 2001: 125)

Aunque la ilegalidad implicó un desarraigo de relaciones sociales que no estaban inscritas en la militancia revolucionaria (es decir marcar distancia de familia, amigos, trabajo, etc.) no todas tuvieron el mismo desprendimiento, pero si todas volvieron a su núcleo familiar para delegar la maternidad o apoyarse cuando no encontraron soporte en la organización. Ninguna comenta que ese apoyo haya sido negativo, ni siquiera cuando su familia no estaba del todo de acuerdo con su militancia.

Sería pasando por la ilegalidad que su vida como guerrilleras comenzaba. Este manto las proveería de la seguridad que necesitaban para obtener los conocimientos y las prácticas que cualquier militante de izquierda debía conocer. La aspiración de llegar a destacamentos en el campo, producto sobre todo de la idealización cubana de “la montaña” como espacio desaburguesado libre y revolucionario, sería un ideal presente. Siendo aquel lugar mítico en donde la revolución parecía hacerse real, donde era más legítima.

Cuando estoy en las aldeas, las mujeres preguntan si los compañeros nos matan o nos hacen algo allá en la montaña. Yo les digo que no; que ellos respetan. Que el ejército sí es diferente, pues cuando una mujer está con ellos dicen que es mujer de todos. Pero, en la montaña, los compañeros respetan. Allá uno va entendiendo y va aprendiendo y se da a entender

bien que todos nos respetamos. [Tila. Combatiente Ixil, miembro de la Dirección Regional del Frente “Ho Chi Minh”] (Solórzano, 1989: 19)

Es claro que ésta idealización era más proclive para quienes se incorporaban desde la ciudad, pues para quienes venían del campo la apropiación del espacio pasaba por enfrentarse al choque de valores y prácticas culturales y no tanto por comprenderlo como el lugar idóneo de la revolución. Dado lo cual quienes provenientes de la ciudad trabajaron desde ese frente, coinciden en que su arribo sería sin conocimiento total de a quién se encontrarían, cuáles serían las condiciones de sus tareas, o cuál sería su camino hacia ella; aún ahí había clandestinidad, jerarquización y recelo por la información.

Llegado el día de partida me dirigí al sitio acordado. No sabía entonces quién o quiénes llegarían a recogerme, cómo era el vehículo ni hacia dónde nos dirigiríamos. Mucho menos en qué lugar y a qué hora emprenderíamos la caminata. Eran medidas elementales de seguridad que todas acatábamos con discreción y disciplina. Me recogieron puntualmente. Éramos cuatro, dos hombres y dos mujeres. Tres íbamos al destacamento y uno regresaría a la capital [...] (Colom, 1998: 31)

Las condiciones eran totalmente diferentes a las que yo había estado acostumbrada, el terreno era todo quebrado, estaba acostumbrada a la electricidad y allá nos alumbrábamos sólo con un candil o con nada [...] y bueno, llegar allá fue un poco difícil, recuerdo que me era difícil comer, no había platos, el arroz nos lo daban en la tortilla y así había que comerlo, sólo teníamos dos mudas de ropa, había que dormir en el suelo [...] Fue un cambio muy brusco y yo me sentía aislada, sola, nadie me decía como acomodarme, cómo hacer mi tendido para dormir. La primera noche sentí que se me venían encima un montón de cosas,

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

pensé que no iba a tener la suficiente capacidad física para mantenerme ahí, me puse a llorar, toda la noche la pasé llorando (Marlene, se incorporó junto con su esposo a un campamento semanas antes de la ofensiva del 89 y permaneció en él hasta la firma de los Acuerdos Paz). (Ibáñez, Murguialday & Vázquez, 1996: 112)

Desde antes de enmontañarme sabía que era difícil la vida en el campamento, pero me lo imaginaba un poco más suave; en la montaña a veces había enfrentamientos diarios, fue bien duro para mí, como que había idealizado bastante el ser guerrillera, me veía como el Che Guevara pero no pensaba que la cosa era tan dura. Me costó adaptarme, me sentía aislada; es más cuando llegué al campamento me puse a llorar sentí que se venían encima un montón de cosas y como que no tenía la suficiente capacidad física para aguantarlas. Es que la primera vez tuve que subir hasta la punta de la montaña. [Margarita] (Ibáñez & Vázquez, 1997: 37)

Su extrañamiento ante las dificultades nos muestra el peso de las concepciones previas, que llevaban a asumir que estar ahí y soportar te dotaba de cierta legitimidad, que mejoraba si llegabas y te acoplabas al instante.

La dificultad de los caminos y lo pesado de la vida en la montaña serían una prueba más para deshacerse de las actitudes aburguesadas y/o ciudadinas, significaba también el momento de hacer a un lado cualquier sentimiento que pudiera denotar debilidad. Las mujeres debían mostrar su fortaleza y flexibilidad para adecuarse a las nuevas formas que tomarían su cuerpo, su intimidad, sus capacidades.

“Había una muchacha que se bañaba con fustán (enagua), con calzón y con brasier. Una vez se le voló el fustán y se bañó con ropa, no quiso quitarse los pantalones ni la camisa, casi lloró, se puso tan atemorizada,

tan avergonzada porque los muchachos le iban a ver las piernas”, dice Margarita

“Yo creo que en parte tenía razón, señala Delmi, porque cuando uno se bañaba solo en bloomer (calzón) o algo así, habían muchos compañeros que eran bien morbosos y comenzaban a ver y comentar. Yo creo que en parte era eso lo que molestaba, a las de la ciudad les valía un poco pero las campesinas eran más reservadas con su cuerpo.”

“Pero era una cosa curiosa, apunta Elvira, porque la mayoría se bañaba con fustán pero sin brasier y yo prefería taparme los pechos que taparme las piernas.”

Concluye Amanda: “Pero eso sí, desnudas totales, sólo las gringas, ninguna de nosotras se quitaba el calzón, yo sentía que sin el calzón estaba totalmente indefensa, era mi arma, era como el fusil para los hombres”. (Ibáñez, Murguialday & Vázquez, 1996: 119)

Era un espacio distinto, no tan ideal ni tan puro, como de a poco descubrirían. Las desventajas que les proveían sus cuerpos *per se* (no por ser débiles sino por su forma en sí), les marcarían pautas de comportamiento que se quedarían plasmadas para mediar el choque entre las distintas versiones de la tradición. Pero como no hubo una homogeneización en la vida cotidiana de la guerrilla la marcada diferencia de procedencia generaría tensiones extras para las mujeres que se incorporaban,

Eran muy pocos los que, proviniendo de las ciudades, se incorporaban y persistían en la montaña. [...] No lograban adaptarse a los rigores de la lucha en esas latitudes, y tampoco soportaban la lejanía de sus seres queridos y de la vida citadina. Pero en la montaña había múltiples tareas y actividades que era necesario desplegar y en las cuales podía colaborar. De ahí que estuviera determinada a pasar las pruebas que fueran necesarias como militante y como mujer [...] (Colom 1998: 95)

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

“[...] quería ganar a partir de la práctica y el esfuerzo propio mi lugar en ese medio guerrillero, campesino, indígena y masculino. Tenía claro lo que en él significaba proceder de capas medias, ser mujer y capitalina [...]” (Ibídem: 116). Yolanda es la única de quienes escriben desde lo individual que se expresa con palabras tan claras para describir el reto de la vida y la semiótica de la montaña, aunque todas –con excepción de Aura Marina– vivieron en ella. La condición de mujer-ciudadina-letrada les pesó a la hora de sumarse a un espacio que mental y físicamente les era ajeno.

Pero había poco tiempo para reflexionar respecto a esas particularidades, en cuanto el terreno es conocido, la decisión asumida, y la voluntad amarrada a un discurso revolucionario lo siguiente es incorporarse⁴³ al sistema de actividades complejo y establecido de la organización guerrillera. Queda claro en este texto que la militancia no será sinónimo del actuar militar, y que sus acciones no serán exclusivamente relatos de enfrentamientos, algunas no cuentan si quiera haber utilizado su arma, aunque todas la portaban.

43 Incorporarse es el verbo preciso porque siendo una organización vertical, las formas, estructuras y necesidades estaban establecidas desde los altos mandos. Es ilustrador un fragmento de María Ramírez, en donde se muestra que la innovación que no pasaba por la cúpula de poder, no era funcional –aunque lo fuera–: “La vinculación que se inició con los sectores campesinos, marcó la necesidad de una propaganda regionalizada, impresa con dibujos, que explicaran la situación sin necesidad de mucho texto. No sólo por la diversidad de lenguas indígenas, sino por el alto índice de analfabetismo que se ha hecho endémico en nuestro país, se elaboraban varios textos gráficos. La tenencia de la tierra en Guatemala, fue el primer libreto creado por el *Seco Matías* (Lucero Lau), apoyado por *la Chaparra [La chiqui]*. La dirección del PGT nunca autorizó su publicación.” (Ramírez, 2001: 198-199)

Hay variedad inmensa dentro de la división de tareas, como dentro de cualquier organización político-social, desde el desarrollo, producción y distribución del conocimiento generado dentro de la guerrilla; el trabajo diplomático; pasando por la recuperación de armas, las guardias, la formación de grupos políticos, el trabajo logístico, hasta el mantenimiento más básico de una casa clandestina o de un campamento; y por supuesto estar al mando de columnas, batallones, frentes, comisiones, organizaciones completas. De esta forma encontramos que la división del trabajo que se hizo respetó tanto la normalizada forma de producción-reproducción⁴⁴ (entendiendo este último, en el mejor de los casos, como un trabajo de menor categoría y típicamente femenino) como algunos prejuicios hacia las posibilidades del cuerpo de las mujeres. Aunque tampoco será igual para cuando hablemos de mujeres combatientes codeándose con la élite guerrillera, mujeres combatientes “regulares”, mujeres de base con trabajo político o mujeres de base con trabajo doméstico; con “base” haciendo referencia a una actividad principalmente fuera de los destacamentos. Coexistiendo y entrecruzándose todo el tiempo.

A quienes se tiene en frente son mujeres combatientes –no de base–, por lo tanto sus tareas entraron sobre todo en la propaganda, comunicación, combate, formación, logística/organización político-militar; como también la mención constante del trabajo de manutención alimenticia. Así dentro del espectro que yo logré reconocer en los testimonios revisados pude aislar estas categorías como las más recurrentes:

44 Siguiendo la reflexión que hace al respecto Silvia Federici, queda para futuras investigaciones extendernos en cuáles fueron las manifestaciones de esos vicios que se repitieron, y cómo en eso se perdió también una batalla. Basta decir que ésta división allanó en el camino de la insolidaridad y la distribución del trabajo al seguir pautas patriarcales.

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

cocineras, radistas, brigadistas, sanitarias, combatientes.⁴⁵ La percepción de una de las militantes ciudadinas, confirma que en apariencia estas actividades eran la tendencia de participación:

Cada quien decidía la modalidad que quería según su disposición y posibilidades. Sin embargo, era una tradición que las mujeres fuéramos casi siempre colaboradoras. Una especie de retaguardia de los padres, los hermanos, los novios, los maridos, los hijos y hasta los amigos. Y las formas de colaborar se reducían, salvo excepciones, a realizar tareas domésticas, mandados y compras para núcleos de militantes; a criar y educar a los hijos propios y ajenos; a escribir a máquina, reproducir y trasladar materiales escritos; a cuidar enfermos y heridos; a trasladar mensajes y encubrir actividades que otros realizaban. (Colom, 1998: 87)

La diferenciación que hace al identificar esas tareas dentro de la categoría de “colaboradoras” para mi es innecesaria, por lo que éstas cabrán, desde la perspectiva de este texto, bajo la categoría de militante/guerrillera.

Aquí de nuevo –en el tema de la división de tareas–, se nos presenta la variación de los caminos posibles al respecto de unas y otras, interviniendo en ello factores culturales, de clase, raciales, o de organización militante. Hubo para quienes el camino sería ascendente; se comenzaría por formas básicas para irse incorporando en tareas más complejas que tal vez requerían de un grado mayor de confianza y disciplina por parte de la dirección.

45 Una muestra sobre El Salvador (Ibáñez, Murguialday & Vázquez, 1996 :114) sacada de las entrevistadas en el libro, nos dice que 4 fueron combatientes, 15 radistas, 6 sanitarias, y las 3 restantes se movieron entre la propaganda, y trabajos de logística.

En 1971, casi todas mis tareas consistieron en fortalecer mi disciplina. Hice pruebas de cómo comportarme en el medio conspirativo, tales como el chequeo y el contrachequeo, práctica de tiro, reconocimiento de zonas, así como discusiones, principalmente sobre la obra revolucionaria de Lenin y el Che. En esta época me dieron mi primer arma [...]. Luego, las tareas adquirieron envergadura. En el aspecto militar, algunas acciones de recuperación de armas cortas. En el área política, pasar a máquina estenciles del periódico *Por la causa proletaria* y captar colaboradores. En 1973 participé en actividades más complejas. (Díaz, 2008: 254)

En 1975 participé en la fundación del PRTC y desde entonces he venido asumiendo tareas de dirección. En enero de 1983 se realizó el Tercer Congreso del Partido, en donde fui reelegida al organismo de dirección. En este caso, al comité central y a la comisión política. Dado mi trabajo político-militar, me dieron formalmente el grado de comandante. (Ibídem: 255)

No específica a que se refiere con “actividades más complejas” pero por su posición de comandante se asume que se refería a despliegues militares con mayor violencia que tal vez por ser su texto contemporáneos no era conveniente sacar a la luz.

Y permitiéndonos seguir corroborando el ascenso social de éstas mujeres, Yolanda Colom hace mención de sus primeros momentos. Ella reproduciría el *cliché* de la montaña; con su militancia allá cumplía el sueño siendo “recompensada” con su estancia larga y su lucha desde ese frente.

En el curso del primer año de militancia desempeñé diversas tareas: apoyo logístico y de comunicaciones en función del frente guerrillero en el norte de El Quiché; apoyo en servicios y seguridad a miembros de la

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

Dirección Nacional y veteranos fichados, en algunas de sus movilizaciones y reuniones de trabajo [...] (Colom, 1998: 24)

Pero así como ellas pueden hablar de sus primeras ocupaciones encuadrándolas más en el plano de lo logístico-intelectual, casualmente en los testimonios colectivos se lee constantemente una primera labor en la cocina, casi como lugar irrestricto.

La primera tarea que me dieron fue la cocina, me dijeron que tenía que hacerlo porque una mujer que llegaba de la ciudad no podía pasar directamente a otra estructura de trabajo porque entonces quedaba en desigualdad; todas las que llegaban pasaban por la cocina fueran de donde fueran y me dijeron que conmigo no podían hacer una excepción porque habría críticas y que la cocina era de ley para todas las mujeres. Pasé tres meses y ya después estuve en comunicaciones. (Silvia) (Ibáñez, Murguialday & Vázquez, 1996: 117)

Cabe recalcar que como la vida misma, la subjetividad de plasmar recuerdos resulta contradictoria, y no siendo las mujeres una unidad total respecto al tema de la división de tareas hay contrastes que se podrían pensar se deben a la organización, la zona o el lugar que ocuparon. Mientras que “Silvia” reconoce la cocina como un lugar por el que todas las mujeres debían pasar, otras recuerdan que no había tal distinción.⁴⁶

46 Es importante reconocer, aunque no se trabaje en este espacio, que gran parte del abastecimiento culinario parece haber sido causa de las “madres”, o de las mujeres de las bases. Quienes no vivían en el campamento necesariamente pero que constantemente subían a proveerles en la medida de sus posibilidades, de comida. Muchos testimonios de amena

Al segundo día me incorporaron a la rutina militar y doméstica, tareas en las que participábamos todas sin distingo de edad, antigüedad, funciones o sexo. Sólo la enfermedad que botaba al suelo era razón de exoneración [...] (Colom, 1998: 103)

Allí en Guazapa estuvimos en una casa, claro, pero era ya un campamento donde nos entrenaban para el combate; yo agarré el arma desde entonces. Todos, allí le hacíamos de combatientes, de cocineras, de brigadistas y todo eso [...] [Toña] (Domínguez *et al.*, 1995: 238)

Así, pasando la incorporación y la estancia, los relatos en colectivo –tal vez por lo corto de sus posibilidades de extenderse–, imprimen cierta premura respecto a las necesidades que de ellas se solicitaba. Resultando en una esperada habilidad de adaptación y aprendizaje para lo que el grupo guerrillero fuera requiriendo. Es verdad que hubo grupos de especialistas –como médicas–, sin embargo varias de ellas se desempeñaron en lo que denominan, a veces indistintamente, como sanitarias o brigadistas. E incluso para algunas de ellas la especialización no sería opción, transitando por diversos formatos de la participación.

Durante 15 días recibí un curso de brigadista; y en sólo 15 días tenía que aprender eso. Aprendí a curar, a lavar heridas y las tácticas de cómo tenía que sacar un herido de una línea de fuego, y cosas así. Aquello era práctico, rápido, *al chile* como todo, pues. Nos enseñaron a inyectar, a poner suero, todo eso lo aprendí, los primer auxilios. [...]

Ya de allí anduve de brigadista como tres años. Cuando ya salieron

zas o tortura hacia mujeres, tienen que ver con el cuestionamiento hacia la sobreproducción de alimento, que para el ejército indicaba inmediatamente una colusión con la guerrilla.

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

bastantes ya no quise seguir allí; pero anduve en lo más serio. [Nubia Ayala Vargas] (Domínguez *et al.*, 1995: 145-146)

A mí me dijeron que necesitaban que yo recibiera una capacitación en salud, porque necesitaban de alguien. Y así fue como pasé un curso de primeros auxilios; después uno de primer nivel. Anduve allí en un pelotón, de sanitaria. Cuando en los operativos salían heridos yo los curaba. Había un primer puesto, un segundo puesto y un hospital móvil; los que estábamos allí de inmediato les hacíamos los primeros auxilios; después los enviábamos al primer puesto; luego al segundo, hasta que llegaban al hospital. Y así anduve; eso fue en el 86, algo así. [Esmeralda] (Domínguez *et al.*, 1995: 212)

Cuando yo estaba recién entrada a la guerra, estuve en un equipo de cocina, encargada de cocina; después de ahí salí para ser de la estructura de radista. Pero antes de eso también, entre medio de esos dos trabajos, también estuve trabajando en lo que es brigadista de salud, de expansión con comunidad, con los compas. [Blanca Isidra Salazar] (Domínguez *et al.*, 1995: 174)

Cuando me fui a los frentes de guerra me di cuenta de que a las mujeres sólo las mandaban a la cocina, de sanitarias y radistas, eran oficios que requerían de una mayor disciplina [...]

En las comunicaciones se necesitaba pasar largas horas recibiendo mensajes, descifrándolos, se fue viendo en la práctica que era la mujer la que aguantaba más ese tipo de tareas, es decir, estar concentradas en ese tipo de trabajo; la mujer no era muy bien vista en el aspecto militar, se creía que no tenía la misma fuerza, que no podía correr igual que el hombre, con el tiempo se demostró que no era así, que la mujer servía tanto para las comunicaciones, como para la salud y también para lo militar. [Berta] (Ibáñez & Vásquez, 1997: 68)

Éste último refleja una repetición de patrones culturales que se han naturalizado en los cuerpos; creer que ciertas tareas son más idóneas según tu corporalidad es peligroso cuando no se acepta el trasfondo esencialista que ayuda a arraigar ciertas nociones patriarcales. Aún así, lo que dice responde probablemente a una idea generalizada que se comprueba porque en efecto la participación de las mujeres en esas actividades fue preponderante.

Entonces para unas era crucial la adaptabilidad coyuntural, mientras que de otras se necesitarían sus cualidades intelectuales; que todos sus conceptos y preceptos teóricos encontraran lugar en los sujetos y comunidades de las cuales se alimentaría el germen guerrillero revolucionario. Debían salir a enfrentarse a una realidad que muchas de ellas sólo asumían que existía sin haberla vivido, donde su voz podía ser reconocida o ignorada sólo por llegar como mujeres, impactando indudablemente por acercarse en su novedosa condición de guerrilleras.

[...] directamente y por diversos medios se adquiría información sobre la realidad concreta de los lugares donde buscábamos echar raíces. [...] Huehuetenango, El Quiché o Alta Verapaz. Nos interesaban los municipios norteños de tales departamentos, pues era donde se irradiaba el trabajo político y organizativo del destacamento guerrillero del EGP. Y a nosotros nos correspondía proporcionar a nuestros dirigentes –quienes se encontraban en la montaña o clandestinos en las ciudades– un panorama económico, político y cultural de esas zonas. (Colom, 1998: 41)

Tenía que estar en un punto de la carretera con algo que me identificara. El otro compañero también traería consigo otra contraseña. Nos vimos a los ojos y desde el principio supimos quiénes éramos. [...] En silencio lo

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

seguí por las calles oscuras de uno de los pueblos más poblados del altiplano guatemalteco [...] después de caminar como una hora, entramos a una casa. Era la primera vez que venía a esa zona y me emocionaban los nuevos encuentros, pues siempre descubría muchas cosas, sintiendo crecer mi admiración y respeto hacia los compañeros indígenas.

Era importante ganarse la confianza para obtener la buena comunicación estableciendo el diálogo. Poco a poco fueron llegando los otros; como que sólo estaban esperando que llegaran ellos. (Ramírez, 2001: 157)

De esta forma lo teórico lograba anclarse con facilidad al recorrer distancias largas en búsqueda de la evidencia de lo leído, de la claridad que proveía la realidad. Su incorporación desde un nivel académico distinto las señalaría para colocarlas bajo ciertos formatos de trabajo. La propaganda, difusión y producción involucró a las 5 mujeres que escriben desde lo individual (en menor medida a Lorena Peña); como ya habíamos acotado, si altos grados de educación eran una excepción, lo eran aún más las mujeres que pudieron acceder a ello.

Iba conociendo más a fondo las verdaderas necesidades de la población. Como Responsable de la Propaganda de las FAR, a Nivel Nacional (así era llamado el nuevo nombramiento que me había hecho el Partido), tenía que recorrer buena parte del altiplano guatemalteco y la costa sur. Conocí mucha gente que me contaba de cuando la tierra fue repartida en el tiempo de Árbenz, y que ahora les seguían quitando, aun la que no les fue dada por el Decreto 900. El temor de perder la tierra que los sustentaba estaba presente en casi todas las conversaciones, porque en cualquier momento podía llegar un fulano a reclamar, con papeles en mano, la tierra que habían habitado por generaciones. (Ibíd.: 159)

[...] mis características físicas no me permitían la movilidad que a la luz del día por caminos, veredas y poblados podían tener mis compañeros oriundos del campo sin hacerse notar, fueran indios o ladinos, hombres o mujeres. Por otro lado, mi condición de alfabeta, maestra, organizadora espontánea y militante con cierto nivel político me colocaba en una situación de obligada responsabilidad, tuviera o no funciones asignadas. Las cuales de todas maneras me fueron dadas muy pronto. Comencé castellanizando, alfabetizando y apoyando a mis compañeros en la ejercitación de la lectura y la escritura. Al mes ya compartía con otra compañera la responsabilidad de la formación política e ideología de los miembros del destacamento y de los cuadros organizadores surgidos de la población. [...] con nosotras estudiaban temas que la dirección orientaba, que los mismos compañeros demandaban y que nosotras considerábamos procedentes según cada caso. Paralelamente a este trabajo, y respondiendo a las necesidades que surgían, la dirección elaboraba materiales de formación que nosotras reproducíamos a máquinas, desarrollábamos y explicábamos vinculando su contenido a la realidad concreta donde trabajaban nuestros compañeros. (Colom, 1998: 116-117)

No se podría negar que se movían en círculos distintos a aquellas que ingresaron a la guerrilla sin saber leer o escribir. Sin embargo, y aunque no es desarrollado ni señalado por ninguna, me parece que su impacto intelectual fue distinto al difuminar la dicotomía moderna del trabajo manual-trabajo intelectual; éste binomio fue diluido al interconectar explícitamente esos dos momentos del trabajo. Si hablamos de un tema tan crucial como lo es la propaganda para un grupo clandestino e ilegal, cuando se quería producir un documento no sólo se trataba de pensar su contenido, sino también en su reproducción y su difusión. La experiencia de María Ramírez, de las más críticas con la organización en la que militó, es muy justa con la validez de su

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

tarea propagandística en la ciudad, considerándola incluso más peligrosa que la de la montaña por su contacto constante con el espacio controlado que implicaba lo ciudadano:

La Resistencia tenía como objetivo ampliar la actividad militar en la ciudad capital, en apoyo a la guerrilla Edgar Ibarra, así como la divulgación de la actividad guerrillera a través de la propaganda escrita. Los miembros de la JPT dentro de la Resistencia, nos metimos de lleno en el estudio de la experiencia de la Resistencia Francesa en la Segunda Guerra Mundial, la experiencia argelina y vietnamita, entre otras. (Ramírez, 2001: 137)

Pero incluso dentro de esa producción intelectual la acción propagandística para las calles, barrios o comunidades, no guardaba el mismo peso cuando lo comparamos con lo que pudo elaborar Yolanda Colom,

Me correspondió sistematizar los primeros instructivos militares para mandos y cuadros organizadores en la montaña. Para lograrlo recurrí a los conocimientos que sobre el tema tenían los fundadores y miembros de la Dirección Nacional que estaban con nosotros. Cada uno de ellos tenía capacidad y experiencia, pero no la habían sistematizado. (Colom, 1998: 153)

Evidentemente este proyecto le posibilitaba convivir y conversar de cerca con miembros de la Dirección, lo que no era poca cosa si consideramos el grado de desconfianza que se manejaba en cuanto a las identidades o incluso los rostros. Ella era una mujer intelectual, y es quien muestra mayor incomodidad para con su condición

pues en contra de sus deseos la colocaría en un lugar inamovible. Desde su perspectiva incluso en la guerrilla de la montaña, no era una guerrillera como tal; haciendo eco de esa perspectiva de la división del trabajo poco trastocada.

La amplia posibilidad de actividades por cumplir se configuraba conforme emergían las virtudes del sistema clasista. Prueba de ellos es el trabajo diplomático en el exterior –mucho más posible para quienes tuvieran contactos previos de índole político-burocráticos– plausible para dos de ellas, quienes trabajaron desde fuera para su organización; –casualmente son las dos guatemaltecas⁴⁷. Aura Marina resalta entre ellas pues en su libro predominan menciones de su militancia en este formato.

Mi trabajo de recabar dinero y apoyo para el naciente EGP en Francia e Italia, por otra parte, fue el inicio del trabajo internacional del movimiento guerrillero en Europa. En ese campo fui realmente pionera, pues antes lo había realizado en México, para las primeras FAR. Fue un trabajo que no obtuvo gran apoyo entre los compañeros, sino fue visto como secundario, por el localismo tradicional de los guatemaltecos, y en parte por el machismo, pues lo realizaba una mujer. (Arriola, 2000: 84)

“En México mis jornadas de trabajo pronto fueron agotadoras. Cumplía tareas que implicaban visitar diversas personas, estudiar y preparar reuniones; realizaba ejercicios físicos para estar en condiciones de incorporarme a la guerrilla [...]” (Colum, 1998: 83). El trabajo desde fuera necesitaba también de sus características precisas, mujeres que pudieran desenvolverse fácilmente en cualquier espacio, justo lo que

47 María “La Chiqui” Ramírez, también estuvo en México trabajando con una perspectiva revolucionaria, pero al ocurrir mientras estuvo separada de las FAR, no la considero en esta mención.

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

ellas representaban cuando además, como hemos dicho, tenían cerca una tradición preponderante de familia en la política. Aura Marina es puntual respecto al recibimiento de ese esfuerzo suyo, por lo que incluso emergiendo como una actividad de élite, sus premisas respecto al posible desdén por ser un trabajo de mujer tienen sentido si recordamos además que la idea de guerrillera colocaba a lo militar, y sobre todo al trabajo en la montaña, como forma primordial. Sin embargo en su caso puede que este además relacionado con los conflictos y separación que tuvo con Ricardo Ramírez, siendo él miembro importante del destacamento guerrillero, así como los constantes “abandonos” de la organización por su postura crítica.

Todas estas diversas maneras de pertenecer como combatiente/guerrillera giraban en torno al gran objetivo de las organizaciones revolucionarias: combatir al gobierno enfrentándose a su ejército. Para eso se requirió normalizar la vida militar, y hacer expansiva las nociones de seguridad activa y clandestina para poder dar golpes desde el campo y desde la ciudad. Eran al final grupos político-militares, “[...] participaba en las actividades militares rutinarias como eran los entrenamientos, ejercicios, simulacros de planes de emergencia, guardias diurnas y nocturnas, exploraciones, entre otras.” (Colom, 1998: 118)

Cuando me incorporaron a la organización, entré a un grupo de apoyo de un comando. Teníamos varias responsabilidades, una primera bien importante era el alquiler de un local para que funcionara mi colectivo y otro clandestino. [...] Mi jefe era el jefe de otros dos grupos que allí llegaban y que yo no debía conocer. El local servía para nuestra capacitación y entrenamiento; la segunda responsabilidad era llevar víveres y dinero a la guerrilla; la tercera hacer repartos de propaganda

armada; y además hacer observación, gráficos y seguimiento de objetivos político militares de los propios comandos, así como cooperar con los comandos en acciones de apoyo. (Peña, 2009: 52)

[...] yo iba a salir a dar preparaciones militares, a preparar compañeras – cómo hacer, cómo atacar– cómo andar en un campo minado, cómo podían actuar y todo eso–; yo recibía esas tácticas. Después yo iba a dar esa preparación. Salí buena. Luego me hicieron el llamado. “Vaya –me dijeron–, ahora sólo va a quedar pendiente el llamado de nosotros, porque vos tenés que salir de aquí. Si es posible fuera del país. Vete a preparar un poco más de lo que te has preparado –me dijeron– a tener más conocimiento para que vos vengás aquí a dar lo que has aprendido, y así lo des a los demás” [Nubia Ayala Vargas] (Domínguez *et al.*, 1995: 140)

Las mujeres que accedieron a este espacio más plenamente se toparon de frente con el lugar de “lo masculino”. Ahí la valentía y el arrojo aparecían como esencias del *ser hombre*; donde lo que valía era ser eficaz, práctica, estratégica, poco personal y por lo tanto muy revolucionaria. En el texto de Lorena Peña lo político-militar ocupa un lugar central; será desde espacio donde desarrollará sus cualidades y desde donde irrumpirá: “[...] quedaban dos huecos en el COCEN [Comité Central] y fui electa. Me dieron nuevas tareas, la comisión de educación en la escuela de cuadros político militar de las FPL y la creación partidaria de la zona metropolitana que estaba compuesta por tres redes: guerrilla, milicia y movimiento de masas. (Peña, 2009: 75)”; “[...] como crecimos tan aceleradamente, la Comisión Política me ordenó asumir directamente la jefatura de la guerrilla, pues requería no sólo manejo militar, sino manejo organi-

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

zativo más amplio.” (Peña, 2009: 93). De ésta forma Lorena se iría abriendo paso hasta lograr su comandancia.

Al fin las mujeres estaban ahí, en el frente de batalla y en el fondo de las cocinas de los campamentos y casas de seguridad. No había duda que eran capaces, no podía haberla si se les veía codo a codo luchando. Aún con esto era sorpresa para Lorena acudir a sus reuniones como miembro de la Comisión Política y darse cuenta, con orgullo, que era la única mujer al frente de un mando. Y es que la experiencia de la vida política desde las cúpulas de poder en ese formato era también una novedad, por lo que se entiende su sensación; sin embargo habría que tener cuidado con enaltecer estas experiencias como abstracciones sin dominación. Sabemos que el enramado social es mucho más complejo y que la cultura patriarcal es mucho más profunda, por lo que no es extraño que también las militares hayan vivido la batalla por su validación en un cuerpo que no correspondía con el de quien debía mandar.

Felipón y Orlando eran dos hombres portadores de una cultura machista dominante en nuestra sociedad, pero la vida los puso a prueba enviándoles una comandante mujer. Orlando lo asimiló muy rápidamente, a Felipón le costó un poco más. Sin embargo, en cosa de un par de meses estábamos en sintonía, al menos en lo que se refiere a la línea de mando y la ejecución de nuestras misiones. (Peña, 2009: 159)

Sacamos una promoción de puras mujeres y yo tenía como práctica que el primer enfrentamiento fuera siempre exitoso para elevar la moral de mi gente. Pero la primera vez que saqué al combate a esas muchachas el enemigo estaba fuerte y me hicieron muchas bajas, me mataron a tres y hubo siete heridas. Yo era militar, sabía que eso había pasado porque el enemigo estaba mejor ubicado, pero los otros dijeron que la causa era

que había peleado sólo mujeres. No los pude convencer de lo contrario, decidieron, contra mi voluntad, que no formábamos más mujeres en el área militar. [Mena Sandoval-responsable de escuela militar ERP] (Ibáñez, Murguialday & Vázquez, 1996: 114)

Era como una vida en paralelo, mientras unas “triunfaban” y ascendían para alcanzar aquellos preceptos masculinos de igualdad, otras luchaban porque su derecho al fracaso fuera leído con justicia y porque sus capacidades fueran reconocidas.

Otra observación de este fenómeno nos la da El Salvador, donde por iniciativa del PC y las FAL se crearía el Batallón Silvia (1981-1983) (Herrera, 1983; Ibáñez, Murguialday & Vázquez, 1996; Rayas, 2009) como parte del Frente Paracentral Anastasio Aquino; conformado sólo por mujeres y que seguido por entrenamientos exclusivos/excluyentes.

Encabezado por Ileana de 19 años para quien su existencia tenía una explicación firme:

Esta unidad militar se creó no porque tuviéramos prejuicios de estar con los hombres, sino porque consideramos que sería una experiencia nueva dentro de nuestra lucha y demostraría la capacidad de la mujer salvadoreña tanto en el trabajo productivo, el trabajo cotidiano, el estudio, como también en su papel de guerrillera de la libertad. La experiencia es muy rica y alentadora. (Herrera, 1983:24)].

Pero mientras ella sostenía esa idea, para Héctor Acevedo, de los hombres líderes del grupo al que pertenecía el batallón, su creación se justificaba más bien desde la necesidad de regular la disciplina y tensión sexual; siguiendo la idea de que las mi-

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

litantes alteraban un orden al convivir constantemente con hombres que, por su aparente naturaleza eran incapaces de “contener su impulso sexual”. Se tiene un solo ejemplo de un hombre hablando al respecto, sin embargo no se duda que pudo ser una actitud extendida: “ “Pedro” La primera vez que estuve ante una mujer comandante [...] me di cuenta lo macho que era en el fondo. Sentía que estaba mal. Mal confiar a una mujer la responsabilidad de encabezar a cien hombres en una misión, ¡Estaba convencido de que echaría a perder todo! (citado en (Thomson, 1986: 127)” (Rayas, 2009: 80-81)

Sus compañeros, con los que compartirían el gran proyecto de la revolución, podían tenerlas de frente sin terminar de entender por qué estaban ocupando ese lugar. Parecía que estaban dispuestos a aceptar la lógica de su necesaria participación siempre y cuando se respetara esa línea conservadora que no se debía de atravesar, en donde cada uno debía reconocer su justo lugar en el mundo determinado por lo que su naturalizada condición sexo-genérica dictara. Sería tal vez la conformación de un nuevo segundo frente al que ellas tendrían que desafiar, pues sus enemigos se mostrarían tanto desde el gobierno como desde su guerrilla. “[...]me enseñó a desmitificar cosas que las teníamos muy idealizadas y fue bueno darme cuenta que la realidad es distinta a los sueños, que no es todo tan color de rosa como uno se lo imaginaba, la revolución, el partido, los compañeros [...]” (Laura) (Ibáñez, Murguialday & Vázquez, 1996: 226)

La compleja realidad les explotaría a todos, siendo las mujeres quienes han podido hacerlo más evidente –aunque no necesariamente más explícito. El trabajo mili-

tar era crucial, central muchas veces, por lo que éstas mujeres eran sobrevaloradas por participar desde esa primordial actividad. Pero como hemos visto lo militar era parte del gran entramado de las tareas necesarias en un frente guerrillero, por lo que es interesante la siguiente reflexión alrededor de un fragmento de testimonio de Yolanda, que para mí marca una pauta respecto a una declaración fuerte, lógica, injusta y compleja.

[...] los compañeros de la dirección me replicaron molestos que la alternativa no era hacer cada quien lo que quisiera, mucho menos cuando no se le necesitaba a uno en ello. Sino que debíamos hacer lo que la organización requería de cada quien y para lo cual teníamos mejores capacidades, en el marco de la realidad concreta donde nos desempeñábamos. Me reiteraron que combatientes y colaboradores que cumplieran determinadas tareas los había en cantidad y cada día eran más; pero los cuadros políticos revolucionarios no se reproducían al ritmo requerido. Pues de los pocos cuadros que surgían, muchos eran asesinados, obligados al exilio o neutralizados mediante el terror, incluso cuando apenas despuntaban. Sabía que tenían razón, así que después de varios meses de manifestar periódicamente mis reclamos no volví a insistir. Y procuré, como hasta entonces, realizar mis funciones con entusiasmo y dedicación. (Colom, 1998: 187)

Ella se refiere a su constante deseo de convertirse en combatiente, entendiéndolo como la actividad militar (reflejando esa valoración central); pero es la frase “Sino que debíamos hacer lo que la organización requería de cada quien y para lo cual teníamos mejores capacidades [...]” la que retumba por su sentido pragmático que podría responder al por qué las mujeres –y los hombres por lo tanto– terminaron

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

siendo asignadas con mayor frecuencia en ciertas tareas. Y es que si tu mejor lugar en la guerrilla es determinado por tus cualidades, y no se considera que las cualidades no son naturales sino que son producto de la construcción social continua, es obvio que quienes han vivido siempre cocinando, limpiando, sirviendo y criando, que quienes han sido educadas para ser subordinadas, sentimentales y reservadas, tendrán limitados sus espacios a aquellos que desde siempre se les ha reconocido como de mujeres. Asimismo es un pensamiento lógico, porque responde a una necesidad de eficacia muy coyuntural. La cantidad de tiempo que se necesitaría para entrenar a un hombre o a una mujer en las tareas que son simplemente discordantes con lo que socialmente han desarrollado, sería mayor que la misma guerra, y en el proceso probablemente se perdería terreno y fuerza política. Sin que esto implique afirmar siquiera que la re-educación haya sido un proyecto planteado seriamente, pero sí que viéndolo así, y por como se fueron desarrollando los hechos, parecía que se podía elegir sólo una batalla, y las cúpulas –junto con sus bases– eligieron la gran batalla contra el gobierno. Aunque eso implicara dejar a todos y todas en el mismo lugar donde empezaron; haciendo de la coyuntura el instante.

“La participación me ha hecho ver la vida con más criterio, he podido adquirir madurez política y emocional como persona. Pero como mujer me he sentido muy limitada, siento que podría haber hecho más si hubiera tenido más oportunidades. En cierto modo el ser la única responsable de mi hijo me lo impidió, pero también el hecho de que las mujeres fuimos discriminadas por el partido, ahora sí creo que realmente no fueron respetados todos nuestros derechos” (Leonor). (Ibáñez, Murguialday & Vázquez, 1996: 227-228)

“Preguntas si la guerra contribuyó a que nos liberáramos como mujeres, yo diría que no; si hubiéramos tenido una consciencia de género antes de la guerra quizás hubiera sido diferente pero sin tener todo eso lo que ocurrió fue que los roles que jugamos durante la guerra fueron nada más coyunturales...” (Alma). (Ibídem: 230-231)

Simplemente se vivía naturalmente; cómo se podría notar que algo estaba mal si era lo que siempre habían vivido: “Siempre la mayoría de hombres se iba más al campo, a pelear y todo eso; y las mujeres siempre nos quedábamos, que sé yo, la mayoría cocinando y las otras de radistas, sanitarias, y a veces hasta combatientes había.” [Esmeralda] (Domínguez, Navas, Ortiz & Rivera, 1995: 213). Creo que también Yolanda es muy justa al reconocer sus limitaciones:

[...] no existe el militante ideal que todo lo puede, que no se equivoca, que carece de debilidades, que le simpatiza a todos. De una u otra forma fui aprendiendo qué quería decir “ser de carne y hueso” y “estar determinado por la extracción social y el entorno”. Ninguno entrábamos formados como militantes, sino que nos forjábamos en un proceso de altibajos y contradicciones y en el que necesitábamos invertir toda la consciencia, el esfuerzo y la sencillez de que fuéramos capaces. (Colom, 1998: 26)

Era verdad, no llegaron como sujetos abstraídos de su realidad social, haciendo de la batalla subjetiva un lucha más dura porque debían cuestionar, al tiempo que sobrevivían en una guerra, todos los preceptos que habían naturalizado a lo largo de su vida.

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

El reflejo de estas contradicciones se vería en la jerarquización y el despliegue de subordinación y desprecio por ciertas tareas. Generalmente sería (como es aún) en aquellas que corresponden al trabajo de reproducción –labores domésticas y de cuidado–, que aunque necesarias, serían colocadas en un estrato menor respecto a la posibilidad de acceder a la práctica intelectual o a la político-militar. Éstas últimas al requerir de mayor preparación –como en la sociedad de la que provenían–, serían consideradas de mayor valor.

Es así que acompañando la tensión en la división de tareas estaría la generada por la dicotomía campo-ciudad (reflejada mayormente en el texto de “Las Dignas” sobre salvadoreñas). Al respecto se han leído ya algunos fragmentos que lo muestran, en donde se manifiesta un sentido de inconformidad o discordancia. Las de ciudad se sabían más conscientes, mientras que las campesinas se sabían más capaces en términos prácticos.

Las mujeres entrevistadas de extracción urbana, manifiestan que entre ellas y las campesinas había diferencias en las motivaciones para participar. Tanto las comandos como las guerrilleras declaran enfáticamente que se involucraron voluntaria y conscientemente, en cambio señalan que las mujeres del campo, sobre todos las jóvenes, lo hacían obligadas por las circunstancias, no tanto porque estuvieran convencidas de las bondades de la causa. (Ibáñez, Murguialday & Vázquez, 1996: 105)

La lectura general del texto del cual hemos recabado este fragmento acentúa mucho las diferencias entre ellas, reflejando temas que cabrán en los siguientes apar-

tados. Pero para este caso resultan interesantes pues reflejan otros de los límites en la convivencia que no sabemos si se presentó así en el caso de los hombres (en los textos sobre guatemaltecas no se refleja con tanta vehemencia, aunque si tenemos la posición de Yolanda como mujer ladina). El menosprecio entre una y otra procedencia, y las facilidades prácticas que ésta concedía, nos revelan un sentido de competencia muy propio de un sistema de dominación como lo es el capitalismo; acompañado por una necesidad de superposición con miras a la jerarquía.

Queda claro que todas eran hijas de su tiempo, que tal vez habría hecho falta una conversación entre ellas, una práctica de empatía, poner en tela de juicio las geografías totalizantes o la necesidad de competir para demostrar una capacidad individual superior a otra capacidad individual. Podríamos suponer que su condición minoritaria como mujeres, con toda la presión que significó demostrarles a los otros que se merecían el lugar que tenían y que éste no les había sido cedido por ninguna clase de favor sino que era producto de su trabajo y su convicción, las cegó para reconocerse en las otras, dignas compañeras en sus variadas formas y limitaciones.

Cabe preguntar hasta qué punto este tipo de actitudes, con respecto a la militancia, mantendrían al grupo en un estado de insolidaridad, o tensión. Qué tanto lo manifestaron las inconformes, y si se hizo algo al respecto. Se podría apostar que poco, porque la denuncia o exposición de incomodidades individuales se subordinaría para dar paso a las necesidades colectivas revolucionarias. Cuando una mujer se convertía en guerrillera, soltaba y dejaba fuera muchas de sus otras formas de ser en el mundo; pero eso lo hacían todos, era el precio que se pagaba por la revolución.

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

Formas cotidianas de opresión

Como se ha ido dejando claro, la realidad compleja y subjetiva de cada una de estas mujeres varía. Pero así como esto es cierto también lo es que su cuerpo –las formas que éste podía tomar–, fueron centrales a la hora de relacionarse en el mundo guerrillero. Es por eso que a lo largo de sus testimonios no sólo nos hablan de cómo fueron llegando a la opción por las armas, sino que al contar sus vidas emergen los recuerdos que trascienden a la militancia para complementarla. Del por qué acudir también a esos, ninguna lo aclara; sin embargo puedo suponer que tiene que ver con lo intrincado e interiorizado del devenir de la opresión común reflejándose en las múltiples facetas que componen el actuar social. Sí, son estos momentos los que contradicen la mayoría de sus preceptos revolucionarios. O tal vez sería más justo decir que confirman la ausencia de una perspectiva amplia y crítica de lo que se consideraba justo o contestatario.

Los tres aspectos que en esta sección se mencionan, y como se les califica (“formas cotidianas de opresión”) no estuvieron ausentes –aunque para algunas fueron marginales– en tanto que la guerrilla sería igualmente una conformación social regida por la tensa dinámica a la vez revolucionaria y conservadora. Comenzando con su primer núcleo social: la familia parental, que ya pudimos explorar un poco en el apartado sobre su militancia previa. Después se explorará ese tema central que surge cuando se piensa en mujer, y conflictivo cuando se piensa en guerrillera: la maternidad. Dejando para la parte final lo que llamo “relaciones erótico-afectivas”, aspecto que podría parecer gratuito o reconocerse dentro de un escrutinio sin sentido de su vida “privada”, cuando en realidad debe pensarse como parte de las expresiones en

las estructuras sociales a través de las cuales se hilan las figuras de poder y las reproducciones de modelos culturales; y que sin embargo han tendido a ser excluidas de la crítica al ser sobre todo narradas como actos fuera de los sistemas por caer en lo personal. En conjunto las tres categorías hacen referencia al formato más común con el que se relaciona a la mujer, incluso a la guerrillera.

Familia parental

El foco primordial de la organización social ha sido la familia en su caracterización burguesa, capitalista y patriarcal. Desde ahí emanan las tradiciones y se arraigan los mitos de la crianza; desde ahí se forjan los trabajadores, y desde ahí se afianzan los valores estructurales de los sistemas de opresión. Ahí se moldean nuestras formas más privativas de relacionarnos; ahí se normaliza la opresión. Pero también desde ahí se comparte la lucha –voluntaria o involuntariamente– por aquello que desde ahí emerja como el imaginario de un mundo más justo. No es por lo tanto un lugar vacío o de predicamentos aleatorios.

En este caso apelamos a la familia parental, buscando en sus reflexiones los lazos que respecto al tema ellas tendieron por considerar que impactaron en su ser guerrillero. Se ha mencionado ya cómo ésta familia parental aparece mucho más incluida en el caso de la militancia de las mujeres que procedían del campo que desde la ciudad. Éstas primeras la traen a colación generalmente, para reflejar el sentido de su militancia; pues para quienes sus familias fueron asesinadas la vitalidad provendría de la venganza, reflejando una fuerte conexión con el lazo parental exaltado por el sentimiento de injusticia a razón de la oleada de violencia indiscriminada. En tanto

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

esto es verdad también lo es que en algunos testimonios provenientes de las recopilaciones, aunque se habla del entorno familiar, de los oficios de los padres o del lugar de nacimiento, no se vincula –más allá de lo ya mencionado– con su impacto por ser el primer espacio de sociabilidad. Tampoco se lee una intranquilidad por la seguridad de su familia, y creo que eso en parte se debe a que de alguna forma en las comunidades rurales se terminará normalizando la represión.

Parece contrastante porque en el caso de los testimonios individuales, también por el mayor espacio de comunicación, hay un desarrollo del hilo conductor de la familia. Amén de que en ellas sí se lee una angustia por la fragilidad de la sobrevivencia de los miembros de ésta. Por lo cual su empuje parece provenir del coraje de no poderlos proteger, y cómo eso amagaba la lucha como única posibilidad de vislumbrar una salida.

Mi angustia creció y mi desesperación fue desbordante cuando supe que la S-2 comenzó a amenazar a mi madre y se atrevió a ametrallarle la casa, y a seguirla; hombres encapuchados llegaron a buscarla dos noches; los teléfonos no paraban y el enemigo preguntaba a cada rato por mi hijo, mi pequeño, e intentaba secuestrarlo; a mi madre le decían que sólo le quedaban horas de vida, que le pondrían una bomba, que se fuera del país porque la iban a matar. También así pretendían hacerme sentir culpable. Las amenazas comenzaron a partir del momento en que mi madre, junto a la Cruz Roja Internacional, después del período de los interrogatorios, vino a verme a la cárcel. Un teniente tuvo el descaro de decirme varias veces que a mi madre la perseguían y la amenazaban los guerrilleros, quienes por mi traición se vengarían con mi familia. (Díaz, 2008: 151)

La familia de Nidia Díaz no era parte de una organización armada, y de hecho sólo de quienes escriben desde lo individual hubo un caso en que se compartió la militancia amplia con sus padres y hermanos: el de Lorena Peña⁴⁸ --como ya se había mencionado-, el resto tuvieron una “separación” durante su clandestinidad pero en realidad jamás fueron abandonadas del todo. Esto sin duda lo sabían quienes estaban encargados de obtener respuestas y por eso la familia se convertía en un foco de atención para el momento de ejercer la represión o la tortura. La duda de su complicidad ante la promesa del amor incondicional, sobre todo materno, hacia endeble la sobrevivencia de quienes sin armas y sin militancia se movían en la legalidad.

Cuando uno está preso, lo presionan capturando a los familiares. Buscan hacerle chantaje y quebrarle la voluntad. Ponen grabaciones con voces de los familiares; si tienen un hijo pequeño, el llanto de un niño. A Graciela le capturaron el papá y la desnudaron frente a él; a Ana Guadalupe le asesinaron a un hermano; al padre del comandante Joaquín Villalobos, le pusieron una bomba en el local de trabajo y lo capturaron. En otros casos fue para vengarse. Esto fue lo que sucedió también en mi caso. Tengo doce familiares refugiados, quienes fueron víctimas de la represión. Ellos no tenían nada que ver con el FMLN. Su delito simplemente fue el ser familiares míos y no dejar de enviarme ropa limpia cada ocho días a través de los organismos humanitarios. (Ibídem: 152)

48 El siguiente fragmento refleja bien su particularidad. A pesar de haber perdido a todos sus hermanos no se lee en su móvil la venganza pero tampoco la resignación. “Mi hermano Felipe murió en un enfrentamiento con la policía en San Salvador cuando ya participaba en la guerrilla en 1975. Ana Margarita fue desaparecida por la dictadura militar salvadoreña en 1981. Virginia murió combatiendo con el ejército gubernamental en 1986 en Cuevitas, Chalatenango [...]” (Peña, 2009: 18-19)

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

Sin embargo antes de acompañarse en las vicisitudes de la represión compartieron y heredaron su crianza. Siendo curiosamente mujeres las que escriben, y aunque son madres –algunas muy críticas–, lo que se alcanza a leer sobre sus propias madres es muy poco en relación a los padres. Reflejo también de las posibilidades de la generación de sus progenitoras para romper los moldes y tener una participación activa en el mundo reconocido de lo público. Sólo Nidia Díaz la trae a colación como motivo de su relación con la democracia cristiana: “Mi madre fue correligionaria de la democracia cristiana. Llegó hasta prestar su vivienda para reuniones y era muy amiga de doña Melita, la madre de Duarte. Y mi hermana menor había estudiado varios años con la hija de Rolando, hermano de Duarte, y frecuentaba mucho a esta familia.” (Díaz, 2008: 176). El resto hacen una descripción corta, concisa y esperada de sus madres como ejemplos perfectos de acompañantes de grandes hombres.

Mi madre fue una mujer muy fría que amó desmesuradamente a mi hermana pequeña por su belleza; que odió todo lo intelectual –le parecía un gasto absurdo comprar libros–. De ella aprendí todos los prejuicios y el racismo de la sociedad burguesa guatemalteca, donde la mujer que se libera es vista con un marcado menosprecio, pero lo más doloroso es que esa visión partía de una mujer. Viéndola a ella pude saber también todo lo que yo no quería ser. (Arriola, 2000: 24)

Mi mamá era una pequeña comerciante, tenía un negocio en el centro de San Salvador en el que vendía artículos del hogar, granos básicos y también artículos para fiestas, casamientos, piñatas, dulces, juguetes, bolsas y gorritos. (Peña, 2009: 17)

Las veremos aparecer más constantemente al desenvolver el proceso de su propia maternidad relegada casi siempre en sus propias madres. Tal vez reproduciendo la incondicionalidad de éstas para ser lo que estaban destinadas.

De los padres hay más, es con quienes generalmente parece desarrollarse el sentido de su militancia,

[...] mi papá me dijo que se sentía orgulloso y que saludara a los compañeros de su parte. Aunque preocupada por el dolor de mis papás, esa y muchas veces más en los años posteriores permanecí serena y segura de lo que hacía. Confiaba en que se repondrían con el tiempo [...] (Colom, 1998: 90)

Se cuenta su largo historial intelectual o político para poder denotar su tendencia. Como si fueran ellos los únicos de quienes heredaron su emergente ideología.

Egresado del Instituto Central para Varones, mi padre fue conocido por su desempeño profesional y político honesto, incorruptible. Siendo estudiante participó en la gesta de 1944 y en la década democrática fue dirigente de la Asociación de Estudiantes Universitarios y diputado. Adversario de los colaboradores comunistas del régimen arbencista, cooperó con el gobierno de Castillo Armas como subsecretario de Agricultura. [...] Por él conocí a Luis Turcios Lima cuando éste era el máximo dirigente de las Fuerzas Armadas Rebeldes. Momentos antes de que él llegara a nuestra casa me dijo que era un guerrillero, un luchador valiente por la justicia social y un patriota.

[...] Enemigo de las apariencias y de la opulencia, solía afirmar que el dinero y los recursos eran para satisfacer las necesidades básicas de decoro y para compartirlos; no para acumularlos u ostentarlos. Sus hijos, efectivamente, no heredamos de él dinero ni bienes. [...] (Ibídem: 175)

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

Recuerdo el día en que, por fin, el dictador ordenó que izaran la bandera blanca en el Palacio. Y a mi padre que regresaba victorioso con el pelo cortado al rape. De la prisión fue al Palacio Nacional como Ministro de Educación Pública de la Junta Revolucionaria de Gobierno, y fue quien firmó el decreto que dio autonomía a la Universidad de San Carlos (el doceavo decreto de la Junta Revolucionario de Gobierno del 1 diciembre de 1944) (Arriola, 2000: 18)

Mi papá [...] Fue militar y se graduó en la Escuela de Cadetes. Sus convicciones democráticas le llevaron a incorporarse al fallido golpe de estado contra el dictador Maximiliano Hernández Martínez en 1944, por lo que le dieron de baja en el ejército y fue condenado a muerte. Anduvo huyendo e intentando nuevas revueltas contra el dictadora Martínez un buen tiempo; curiosamente conoció a mi mamá cuando estaba escondido en la casa de un tío [...]

Mi papá tenía un maestro político a quien admiraba mucho: el tío de mi mamá [...] Manuel Mendoza, un abogado cercano a las ideas democráticas [...] En ese ambiente de esa época se conocieron mi papá y mi mamá; toda la vida de ellos, [...] estuvo vinculada a esfuerzos de mi papá, apoyados por mi mamá, por lograr transformaciones sociales estructurales en el país. (Peña, 2009: 17-18)

Es la perpetuación del patriarca, no es algo casual pero tampoco es intencional. No creo que quisieran borrar a sus madres por considerar obsoleto su legado, se hará claro después que sería de ellas de quienes emanaría el sacrificio. Lo que si nos dicen es que el encuentro de estas dos generaciones de mujeres –madre e hija–, era generalmente desigual porque las hijas estaban experimentando una apertura de su participación y de su visión de mundo a la que probablemente sus madres no tuvieron acceso. Sería lógico que al acudir a su recuerdo sus madres emerjan justo como eso, como

madres, acompañantes, esposas, luchadoras en su valentía pero no en su historial de lo político-público, porque no lo tenían. Además de esto es marcada la indiferencia de las categorías y el desarrollo del trabajo de reproducción y de la lucha desde ahí, tanto como para sus madres –ahora abuelas–, como para las hijas –ahora madres–; aún para el momento en el que escriben, ese espacio de la reproducción sería ajeno en tanto sus cualidades generadoras.

Las contradicciones también provienen generalmente de los padres, pues eran ellos los que dictaban las formas y los valores que regían la familia. Era lógico, la confrontación se hacía con quien tenía la voz,

Uno de los factores mayores de mi desacuerdo con mi padre, en ese momento, fue que no admití que él hubiera colaborado con el gobierno de Castillo Armas [...] yo consideré que era apoyar a un gobierno que iniciaba lo que sería la época de la cultura del terror, que destruiría gran parte de nuestra savia vital. Fui acusada de extremista y despiadada. (Arriola, 2000: 28)

Pero afortunadamente reconocen tensiones que se podrían pasar por alto en nombre del amor incondicional a la familia. Al hacerlo nos permiten distinguir el medio del que provenían, y cómo aún siendo, sobre todo quienes escriben desde lo individual, privilegiadas por haber podido elegir un destino de participación activa en el mundo de lo público, en lo privado se les impondría a sus cuerpos de mujer lo común conservador esperado.

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

Mi padre era, como buen ladino –mestizo–, sumamente contradictorio, como lo es todo en Guatemala. Lo era porque, por un lado, luchó contra las dictaduras y tuvo un pensamiento liberal. Su padre, médico en Totonicapán –un departamento indígena– fue asesinado por orden del dictador Estrada Cabrera (El señor Presidente de Miguel Angel Asturias); quien gobernó Guatemala de 1898 a 1920. Pero, por otro lado, mi padre fue terriblemente conservador –diría reaccionario– en su vida cotidiana, en relación con sus hijas, su mujer, sus amantes. Concebía a la mujer como alguien necesitado de un soporte, de una protección. [...] Cuando yo iba a la universidad en Guatemala y regresaba a las nueve de la noche –las clases terminaban a las ocho– él me hacía una escena terrible, lanzándome calificativos que podrían tomarse como que yo era una puta o algo así, porque regresaba a casa tarde y platicando con algún compañero. (Arriola, 2000: 17)

Nunca fui oprimida, como otras mujeres del medio pequeño burgués de Guatemala. No tuve trabas religiosas. Tampoco tuve que afrontar ninguna oposición a mi desarrollo intelectual o profesional; pero en el aspecto familiar sí me sentí oprimida. [...] mi papá era contradictorio con el resto de su pensamiento; podríamos decir que, en la misma proporción de su consecuencia revolucionaria, era conservador en las costumbres y relaciones familiares. En mi casa había normas rígidas de comportamiento; mi padre era el «señor» de la casa, y nosotras, especialmente mi madre, teníamos que atenderlo en todo. Las mujeres no podíamos salirnos de nuestro papel de sumisión y obediencia. Era muy paternalista; no podíamos salir cuando queríamos, y tenía mano dura en cuanto a nuestras relaciones con amigos y posibles enamorados. Era un típico exponente de la actitud machista de nuestra sociedad. Todo ello formaba parte de su cultura y de su propia experiencia personal [...] Sí, definitivamente, esa actitud suya refleja el machismo de la sociedad guatemalteca. La Revolución democrática no podía haber cambiado en él esas ideas, ni su posterior desarrollo afectó tampoco ese campo de su ideología; era un típico exponente de su época. Su

influencia nos hizo dependientes y sumisas; eso fue lo que tuve que ir rompiendo a través de mi vida posterior; fue a lo que me enfrenté cuando decidí vivir con Samuel. [Ana María-EGP] (Solórzano, 1989: 62)

En la casa había unas empleadas que hacían el trabajo doméstico. Nosotros sólo estudiábamos, sin embargo, a nosotras las mujeres nos obligaban a lavar el uniforme que llevábamos al colegio porque teníamos que aprender a lavar decía mi mamá, pero a mi hermano no le exigía lavar el uniforme, era el único trabajo doméstico que nos imponían [...] Mi mamá tenía la idea de que íbamos a ser intelectuales progresistas pero no tanto como romper, como rompimos, con todo el «deber ser» [...] Así pues había diferencias en el trato de mi hermano Felipe y nosotras las hermanas, aun cuando no se mostraban agudamente; en otras familias con más escasos recursos es más marcada la diferencia, a lo mejor si nos hubiera tocado a todas hacer las tareas domésticas se hubiera visto más nítidamente la diferencia de género. En todo caso la discriminación de género se encubría un poco porque no estábamos directamente vinculadas al trabajo reproductivo en la casa [...] (Peña, 2009: 23-24)

No es extraña la contradicción puesto que refleja el complejo devenir social, pero sin duda resaltar estas prácticas nos dice que también sus padres eran hijos de su tiempo. Ellas pudieron romper con paradigmas muy fuertes, sin embargo su procedencia no era tan distinta a la de muchas otras mujeres –aunque la dimensión era menor como lo reconoce Lorena Peña–; y tal vez no estaban muy conscientes, tal vez no fue su intención, pero ser guerrilleras terminó sorprendiendo y sacudiendo a sus padres quienes como vemos fueron incapaces de deshacerse de los privilegios que como grandes patriarcas poseían.

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

Pero aún haciendo a un lado el hecho de que en gran parte somos determinados por nuestro contexto y el *stock* de posibilidades limitado, es crucial admitir que revolucionar el espacio de lo privado/cotidiano siempre ha sido mucho más complicado.; comenzando con reconocer que es un espacio político que requiere ser cuestionado y desde el cual se necesita ser también crítica. Con todo sus familias son excepcionales porque para la época resultaba liberal dejar que su hija estudiara, aunque después se le hicieran reclamos de promiscuidad por llegar tarde de clases.

El límite de cuestionar a lo privado no será exclusivo de esta vieja generación de demócratas-liberales, cuando incluso sus hijas después de lograr enfrentarlos, y de haber determinado lo que no querían ser en base a lo que vivieron en su familia, se verían envueltas en nuevas batallas con compañeros e incluso con ellas mismas. Sin darse cuenta serían también reproductoras del sistema que las oprimía.

Maternidades

Es sencillo reconocer que a lo largo de la historia ha sido la tarea de la maternidad una de las que se han establecido como inseparables para con la vida de la mujer. El peso de ésta recae en lo que parece inevitable: en el cuerpo portador, en quien posee el vientre que cargará al futuro nuevo humano; con ello la responsabilidad y la carga moral, el *deber ser* de madre, el amor incondicional reflejo de la emotividad “innata” de ella. Es también el momento culminante del trabajo continuo de reproducción social, al que pareciera complicado negarse, incluso en tiempos de guerra. Si se entiende esto se comprende porque dentro de los grandes triunfos feministas estará el de la aceptación de la pastilla anticonceptiva, que con su legalidad dará paso a la segunda lucha más privada del derecho a elegirla: la maternidad electiva; esa que llevaba a mu-

eres a salir el 10 de mayo para luchar por el derecho a no ser madres y a no ser juzgadas por ello.

Siendo su importancia crítica no es sorpresa que el tema salga a relucir en sus narraciones, sobre todo para aquellas que se embarazaron, parieron, y fueron madres –primero con hijos y luego, a veces, sin ellos–. El proceso comenzó para algunas con la meditación respecto al momento oportuno, reconociendo las dificultades y los sacrificios que esto les impondría.

Recuerdo a mi pequeño. Nació en el año de la ofensiva. [...] Recuerdo que con su padre decidimos tenerlo después de reflexionar mucho. No me fue fácil decidir tener a mi hijo en la guerra, más con las responsabilidades que una tiene. Una desea tener un hijo, varios, que nazcan y se desarrollen en la lucha. Verlos crecer en el proceso. Casi nunca se gozan, pero sabés que están ahí, que viven y que son semillas que fructificarán y se desarrollarán en el ejemplo de sus padres. (Díaz, 2008: 152)

[...] no fue fácil posponer varios años la maternidad. La contradicción nos afloraba periódicamente, obligándonos a reiterar una y otra vez la decisión. Los niños me gustan y tenía ilusión de tener una familia numerosa. Por otra parte, me decía a mi misma que debía tenerlos porque la participación revolucionarios no se puede condicionar a que seamos o no madres, y la mayoría de las mujeres tenemos hijos en algún periodo de nuestra vida. De manera que cuatro años después de casada di a luz un varón. Me alegró mucho que fuera hombre, pues consideraba que para él sería menos dura la vida en caso me viera forzada a dejarlo. Y yo tendría más valor para renunciar a él y confiarlo a terceros si esa situación se daba. (Colom, 1998: 23)

[...] decidí embarazarme, aunque anhelaba irme a la montaña como

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

guerrillera. Así nació El Cacho (29 de noviembre 1963), quien me hizo sentir profundamente la maternidad.

[...] Tener hijos en situación de una guerra civil implica demasiados traumas, tanto para el hijo como para la madre [...] Las mujeres europeas contemporáneas, que no hicieron la resistencia contra los nazis, y aun muchas mujeres latinoamericanas que nos juzgan desde la comodidad de su lucha política teórica que es toda su vida, no entienden absolutamente la praxis de las mujeres del Tercer Mundo que tienen que pelear, parir, amar, odiar, luchar dentro de sus propias organizaciones para que su voz sea escuchada; salir adelante solas y no morir destruidas o locas en el intento, además de soportar, si tienen hijos varones, que éstos se identifiquen con el machismo de los padres. (Arriola, 2000: 44)

Y hablando de machismo, resulta extraño leer como la impresión de Yolanda es que al ser su hijo varón su situación sería más sencilla, dando la sensación de que alude a una percepción naturalizada y esencialista de lo sexo-genérico; o articulando su memoria en base a una lógica realista aunque no crítica. De igual forma se tendría que preguntar por qué Aura Marina no cuestiona que esa identificación con el machismo (patriarcado) que menciona proviene de otros lugares y no sólo del padre masculino.

No se podría decir que habría un momento perfecto para ser madre, en el que las dificultades se difuminarían permitiendo aprovechar cada instante en armonía absoluta. No bajo las condiciones de nuestros sistemas de dominación –aún sin guerra armada–, que al final es la única forma que conocemos de vivir. Es cierto lo que Aura declara respecto a las mujeres-madres-subalternas quienes desde siempre y sin importar el momento, han luchado ante todo por sobrevivir. Por lo que admitiendo la

explotación como normalidad, las maternidades que se desataron bajo el manto guerrillero serían vividas en tiempos excepcionales de guerra pero, me parece, bajo condiciones comunes en lo que refiere a la precariedad de la vida cotidiana en nuestra América.

Su embarazo-maternidad en el seno de la organización armada llevaría a algunas a salir para vivirla y a otras a seguir en sus tareas. De una u otra forma la realidad de su cuerpo cambiante impactaría en su cotidianidad guerrillera.

Mi niño fue prematuro, lo tuve cinco semanas antes de la fecha esperada. El trabajo era muy intenso y las responsabilidades se acrecentaban. Estábamos en el período de resistir, consolidarnos y avanzar. En ese momento estaba en el frente urbano, en condiciones de clandestinidad, con identidad falsa. Por unos sobreesfuerzos y caminatas largas, casi lo aborto. Recuerdo la sensación indescriptible que sentí al parir y ver al pequeño. Una intensa y desconocida ternura nació desde lo más hondo. Sentí que había sido capaz de dar otra vida, había dejado ya la semilla. Lo vi exactamente parecido a su padre. Durante dos días me coloqué una almohada sobre el estómago, pues me era extraño estar sin él en el vientre y tenía mucho frío. (Díaz, 2008: 149)

Si bien estaba feliz con mi hijo, antes del primer mes se me había derrumbado la imagen idealizada de la maternidad que inconscientemente había interiorizado. Me parecía agotador dar de mamar frecuentemente de día y de noche, cambiar pañales a cada poco, sacar el aire al bebé luego de que comía. Sentía que era la de nunca acabar, a pesar de que mi madre y mi abuela estaban al lado y que yo no lavaba los pañales ni realizaba tareas domésticas esos días. Pues nos habíamos trasladado a casa de mis padres y allí había personal de servicio. [...] Fue con la maternidad que me di cuenta cuán acostumbrada estaba a una actividad independiente e intensa fuera del

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

hogar, y no dejaba de sentirme maniatada. Sin embargo, esa situación duró poco, porque al mes de nacido ya llevaba a mi hijo conmigo a todas partes. Y si por fuerza mayor no podía hacerlo, lo dejaba al cuidado de alguna familiar o amiga. Con cariño y solicitud, pero también con firmeza, lo enseñé desde pequeño a ser sociable y alegre; a no aferrarse a una sola persona, incluida yo; a permanecer en la cuna o en el corral la mayor parte del tiempo, incluso cuando familiares o amigos nos acompañaban. No permití que lo acostumbraran al *chineo* ni que al primer chillido lo cargaran. [...] Pronto partiríamos al altiplano, lejos de familiares y amigos; trabajábamos y no tendríamos quién nos ayudara con él, ni con las tareas domésticas. Si nuestro hijo se acostumbraba a ser mimado, sufriría mucho cuando no lo pudiéramos consentir. (Colom, 1998: 24)

En 1974 me casé con Dimas Rodríguez y salgo embarazada de mi primer hijo. Fue algo maravilloso, nació el 12 de septiembre [...]

Mi mamá me apoyó unos días, pero desgraciadamente cuando Vladimir no tenía ni dos meses, tuvimos que clandestinizarnos más estrictamente y el niño quedó exclusivamente a mi cargo, sin la asesoría de mi madre. A veces digo que es «sobreviviente» de mis cuidados, pues no siempre entendía yo a tiempo lo que el bebé necesitaba. (Peña, 2009: 54)

En el cerro de Guazapa me acompañé con Facundo Guardado, con quien en el año de 1987 procreé a mi última hija, cuyo nombre es Ana Virginia [...] (Peña, 2009: 140)

Así fue que salí del volcán de San Salvador rumbo a Managua, donde estaría un tiempo para curarme y regresar pronto. [...]

Ese tiempo en Managua se convirtió en dieciocho meses, pues cuando en mi primer chequeo ordinario, que lo fui a realizar a Cuba, me detectaron mi embarazo, la organización decidió sustituirme en el Frente Metropolitano y que asumiera durante ese tiempo de embarazo, parto y puerperio, algunas tareas en el exterior del país, en el llamado Frente Externo. (Ibídem: 147)

–Ya no te ponemos más tareas. Ya estás en las últimas. Si no, vas a tener el patojo en la calle –me dijo Camilo Sánchez en una reunión.

–Estate tranquila –dijo Percy Jacobs–, ya después nosotros te buscaremos. Pero ahora cuídate, que ese patojo tiene que nacer bien.

–Estas muy panzona *Sapa*. Te ha de faltar como una semana –concluía *Sustors*.

[...] Hasta ese momento no había reparado en mi tremenda responsabilidad como madre, de que si alguien realmente me necesitaba. Alguien a quien no podía fallarle en lo único que podía ofrecerle: amor y protección. ¿Pero hasta donde podría yo ofrecerle amor y protección?, si sabía que tanto Tito como yo teníamos la vida en un hilo y que ese niño podría quedar huérfano en cualquier momento o incluso morir con nosotros. Ser torturado y masacrado por el solo hecho de ser nuestro hijo. Pero estaba consciente que aún cuando lo había parido, esa vida no me pertenecía. Tenía la responsabilidad de cuidarlo y amarlo, pero que era otra persona a la cual tenía que respetar, ayudarlo a ser libre y que aprendiera a volar con sus propias alas. [...] (Ramírez, 2001: 218)

Quizá ahí por el 82, salí embarazada. Me acompañé con un compa que andábamos, que nos veíamos así, y luego salí embarazada; pero esa no fue excusa para mí en ningún momento, nunca; yo no tuve excusa por eso, porque yo, estando como estaba, yo salía.

A los nueve meses de embarazo, yo salía; pero no salía tan lejos, allí en la misma zona andaba; pero siempre participaba, y así hasta que tuve la niña. De allí anduve con la niña. Después dejé la niña con mi mamá, ella la cuidaba. [Nubia Ayala Vargas, 31 años, originaria de San Vicente, con 6 hijos. Se organizó desde 1981] (Domínguez *et al.*, 1995: 143)

Era bien terrible esa situación porque uno embarazada en tiempos difíciles, de que uno no podía estar estable en un solo lugar; tenía que andar caminando, aguantar hambre y sed. Pero lo que a mí más me preocupaba –porque yo veía ejemplos de otras muchachas–, de otras

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

mujeres que tenían al niño en el monte, allí; simplemente con la asistencia médica pero sin ninguna preparación, ya como uno los podía tener. Yo lo tuve en un lugar que en ese momento sólo habían unos sanitarios, no había ni médico, ¡en el monte! Sólo habían cuatro bichas más, ellas me ayudaron. No sabían nada. Como parteras, no; en atender heridos y todo eso, sí. Pero cómo tener un hijo, no. Había una señora que era cocinera, ella me decía, “Mire, yo ya he tenido hijos también y es bastante duro; y mire, para que se le apure hay que cocer estas raicitas de este monte y este, tiene que hacer esto y esto cuando el niño venga para afuera. Y no se abata”. Por la gracia de Dios no tuve problemas, o sea, yo no tenía ninguna preparación. (Ibídem: 215)

Mi niña nació en 1986, en el campamento Callejón, de Honduras, o sea en Colomocagua. El apoyo era de que si durante la guerra, durante el proceso, salía embarazada, me mandaban a ese refugio. Allá en Honduras, uno tenía su hijo, y después de eso, se quedaba uno o dos meses allí; después de ese tiempo uno tenía que volverse a incorporar. Pero apoyos económicos no habían. [...] [Blanca Isidra Salazar, 30 años, organizada con las FPL] (Ibídem: 175)

Samuel conoció muy bien mi dependencia; siempre me ayudó y me apoyó para superarla, para ser yo misma. Cuando iniciamos nuestra vida juntos no pensábamos tener hijos, para no tener obstáculos en nuestros planes. Pero yo quedé embarazada, y como no había condiciones para nuestro regreso inmediato al país, decidimos tener el hijo. Yo quise tenerlo y él también; sin embargo, tuve que afrontar desde ese momento el dolor que habría de causarme la separación de él en cualquier momento. Decidimos entonces que cuando llegara el momento lo dejaríamos con mi madre o con una de mis hermanas; pero a mí me costó mucho aceptar esa idea. Tuve un fuerte conflicto interno; si no tomaba la decisión de dejarlo en caso necesario, tenía que aceptar que ya no iría al interior. Samuel me apoyó. Recuerdo aún cuando me decía: «Lea con cuidado la carta del Che a sus hijos; en ella podemos aprender

lo que tiene que hacer un revolucionario; es duro, pero necesario.» Muchas compañeras se han sentido frustradas porque, cuando tienen hijos, han tenido que hacerse cargo de los niños mientras que los padres se quedan en el frente. [...] Reconozco que la madre les hace falta siempre; pero muchas veces lo que define la decisión de quedarse con ellos son las limitaciones que una misma como madre posesiva desarrolla, y no se atreve a dejarlos ni a proponer que sea el hombre el que se quede con ellos, pues si bien es un hecho objetivo que la madre hace más falta que el padre, los conoce mejor, los puede orientar y controlar más de cerca, es porque los hombres no asumen esa responsabilidad desde un principio. La sociedad en que vivimos así lo ha determinado, y nosotras aún no hemos sido capaces de transformarlo; es una lucha que tenemos que librar nosotras mismas como parte de la Revolución. En mi caso se presentó el problema. Y convinimos finalmente con Samuel que yo me quedaría con nuestro hijo hasta que tuviera dos o tres años y pudiera dejarlo ya un poco grandecito. [Ana María, EGP] (Carrillo *et al.*, 2008: 63)

Este último fragmento hace críticas contundentes y describe el proceso interno que confronta los estados mentales; la revolución era importante, pero el peso de la maternidad resultaba avasallador y ella lo reconoce. Para su compañero el consejo lógico era reconocer la herencia del Che, aquel sacrificio máximo del abandono, pero al presentarlo me parece que queda ella como la histérica madre sobreprotectora sin darse cuenta ninguno, que ambos representan una tendencia cultural y no una práctica natural sino naturalizada. Si es que los hombres pueden sentir menos dolor al abandonar a sus hijos no es porque estén mejor preparados para ser revolucionarios, siguiendo los pasos del Che, sino porque de ellos no depende, culturalmente, la crianza. No se ejerce en ellos la misma presión.

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

Ellas al parir se convertían instantáneamente en madres, aunque el contraste es evidente entre aquellas de quienes sabemos guardaban una relación con la dirección y que pudieron desempeñarla diferenciadamente. Entonces en su mayoría tendrían que enfrentarse al fenómeno de la separación que las llevaría hacia una maternidad sin hijos. Este proceso golpearía fuerte a la tradición de que la última que podría/querría separarse de sus hijos sería su madre, colocando muchas veces a las mujeres-madres en nuevos frentes de lucha, primero por decidir serlo, después por tener el “descaro” de abandonarlos. Resultan de nuevo clarificadoras algunas frases del testimonio último de “Ana María” porque introducen la naturalidad interiorizada de la madre guerrillera, que quebraba barreras a la vez que se afirmaba de esencialismos del dogma patriarcal, sin tener herramientas para enfrentar en conjunto una crianza alternativa. Reflejando el gran paradigma que llenaba de contradicciones.

Ante esto se posicionarían en la separación y delegación del rol de madre –también a veces el del padre– acudiendo a cualquier formato de solidaridad, presentándose como primera opción la familia parental aunque extendiéndose a otros espacios donde se recreara la confianza necesaria.

[...] pedí a mis padres que viajaran a encontrarse conmigo en México. Ellos atendieron a mi llamado con prontitud. Entonces les expliqué mi compromiso revolucionario, pero les dije que trabajaría en el exterior para que se preocuparan menos. Y les pedí que se hicieran cargo de mi hijo por dos años. Ellos sabían que el papá estaría cerca y que lo atendería con cariño y responsabilidad; pero tenía las limitaciones propias del trabajo remunerado y de la militancia. Por eso necesitábamos de su apoyo. Y yo me sentiría más tranquila si se quedaba

con ellos, cerca de su papá y en nuestro país. El plazo de dos años lo establecí a partir de mi idealismo de entonces. (Colom, 1998: 89)

Mi hijo mayor, Miguel Santiago, quien se había quedado solo en la casa cuando me capturaron la primera vez, fue objeto de secuestro cuando yo me logré esconder. Pero ese secuestro fue interrumpido por una joven que me ayudaba en los servicios domésticos, quien se arrojó desde el automóvil en marcha con el niño. Yo lo dejé con ella pues mis padres vivían a una cuadra de mi casa y se habían enamorado del niño desde que lo habían conocido a mi llegada de México, cuando él contaba con ocho meses de edad. Desde ese día mi hijo pasó a vivir con ellos definitivamente. Ya había vivido un tiempo con sus abuelos mientras yo trabajaba en el campo, por lo insalubre del lugar. (Arriola, 2000: 51)

Yo no sabía qué hacer, sentía que me ahogaba. Le pedí ayuda a unos amigos italianos, Giorgio y Tullia, para que se quedaran un tiempo con mi hijo, pero ellos no aceptaron. Y entonces decidí enviar a mi hijo a Venezuela, con Maggy una amiga francesa, pintora, a quien había conocido Arturo Taracena en su estancia en ese lugar. Elisabeth Burgos me consiguió que una amiga de ella, quien recibía las cartas que me escribían en México, Francoise Rhein, le enviara a Maggy una suma de dinero para los gastos de Ricardito. Fue la más seria equivocación de mi vida, porque mi hijo nunca me lo perdonó, pero yo en ese momento no podía ni conmigo misma, me laceraba una angustia, una desesperación, una confusión mental, que nadie resolvía. (Ibídem: 96)

Pero lo que pareciera muy superficialmente un momento como muchos otros las llevaría a ellas tanto a contrariarse como a arraigarse en lo que les parecía necesario. Dejar a sus hijos parecía necesario aunque invivible, lo que nos habla de su momento, de sus posibilidades, y de lo contradictorio del vivir. Eran conscientes de lo

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

correcto e incorrecto de sus decisiones, por lo tanto de una u otra forma aceptarían el reto de desprenderse, y ser desprendibles.

[...] al cabo de algunas semanas, el responsable del grupo me comentó que había una familia obrera que estaba en disposición de cuidar a mi hijo. La propuesta era que él viviera con ella de lunes a viernes y yo lo tuviera el fin de semana. Le manifesté mi acuerdo y al día siguiente me acompañó a la casa de dichas personas.

[...] Les manifesté lo mucho que valoraba su solidaridad, que agradecía su apoyo y que atendieran a mi hijo exactamente igual que a los demás niños. Y por dentro me decía persuasivamente “Si estos diez pequeños chorreados y vivaces están bien, ¿por qué no lo habría de estar el mío?”. Sin embargo, al caer la tarde me despedí y alejé de la vivienda con un nudo en la garganta.

Era la prueba más dura a la que me sometía hasta ese momento de mi vida. Podía haberla rechazado, pues no era una obligación sino una propuesta. Las otras compañeras vivían con sus hijos pequeños al lado y si mis tareas eran más, o yo asumía mayores compromisos, era porque tenía capacidad y disposición para hacerlo. Y de ninguna manera porque me las exigieran o me presionaran.

[...] Pero la necesidad de que hubiera militantes profesionales – dedicados constantemente a la organización, que acumularan experiencia en diversos campos del trabajo, que sumieran tareas y funciones que requieren disponibilidad permanente, que antepusieran las necesidades de la lucha a las propias– caía por peso. (Colom, 1998: 85-86)

La primera vez que me separé de él, cuando tenía seis meses, aún lo amamantaba. Era de madrugada. Mi madre me echó la bendición y me dijo:– Vete sin preocupación, hija. Yo tengo ahora un amor mucho más inmenso, es doble. Este niño es fruto de tu vientre y tú eres fruto del mío. ¡Cómo no voy a protegerlo!

Las dos llorábamos. Al salir, sentí que algo se desgarraba dentro de mí. Cada vez que me separaba de él, me angustiaba el reencuentro, pues creía que no me reconocería y que me rechazaría. El primer reencuentro fue a los dos meses y se inhibió. Después ya no. Al pobre lo operaron a los dos meses de nacido de dos hernias. A los cuatro meses le enyesaron una piernita, pues traía un problema congénito en un pie. Creo que me preocupaba en exceso por él, yo diría que lo superprotegía. Cuando estaba con él, revisaba su cuerpo minuciosamente. (Díaz, 2008: 149-150)

Ya mis hermanos no estaban conmigo, ellos ya andaban por otros lados, y yo decía, “Yo sola en estos grandes operativos, andar criando, andar con pañales, andar...” Y como entonces no habían repoblaciones, teníamos que andar allí, entonces decía yo, “En una guinda, en eso no puedo, me voy a quedar o me van a capturar con el niño”. Era una tensión bien terrible. Ya después que se dio la repoblación de Las Flores, como iban algunas señoras, nosotras hablamos con ellas –porque andaban muchachas con niños– si podían cuidar a los niños ya estando allí en la población. (Domínguez *et al.*, 1995: 215)

“Yo me preparé psicológicamente durante todo mi embarazo: tenía que dejar lo que tuviera, y regresar al frente. Dejé a mi hijo de ocho meses, ya había arreglado con mi familia y pedí que de nuevo me mandaran al frente. La preparación que tuve durante el embarazo fue de autorreforzamiento, mi mayor ejemplo habían sido las mujeres que había tenido sus hijos y regresado al frente. En el momento de dejarlo si fue muy doloroso pero quizás me sentí como reconfortada porque quedaba en manos de mi madre y hermano, nunca pensé que iba a salir viva de todo ese trance, a tal grado que dejé a mi hermano y esposa como padres de mi hijo, hasta la vez, ellos siguen siendo los padres legalmente” [Lorena, médica incorporada a los 27 años] (Ibáñez, Murguialday & Vázquez, 1996: 209)

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

Como vemos hay una multiplicidad de reacciones y procesos, pero siempre teniendo en mente que sería doloroso. El último de los testimonios es duro en tanto refleja una predisposición clara a la muerte y la preparación para el desprendimiento que implicaría además una seguridad arraigada a la necesidad de mantenerse en el frente de lucha. Era la resignación a la realidad producto de las decisiones tomadas; la voluntad revolucionaria en todo su esplendor.

De si la separación era electiva o forzada no se podría afirmar del todo tanto por ser un proceso muy subjetivo del que no han reflexionado, como porque en realidad las políticas internas de las guerrillas cambiaban respecto a las coyunturas, a los grupos y a los mandos. Pero con todo, con su presente y los reclamos que desde el pasado las azotan, varias de ellas se afirman en su decisión sin que por ello la hayan vivido –o recordado– como sencilla, armoniosa y/o lógica.

Todavía me estremezco cuando me recuerdo de esos momentos. Me dolió y me costó mucho esa decisión, pero no dudé en tomarla. No lo lamento ni me arrepiento. En circunstancias similares lo volvería a hacer. Para mí era una cuestión de consecuencia militante desde cualquier ángulo que lo enfocara. A mi niño también le costó adaptarse. (Colom, 1998: 88)

Pero también pensé en el mismo instante, que debería dejarla con alguna familia al nacer, pues la guerra continuaba y yo debería volver a mi trinchera en el frente. Lloré mucho por esos días, al pensar que iba a nacer mi hija, pero de antemano ya estaba decidido que su madre no la iba a criar, no la iba a cuidar. Reviví en esos momentos todo lo que sentí al dejar a Vladimir y sufrí muchísimo, pero no renegué de la decisión de parirla. (Peña, 2009: 150)

[...] los compañeros me decían, “De todas maneras, aquí no podés andar con el niño, te pueden capturar por andarlo defendiendo y además no vas a poder trabajar bien con él; la verdad de que te necesitamos aquí, entonces tenés que dejarlo en esta repoblación”.

“¡No! –les decía yo–, a mi niño no lo puedo dejar”, porque apenas tenía como ocho meses. “No lo puedo dejar, mejor voy a ir a cuidarlo yo hasta que el niño siquiera ya camine”.

Pero ellos me decían, “Es que no te podés ir porque te necesitamos aquí. Mejor te vamos a ayudar con el niño para que la señora te lo cuide allí”. Entonces algo sin mi gusto lo di; y me lo tuvo una señora que allí vive todavía en Las Flores, que se llama Eva. Ella me lo quería, me decía, “Despreocúpese. Yo se lo voy a cuidar, yo lo voy a querer como que es mi niño”. Yo confiaba. Lo dejaba allí cuando había posibilidades. [...] pero uno se siente tranquilo. Como también la gente de la población tenía problemas, dificultades con los operativos que llegaban a amenazarlos, bombardeos, todo eso [...] Esa señora me lo cuidaba allí, y yo andaba allí; así fue como al final iba creciendo el niño. [Esmeralda, 24 años, 2 hijos, originaria de El Sitio, organizada con las FPL] (Domínguez *et al.*, 1995: 216)

Y es curioso porque aunque se refieren a que dejarían de ver a sus hijos por años, en realidad eso jamás les significaría deshacerse de su categoría de madres. Su consciencia de la inestabilidad a la que sometían a sus hijos, la resignación a que tal vez las olvidarían o las despreciarían, sería un peso más que agregar al desarrollo de su nueva maternidad sin hijos. Su rol de madres estaba designado desde un lugar ideal sin ningún peso en la realidad material, pues no podrían intervenir en la ética de su crianza, en su manutención o en el desarrollo de su amor maternal; todo eso estaba en otras manos, y aún con esto su decisión era seguir pensándose madres y soportar el peso del abandono.

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

Tal vez por todo esto no es extraño que sus recuerdos desde un presente las lleven a representar la compañía de sus hijos, el ejercicio de la maternidad, como una añoranza que se deseaban idealmente pero que prácticamente se sabía imposible. La clandestinidad y la inseguridad que implicaba mantener contacto con ellos hacía la comunicación incluso intangible, acercándolos mientras se afirmaba su lejanía.

Por ese tiempo mi hijo cumplió tres años de edad. Llevaba casi dos años sin verlo y por las dificultades en la comunicación sólo sabía esporádicamente de él, a través de cartas que su padre me enviaba. En ellas me contaba extensamente sobre el niño y me exhortaba a no preocuparme por su situación y desarrollo. También me adjuntaba hojas garabateadas por él. Pero por los riesgos que entrañaban los correos clandestinos, sólo me envió una o dos fotografías suyas. Yo las contemplaba por unos días y luego las enterraba en alguna parte, porque no teníamos lugares seguros de retorno. Y no pocas fotos habían caído en manos del adversario. Tampoco conocía su voz, ni su modo de ser. No sabía cómo corría y reía. Cuando trataba de imaginarlo en sus cambios físicos y evolución de su personalidad, sólo lograba recordarlo como era cuando lo dejé. Sin embargo, confiaba en que crecía sano, contento, rodeado de cariño. Y quizás aprendiendo a quererme de alguna manera. Por mi parte, cada vez que tenía oportunidad le mandaba dibujos, cartas, recuerdos del hábitat donde me encontraba: plumas coloridas, colmillos, pieles o algún juguete rústico. Y mientras llegaba el día de reencontrarnos, me vestía de madre con su recuerdo. (Colom, 1998: 243)

Yo tenía mucho miedo de ser apresada y extraditada, pero temía mucho más que por mi fueran a secuestrar a mis hijos y a mis padres. El miedo de escribirles se acrecentó. Cuando lograba conseguir un poco de dinero para llamar por teléfono, mis palabras sonaban huecas, en la distancia que se achicaba por segundos, en el silencio de mis hijos que no sabían con quien hablaban. Tan difícil era establecer un diálogo de sí y no. Los

escuchaba tan cerca, e ilusión inútil, alargaba la mano en la distancia tratando de tocarlos. (Ramírez, 2001: 269)

En 1984 hubo una semana en que me obsesioné con mi hijo. Soñaba con él y también despierta pensaba todo el tiempo en él, no podía en ningún momento quitármelo de la cabeza. Sólo tenía una carta que me había llegado por un correo, y yo tenía ya más de dos años sin verlo. Eso me tenía desesperada. Un día de esos llegaron los correos de San Salvador con un montón de cassettes que enviaban de la ciudad para que nos entretuviéramos, «es música» dijeron los compas, puse el primer cassette en la grabadora y oí: «Me llamo Vladimir» y la cancioncita que hacía varios años yo le había grabado a mi hijo en la clandestinidad. (Peña, 2009: 127)

Pero existe otro espacio de las maternidades que fue también vivido y que quedó presente en la conformación de sus memorias respecto al tema. Se trata de la maternidad sin el frente, el rechazo de la organización –que pudo haber sido por múltiples razones– y aunque solo esta ejemplificado por algunas, se podría afirmar que no fue un acto excepcional y más bien se pensaría que fue una tendencia tal vez no generalizada pero si dotada de cierta legitimidad.

En la clandestinidad viví la problemática abierta por la lucha armada en Guatemala, lo que produjo la división del PGT y el conflicto de éste con las FAR. Este conflicto repercutió en mi vida. Mi compañero, Ricardo Ramírez, se fue a la montaña dos días antes de que naciera nuestro hijo. Embarazada, sólo podía salir de la casa donde estaba escondida por la noche, a dar una vuelta (la casa de don Toño, Antonio Herrera Fonseca, un mexicano, amigo de Mundo Guerra Teilheimer, experto en construcción de armas, quien ayudó hasta su muerte, en México en los años ochenta, al movimiento guatemalteco). [...]

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

Yo estaba muy mal de salud, tuvo que llegar un médico para ponerme suero pues me bajaba mucho la presión. Como las divergencias eran muy agudas, el PGT, como presión, me dejó sin un centavo. Entonces recurrí a mi padre quien, con nombre falso, logró que mi parto se realizara en el Hospital Bella Aurora, en ese entonces el mejor hospital privado de Guatemala. Luego me llevó a una casita que tenía en San Juan Sacatepéquez, donde estuve escondida el primer mes de la vida de mi hijo y adonde sólo me fueron a ver Clarita, la encargada del seccional obrero donde yo militaba, y otros compañeros ajenos al partido. (Arriola, 2000: 50)

“En cuanto me embaracé mi responsable dejó de verme; le mandaba notitas, le hablaba, hacía de todo para conectarme con él y simplemente fui abandonada sin mediar palabras. También me fue quitando mi estipendio de sobrevivencia desde el momento en que supieron que estaba embarazada. A los tres meses tuve amenaza de aborto y tuve que estar en cama y comprar medicamentos, y ahí fue aún peor porque ni se asomaron. Mi compañero vio esa actitud como algo natural, en cambio yo sentí que eran muy utilitaristas y eso me llevó a replantearme todo lo que yo había hecho con ellos, a sentir que me habían utilizado toda una vida entera... Lo peor fue que el responsable apareció cuando el niño tenía como seis meses a ofrecerme trabajo, lo mandé al diablo, así de sencillo, le dije que no era un objeto, que me habían utilizado y botado, y bueno... ellos tienen explicaciones para todo” [Laura, incorporada al FMLN a los 18 años] (Ibáñez, Murguialday & Vázquez, 1996: 197)

“Salí embarazada en los días de la ofensiva y me tuve que ir para el frente, fue difícil andar en las guindas con la panza bastante grande y correteando de allá para acá; cuando las cosas se calmaron pedí volver a la ciudad y ahí empezó la descoordinación con los compañeros, me convocaban a reuniones y no llegaban. Hubo un compañero que me dijo ‘ahorita no podés ayudar en nada, andá a tener tu hijo y cuando ya podrás trabajar te insertás’, eso fue un golpe duro para mi, sentía que la

organización me había abandonado, no tenía para comida ni para pasaje, tuvo que ser mi familia quien asumiera todo. Cuando nació mi bebé estaba muy resentida, mi compañero me encontró cambiada, yo le dije ‘no me volvás a hablar ni de organización ni de nada’” [Claudia] (Ibídem: 204)

Aunado a esto se presentó también la expresión tácita de rechazo a la maternidad como abstracto, que podría estar hilada en la reacción de relegar a las mujeres que se convertían en madres. Implicando la reproducción de cierta noción en donde se entendía que el embarazo, el parto y la posterior maternidad –junto con el apego emocional de las madres– no eran propios para el momento de guerra, no solo por el proceso bélico sino también porque se percibía como distracción y hasta cierto punto como un “privilegio” o una actitud contrarrevolucionaria. En esta posición se entrecruza el poderío moral que terminó jugando la guerrilla –más específicos los mandos centrales–, desarrollando esa capacidad de influencia que permitió trasladar esas decisiones del mundo de lo privado (anclado al proceso simbólico de la presión social por ser madres) a una nueva fuente de paternalismo⁴⁹ que representaban las organizaciones armadas.

49 El paternalismo como práctica política, que implica concebir a los sujetos sociales hasta cierto punto “incapaces” para la toma de decisiones, no aparece como motivo de cuestionamiento, al contrario y sobre todo en el texto de *Mujeres-montaña* hay un señalamiento constante a que el FMLN no logró articularse como el gran dotador de moral para con sus combatientes; mencionan que mientras equipaban de herramientas ideológicas para combatir los golpes discursivos a la guerrilla, no ocurrió lo mismo con temas más privados como la maternidad o las relaciones erótico-afectivas, relajando su control. El problema principal era que de alguna forma sus combatientes esperaban un orden más preciso del manejo de la vida social guerrillera y se fiaban de que éste llegaría de los mandos. Lo

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

Gente como vos no debería tener hijos; como revolucionaria te admiro, pero como madre sos una mierda; vos tenías que haber abortado a esos patojos..., etc. etc. Estos y muchos más comentarios escuché cuando estaba embarazada y criando a mis hijos. Se aplaudía mi participación dentro de las filas revolucionarias, pero se me quería imponer el negar mi maternidad a cambio de construir una sociedad mejor para los hijos de los demás, no para mis propios hijos. (Ramírez, 2001: 257)

Se suponía que ellas por conciencia no debían hacerlo pero yo te voy a decir que a mí me tocó ir a decirle a una compañera por tres veces que tenía que abortar. Hablé bastante con ella haciéndole ver la importancia de su tarea y accedió a abortar, después se arrepintió, volví a platicar con ella y volvió a convencerse pero otra vez no se decidió a hacerlo. Fui por tercera vez y creo que ya no le quedó más remedio que hacerlo. Yo debo decir que no entendía por qué esa resistencia, a mí me parecía lo más obvio pero ella entró en una crisis tremenda y al final acabamos perdiéndola de todas formas [Mena Sandoval, dirigente del ERP] (Ibáñez, Murguialday & Vázquez, 1996: 191)

Los mandos nos decían en la montaña hay que ser estricto porque las mujeres dormimos con hombres. Si uno es inteligente sabe qué puedes hacer y qué no puedes. Los compañeros respetan. Un doctor cada mes

refleja bien el siguiente testimonio: “Yo decidí embarazarme ya teniendo planificado entrar al frente, pero fui un poquitito ingenua. Pensé que el FMLN había resuelto lo de la crianza colectiva, siempre me había parecido muy interesante, entonces no reflexioné demasiado, pensé ‘estos deber tener algo resuelto’, me imaginaba que había estructuras colectivas, entonces cuando salgo embarazada estaba a punto de entrar pero no dije nada porque me imaginaba que si lo sabían no me iban a dejar entrar y ya llevaba meses esperando, sencillamente no dije nada. Ya estando en el frente vi que no había nada colectivo para la crianza ni para nada, cada quien resolvía como podía” [Mariana, médica internista ingreso a un campamento a los 29 años] (Ibáñez, Murguialday & Vázquez, 1996: 206). La verticalidad de las organizaciones inhibía –no en todos los casos– un intento autónomo de la forma y los métodos del desarrollo social. Lo que no era extraño porque también existe cierta tendencia social de demanda paternalista del Estado.

mete aparato vaginal a las mujeres para consulta, pero cómo se hace consulta con los hombres, eso no se puede. (Carrillo *et al.*, 2008: 62)

Cuando quedé embarazada le dije al compañero y lo asumimos, pero la informamos a la dirección del partido y les dije que si ellos consideraban que había otras responsabilidades estaba dispuesta a aceptar su decisión. Entonces sólo se me quedaron viendo y me dijeron: “tenelo”. Ahora yo no pediría permiso pero en aquel momento lo hice y como yo muchas compañeras de niveles de dirección, que son las experiencias que más conozco, lo hicieron y el partido a veces decía que no era conveniente y se armaban polémicas. [Nidia Díaz] (Ibáñez, Murguialday & Vázquez, 1996: 271)

También ha habido cambios en la forma de asumir la maternidad. Yo siento que la mujer ha logrado asimilar esos cambios, en función de la guerra, de una manera consecuente con la lucha, en el sentido de saber que su responsabilidad mayor en este momento es la de ser combatiente, de ser participante activa en la Organización. Las mujeres [...] saben que llegará un momento en que existirán las condiciones para estar con sus hijos y educarlos mejor; saben que por eso están luchando. Ahora, por la guerra, tienen que dejarlos e incorporarse de nuevo a la lucha. Yo he visto que eso ha sido asimilado de una manera muy positiva por las compañeras combatientes, si bien con tremendas desgarraduras, pero pensando en que así debe ser. Su dolor y sus preocupaciones son precisamente parte de la misma sensibilidad de la mujer, que la Revolución no combate, sino que transforma en más fuerza y combatividad. Así vemos cómo la guerra rompe las formas familiares que son reforzadoras del sistema que combatiremos y va generando nuevas concepciones de la familia, dadas fundamentalmente en base a la conciencia surgida de la participación masiva del pueblo en la lucha. [Esperanza, miembro de la Dirección del EGP] (Carrillo *et al.*, 2008: 119)

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

Y estas últimas eran las palabras de la Dirección, la forma en la que se concebía, para el caso guatemalteco, los pasos que se estaban dando y el discurso detrás de los sacrificios individuales. Tal vez una justificación en abstracto que pretendía trascender de lo ideal para impactar en el momento coyuntural y lograr motivar a las combatientes encaminando sus mentes hacia esa forma específica de concebir la revolución. Embarazarse, y después parir podía implicar que el esfuerzo que se había puesto en entrenar a esa mujer en la tarea específica que hacía era ya obsoleto; implicaba buscar quien la reemplazaría y eso significaría complicaciones. Creo que por eso se manejaba un cierto sentido de prohibición, y también por eso surgía el aborto como una opción. Solo un testimonio de los que revise habla del tema:

[...] nosotras las mujeres no podemos quedarnos en la montaña si estas embarazada. Simplemente no es seguro. [...] Ella puede tener un aborto, o se puede bajar de la montaña para tener el niño, y quedarse ahí, o dejar al niño con un pariente y regresar al combate. El compañero puede acompañarla o quedarse en la montaña, es su decisión. La decisión básica creo es de las mujeres. Y es una decisión difícil. Lo sé

[...] Él era completamente leal a mí, [...] Pero de alguna manera, lo culpaba, aunque pensaré que era injusto. Él era el que me había convencido del sexo, quien me había hecho confiar en él. Ahora yo era la que tenía el problema, no él.

[...] Se quedó conmigo hasta que decidí bajar a la ciudad por un aborto. Me tomó la mano y me apoyó tanto como se lo permití, pero me fui, furiosa y en llanto.

La experiencia del aborto solo empeoro todo. Estaba muy avergonzada, esperando en una pequeña obscura sala de espera, con papeles falsos que me declaraban como una mujer casada. Todas las viejas ideas regresaron en un flash en ese ambiente, todas esas nociones de pecado y

vergüenza y castigo.⁵⁰[Lorena] [Traducción propia del original]
(Harbury, 1995: 155)

Como se puede ver el tema la afectaría como lo habría hecho probablemente con cualquiera si pensamos que el aborto es un tabú estigmatizado que vuelca en las mujeres ese sentido de culpa que menciona (aunque en su historia, afortunadamente, su compañero estaría dispuesto a compartir la experiencia, y a resolver juntos el problema). No se sabe en que proporción el aborto fue practicado, lo menciona Mena Sandoval en un fragmento anterior, y luego ésta experiencia personal; pero parece que incluso con la renovada idea y posibilidad de la no maternidad, las mujeres guerrilleras que he conocido a través de sus escritos en su mayoría terminarían siendo madres, combinando sus tareas, engrosando su voluntad y ampliando sus batallas para sobrevivir y poder encontrarse con ellos en el futuro.

50 “[...] we women cannot stay in the mountains if we are pregnant. It simply is not safe. [...] She can have an abortion, or she can go down from the mountains to have her child, and she can either stay down, or leave the child with a relative and return to combat. Her *compañero* can accompany her or stay in the mountains, as they choose. The most basic decision though, is the woman's. And that decision is difficult. I know.

[...]He was completely loyal to me, of course [...] But somehow, I blamed him, even though this was so unfair. He was the one who had talked me into sex, who had made me trust him. Now i was the one with the problem, not him.

[...] He just stayed with me until I decided to go down to the city for an abortion. He held my hand and supported me as much as I would allow him to, but i left, furious and in tears.

The experience of the abortion only made things worse. I was so ashamed, sitting in that small dark waiting room, under false paper declaring me to be a married woman. All the old ideas came back in a rush in that environment, al those old notions of sin and shame and punishment.” (Harbury, 1995: 155)

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

Junto con el aborto también se planteaba la aplicación de las opciones de control prenatal que, como ahora, en ese entonces también fueron centradas en las mujeres. La idea de la sexualidad masculina incontrolable se tenía por cierta, lo que implicó hacer recaer en ellas esta responsabilidad (pero este tema es más complejo pues en la realidad la presión por la relación sexual y el cumplimiento del deseo serán muy permanentes como lo podremos ver más adelante). A esa posibilidad de acceder a los métodos anticonceptivos le acompañaron también visiones más firmes en donde se acepta que la maternidad es para ese momento imposible e indeseable.

“Yo no pensaba en tener hijos porque quería exponerme yo pero no exponer a otra gente. Yo tenía un compañero pero pensaba que si no estaba casada y me mataban, él podía seguir su vida. Tampoco quería dejar hijos si me pasaba algo... Además, él tampoco quería hijos porque la vida que compartíamos era mínima, una vida de vecinos donde las relaciones sexuales eran al mes o a los dos meses. Mi vida estaba dedicada a la organización, no a la familia” [Yanira, militante del FMLN desde 1980] (Ibáñez, Murguialday & Vázquez, 1996: 196)

Nos hacían pláticas y decían ‘no queremos que las mujeres vayan a tener un hijo aquí’. Por eso nos preguntaban si teníamos la menstruación cada mes. Las mujeres no pensamos en estar con hombres, porque estamos en combate. Nos dieron orientación a las mujeres de que si hablamos con los hombres, es igual que como un papá. (Nota al pie 41. Dos líderes excombatientes explicar por qué decían igual que papá: “Eso se entiende porque es quien ordena todas las cosas; así como somos los papás, las patojas nos piden permiso [...] Eso quiere decir un grupo bajo control de un hombre, quien tiene bajo su responsabilidad a unas personas y su deber es cuidarlas, orientarlas, darles formación política, educarlas, trazar planes y plan operativo de ataque. Así se decía por cuestiones de

seguridad. [...]”) yo salía solita de mujer junto con tres hombres, dormía entre ellos y no hacían nada. Los mandos decían que si los hombres venían con sus cosas, rápido les teníamos que decir. (Carrillo *et al.*, 2008: 60)

Yo usé los métodos para planificar y no tener hijos como tres años. [...] Tenía que tomar la decisión de no quedar embarazada, había peligro porque estábamos en área de combate y por las tareas que nos tocaban. Yo no pude tomar esa decisión sola, sino que dependía del acuerdo con mi esposo. Yo no me animé a decirle que sí usaba los métodos, por su carácter, y además me dio vergüenza, si él los encuentra va a pensar que tengo la relación sexual con otros compañeros. Tuve que hablar con mi esposo cómo buscar la manera de solicitar mi baja, quedar embarazada. Yo me casé estando en la montaña, entonces lo planificamos para quedar embarazada. (Ibídem: 64-65)

El proceso desde la reflexión detrás de la “posibilidad” (lo entrecomillo porque no fue así para todas) de “decidir” el embarazo, parir, criar, separarse, nos muestra desde el ahora los caminos que las diferenciarían de la media; para algunas implicó pasar por el trauma de la maternidad inconclusa, para otras posibilitó asumir los cambios, un aprendizaje que formaba parte de una batalla que se debía dar. Este último fragmento, que se ancla con las reflexiones anteriores que reafirman su militancia y el proceso de su dolorosa maternidad delegada, refleja un sentimiento amplio que nos deja vislumbrar un sollozo de resistencia dentro de la resistencia. A pesar del dolor no todo estuvo perdido para ellas.

“Una de las cosas que ahora tengo bien claras es que la maternidad no es llenarse de hijos sino más amplio, lo aprendí de la educación que me

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

dieron en la organización, ahí aprendí cosas que ni aun estudiando bastante nos enseñan. En mi casa me decían que hay que tener los hijos que Dios le dé a uno pero creo que es distinto, que hay que tener los hijos que uno desee tener y los que pueda mantener y darles lo mejor. La maternidad para mi es algo bonito pero también es parte de una responsabilidad que se tiene” [Esperanza, vivió acampada por 5 años. Fue radista, combatiente y sanitaria] (Ibáñez, Murguialday & Vázquez, 1996: 233)

Aquellas que sobrevivieron, y casualmente las que tuvieron un acceso distinto – por no decir preferente– con respecto a un amplio grupo que vivió como siempre una maternidad precaria, dejan los rastros más actuales de la continua lucha por ser madres de los hijos que perdieron hace mucho.

Mi hijo ha crecido lejos de mí ininterrumpidamente. Actualmente es un hombre y forja su destino a través del trabajo, del estudio y de sus propias aspiraciones. No ha heredado ningún recurso material ni financiero de sus padres ni de familiar alguno. Depende de su propio esfuerzo para salir adelante. [...] Hasta donde me ha sido posible he estado al tanto de su vida, salud y vicisitudes; aunque no ha podido ser con la frecuencia deseada. A dieciocho años de haberme separado de él creo que ambos hemos sido afortunados. Tanto ha sido así por su desenvolvimiento positivo en todos los aspectos básico, como por el sinnúmero de personas –conocidas y desconocidas, revolucionarias o no, compatriotas y extranjeras– que le han brindado cariño, cuidados, alegrías y bienestar material. Es más, siento un profundo agradecimiento hacia todas ellas, pues además de darle lo que yo no he podido, le han infundido respeto y cariño por mi persona; o cuando menos, se han reservado ante él sus propias opiniones.

Creo que tengo un hijo que ha sabido ser fuerte ante la adversidad que le ha tocado vivir; [...] ha sido cariñoso y respetuoso conmigo, aunque con

las contradicciones y altibajos propios de nuestras circunstancias. Nuestros breves y ocasional encuentros han sido felices y las despedidas naturales, como si nos fuéramos a encontrar de nuevo en pocas horas. (Colom, 1998: 92-93)

El costo que uno paga cuando se reencuentra con los hijos es alto, yo me he reencontrado con él después de casi 12 años, hoy ya es un adolescente y yo me siento más amiga que madre. Él me reconoce porque mi mamá formó en él hábitos de quererme, pero dice que no se siente plenamente identificado conmigo, él ve a su abuela como su referente materno y a mí me respeta políticamente pero muchas veces me pregunta: “¿por qué no firmó la paz antes?, ¿pudo usted evitar la guerra o no?” y cuando yo le digo que me acompañe a alguna actividad se niega, me dice que la participación política fue mi decisión no la suya. Esos son cuestionamientos que lo estremecen a uno. Yo le mandé una foto con un montón de niños y le decía: “yo lucho por todos estos niños y allí vas incluido vos”, hoy me dice: “¿dónde están todos estos niños, qué ganaste para estos niños?” y a mí me cuesta explicarle los Acuerdos, decirle que transformaron la Constitución política, él quisiera ver más cosas. [Nidia Díaz] (Ibáñez, Murguialday & Vázquez, 1996: 271)

Fueron también años de reencuentro con mi hijo, quien vivía en la clandestinidad por ser miembros del EGP. Ernesto Ricardo ha sabido combinar su militancia con su talento artístico, convirtiéndose en un buen fotógrafo, pero a quien sus padres le hemos heredado nuestros problemas de salud. Afortunadamente, hoy mi experiencia personal y los médicos e instituciones que conozco en México, pueden ayudarlo a salir, sin los grandes problemas que yo tuve. (Arriola, 2000: 111)

De aquellas que escriben desde lo individual, Lorena Peña es quien parece haber logrado mantener más firmes sus lazos familiares, o así lo reflejan la sección de fotografías que presenta en su texto donde nos muestra una con su familia completa

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

–incluyendo a su madre, y la hija de su hermana con su hija pequeña– sonriendo, dando la ilusión de que no hubieran perdido nada, o tal vez con la esperanza de que los golpes no hayan sido lo suficientemente fuertes.

La crianza guerrillera parece abrir y cerrar con la maternidad, aunque obviamente hubo un acompañamiento al menos en la procreación, son ellas las protagonistas. Es repetido el contraste, y no puedo dejar de mencionarlo, de la dureza con la que se manejó el tema cuando se hablaba de las madres, y la omisión al hablarse de los padres. Para romper esta cadena ellos debieran comenzar a hablar sobre sus hijos y culturalmente se debería cuestionar la esencialidad con la que se vive, se lee, y se estudia la maternidad.

Relaciones erótico-afectivas

A lo largo del texto se ha revelado el hecho de que los movimientos guerrilleros y sus integrantes conformaron un particular entramado social. Individuos ingresando a un nuevo orden que como en cualquier otra sociedad se construía a diario. Por lo tanto no es extraño que haya manifestaciones de relaciones que denominaremos “erótico-afectivas”, y que refieren a una forma especial de vínculo amoroso y/o físico.

Resultando otro punto central de la construcción cultural de la vida del sistema sexo-género, que es el considerar operante la idea de que son las mujeres por naturaleza mucho más proclives al enamoramiento, al sentimiento de ilusionamiento o la emocionalidad, hacen de éste un tópico poco común por parecer poco serio o tal vez demasiado subjetivo; pese a su recurrencia al hablarnos de sus vidas guerrilleras.

Las reglas tradicionales al respecto de la convivencia hombre-mujer⁵¹ fueron claramente violentadas, simplemente al ellas poder convivir cercanamente –aunque fluctuantemente– con hombres muy diversos y en un formato tal vez más público o al menos más cercano a la apertura política; eran hombres guerrilleros, lo que esperamos impactaría en las formas de convivencia en este aspecto.

Hay algunas nociones que nos hacen pensar que el apoyo a estas uniones fluctuó también como paso con la maternidad. En los primeros momentos no era aceptado tan fácilmente bajo el argumento de que generaban distracciones, problemas y tensiones innecesarias cuando el objeto central de reunirse y organizarse era ganar la guerra. Sin embargo conforme los años fueron pasando (pensemos que muchas personas se mantuvieron en el movimiento clandestino sin ver a nadie, algunas en la montaña por cerca de 10 años), parece que se fue relajando ese control porque al final la gente que se encontraba en la guerrilla requería, como una medida para sobrevivir, de forjar vínculos afectivos que socialmente abonan a la necesidad humana de trascender, y eso pasaba a veces por sensaciones de enamoramiento o necesidad de relaciones sexuales. Aunque con esto el trauma de la pérdida sería atroz.

51 Solo hay una mención excepcional respecto a la homosexualidad, en el texto de *Y la montaña habló* “Durante la guerra conocí el caso de un compañero militar que era homosexual, siempre fueron respetuosos con él aunque a veces tenía problemas porque andaba con muchachos muy jóvenes, lo más que ellos llegaron a decirle es que no podía andar con alguien que fuera menos de cierta edad, a mí eso me llamó mucho la atención [...]” (1997: 31). Aquí mismo hace mención del “lesbianismo” pero solo para negar que haya conocido algún caso que no fuera de compañeras extranjeras.

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

Es así que de quienes ellas nos hablan son de esos hombres que conocieron en el espacio de la guerrilla (no sabemos si estas han sido sus relaciones fundamentales o si son incluidas por tener conexión política), todos ellos eran también militantes.

Lo amé sin fronteras en lo profundo de mi raíz y, aunque quizá nunca lo volveré a ver, lo amaré en el fruto de mi vientre. Con él mis sentimientos se desbordaron, se rompieron las cadenas. Antes de unirnos, durante dos años fuimos compañeros de trabajo político. Aunque me agradaba, no me imaginaba que podría convertirse en mi compañero. El enamoramiento jugueteaba, se movía en silencio. Hasta que un día, rosas rosadas y caricias pusieron al descubierto que nos necesitábamos, que nos queríamos. Empezamos a construir nuestro núcleo familiar. [No menciona el nombre de su compañero] (Díaz, 2008: 63)

Después de conocernos en las montañas de la región ixil, nos encontramos en breves y esporádicas tareas. Militábamos, entonces, en frentes diferentes. Sin embargo, desde el primer encuentro nos comunicamos de manera fluida y natural, como si nos hubiésemos conocido siempre.

De él me atrajeron su modo de ser modesto, franco, tranquilo; la suavidad de su trato y su sentido del humor, especialmente sobre sus propias desgracias; su rectitud y generosidad; su lejanía de todo lo que pudiera ser prepotencia, rivalismo, figuración. De él me gustaron su cuello grueso y sus manos fuertes, anchas y callos que indistintamente escribían versos, se abrían paso a filo de machete o hacía una caricia tímida. [...] De él me impresionó su profunda sensibilidad. Me conmovieron el niño observador, navegante y explorador que llevaba dentro; su habitual retraimiento y silenciosa forma de ser; su inmensa necesidad de amor, como si el desamor lo hubiese acompañado demasiado tiempo. De él su vida, los poemas que me escribió luego de conocernos y su delicada forma de expresar ternura, amor, respeto. Por eso lo fui queriendo.[...] Sin embargo, al principio opuse resistencia

al sentimiento que me brotaba; deseaba concentrarme en la militancia que había asumido por propia e independiente decisión. Y porque no quería ataduras con hombre alguno, pues la experiencia matrimonial me había dejado sabor amargo. Pero, como suele suceder, los sentimientos y la atracción tuvieron su propia dinámica; y no atendieron las leyes de la razón, ni los esfuerzos de la voluntad. [Se refiere a Mario Payeras, aunque nunca menciona su nombre a lo largo de todo el texto] (Colom, 1998: 290)

Ricardo Ramírez, un compañero que ocupaba un puesto dirigente en el PGT y quien luego iba a tener gran relevancia en la lucha armada guatemalteca. Un hombre brillante, que pudo haber sido gran dirigente político si hubiera tenido el rigor de estudiar más; la flexibilidad para adecuarse mejor a las situaciones combatientes y entender las diferencias políticas de personalidad y de género y no caer en el sectarismo como lo hizo, al haber marginado a tantos militantes.

Con él compartí muchas de mis inquietudes, sobre la importancia del trabajo entre la población indígena, de la necesidad que se incorporara en igualdad de condiciones a los pueblos mayas en el proceso insurgente. [...]

En forma repentina, sin prever nada ni tener ninguna ilusión ni expectativa en una vida futura juntos, me enamoré profundamente de él y como vivía obsesionado por tener un hijo –su primer hijo– y yo también lo deseaba profundamente, decidí embarazarme [...] (Arriola, 2000: 43)

Terminaba el año de 1965. Como siempre visitábamos la casa de familiares y amigos y en una de esas casas apareció *Garfito* [Tito Berganza Bocaletti], recuperándose de las heridas recibidas en un enfrentamiento con el ejército, cuando trataban de recuperar a Ricardo Berganza. [...] Su captura, desaparición y asesinato, nos afectaba directamente y fue lo que nos unió a *Garfito* y a mí esa noche. No teníamos necesidad de hablar sobre nuestro dolor, en silencio bailamos y

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

tratamos de comportarnos como jóvenes normales, que queríamos olvidar la cruel realidad que estábamos viviendo. En enero iniciamos nuestro noviazgo a distancia. La clandestinidad nos obligó a estar separados la mayor parte del tiempo. (Ramírez, 2001: 126)

Es verdad que en estas impresiones se desborda una visión del enamoramiento en términos muy esencialistas, pero tal vez por haberse encontrado en un proceso revolucionario no constituyó tal cual un formato de relación co-dependiente al que es proclive esta clase de percepciones de lo erótico-afectivo. Su vida no terminó girando alrededor del hombre que reflejaba su amor. Y ni en los testimonios individuales ni en los extraídos de la recopilaciones pude leer que fueran ellas atraídas al movimiento guerrillero por sus parejas, y al contrario en el caso de Lorena Peña sería ella quien “reclutaría” a su novio del momento y padre de su primer hijo, Dimas Rodríguez (nombre legal: Hernán Solórzano).

[...] promotor de la alcaldía y miembro del Partido Demócrata Cristiano (PDC). Yo lo conocí en la «Comunidad 22 de abril» y nos hicimos novios. Le contaba cosas y le dije que había gente que estaba pensando en algo decisivo para el país y le pedí permiso a mi hermano para ver si le podía dar información del movimiento guerrillero que se estaba gestando. (Peña, 2009: 40)

Estas primeras expresiones provienen de las mujeres que escribieron desde lo individual, narrando además un amor con algunos hombres poderosos miembros de

las direcciones en sus organizaciones; ellos serían los padres de sus hijos, y ninguno sobrevivía para el momento en el que publicaron sus libros⁵².

Vivir el enamoramiento tal como lo describen, fue entonces posible. Pero había límites para este extracto de individuos encontrados en esta particular nueva forma de sociabilidad, que no sólo se articulaba alrededor de la guerra sino como parte de un proceso revolucionario.

Las relaciones familiares entre nosotros están sujetas a las circunstancias, a las situaciones concretas en que se desarrolla la lucha, mucho más en un estado de guerra como la nuestra [...] En algunas parejas, el trabajo coincide por un tiempo en un mismo lugar. [...] Se lucha también con la certeza de llegar con alguien hasta la victoria, por crear o reconstruir tu núcleo familiar. [...] Aunque en mi caso, quizá ya no sea con el padre de mi hijo; pero sí con un revolucionario que avance conmigo en este camino. (Díaz, 2008: 64)

“Ahí era bien raro ver una pareja dándose un besito, nunca un cariño, o decirse amorcito. Había la oportunidad, estábamos a veces en los bailes, y el chero (hombre) aquí y la chera (mujer) por allá. Les preguntaba si no iban a bailar y él decía que no sabía bailar. Y la chera no podía bailar porque el chero no quería”, dice Margarita.

“Quizá las personas de la ciudad eran más demostrativas de afecto corporal, entonces si en la pareja él era de la ciudad y ella del campo, él

52 Aunque con diferencias considerables de los casos que se conoce más información. Ricardo Ramírez moriría en su casa de una complicación pulmonar en 1998. Mario Payeras moriría en México en 1995 de un infarto mientras esperaba en el hospital público de Xoco (<http://www.machetearte.com/machetes2/911/doc9.html> , consultado el 31 de julio 2014). “El Tito” Berganza, compañero de la Chiqui sería brutalmente asesinado y dejado en la puerta de su casa. Dimas Rodríguez moriría en combate en diciembre de 1989. El compañero de Nidia Díaz, del que no conocemos su nombre, fue declarado desaparecido.

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

podía enseñarle algo a ella, algunas manifestaciones, pero si él era del campo y ella de la ciudad, ganaba más la cultura de él”, señala Isabel.

“Las relaciones allá son bien duras, de un total irrespeto. A las mujeres sólo las agarran, se acuestan con ellas, las dejan sin la menor delicadeza... acostarse, tirarte al suelo, subirte encima y ya estuvo, eso es todo. Así, sin cariño, sin nada, feo”, finaliza Amanda. (Ibáñez, Murguialday & Vázquez, 1996: 161)

Algunas “reglas” de convivencia provenían del sentido común y/o de la ética revolucionaria de la que se estaba impregnada; dejando claro como en la sensatez cabía entender que la iniciativa debía ser siempre masculina. Hablar con su compañero de asuntos de los debates políticos que transcurrían en la organización tal vez estaba fuera de lugar o parecía una pérdida de tiempo, pues en términos cuantitativos la compañía con esa persona era corta, espaciada, y limitada.

Ese día amanecí cumpliendo años y él era el único que lo sabía. Pero no hablamos sobre la reunión de la víspera, ni le pregunté sobre su actividad. Era costumbre entre nosotros no abordar privadamente lo que se veía en nuestros respectivos organismos. Como militantes no nos correspondía hacerlo sino en las reuniones orgánicas; y como pareja no nos convenía ocupar en cuestiones de trabajo los pocos ratos que estábamos juntos. Mucho menos tratándose de problemas. Preferíamos hablar de otras cosas, descansar o simplemente amarnos. Él me conocía bien y se caracterizaba por ser crítico y exigente con mi desempeño. Sabía que entre mis cualidades destacaba la fortaleza. [...] Y sin decir palabra alguna, me expresó su comprensión, animándome serenamente a que confiara en que las aguas recobrarían su nivel de nuevo. (Colom, 1998: 265)

Sobre las relaciones de pareja, fíjese que yo estaba acostumbrada a hacer

el amor con mis compañeros dentro una casa en cama, en camastrón, en tijera o como estuviera a la mano, pero no en el monte. Allá en el monte, hacer el amor era bastante diferente, diferente pero bonito cuando los compañeros sabía apreciar y todo eso. Bueno y la tensión de la guerra que al rato el enemigo nos caía, no podíamos estar mucho rato desnudos ni jugando (se ríe), sino que se hacían las cosas un poco rápido y había que estar listos y con la ropa puesta, porque cuando el enemigo caía de asalto era peligroso salir con los zapatos en la mano y todo eso; además había una orden de que nadie se quedara desnudo, todos con ropa. [...] Cuando había momentos difíciles, sí, no convenía hacer el amor; eso sí, cuando había un momento que sabíamos que no íbamos a atacar ni iba a haber ataque contra nosotros, entonces si quedaba un campito más de acariciarse... bueno, siempre existían caricias. A mí nunca me ha gustado el amor cuando no hay caricias, si no hay caricias mejor no hago nada[...] yo siempre he dicho a los compas que es la conclusión de un tema, y es que primero son las caricias y hablar un poco, pues; no sólo hacer el amor así por hacerlo. Yo siempre me he sentido bien al hablar bastante y tener caricias alrededor, y no sólo depender de que el hombre nomás se quite su ropa interior y vamos y haciendo. Nunca me ha gustado eso. [...] En el amor casi no gocé dentro del tiempo que fui combatiente, fue muy poco lo que gocé en cuanto a eso [...] [Emérita Díaz Vásquez (Carolina) 38 años originaria de Osicala, nueve hijos e hijas –tres propios y 6 adoptados–. Primer encuentro político con la religión y a través de ella la revolución. Se incorporó entre los 19-20 años] (Domínguez *et al.*, 1995: 101-102)

Había una vida cotidiana en el vivir guerrillero. Era parte de un resultado inevitable; la separación, la lejanía, la incertidumbre normalizada caían en el peso de la esperanza necesaria para seguir creyendo que los múltiples sacrificios valían la pena. Pero como todo en la vida, y sobre todo en ese extremo de la socialidad, los desencuentros emergían. Respecto a lo que ellas hacen selección de sus memoria, reflejan

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

discrepancias por lo político –eran momentos donde las posturas lo eran todo y en cada decisión se jugaba la vida–, y en otros casos los rastros de un machismo que creían lejano.

Dimas no entendió que yo pasara de subordinada a integrante de la dirección. Mis horarios de trabajo cambiaron, toda mi dinámica cotidiana era otra, empezamos una discusión tremenda, estábamos bien jovencitos y quizás no teníamos madurez para abordar la nueva situación. Me acosaba a preguntas: ¿De dónde venís? ¿para dónde vas? ¿será cierto que has estado en reuniones?, yo tenía veintidós años y para mí eso era inaceptable, no entendí la repentina desconfianza. Todas esas discusiones eran muy ideológicas y me parecían asuntos pequeño burgueses. No teníamos ni enfoque de género, ni terapias, ni nada de eso; para mí era una falta de principios, estas diferencias se fueron agudizando con el tiempo y llegó un momento en que él y Marcial estaban convencidos de que para llevarnos mejor tenía que conocer todos mis locales. Yo les dije que no, porque mis locales eran clandestinos y los suyos también, «Yo no voy a arriesgar a mi gente», fue como otro choque con el machismo, algo incomprensible para mí. [...]

Todo fue muy doloroso para los dos. Hasta entonces no habíamos tenido problemas. Dimas arreglaba pachas, lavaba pañales, cocinaba igual que yo, compartíamos todo el trabajo doméstico, era una persona buenísima gente, muy responsable, muy cuidadoso, nos desvelábamos en la noche un día cada uno cuando teníamos a Vladimir y de repente nos enredamos en esa contradicción que se fue agudizando hasta que terminamos separándonos a finales de 1978. (Peña, 2009: 76)

Con Ricardo, el compañero guatemalteco, se rompieron los lazos afectivos y políticos aun antes de que yo saliera del EGP. Lo volví a ver 15 años después, en la fiesta que CONAVIGUA (Coordinadora Nacional de Viudas de Guatemala) hizo el 30 de diciembre de 1996, para celebrar su cumpleaños que fue el 29, el día de la firma de la paz en Guatemala.

Aunque el reencuentro fue muy caluroso, pienso en la marginación en la que me tuvo todos esos años, y pienso que no se puede ser tan intolerante en la vida personal y política. [...] Sin embargo, recuerdo también con gran ternura la riqueza que nos dio la unidad que logramos los primeros años de nuestra convivencia, cuando confiamos plenamente el uno en el otro. (Arriola, 2000: 88)

La espina seguía metida en el alma, pero los argumentos no me convencían lo suficiente como para lanzarme de nuevo a la lucha, sin ver la responsabilidad hacia mis hijos.

Tito, por su parte, deseaba lanzarse en apoyo de la naciente ORPA y al mismo tiempo conciliar una vida legal pública con militancia clandestina, que a mi modo de ver resultaba mucho más peligrosa que estar directamente enmontañados. Las discusiones entre la conveniencia de una vida legal y una clandestina subieron de tono y nuestra relación de pareja zozobraba de nuevo. [...]

Frustrados por las derrotas militares sufridas en los años anteriores, la inestabilidad económica, la angustia de ser capturados y nuestra falta de madurez para enfrentar estos problemas nos había llevado a *Tito* y a mí hasta el divorcio. La decisión la habíamos tomado después de que en varias oportunidades habíamos sacado nuestras respectivas escuadras [pistolas], olvidando todo lo que nos había unido. El temor a un desenlace trágico en presencia de nuestros hijos, nos hizo optar por la separación.

Las razones del divorcio eran de tipo ideológico y sirvió para darnos cuenta hasta que punto nos amábamos. Ya más calmados, pudimos analizar los motivos de nuestras disputas y coincidimos que nuestro noviazgo turbulento, no nos había permitido conocernos mejor. Después, la beca al Konsomol nos había separado casi dos años y en el fondo yo guardaba el resentimiento de que él me había abandonado en los años de más represión contra la Resistencia Capitalina. La convivencia diaria en medio del peligro, las privaciones económicas con los compañeros, habían creado en mí nuevos sentimientos, pero mi

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

prestigio e integridad como mujer estaba de por medio. Conocía bien el medio machista en donde me desenvolvía y no podía arriesgarme. Como mujer revolucionaria tenía mucho que perder. Los muchachos me respetaban y nunca se atrevieron a enamorarme abiertamente en esos años. (Ramírez, 2001: 243)

Estos rompimientos parecen ser las guías que marcan su relatoría respecto a otras parejas, pues quienes tuvieron desencuentros políticos determinantes como Aura y Lorena, a diferencia de María Ramírez que en realidad regresa con su pareja, serán las que hablen de sus relaciones con posteriores compañeros.

Por otra parte, me vinculé afectivamente con un compañero del *Manifiesto*, Valentino Parlato, con quien viví tres años maravillosos (1970-1973). Pero con quien también conocí la versión italiana del machismo: más sutil que el latinoamericano, pero tan profundo, que no es casual que Italia haya sido uno de los centros más importantes del feminismo mundial.

Vivimos mi hijo, él y yo, en un humilde departamento de vía Venecia, decorado por Willy y por mí, con libreros hechos de tablas, afiches de Zapata y objetos mexicanos. [...] (Arriola, 2000: 85)

En el cerro de Guazapa me acompañé con Facundo Guardado, con quien en el año de 1987 procreé a mi última hija, cuyo nombre es Ana Virginia. Esta relación terminó a fuerza de guerra y de distancia. Sobre todo con la separación que implicó parir a Ana Virginia. Mi maternidad en plena guerra civil me reveló una serie de inquietudes que a la larga me llevaron a buscar el feminismo para completar mi explicación sobre lo que ocurre en nuestra sociedad, sobre todo a nosotras las mujeres. (Peña, 2009: 140)

El resto de ellas, de quienes escriben solas, no hablan de amoríos sucesivos tal vez porque su despedida fue más drástica y violenta, pues implicó la muerte de él.

Me ilusiona y apena pensar en el hombre que es el padre de mi hijo y que tanto he amado. ¿Es algo real? ¿En qué lugar de esa Centroamérica estará? ¿Vivirá aún? ¿Y su cuerpo? No lo sé. La guerra nos unió y la guerra nos separó físicamente. Nos enseñamos y exigimos recíprocamente, aprendimos y avanzamos juntos. Se requiere madurez y conciencia para no desfallecer en este largo camino. Aquella mañana cuando nos despedimos, su mirada estaba húmeda y era más profunda. Su voz fue grave al decirme. – ¡Cuídate! También te necesitamos el pequeño y yo. – ¿Creés que habrá un nuevo reencuentro? – Le pregunté, temiendo no verlo más. – No lo sé, pero mientras no llegue ese momento, quiero que te cuidés y que vivás la vida en toda su dimensión. (Díaz, 2008: 62)

[...] fue después de la muerte del licenciado López Larrave, que *Tito*, sin hacerme partícipe de su decisión, tomó parte en una acción militar con un grupo que recién emergía. *Tito* conocía mi oposición respecto a una doble vida clandestina y legal y sobreestimando su capacidad, pensó que todo iba a salir *bien* y podríamos continuar nuestra vida *normalmente*. La acción fue un fracaso y *Tito* salió herido de muerte, según parece, por uno de sus propios compañeros, quiénes sabiéndome sola con mis pequeños, cobardemente lo dejaron abandonado en las puertas de mi casa, con un tiro en la cabeza. Mis hijitos lo vieron desangrándose. Desesperada traté de salvarlo, llevándolo al hospital en donde en uno de los bolsillos del pantalón le encontraron una tolva de pistola. El policía del hospital me empezó a interrogar y fue mi propia voz dando mi nombre legal, la que me hizo reaccionar y percatarme del peligro que corría. Un médico me llamó en ese momento y yo aproveché para escurrirme, mientras el policía trataba de garabatear mi nombre. La

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

puerta entreabierta me dejó ver su cuerpo joven convulsionado por la muerte.

Al día siguiente, burlando a la prensa y a la policía, llegué hasta la Universidad de San Carlos. Necesitaba verlo por última vez. Besé sus labios fríos y azules y me tragué mis lágrimas. *Tito* me había pedido muchas veces que al morir, no quería Cristos ni cruces en su velorio. Traté de cumplir con su deseo, quitando el Cristo que piadosamente habían colocado, pero lo más importante en ese momento era salvar a mis hijos, no dejarme atrapar. (Ramírez, 2001: 250)

De nuevo es Yolanda quien por los años fijados para su narración no hace mención de la muerte de su compañero, por lo que solo sabemos de ese hecho por fuentes laterales.

Por otra parte las razones por las que termina pereciendo *Tito*, la pareja de *La Chiqui*, son ilustradoras por como nos permiten resaltar los vicios más comunes de la vida social. Pero solo al mirarlas en conjunto podríamos ver flotando las acciones permanentes de la influencia del sistema patriarcal en eso que llamamos vida cotidiana. Nos dice el texto de *Las Dignas*:

Para ellas los muchachos en abstracto eran los más buenos y justos, sin embargo “su muchacho” particular –su compañero de vida– era brusco, desatento y a veces hasta violento. Algunas lo explican diciendo que todos eran buenos “menos el que a mí me tocó que no entendía de razones”. Dado que no es una sola mujer la que expresa los defectos de “su muchacho” sino que son varias las que lo describen como cualquier hombre sin la aureola que rodeaba a los guerrilleros, cabe presumir que ellos eran capaces de desarrollar conductas sumamente solidarias en lo público, y mantener comportamientos autoritarios y hasta violentos en lo privado. (Ibáñez, Murguialday & Vázquez, 1996: 125)

Y es complementado con un fragmento de una vida actualizada, producto de una relación que comenzó durante la gesta guerrillera y trascendió el tiempo para encontrarse así,

En mi casa comencé a tener problemas con él. Mire, él era de esos hombres que por lo menos en la guerra aprendió mucho; siquiera a lavar su ropa, lavar los trastos y todo eso. Pero ya estando en la comunidad como que se van acomodando, como que todas esas cosas que aprendieron allá ya no quieren ponerlas en práctica en la casa; que ya tengo la mujer aquí, que ella es la que tiene que hacer todo. Entonces cuando él se comenzaba a portar así yo le decía, “Mirá, vos tenés que ayudarme en la casa. Cuando andabas allá todo esto hacías; pues sí, yo sé que soy la mujer y puedo hacer las cosas, pero también me gustaría que vos me ayudaras”. Y a veces le decía, “¡Ayúdame a barrer vos, que estoy ocupada!” Y eso a él no le gustaba. Pero eso no fue el problema, él me decía, “Si yo sé que en eso te ayudo”.

Lo que sí no le gustaba es que saliera, por ejemplo, a reuniones, “Hoy voy a ir a una asamblea con las mujeres en la comunidad...” o “Fijate que hay una asamblea de todas las directivas de mujeres en Guarjila, o en Chalate o en San Salvador”. Entonces eso no le gustaba y decía de que yo salía a aprender cosas para ir a oponerme a él en la casa, y ya no le bastó eso; empezó a decirme de que si yo salía era porque quizás quería conseguirme a otro, y así ya comenzaba a discutir conmigo. Cuando me di cuenta de que él tenía otra, ya al final me dijo, ¡Como no pasás en la casa, por eso lo he hecho!” (Domínguez *et al.*, 1995: 221)

La relación con la naturalización cultural y su anclaje en como conformamos nuestro imaginario social, y como vivimos nuestras múltiples dimensiones de relaciones sociales parece dejar como antagónicos a hombres y mujeres, ellos agrediendo y ellas sufriendo. Haciendo que en su largo camino, tratando de encontrar formas

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

distintas de amarse, terminaran viviendo las contradicciones de las críticas limitadas. Así era lógica que las concepciones de grandes nombres revolucionarios rallaran en ser injustas para con sus compañeras, y prueba de ello es considerar sus emociones producto de histeria, fuera de la razón, lo que los llevaría a decidir intervenir y castigar; siendo el caso de Lorena Peña cuando decidió separarse de Dimas Rodríguez.

A Marcial se le ocurrió discutir «mi caso» de separación con Dimas, entonces tuvieron una discusión en la Dirección y me notificaron que habían tenido una reunión donde se analizó que yo estaba perdiendo un poco la perspectiva revolucionaria porque el compañero era de origen campesino y yo era pequeña burguesa, porque lo que se me prohibió, por seis meses hablar de cosas privadas con hombres. (Peña, 2009: 80)

Y es que vemos que el tratamiento aclamado de lo personal como político también puede terminar, cuando no hay bases justas de comunicación, en actitudes autoritarias provenientes de nuevos –y viejos– sistemas de dominación. En los frentes guerrilleros parece que hubo un intento porque estos problemas se resolvieran en la colectividad, lo que era novedoso en relación con las prácticas comunes que lo encerraban en lo privado, sin embargo es obvio en este ejemplo que su planteamiento del problema estaba desvirtuado por una postura patriarcal que colocaba a las mujeres como víctimas de su propio desbordamiento emocional.

Lo más claro del recorrido hasta ahora hecho, en cuanto a esas formas cotidianas de opresión, es que no había respuestas totales, que no había sujetos terminados y que las contradicciones emergerían, tal vez sin que ellas ni ellos lo pudieran ver en

el momento, en esos espacios desconsiderados de los que no se discutía y que se asumía que de alguna forma cambiarían sin la intervención y/o voluntad explícita de los sujetos sociales que ahí participaban. La posibilidad del amor revolucionario, conformado por hombres y mujeres guerrilleras, encontró un límite cuando no hubo un soporte –o tiempo, o intención– para recrearse y romper los esquemas.

Pequeñas resistencias. Espacios de solidaridad genérica ¿feminismo?

Hemos visto que los espacios que estas mujeres llegaron a ocupar las colocaría en posición de confrontación con múltiples esquemas y estructuras del espacio social. Nos han hablado de sus vidas a través de sus variables apellidos, militante-colaboradora-organizada-esposa-madre-compañera afectiva-guerrillera, y de como todas éstas han confluído, divergido y contradecido. Así, sin olvidarnos de ninguna de éstas, quise abordar ideas que construyeron ellas respecto a las mujeres fuera de su persona; sus reflexiones que colocan en el centro esa identidad sexo-genérica, y cómo convivieron ideal y prácticamente con sus pares. Pensándose entre ellas, entretejiendo encuentros y desencuentros.

A lo largo de sus historias, en donde todo parte desde su experiencia, emergen las referencias a esas *otras* que sin tratarse de su parentela, resultan en su recuerdo entre un espejo, un empuje y la nostalgia de un pasado acompañado.

Ruth era una mujer sencilla. La caída de su hermana Eugenia, lejos de desmoralizarla, la había comprometido mucho más. La admiraba como revolucionaria, como amiga y como mujer. Al igual que todos, estaba separada de sus tres pequeños hijos y de su compañero, a quienes tenía muchos meses de no ver. [...] Recuerdo que después de regresar del

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

diálogo de la Palma, fui a dar una charla a una escuela de formación político- ideológica y ella me dijo, muy quedito: – Te felicito por haber ido al diálogo; has representado a las mujeres. Vos fuiste no sólo en nombre de nuestra vanguardia; sino que evidenciaste el nivel de participación de todas nosotras, nos representaste. Gracias. Y me dio un beso. Sus palabras me estremecieron. Una a veces no se da cuenta del significado de las cosas que hace.(Díaz, 1993: 208)

Varias mujeres que en los albores de la década del setenta empuñamos las armas revolucionarias, heredamos el ejemplo de una hermana de Cecilia: Nora Paiz Cárcamo, quien fuera herida y capturada en combate, en la Sierra de las Minas, junto con Otto René Castillo, en marzo de 1967. Ambos fueron conducidos al campamento militar de *Los Achiotes* y luego a la base militar de Zacapa. Durante cuatro días ella fue violada y ambos mutilados, apaleados y quemados vivos el 19 de marzo. Nora y, un tiempo antes, Rogelia Cruz, fueron de las primeras revolucionarias guatemaltecas que cayeron vivas en manos del ejército y sufrieron brutalidad. Los pormenores del cautiverio y asesinato de Nora se conocieron porque uno de los torturadores, impresionado por la firmeza y la dignidad de Nora, buscó a la madre para narrarle los hechos y conducirla a la fosa clandestina donde estaba semienterrado lo que quedaba de ella. La familia rescató un mechón de pelo y algunos huesos. Con la información y los restos de Nora, su madre denunció públicamente la atrocidad de los militares. Pero ya entonces su impunidad era una realidad tan palpable como sus crímenes. De carácter inquieto, inquisitivo y alegre, Nora tenía 23 años en el momento de su asesinato. Su nombre, como el de Cecilia –Clemencia Paiz Cárcamo– resonarán en nuestra memoria como ejemplo de amor a la libertad y a la dignidad de nuestro pueblo. (Colom, 1998: 307)

Aunque son desconocidas para nosotros, iniciar el apartado con sus recuerdos reafirma el interés de explorar cómo se conocieron y se vivieron desde su ser mujer,

qué pensaron y esperaron con su participación, y cuáles fueron sus retos. Comenzar con ellas hablando de *otras*, es introducirnos a la intención de este apartado por resaltar que estas menciones se hicieron porque las protagonistas de sus historias escritas encontraron cómplices con quienes se reconocieron, probablemente, porque sus cuerpos de mujer también reescribían la historia.

Los hallazgos al enfrentarse al amplio mundo de la militancia rural y urbana son ejemplificados por Aura Marina cuando nos habla de su experiencia en Vietnam, recalcando inmediatamente su contacto con mujeres producto de las contradicciones que su recorrido intelectual le habían presentado, contrastando experiencias para encontrar lo que en Guatemala parecía imposible:

Allí, entre las cosas que me sorprendieron, fueron la atención que le daban a la participación de la mujer, y la importancia del análisis teórico de todos los hechos, por muy cotidianos que fueran. Nos enseñaban que suspendían una batalla para discutir sus puntos positivos y negativos y superar los últimos. [...] Nos guió en esa visita una joven, a quien los estadounidenses le había cortado los senos, para mutilar el símbolo sexual máspreciado por los vietnamitas. También fuimos a hablar con las mujeres de la aldea Xa Tuñ Phong del distrito de Vinh Phuc, con quienes compartimos con gran alegría y afecto nuestras experiencias y las heroicas de ellas. (Arriola, 2000: 72)

Por otro lado las observaciones de Yolanda allá en el ambiente que se desarrolló, el campesino, irán dejando algunos rastros de la representación de una mujer ladina, letrada, en el espacio que añoraba, porque aprendió que era más legítimamente

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

revolucionario, siendo capaz *a posteriori* de mostrarlo como cualquier otro, contradictorio.

[...] el ideal de mujer que prevalecía entre los indígenas era que fuera “galana”. Es decir, hermosa, bien dada, robusta; que no fuera ni gorda ni delgada. Pues ello se consideraba signo de salud, de fertilidad, de capacidad para dar hijos fuertes y de resistencia para el trabajo. [...] Y junto a estos aspectos físicos debía tener las siguientes cualidades: ser virgen, ser “honrada” (recatada y no coqueta; que no hubiera tenido novio; que no platicara con diversos muchachos, sino sólo con quien iba a ser su marido); que fuera laboriosa y buena cocinera. También debía ser obediente, paciente y humilde. Era importante que perteneciera a una “buena familia”. Es decir a una que sustentara costumbres acordes a los valores del grupo étnico y que fuera de reconocida honorabilidad. [...] Se asumía que toda mujer debe obediencia y servicios al hombre, sea éste su padre, hermano, marido o hijo. También debía estar bajo su tutela o autoridad. Por ejemplo, la mujer campesina sólo se vinculaba a otras personas a través o acompañada de ellos. Lo único que podía hacer sola era ir al río, a la pila o a la toma de agua para lavar la ropa o acarrear el líquido; hacer leña en el monte e ir al molino de nixtamal cuando lo había. O sea que podía ir a donde estuviera sola o a donde sólo frecuentaran las mujeres y los niños. La mujer debía concentrarse en atender los domésticos y la familia, al tiempo que debía evitar el trato con personas desconocidas, especialmente si eran hombres. (Colom, 1998: 57)

Al participar desde el destacamento en las visitas domiciliarias, me relacioné desde otra perspectiva con las campesinas. No eran las mismas que traté cuando trabajaba abierta y legalmente, pero pertenecían al mismo mundo. Y cuando las conocí, ni ellas ni los hombres mostraban inquietud sobre la opresión de la mujer. Y las mujeres guardaban silencio la mayoría de las veces. Pero poco a poco algunas se animaron a

hablar. A las revolucionarias nos preguntaban si éramos casadas, si el marido andaba con nosotras, si teníamos hijos. Y hacían gestos de admiración o de sorpresa cuando respondíamos que sí, que no siempre andábamos con el esposo y que nuestros hijos estaban al cuidado de otras personas. También querían saber si temíamos vivir entre numerosos hombres y si nuestra pareja estaba en la unidad presente. [...] Yendo entre tantos hombres les parecía imposible que mi pareja no fuera alguno de todos. Y cuando les reiteraba que mi compañero estaba en otra parte, algunas me compadecían. Una vez, al preguntarles por qué se expresaban así, si estaba trabajando contenta por la revolución, me replicaron que era muy duro cocinar y lavar la ropa para tantos hombres. Al aclararse que no era así, exclamaron más conmovidas que, entonces, seguramente tenía que acostarme con todos. Otras veces el razonamiento espontáneo las llevaba a afirmar convencidas que yo era maestra o enfermera y por ese motivo andaba con ellos. (Ibídem: 285-286)

Este encuentro vivencial se encontraba con esas aspiraciones más ideales que habían emergido de la reflexión del tema que la integración de la mujer a la guerrilla había generado. Por lo que los deseos y razones de su participación chocaban con una realidad más sólida y pesada de ser movida. Las concepciones de *mujer*, construidas a partir de la cultura patriarcal, serían presentadas armoniosas al cambio aunque implicarían realmente una batalla ardua.

Para ser aceptadas, para tener la oportunidad de participación, han tenido que ir dando una lucha, sobretodo para lograr la igualdad y para que ellas mismas acepten y vean ese derecho en términos de igualdad; han tenido que ganarse un lugar y encontrar en la lucha su realización como personas, recuperar lo que el sistema les negó siempre

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

marginándolas y explotándolas doblemente, como mujeres y como campesinas. [Ruth-EGP] (Solórzano, 1989: 96)

A pesar de que las mujeres tienen que hacer ese esfuerzo tan grande para romper con su vida anterior, con rasgos de su cultura que las atan, yo siento que lo que ayuda a su integración a la guerra es que capacidades, voluntad y responsabilidad las hay en la mujer en gran cantidad, por el hecho mismo de la dureza de la vida que llevan en sus aldeas. La mujer carga, la mujer cultiva la tierra, hace leña, a la par es la cargadora de los hijos, que es como llevar su fusil cuidándolo y sin dejarlo nunca. [Ruth-EGP] (Ídem.)

Como mujeres, lo que más nos afectaba eran el machismo y el patriarcado campesino que manifestaba la mayoría de compañeros. En teoría era posible comprender esos rasgos dadas las características de nuestra sociedad. Pero en la práctica cotidiana no era fácil tenerles paciencia. Y si bien la dirección de la montaña promovía nuestra participación y desarrollo, estos compañeros, entre los que había algunos veteranos, nos subestimaban y recelaban de nuestro desempeño. Aunque estos problemas solían abordarse en colectivo, el reconocimiento del fenómeno y los cambios de mentalidad iban a la zaga de la nueva práctica. Las costumbres del pensamiento sedimentadas por años y generaciones mostraban ser más tenaces que nuestras ejecuciones, que nuestras certezas recién adquiridas y que nuestros comunes ideales por una sociedad nueva. (Colom, 1998: 145-146)

Contrastantes entre ellos, el último al provenir de una reflexión posterior, resulta más realista. Mientras que esas palabras primeras emergen más bien para ensalzar una visión esencialista de la mujer, en donde se recuperan cualidades de sufrimiento y sacrificio que parecen superponerse a otras sin decir explícitamente por qué.

Era mucho lo que tenían en contra. Implicaba remontar las enseñanzas de la historia, la cultura, la política, y recuperar espacios en lo ideológico. De esta manera a la par que nos hablan de las grandes barreras sin romper, también, e indirectamente, nos dejan muestras de micro-luchas, vestigios forjados de solidaridad transrevolucionaria (lo digo así porque trascendían la solidaridad revolucionaria-guerrillera que era implacable, y muy específica, mientras que estas formas sin entrar en ese espacio, y viéndose como nimias, fueron lugares autónomos adonde ellas decidieron extender su sentido de empatía).”Siempre que podía les di vestidos a las mujeres y hasta las prendas más íntimas, pues a las pobres les venía la menstruación de susto. Entonces me las ingeniaba para hacerles llegar las toallas sanitarias, pues se las negaban para humillarlas.”⁵³ (Díaz, 1993: 277)

Formamos también un grupo espontáneo de mujeres y fuimos las primeras que entramos solas a beber a las cantinas. La cantina, parte del ritual alcohólico guatemalteco, era un reducto exclusivo de los machos. Recuerdo cuando nos vio entrar solas a una cantina una persona tan anárquica (yo le decía que era el único anarquista guatemalteco) y desmadrosa como Mundo Guerra Teilheimer –quien fue acibillado a balazos por los escuadrones de la muerte en el Bufete Popular de la Universidad en 1974–, se escandalizó, revelando el machismo que todo compañero de izquierda oculta. (Arriola, 2000: 36)

Por esa época Susana se había echo cargo de un grupo de jovencitas combatientes a quienes querían sacar de la guerrilla porque decían algunos que «descomponían unidades». Susana se rebeló contra eso,

53 Esta escena se desarrolla en el espacio de encarcelamiento, y se refiere a los objetos que ella podía obtener porque su proceso fue seguido por la Cruz Roja y otras agrupaciones que velaron por su seguridad.

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

acusó a los hombres de machistas y pidió que le permitieran trabajar con ellas. Paty una compañera de ese grupo, murió junto con ella. Otras son hoy compañeras del FMLN ubicadas en diferentes zonas. Y Ana María que era como su hija, es técnica veterinaria, y mi mamá la considera su nieta, y yo como mi sobrina. (Peña, 2009: 145)

Entre 1964 y 1968 numerosas mujeres de Santa Cruz y sus alrededores empezaron a participar en los clubes de amas de casa impulsados por Desarrollo de la Comunidad. Muchos esposos las apoyaron en este proyecto, pero no pocas debieron hacerlo a sus espaldas y algunas participaron en desafío abierto a la oposición de su pareja. [...] Sin embargo, la participación más significativa de las mujeres se dio alrededor de los años setenta, en las reuniones mixtas que realizaban los sindicatos campesinos de trabajadores migratorios. Ellas participaban con entusiasmo, opinando sobre soluciones a los problemas que enfrentaban los trabajadores migratorios y sus familias. Mostraban mucha disposición a realizar todo tipo de tareas y eran portadoras de mayor combatividad que los hombres para reclamar, por ejemplo, la libertad de algún dirigente encarcelado. Destacaban por no mostrar miedo ante las autoridades civiles ladinas; querían dar su opinión y declarar a favor del detenido. Pero no hablaban español y alegando esa razón la autoridad, siempre ladina y monolingüe, no les permitía intervenir. (Colom, 1998: 72)

Mostrando arrojo en pequeña escala al incluir esos hechos en la forma de constituir su memoria, se establece un parámetro de interés en cuanto la resistencia en clave de mujer, a veces dándose dentro de sus organizaciones y otras en versiones extendidas a áreas de influencia. Si bien esto es verdad, lo es igualmente que al buscar una sistematización de esa resistencia se encuentre con que la versión para el mo-

mento que encabezaba las posibilidades ético-políticas: el feminismo, estaba en desventaja frente a la mezcla apabullante del análisis clasista y la teoría economicista.

Hay que recalcar la visión de la Organización sobre las mujeres campesinas y asalariadas como parte del pueblo y de la lucha. Su participación es parte de la lucha de todos, en donde indudablemente ellas, como pobres, de hecho tienen garantizada su participación. Esas mujeres tienen ese derecho, porque son parte de los pobres. En ese sentido no consideramos necesario hacer una lucha feminista, con reivindicaciones separadas y exclusivas de la mujer. En este momento, las mujeres que luchan forman parte de un sector que no tiene necesidad de hacer planteamiento feministas, porque su lucha la realizan los pobres, para resolver las condiciones esenciales de su existencia. [Esperanza. Miembro de la Dirección Nacional del EGP] (Solórzano, 1989: 120)

El Partido Comunista de El Salvador y su ejército revolucionario, las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), están plenamente convencidos de que a través de un gobierno democrático revolucionario se garantizará a la mujer salvadoreña su participación en el trabajo y en la dirección política de nuestro país, así como su derecho a ser madre, trabajadora, dirigente política, estudiante, profesional, artista, así como también su derecho a la participación en todas las tareas que demanda la revolución para la conquista de una sociedad socialista. (Herrera, 1983: 17-18)

[...] la complicación fue cuando llevamos esta organización de mujeres hacia las zonas, a las bases de apoyo, porque las compañeras llevaron un discurso en donde el enfrentamiento ya no era sólo contra el sistema sino entre hombre y mujer; quiero decirles que tuvimos que corregir y desarmamos la organización porque el centro dejó de ser la lucha contra el enemigo principal, dejó de ser la lucha por la toma de poder y se convirtió en una lucha entre el hombre y la mujer, y éramos acusados de

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

descomposición. [Nidia Díaz] (Ibáñez, Murguialday & Vázquez, 1996: 266)

La lectura que se tenía ya en la práctica sobre el feminismo era claramente divisionista⁵⁴, y no podríamos negar que existían –y existen– versiones de ese tipo, por lo que se podría creer lógico que se acercaran perspectivas que no plantearan el confluir las luchas; sin embargo la tendencia nos dice también que eran sobre todo actos de prejuicio que se establecieron desde una estructura de Dirección jerárquica que requería mantener el control absoluto de lo que ideológicamente ocurría. Sin olvidar el desarrollo de la postura individual construida por personas como Aura, seguramente, desde un cumulo de discusiones intelectuales, que de cualquier forma reafirman lo que en el ambiente se percibía y lo que desde ese pasado se heredó.

He rechazado ser feminista aunque me he sentido muy cerca de ese pensamiento, porque creo que se encierra en un círculo cerrado que yo no comparto y porque he visto que las relaciones entre las mujeres, aún las de las más lúcidas feministas o luchadoras sociales, salvo casos excepcionales, carecen de verdadera solidaridad, implican una terrible competitividad entre mujeres. Yo quiero luchar por algo más amplio, que transforme realmente las relaciones interpersonales de hombre y mujeres, pues las mujeres podemos ser, a veces, más terribles que los hombres. (Arriola, 2000: 114)

54 En el primer capítulo me aboqué en una última sección a relatar otros aspectos sobre éste tema que complementarían la visión al respecto en esta parte.

Pero a la par de ellas Lorena es la única que claramente reconoce la falta de profundidad que tuvieron respecto a como trabajar el temas de las mujeres, y su influencia directa con la ignorancia del feminismo.

Algunas compañeras del campamento se resistían a incorporarse a la lectura de los libros, una de ellas me dijo claramente que no quería leer pues temía que su compañero la abandonara: «Hasta ahora hemos sido felices, yo le cocino y le lavo su ropa, y no me exige más. Pero si empiezo a leer libros ya no va a valorarme igual...» eso me expresó. Yo se lo comenté a Aloña y ambas coincidimos que era necesario que hiciéramos más labor de concienciación entre las mujeres.

Otra compañera me dijo una vez: «Los jefes siempre son perseguidos por las mujeres...», y cuando le recordé que en ese campamento la jefa era una mujer, que era yo, me dijo: «Sí, pero siempre las mujeres van detrás de los jefes». Pero otras en cambio iban asumiendo un poco más sus derechos y se daban tiempo para que platicáramos entre nosotras de otros temas y de compartir experiencias diversas. Lo malo es que no teníamos conceptos feministas claros, sólo un malestar sin explicación científica. (Peña, 2009: 169)

Sin embargo es interesante como a pesar de no querer/poder articularse con lo que parecería la respuesta epistémica más viable, la que les proveería de una claridad respecto a lo que para el momento vivían del sistema sexo-género y los embates del patriarcado, sí hablan del encuentro con el espacio masculino-machista, ya sea desde su experiencia o la de otras, imprimiendo su inconformidad y crítica puntual dirigida hacia compañeros militantes guerrilleros. Aunque faltaría mucho para si quiera imaginarse incorporar a ese compañero para construir la crítica al sistema patriarcal.

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

Mi compañero, enfermo de tuberculosis, bajó de la montaña y nos fuimos más de dos años a Cuba (1965-1967). En Cuba había dejado, después de mi segundo viaje a la isla, a mi hijo Ricardo con la mamá de Luis Turcios y su hermana Mérida. Allí descubrí lo que es el machismo, y cómo nos modifica también a las mujeres. La esposa de Turcios, quien vivió un tiempo con nosotros, me reprochaba que le pidiera a Ricardo que lavara los platos, mientras yo lavaba los pañales y hacía los demás quehaceres de la casa. Me decía la Chatía, enojada conmigo, que ella hasta las botas le sacaba de los pies a Luis. Yo hasta ese momento no tenía plena consciencia de ello.

Descubría esa cultura genérica opresiva en mi vida cotidiana, cuando me di cuenta que mi compañero me trataba casi exclusivamente como la madre de su hijo, pues una de las características de Ricardo era su gran mimetismo en el medio y sobre todo, en el cubano, que es terriblemente machista. [...] Ricardo comenzó en Cuba a no verme como compañera política, pues muchas cosas de nuestra vida en la lucha ni siquiera me las contaba. [...]

[...] leí en Cuba *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir, que me aclaró teóricamente lo que es el machismo, la opresión doméstica, lo que significa nuestra posición de inferioridad en la sociedad. Pero también de inferioridad en el quehacer revolucionario. También me impactó el fuerte machismo de la sociedad cubana, donde la mujer es vista principalmente como un objeto sexual. Eran los primeros años de la revolución, pero pienso que en ese aspecto las cosas no han cambiado mucho. (Arriola, 2000: 63)

La sábana era grande para tapar a todos los jefes, con sus deformaciones arrastradas de la vida civil. En una reunión de crítica y autocrítica, el compañero Melvin, uno de los políticos, fue acusado de introducirse en la cama de una compañera y tratar de violarla.

Enfrente del mando político del campamento, sentado sobre un tronco. Melvin, con cara de circunstancia, compungido por el arrepentimiento, explicó:

– Compañeros, yo quiero que ustedes traten de comprender, que yo padezco una terrible enfermedad. Soy sonámbulo y no me doy cuenta de lo que hago. Si llegué a la posición de la compañera y traté de hacer el amor con ella, fue por esta enfermedad que padezco. Yo les pido comprendan mi situación, ya que no es un acto voluntario de querer abusar de la compañera. Castíguenme si es necesario, yo acepto la sanción.

Todo asintieron con la cabeza y se condolieron de la *terrible enfermedad* de Melvin. (Ramírez, 2001: 280)

Tuve una experiencia que fue bien jodida para mí, resulta que un compañero me trató de violar; veníamos de una tarea, yo estaba bien cansada porque habíamos caminado como tres días y me quedé dormida, cuando vine a darme cuenta de que el hombre ya me había bajado el pantalón y estaba tratando de penetrarme por atrás, me desperté y armé un gran relajo, casi lo mato, no lo hice porque el enemigo estaba cerca.

Cuando llegué al campamento se lo dije a otro compañero que me dijo “si hombre, esas cosas así pasan, le vamos a llamar la atención”. Fui a poner la queja con mi responsable y no me dijo nada; después me dijeron que le habían llamado la atención. (Ibáñez & Vázquez, 1997: 39)

En la organización existía el planteamiento de que las mujeres debíamos participar en la sociedad y en la lucha revolucionaria en términos de equidad con el hombre. Sin embargo, en aquellos años de trabajo inicial era difícil persuadir a las primeras bases populares sobre ello. Cuando les preguntábamos por qué no participaban más mujeres, nos respondían que ellas no podían porque estaban criando a sus hijos; que debían cuidar la casa y los animalitos que poseían; que eran débiles y no aguantaban a caminar entre la montaña, ni soportarían el frío de las cumbres. También decían que la mujer es chismosa y no guarda el secreto. Y afirmaban que la guerra es cosa de hombres. Les preguntábamos cómo se explicaban que estuviéramos varias mujeres

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

allí. Y les contábamos que algunas teníamos marido e hijos; que el primero nos apoyaba en las tareas del hogar para poder asistir. Pero alguno replicaba: “Si, ténes razón, pero vos sos ladina y estás estudiada. Eso es aparte, pero aquí es otra cosa”. Insistíamos con el ejemplo de las compañeras campesinas, quienes estaban alfabetizando con la organización. Pero no había manera. Las ideas y las costumbres de siglos pesaban como su pobreza. (Colom, 1998: 125)

El acoso del que fueron objeto sería en algunos casos denunciado, pero la respuesta no daba cabida al aligeramiento del trauma que podía generar o a pensar qué motivaciones generaban esas actitudes y entonces darle respuesta concreta al problema. Era claro que lo que guiaba esas actitudes era un sentimiento de superioridad y pertenencia del cuerpo objetivado de cualquier mujer (más adelante nos extendemos en este tema). Pero aún sin poder concretar sus críticas, logran con palabras claras describir fenómenos articulados estructuralmente. El límite lo encuentran al no reconocer que esto que vivieron no eran actos aislados, ni eran excepciones; aunque es comprensible que resultara para ellas puntos difíciles de unir –o de enfrentar– porque su contexto las empujaba hacia otros lugares.

El largo fragmento que a continuación reproduzco da muestra de como en el sentido de la resistencia de mujeres dentro –y fuera– de su organización, la confrontación, implicaría abatirse con una fuerza mayor, imaginándonos un río en el cual se creó una primera corriente en contra y como desde ahí emerge una nueva enfrentándose a ambas fuerzas y resistiendo para encontrar el camino,

En ese cursillo una de las charlas se refería a la opresión y emancipación de la mujer. Fue la que me asignaron.

Entre otras cosas, les decíamos que las mujeres valíamos igual que los hombres porque ambos éramos humanos y trabajadores [...] y era necesario que participáramos también en la lucha de los pobres; que para triunfar necesitábamos apoyarnos y superarnos unos y otras. Les hacíamos ver cómo el trato que numerosos hombres daban a las mujeres no era ni digno ni justo y que la costumbre de maltratarnos y despreciarnos debía abandonarse; que no éramos mercancía para que nos vendieran y compraran, sino que teníamos derecho a decidir nuestras vidas, y con quién y cuándo casarnos; que era necesario comenzar los cambios en cada casa, en cada localidad; que para lograrlo era necesario que las mujeres hablaran por sí mismas lo que pensaban de su situación, y que ellas decidieran cómo participar de acuerdo a su conciencia y a su situación particular. También les decíamos que era necesario que las mujeres se alfabetizaran y participaran en las charlas y cursillos. [...]

Finalmente, invitábamos a los participantes a comentar lo expuesto. Pero al concluir esta exposición se hizo un silencio prologando. [...] Me sentí incomoda pero permanecí calla y expectante. Un compañero pidió la palabra y se puso de pie; era dirigente de los presentes. Vi el cielo abierto, pues no era fácil que estos compañero hablaran ante quienes no fuésemos de su comunidad, ni indígenas. Menos aún si sus interlocutores éramos mujeres hablando sobre opresión contra nosotras. Con su intervención tendría una referencia objetiva para evaluar el resultado inicial de nuestra exposición. Este compañero comenzó diciendo: “La compañera tiene razón”, luego enumeró con sorprendente fidelidad las razones que habíamos dado para fundamentar la igualdad y la participación de la mujer. Me sentía feliz, pues los planteamientos se habían entendido y un dirigente me daba la razón. Y eso era clave para determinar la actitud de los demás. Sin embargo, mi felicidad duró un suspiro, pues serio y tranquilo prosiguió: “De ahora en adelante, pues, ya no les vamos a pegar a nuestras mujeres con machete, porque a veces

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

bolos, en vez de darles planazos, les damos filazos y las herimos. De ahora en adelante, cuando nos enojemos con ellas, sólo les vamos a pegar con varejón de guayaba”.

Su intervención me quedó grabada con marca de hierro candente. Nadie más pidió intervenir y la charla terminó. Era el primer encuentro de varios de nosotros con la población receptiva al mensaje revolucionario [...] Además éramos las primeras mujeres que en esa vasta región iniciábamos, de palabra y de acción, la lucha por nuestra equiparación. Y también las primeras que reivindicábamos nuestro derecho a la rebelión contra toda forma de opresión y explotación. Así que sólo los exhorté a seguir pensando sobre el tema. Pero por dentro estaba desconsolada. ¿Es que debíamos conformarnos con que la reivindicación femenina inicial en esta región fuera que “solo le peguen a una con varejón de guayaba”? Necesitábamos hablar directamente con las mujeres, pero ¿cómo y dónde podíamos hacerlo si no llegaban a nuestros campamentos y todavía no había condiciones para que nosotras visitáramos sus casas? (Ibídem: 127-128)

El camino que se quería marcar para constituir lo revolucionario pasaba por encontrar canales de comunicación efectiva con quienes pudieran conformar la gran comunidad guerrillera, fuera en el campo o en la ciudad. Pero la realidad era más abrupta y mostraba lo largo del recorrido cuando se enfrentaban a cualidades subjetivas profundas e inmateriales. Se hace claro sobre todo cuando hablamos de la resistencia de mujeres, pues la fundación del movimiento guerrillero no había emergido para luchar por esa causa (más adelante entenderemos que no fue del todo descartada pero que su articulación, como es evidente, no fue firme). Las preguntas finales son esclarecedoras al reflejar un sentimiento de incertidumbre respecto al impacto de un discurso revolucionario que empezaba a encontrar sus límites –a la vez que

dejó los rastros de las discusiones que tocarían en el futuro resolver— Era un consuelo que siquiera en algunos espacios se estuviera dando la lucha, aunque el resultado implicará asumir una postura conformista ante lo intangible.

Con el tiempo un sesgo de reconciliación sería posible para quienes tuvieran la voluntad de ser confrontadas por aquellas que se vieron relegadas, y quienes desde otra perspectiva tenían aportes que hacer a lo que ya para el momento era un contexto distinto.

Por ese mismo tiempo también nos reunimos las mujeres de las FPL tal y como lo habíamos acordado en México para crear una organización femenina revolucionaria. Yo no tenía muy claro que perfil le daríamos, pero tenía la convicción de que debíamos organizarnos.

Los grupos feministas nos invitaron a una reunión a las comandantes del FMLN y asistimos Nidia Díaz, Ana Guadalupe Martínez y otras. Por las organización de Mujeres asistieron Morena Herrera, Isabel Ramírez, Isabel Ascencio, Angélica Batres y otras. Ahí empecé a despertar con más fuerza en mis inquietudes feministas. Ellas nos reclamaron que en los Acuerdos de Paz no hubiera ni una coma para las mujeres. Que en el FMLN no había muchas mujeres en la dirección. Que la violencia intrafamiliar iba a continuar a pesar de los acuerdos. Que la agenda de las mujeres no estaba registrada en la agenda de la izquierda. Que la paternidad irresponsable y la violencia de género también eran «patrimonio» de los hombres de izquierda. Para nosotras fue un golpe, pues no habíamos reflexionado crudamente sobre esta situación, además fue el único encuentro en que nadie nos felicitó, todo era reclamo. (Peña, 2009: 208)

Reconocerte con otras mujeres puede ser un acto de solidaridad esencialista, pues no existe tal cosa como “La Mujer”, pero también producto del desarrollo de una

Y en el pasado las mujeres pudieron/decidieron/quisieron ser guerrilleras

identidad empática que se construye guiada por las inquietudes concretas que pueden compartirse. El espacio guerrillero las llevo a confluir y dimitir con respecto a esa identidad genérica, evitando que podamos aglomerarlas como conjunto total, pues sin duda hubo desencuentros, pero a su vez permitiéndonos admitir la conformación de pequeñas resistencias que sin saberlo constituirían, aunque desestructurado, un empuje.

Lo que desde sus cuerpos de mujeres pudieron compartir termina por momentos reafirmando ciertas tendencias culturales que se consideran innatas y que nos pueden jugar en contra, como la figura de víctima máxima, o el sentido de sacrificio; mientras que a la par declaraban guerra a las reglas impuestas para ellas. Sin duda ayudándonos a comprender el largo camino incompleto que ellas comenzaron.

Capítulo 3.
Cerrando el círculo ¿Vestigios de una feminización?

Si no puedo bailar, tu revolución no me interesa

Emma Goldman

*Tengo a casi todo el mundo en contra mía.
Los hombres porque pido la emancipación de la mujer,
los propietarios porque pido la emancipación de los asalariados.*

Flora Tristán

Esas vidas de mujeres guerrilleras a las que me he podido acercar han dejado la estela de su fuerza, reflejando el ritmo tendencial de los caminos que les serían posibles tomar. Atravesaron y se vieron atravesadas por cambios históricos, caminando en paralelo con una guerra revolucionaria en la que pusieron su voluntad buscando la transformación del estado de las cosas; pero también por procesos estructurales mucho menos evidentes por estar desnormalizada su crítica, y normalizada su reproducción.

La idea de múltiples subjetividades entrelazadas en los sujetos sociales se afirmó encontrándonos con mujeres-hijas-rurales/urbanas-militantes-guerrilleras-madres-compañeras afectivas; conducidas sí por el hilo de su lugar en el sistema sexo-género aunque ello no implicara un impacto homogéneo. Al conocerlas de cerca contando la historia de su vida revolucionaria se hace la aproximación para colocar en el centro del análisis la idea de la feminización. Ya se ha explicado en la introducción que si bien su uso alude a un sentido cuantitativo que hace tácita la afirmación de un proceso siendo *feminizado*, aquí se busca que la categoría refleje un sentido más cualitativo, que haga referencia a qué tanto su inclusión pudo influir en la reflexión colectiva del sistema sexo-género, y sobre todo cómo –si se pudo– se reflejó. Aunque el tí-

tulo de esta sección es una interrogante retórica, no por eso se concibe una respuesta cerrada y finalizada en su argumentación.

Este apartado está guiado por dos nociones, no aisladas, que complejizan las esferas de la cotidianidad de las mujeres guerrilleras. Por una parte lo tangible de la práctica vivida; y por la otra lo pensado, lo esperado de acuerdo a los preceptos ideológicos construidos –ambas interceptadas por el *stock* de posibilidades que el contexto proveía. En el desfase de su entrecruce se generará un desencuentro entre la realidad vivida y la realidad pensada desde el cual emergen tensiones irresueltas, reminiscencias de aquella dicotomía moderna de teoría-práctica.

INDICIOS FEMINISTAS Y CUESTIONES DE GÉNERO

A través de historiar a las guerrillas guatemaltecas y salvadoreñas, anclándolas a estructuras más amplias, se ha intentado retar la dinámica de lo que conocíamos de ellas dejando rastros de la historia de mujeres en el amplio mundo latinoamericano. Al conocer los formatos de su participación lo preconcebido debió pasar por un quiebre y la necesidad de ir rompiendo algunos moldes.

Aunque nos incorporamos sin tener consciencia de género, el haber violentado patrones tradicionales, haber dejado nuestra familia, haber roto con modelos culturales como el de la mujer débil, hizo que fuéramos dándonos cuenta de la subordinación de género. Fuimos dándonos cuenta de que el tal revolucionario, el “hombre nuevo” nos discriminaba y nos acosaba sexualmente [...] (Murguialday, 1996b: 72)

Una primera afirmación tajante y directa que resume la problemática enfrentada recordándonos cómo el recorrer de este camino ha sido con contradicciones constantes, en el que el esfuerzo hubo de ser leer más allá de lo que parece lógico, teniendo en cuenta las limitaciones del contexto.

Sin duda la sola idea de mujeres como participantes activas en el espacio de la guerra –revolucionaria en este caso– socavó preceptos idealizantes. La memoria tradicional las colocaba a ellas sobre todo como botín, enfermeras o cocineras despolitizadas; representadas a través de la patria como el símbolo del motivo de la guerra. Es decir los hombres se lanzaban a pelear porque eran los únicos capaces de defender a los grupos indefensos, entre los que estaban los ancianos, los niños, los enfermos y las mujeres. Y aunque las guerrilleras también ocuparon lugares comunes hemos dicho, porque se percibe en los testimonios, que en ellas hay una convicción diferenciada dotada de voluntad total para con un proyecto político que requirió su compromiso incondicional si algún día querían verle triunfar; aunque a su vez “[...] reforzaron la imaginación de que las mujeres son idóneas para las tareas que siempre han desempeñado y propiciaron la utilización intensiva de las cualidades “femeninas” (sacrificio, abnegación, minuciosidad, etcétera) [...]” (Olivera, 2002: 89). Fue un arma de doble filo como se ha hecho claro.

El empuje revolucionario que se presentó desde el capítulo primero, aludió sobre todo a las estructuras económicas, con lo que forjó una versión resumida de “nuevos” sujetos sociales –hombres y mujeres. Desde la Cuba revolucionaria se idealizaría el papel de la “mujer nueva” que acompañaría a ese “hombre nuevo” enunciado por

Ernesto Guevara (aunque las centroamericanas se diferenciarían de aquellas primeras “guerrilleras cubanas”). Puede decirse que se desarrolló primero el ideal del “hombre nuevo”, y que obviamente fue hecho en clave masculina, estableciendo gran parte de sus bases en la idealización del sacrificio, recogiendo en cierta forma los dotes que históricamente se han colocado en la figura de mujer, “En particular en el caso de las guerras revolucionarias, el hombre de la mística revolucionaria es una mujer (en sentido simbólico), y la mujer combatiente un hombre en cuanto a la adopción del modelo universal, o sea masculino, del ser combatiente revolucionario.” (Rayas, 2009: 119). El “hombre nuevo” era un sujeto abnegado que descentralizaba su prioridad como individuo; sus preocupaciones y aspiraciones se encontraban fuera de él. Estaba consciente y aceptaba que estos actos no lo llevarían a una recompensa individual sino al cumplimiento de una tarea que beneficiaría a unos otros. Era un individuo entregado para el cual convertirse en la vanguardia que guiaría significaba el primer paso, seguido por la diseminación del ideal desinteresado de las recompensas materiales y entregado a la causa colectiva.

Por su parte la “mujer nueva” no ha sido formulada tal cual teóricamente en algún texto, pero recogiendo nociones de uno de los primeros teóricos, base del tronco ideológico centroamericano, puedo hacer algunas deducciones: “En todos los otros ordenes de la organización civil, la mujer presta su concurso y puede reemplazar al hombre y lo debe hacer hasta en el caso de que falten brazos para portar armas, aunque esto es un accidente rarísimo en la vida guerrillera.” (Guevara, 2008 [1960]: 114). Reemplazo o compañía, son reminiscencias de un naturalismo biológico que además

ayuda a comprender el por qué de la escasez de guerrilleras cubanas, en los términos que veríamos después en las centroamericanas que han representado sin duda un nuevo momento en donde su participación sería ampliada a otros dominios seguidamente –en términos subjetivos– por su convicción, aunque influida por perspectivas estratégicas de los poderes centrales del grupo al que pertenecían. Esa “mujer nueva” en potencia (en todas las extensiones geográficas) estaría imbuida por el mismo sentido de sacrificio y abnegación que el del hombre, con la diferencia de que al colectivo de mujeres se le había inculcado culturalmente este sentimiento desde siempre (es central para el proyecto patriarcal), dado lo cual solo cambiaría para el momento el direccionamiento hacia la entrega total a la revolución. Contradicciones que no son extrañas puesto que esta construcción de “nuevos” sujetos sociales no partió de un lugar distinto, aunque apuntó a algo distinto. Ambas partes –hombre-mujer– provendrían de esos extremos opuestos dentro del sistema sexo-género, en donde para ellas no era novedosa la idea del sacrificio o la entrega a otro, su educación en gran parte se basaba en estos principios y cuando llegara el momento su objetivo sería servir y colocar a su familia como prioridad ante ella.

Sería el preámbulo para el choque entre aquello que lo revolucionario quería arrebatarse a lo tradicional; el fruto de la herencia del lugar del que todos y todas provenían. La tensión entre lo posible, lo deseable, lo imaginable, y lo eficaz.

La “mujer nueva” debía colocar al proyecto revolucionario como prioridad en su vida, haciendo a un lado sus “deberes familiares”. Esa sería la consigna que contrastaría al introducirse la maternidad, cuando el colocar como prioridad los de-

beres revolucionarios las llevaría también a reclamos por el abandono de los hijos, “La guerra destruye la lógica de la maternidad porque genera el descuido total de los niños: las madres tenemos que cuidar la revolución y no debe importarnos si los hijos comieron o no, si quedaron a saber con quien o botados, si te los desaparecieron.” (Murguialday, 1996b: 100).

Tema de por sí complejo al ser sin duda de los espacios más normatizados por excelencia para las mujeres. La serie de reglas y expectativas que deben cumplir, se relacionan directamente con un sentimiento generalizado de que ser mujer es casi sinónimo de ser madre, y ha quedado claro en el capítulo dos que incluso para las guerrilleras las expectativas al respecto sólo aumentarían.

En cada mujer pueden estar presente una o varias motivaciones consciente e inconscientes, todas ellas fomentadas por una cultura que, apenas recientemente, permite la posibilidad de decidir cuántos y en qué momento se quieren tener los hijos e hijas [...]. Cultura que sanciona moralmente a las mujeres que no pueden o no quieren ser madres pero que, sin embargo, delega en todas las tareas del cuidado vital de otras personas.

Coincidimos con Marcela Lagarde (1994) cuando señala que la maternidad rebasa el marco de la reproducción para extenderse al campo de los cuidados. En ese sentido, dice, la sociedad ha maternalizado a todas las mujeres para no tener que cargar con el costo del cuidado de las personas que necesitan la atención de otras para sobrevivir (criaturas, enfermos/as, ancianos/as) [...] se les exige a las mujeres que cumplan -y lo hagan feliz y exitosamente- con el cuidado de todos y en todo momento. (Ibáñez, Murguialday, Vázquez, 1996: 89)

Esa naturalidad del sentido de la maternidad como la conocemos ahora, innata al amor maternal femenino elude el hecho de que “[...] el amor maternal es sólo un sentimiento, y como tal esencialmente contingente, aunque sea una conclusión cruel.” (Badinter, 1991: 205)”. El sentido que ha tomado es rastreable en cómo se ha construido su discurso a lo largo de la historia, pudiéndonos preguntar ¿La maternidad como la conocemos es la regla natural? ¿Es históricamente uniforme? Hay dos posibles respuestas desde el espectro más conservador: una reproduce su manifestación como continuidad histórica inmutable, negando todo cambio histórico; la otra aludiendo a un proceso evolutivo lineal, como si la forma que ha tomado la maternidad –y con ella los sistemas de parentesco, de herencia, la economía familiar, la organización social, etc– ascendieran hacia aquel lugar idóneo de perfecto engranaje social. Ambas solo sirviendo para “entender” la realidad sin pretender ser crítica de ella, mucho menos apuntar a una transformación. En contraste algunos estudios clásicos sobre el tema elaborados desde el feminismo (Badinter, 1991), apelan a que la carga actual de la maternidad no es más que una construcción cultural que ha caminado en paralelo con la configuración económica del capitalismo, orientada a recluir a las mujeres en el espacio de lo doméstico-privado (en el trabajo de reproducción siguiendo a Silvia Federici), configurando desde ahí la reproducción de la mano de obra. El trasfondo de la discusión al respecto tiene como antecedente el texto de Engels *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884), que con su elaborada recopilación de la investigación antropológica pondría en tela de juicio preceptos –incluso actuales– que habían sido comprendidos como producto del progreso “natural”, caracteri-

zados en su análisis como aquello que la familia moderna le había aportado al capitalismo.

La mujer sería el centro de esa nueva organización familiar, siendo subordinada a un espacio devaluado, “Con la industrialización se produjo la separación entre el hogar y el lugar de trabajo, estableciéndose así una frontera más visible entre los ámbitos público y el privado; este último fue destinado para la mujer y para la nueva concepción de familia” (Saletti, 2008: 175). Contemporánea a nuestro tiempo, ha abrevado a la discusión el análisis de Silvia Federici (2010) acerca de cómo el trabajo de las mujeres en la crianza formó históricamente parte de la *acumulación primitiva* que Marx caracteriza como constituyente del capitalismo; ampliando su importancia para trascender las fronteras de la opresión de la mujer y permitiéndonos explicar su correspondencia con el desarrollo capitalista.

Al adoptar la forma monogámica patriarcal se acentuó una aculturación que hizo estático un proceso histórico, naturalizando la maternidad desde esa concepción de organización familiar; presentándola como un proceso terminado y perpetuante en sí mismo. Esta maternidad requeriría de un disciplinamiento que no haría diferenciación entre la procreación y la crianza, conteniéndolas como totalidades inseparables, haciendo de la crianza también labor femenina. Pero ese disciplinamiento no lo sería así para todas –en contraste con la idea de Saletti (2008) que en referencia a la cita anterior parece hacer alusión a un grupo específico de ellas– puesto que las mujeres del mundo subalterno, que han sido mayormente pobres, solo muy excepcionalmente podrían haber estado encargadas exclusivamente de las labores de la

casa –era común que tanto ellas como sus hijos participaran en las actividades económicas–; por lo que de principio el discurso sería elaborado desde/para las élites, aunque con el tiempo lograría imponerse, si no como práctica homogénea, si como estándar simbólico normatizado de lo esperado, desencadenando una presión social por cumplir con la maternidad absorbente –centrada en “el reino del niño” siguiendo a Elizabeth Badinter (1991)– muy difícil de cumplir para quienes tenían una economía familiar precaria.

Extendiendo este orden estructural a la situación de las guerrilleras, la “elección” por la maternidad traería también para ellas toda la carga cultural del trabajo de procreación-crianza. Primero el “innato” amor, seguido del agudo sentimiento de culpabilidad por no poder cumplir como debían con su papel de madres –nunca arrepintiéndose de haber decidido serlo. Era inaudito que estuvieran dispuestas a abandonarlos, como lo es ahora reconocer públicamente el cansancio o hartazgo de la crianza; tan difícil de entender cuando se asume que naturalmente las mujeres-madres quieren a toda costa a sus hijos cerca (de si esto era del todo cierto para la totalidad de las guerrilleras, o si alguna verdaderamente concebía a su hijo como carga sería muy difícil de saber, la vergüenza o la actividad inconsciente lo hacen imposible). Quedando claro, como se dejó asentado en el capítulo dos, que ellas vivirían una maternidad a través de la cual –aún sin hijos–, repetirían muchos de sus sentidos normativizados culturalmente; por lo que siguiendo lo que dictaban las normas sociales al momento de relegar la maternidad se le daría a una otra mujer, a veces la abuela, hermana o amiga, y en ningún caso se menciona la participación central masculina.

Esa dimensión que provee el papel de las mujeres en la crianza-maternidad, permite comprender adicionalmente cómo la observación de la paternidad guerrillera coincide con lo esperado/producido para los hombres. El padre simbólico –presente más en imaginario de una figura dominante–, que aunque no está ausente tiene una participación en la crianza marginal, además de que a él no se le definiría primordialmente a través de esta práctica:

Nuestra sociedad define a las mujeres en primer lugar como esposas y madres, es decir de una manera particularizada con otro; define a los hombres, en cambio, primariamente en términos universalizados y ocupacionales [...] ser madre y esposa se centra de modo creciente en funciones emocionales y psicológicas: el trabajo de las mujeres es “trabajo emocional”. (Chodorow, 1984: 264)

Reflexión que dilucida el por qué la paternidad esta fuera cuando los hombres guerrilleros nos presentan su reconstrucción de la memoria. Pues aunque en la mayoría de los casos, ni padre ni madre estuvieron presentes, parece que solo para la madre implicó un trauma.

La revolución como sentimiento móvil no fue suficiente para hacer a estas mujeres y hombres trascender este espacio. Por lo que su importancia no puede ser ahora pasada por alto, coincidiendo con Chodorow cuando dice que, “El ejercicio maternal de las mujeres es el punto central de la división sexual del trabajo. El rol maternal tiene efectos profundos en la vida de las mujeres, en la ideología sobre las mujeres, en la reproducción de la masculinidad y de la desigualdad sexual [...]” (1984: 26). La pro-

creación y reproducción biológica está lejos de ser sólo un acto natural, y las guerrilleras lo vivieron en plenitud reviviendo en sus cuerpos y mentes los símbolos culturales de una maternidad sin hijos.

Pero la importancia de la maternidad variaría dependiendo del momento de la guerra, y de las percepciones de la dirección. Algunos testimonios nos dicen que había una prohibición, y/o que decidir serlo implicó ser relegada. Idea que podría estar fundamentada en la noción de que la maternidad resta concentración a la mujer, dado lo cual había un riesgo latente de que la nueva madre se decidiera por alejarse del frente; lo que implicaría perder una combatiente en la que se habían invertido recursos para su formación y para la cual se tendría que buscar sustituta. Ante esto tal vez se decidía en ciertos círculos, podríamos pensar que sobre todo en los que se invertía más y en donde eran más escasas y necesarias (por ejemplo las radistas que manejaban una serie de códigos y de las cuales dependía, en la traducción del mensaje, las instrucciones para un ataque o los resultados de un enfrentamiento), infundir un halo de prohibición o estigmatización (ninguna de las dos intenciones reproducida para el colectivo de hombres). Digo en ciertos círculos porque también es verdad que en otros prevalecía la sensación de que las mujeres guardaban en sus vientres el poder de la perpetuación de la revolución, como lo deja claro este canto popular “[...] si pariendo sembramos los caminos, si pariendo poblamos las naciones, sembramos coraje en nuestro hijos [...] si en la lucha desigual nos acontece que nos matan un hijo guerrillero, recuerde el opresor que nuestros vientres serán de militantes sembrero [...]” (“Adelante mujeres de la tierra”, José de Molina). Era la idea de la mujer que paría

la revolución a través de entregar a ella todos los hijos necesarios; una visión prevalente sobre todo en las mujeres de las bases solidarias, y sobre la cual vale la pena preguntarse si se consideraba igual de útil para la revolución parir a un hombre que a una mujer. Exponer la problematización excede los límites de este texto pero queda como provocación para análisis.

Aún con esto hubo ciertas inversiones en las valorizaciones por las que se juzgaba a las mujeres durante su vida guerrillera. Por una parte mientras en la vida cotidiana –fuera de la guerra– recibían cierto aprecio social –opresor es verdad– a razón de su maternidad, en el contexto de la lucha revolucionaria se les requería para más que eso. No obstante aunque sí había una presión cultural, más exterior tal vez, innegable por ser madres, me parece que tenían mejores oportunidades ahí de no ser de-meritadas si decidían esperar o renunciar a esa posibilidad.

Como esto era verdad también lo sería que se esperaba y valoraba que fueran sexualmente activas (aunque no en un sentido de liberación porque más bien se les pedía una disposición discreta) así como que se unieran/enamoraran de un solo hombre por vez. Lo que hace resaltar que la sexualidad alrededor del campo de influencia del cuerpo femenino inscrito en el ser mujer, guardó un peso primordial a la hora de concebir que formas posibles tenía de relación en el espacio guerrillero. Un ejemplo de ello es visible en la importancia de las actividades militares, donde la “intromisión” de las mujeres fue considerada como un agente debilitador que podría aumentar la flexibilización de las relaciones, “Las mujeres son *cuasi*-hombres, hombres incompletos, y la sexualidad continua siendo una zona de peligro que mina “la moral

de la tropa”, por lo que, en esto, hay que cuidarlos a todos pero particularmente a ellas.” (Murguialday, 1996b: 15). Al ser comprendida así, la lectura de su sexualidad en el espacio militar que era la guerrilla, sin importar la tarea que se ejecutara, pasó por admitir la no neutralidad del nuevo sujeto sexuado que se adhería a las filas; como nos dice Lucía Rayas “Los cuerpos-sujeto de estas mujeres rompieron con la expectativa tradicional de la vida en pareja, [...] al tener varias parejas sexuales, sin [que] por ello cambiara el modelo de mujer que tenían.” (2009: 88). Quedando claro cómo por una parte pudieron acceder a la posibilidad ideal de “liberación sexual”, lo que teóricamente les permitiría elegir como llevarla y con quien, mientras haciendo su transformación parcial, serían comprendidas como objetos de deseos y desequilibrio.

[...] no se trataba de que las mujeres se manejaran con autonomía sexual; sus favores eran requeridos por los compañeros y ellas se veían obligadas a ceder. Por ello, y para evitar violaciones, frecuentemente las mujeres preferían encontrar parejas, tan estables como fuera posible, de manera que se estableciera una especie de “contrato de pertenencia a un hombre” para que otros no las consideraran disponibles (Ibídem: 87)

El respaldo de esta noción social esta intrincada en las bases del sistema sexo-género y la doble moral que lo ha acompañado,

Coincidimos con el señalamiento de Gayle Rubin sobre el profundo arraigo del esencialismo sexual en la cultura popular de las sociedades occidentales. Es frecuente que los hombres y mujeres de nuestro alrededor afirmen con absoluta convicción que la sexualidad masculina es incontrolable por naturaleza en tanto la femenina es menos

manifiesta por la misma causa. (Ibáñez, Murguialday & Vázquez, 1996: 85)

No es entonces extraño que fuera una conclusión válida para quienes desde la guerrilla revolucionaria trataban de forjar los eslabones de una sociedad temporal para el contexto de la guerra. Sin olvidar que los preceptos de las formas que debe tomar la sexualidad han guardado relación con la conformación social de la familia y la maternidad moderna, que anclada en la monogamia femenina ha exigido fidelidad para ellas mientras se considera innecesaria para los varones. En estos términos había, como en la mayoría de las relaciones actuales, una monogamia en el discurso y una poligamia –poliandria en menor medida– en la práctica.

Esta tensión en las relaciones erótico-afectiva no pudo desarrollarse ampliamente en el capítulo anterior, sobre todo porque la mayoría de las mujeres que trabajé se establecieron en algún formato de matrimonio, sin embargo es un asunto recurrente que acompaña historiográficamente al análisis del tema. Muestra de ello es que si bien hay solo dos ejemplos de relatos de un conflicto al respecto de una violación⁵⁵ el problema sería mucho más grande, como lo prueba el hecho de que en el FMLN salvadoreño por una época sería castigado con pena de muerte. Medida que en lugar de incentivar la denuncia, más bien terminó convirtiéndose en carga moral por la muerte de algún “compañero” para aquellas mujeres que se atrevían a hacerlo, haciendo el proceso mucho más traumático; a más de que siempre existía la posibilidad de ser ellas “castigadas” por haber provocado el hecho. El siguiente fragmento ejem-

55 Véase esta tesis pp. 214-215

plifica un intento de toma de acción al respecto del acoso, desencadenado por un grupo de mujeres que había sido organizado dentro del Frente para impulsar la participación femenina, sin esperar que de ese sub-grupo emergieran crítica o reclamos:

En el frente reflexionamos. Había un jefe que usaba su grado militar para seducir muchachas. Y descubrimos que a todas las mujeres[...] Decidimos ir a los jefes del frente y denunciarlo públicamente y era una cosa... Aquello fue una bomba en el frente porque ellos habían proporcionado los movimientos de mujeres con otros fines (Entrevista, junio 27, 1996) [Yamilet] (Kampwirth, 2007: 95)

Se trataba en contra de lo preconcebido, de que “[...] la presencia femenina en la guerrilla significó tanto la entrada de una compañera como la de un cuerpo sexuado. Un cuerpo al cual era posible y deseable acceder, pero al que le era exigido un comportamiento recatado para no “relajar” la disciplina militar.” (Murguialday, 1996b: 27). El fenómeno de la violación, aunque en este caso se trate exclusivamente de mujeres, no está relacionado directamente con la debilidad física, es decir en términos generales las violaciones o los acosos tienen una dinámica de dominación social; la sensación de debilidad que es impregnada a las mujeres en su crianza más tradicional las coloca en un estado de vulnerabilidad mental en donde aunque pareciera sencillo negarse a establecer una relación erótica, es en realidad imposible cuando los símbolos culturales tienden a señalar la incapacidad de defensa de las mujeres frente a cualquier hombre o figura de poder. Por lo tanto las mujeres guerrilleras que se involucraron en este ambiente político-militar, aunque revolucionario, se enfrentarían

empoderadas al enemigo máximo –el Estado, las FFAA– pero tal vez limitadas en sus herramientas para hacer lo mismo al interior de su grupo de militancia.

[...] creo que en la izquierda persisten diferentes valoraciones sobre las agresiones sexuales: cuando las realiza el enemigo, como parte del terror de Estado, nos indignan y los criticamos con muchísima fuerza pero cuando las practican los hombres revolucionarios no hay suficiente convicción todavía sobre la sanción moral y política que merecen. (Ibídem: 89)

El peso que tendría su cuerpo sexuado de mujer, que tratarían de hacer pasar desapercibido –para ser equiparadas con justicia, para “igualarse”–, realmente terminó convirtiéndose en el núcleo que determinó lo esperado por/para ellas. El mismo principio rigió cuando se afrontó el tema de la repartición de tareas que analizamos en el capítulo anterior, puntualizando las más constantes en referencia a lo consultado, y coincidiendo con otros análisis al respecto (Falquet, 2002); haciendo con facilidad emerger ciertas tendencias cuestionables acerca del qué y del cómo se llegó a la conclusión de en qué podían o no participar las mujeres. Sin duda el tema, como en realidad el resto de los aspectos que hemos podido ahondar, trascienden las barreras de la guerra revolucionaria para encontrar sus raíces en esas estructuras sociales arraigadas y configuradas aún sin total consciencia.

Para tal caso valdría la pena, para aumentar nuestro entendimiento del tema, acudir al texto de Jules Falquet (2002) en donde a través de una cita de Kergoat se nos presenta una conceptualización que desde el feminismo trata de explicar lo que se denomina división sexual del trabajo:

Guerrilleras en Guatemala y El Salvador, hacia una feminización de la lucha social.

“[...]la forma de división del trabajo social que se desprende de las relaciones sociales de sexo, históricamente y socialmente modulada. Tiene como característica la asignación prioritaria de los hombres a la esfera productiva y de las mujeres a la esfera reproductiva así como, simultáneamente, la capacitación por parte de los hombres de las funciones con fuerte valor social agregado (políticas, religiosas, militares, etc.)” (Kergoat, 2000). También hay que recordar que la división sexual del trabajo “tiene dos principios organizadores: el principio de separación (hay trabajos de hombres y trabajos de mujeres) y el principio jerárquico (un trabajo de hombre “vale” más que un trabajo de mujer)”. (ídem.) (Citado en Falquet, 2002)

Describe en su explicación gran parte de la vida cotidiana, pero además evidencia ciertas similitudes a la hora de mirar el proceso dentro de las guerrillas. Como primer punto es claro que el estado de su cuerpo-sexo las determinaría:

Menoscabadas sus aptitudes físicas de resistencia y fuerza, tendrían que ganarse el respeto y valoración en ese campo a partir de un sobre-esfuerzo. La división de tareas al interior del ejército guerrillero asignaría las de menos notoriedad a las mujeres (sanitaria, radistas, cocineras) y pese a la propaganda realizada para resaltar la importancia de estas tareas, no llegaron a tener la misma consideración que la labor propiamente militar del combatiente. (Murguialday, 1996b: 22)

Al menos en los términos de quienes han podido contar su historia, es evidente que se desempeñaron mayormente en estos trabajos. Por lo que de aquí surgen varios otros temas, el primero de los cuales sería la esencialización del desarrollo de habilidades, “[...] se les dieron tareas en función de sus “aptitudes” pero no se les reconoció los esfuerzos necesarios para adquirir estas aptitudes, menos aún se cuestionó el ori-

gen patriarcal de la repartición de estas aptitudes entre hombres y mujeres.” (Falquet, 2002). Noción que esta presente en los testimonios, generando la sensación de que lo mejor para el grupo era que cada quien se avocara a lo que mejor sabía hacer; herencia o reminiscencia del *guevarismo* que afirmaba:

La cocinera puede mejorar mucho la alimentación y, además de esto, es más fácil mantenerla en su tarea doméstica, pues uno de los problemas que se confrontan en las guerrillas es que todos los trabajos de índole civil son despreciados por los mismos que los hacen, y tratan siempre de abandonar esas tareas e ingresar en las fuerzas activamente combatientes. (Guevara, 2008: 113)

Se refería a su idea de que si una mujer cocinaba mejor que un hombre, por qué hacer que no cocine ella cuando “puede mejorar mucho la alimentación”. Lo que ilustra esta idea: los lugares “idóneos” de cada ser genérico en el mundo, ya ha sido argumentado someramente en el capítulo dos, admitiendo por una parte que hubo una división sexual del trabajo y que fue a través de ella, no absolutamente, que las mujeres se insertaron al mundo de la guerrilla –como lo han hecho al mundo en general–, pero concediendo que de igual forma, aún con su condición naciente de opresora, resultó un impulso para hacerles sentir/vivir un autoreforzamiento con su nueva noción de agentes políticos influyendo en su realidad social.

Luego siguiendo la última cita de Guevara, que termina denunciando el rechazo a los “trabajos de índole civil”, se abre el camino hacia un segundo tema acerca de la visión que se llegó a tener respecto de ciertas tareas. Y es que en las últimas dos citas se lee la sobrevalorización de la figura del combatiente –en términos estrictamen-

te militares, y contrarios a como se ha manejado aquí-, causando incluso que Ernesto Guevara haga un cuestionamiento a este hecho; sin embargo la crítica carece de profundidad al tratar el tema como consecuencia exclusiva de la guerra y no como un problema estructural que se repite incluso bajo la realidad “pacífica”. Por lo cual cabe preguntarse si el conflicto reside en qué actividades se le asignan a cada quien; en la forma a través de la cual socialmente se les construye valorización; o en el modo en que estos dos aspectos se relacionan en nuestro contexto específico. Tal vez de primer momento, coyunturalmente, y al estar inscritas en un discurso patriarcal, poco explícito pero real, el hecho de ser “relegadas” a esas tareas es digno de mención y denuncia, pero a largo plazo, teniendo en mira nuevas perspectivas, se podría comenzar a plantear revalorizar y redimensionar el sentido de “relegación” intentando que no funja como un castigo, quitándole de esta forma la base por la que han sido consideradas estas actividades como de “bajo prestigio” social.

Pero, como evidencia de su arraigo como proceso cultural, incluso cuando emerge el análisis y/o cuestionamiento del por qué las cosas se constituyeron de esa forma, los resultados pueden reproducir una postura conservadora. Dejando claro que a pesar incluso del tiempo, hay concepciones demasiado interiorizadas siquiera para hacerlas conscientes.

La utilización a fondo de destrezas, habilidades y cualidades genéricas llevó a las mujeres a cumplir tareas claves para mantener la guerra, pero no les significó adentrarse en las estructuras del poder guerrillero. Esas estructuras seguían reservadas para los cuadros históricos, los de mayor capacidad política, los que se destacaban en lo militar, casualmente la

mayoría de ellos del sexo masculino. Sin embargo, más de la mitad de las entrevistadas no cuestionan que las mujeres hayan tenido menos cargos de dirección y más dificultad para llegar a ellos, dan por descontado que los hombres estaban mejor preparados para desempeñarse al frente de la guerra. (Ibáñez, Murguialday & Ibáñez, 1996: 139)

La autoapreciación de sus capacidades estuvo acorde con su naturalización; era claro que no había herramientas para cuestionar profundamente los lugares que podían ocupar, o para resignificarlos, por lo que pareció mejor idea resignarse a ellos. “A las mujeres no les gustaba ser combatientes, decían que era muy arriesgado, sólo les gustaba andar de sanitarias, de radistas o de cocineras [...] Ser combatiente era todo [...] lo demás era poca cosa, lo aprendí porque había que hacerlo pero no porque me gustara.” [Josefina] (Ibáñez & Vázquez, 1997: 69). La muestra de un sentir no total, –hay mujeres que allegadas al feminismo han podido ser críticas en otro sentido– que refleja la preeminencia de lo militar, nos confronta con una postura que desde la posguerra que dejó los tratados de paz, abona a una conclusión positiva al respecto de como se dieron las cosas en la división de tareas:

Durante el conflicto armado, las mujeres desempeñaron una diversidad de tareas no contempladas en la división genérica del trabajo en tiempos normales. Las guerrilleras y comandos urbanos realizaron por primera vez en sus vidas, actividades militares de diverso tipo y magnitud. Las sanitarias, radistas y brigadistas de los frentes guerrilleros, aunque realizaban tareas con un alto contenido de especialización genérica –es decir basadas en cualidades, habilidades y destrezas que son patrimonio cultural de las mujeres–, orientaban su actuación hacia un objetivo político general que involucraba más intereses que los estrictamente

personales o familiares. Incluso aquellas que contribuyeron al sostenimiento de la guerra con actividades típicamente femeninas como la elaboración de comida o la búsqueda de abastecimiento, lo hicieron en el marco de un proyecto colectivo que trascendía el espacio privado familiar. (Ibáñez, Murguialday & Vázquez, 1996: 243)

Como se ha dicho ya antes, nunca ha sido la intención de este texto negar lo confrontativas que fueron al colocarse el apellido de guerrilleras, y que la politización de sus labores jugó una importancia crucial para denominarlas como atípicas dentro de lo esperado en una guerra. Por lo que se puede entender que esas palabras concluyentes tienen la intención de comprender el fenómeno total en el que se vieron involucradas para afirmar que fueron parte de un proyecto político que proyectaría una posible transformación individual respecto de cómo se terminarían entendiendo las mujeres guerrilleras en la posguerra. Además de enaltecer sus lugares de trabajo. Tomando esto en consideración, lo que se deja fuera es el hecho de que se trasladaron prácticas conservadoras y patriarcales en un formato que si bien descentró a lo familiar, centró a lo revolucionario y todos los sujetos que con él venía, dejando en ellas mayormente las labores para su reproducción sin, como dice Falquet (2002), haber construido una base en donde no sintieran que su participación en esas tareas se constituía por su incapacidad biológica de hacer las verdaderamente valiosas. Es ahí donde deberíamos de comenzar los nuevos caminos.

El impacto de la división sexual del trabajo reafirma la necesidad de reconocer que quienes integraron las guerrillas provenían de una sociedad con un contexto muy preciso; por lo que al ubicarlas en que su objetivo central sería ganar una guerra,

hacer afirmaciones absolutas parece casi imposible. Es por eso que llegado el momento en que las mujeres serían elegidas para ciertas tareas en donde aparecían como las únicas ideales porque podrían “sacar ventaja” de ciertos aspectos femeninos de los que le había dotado la ideología social, parece lógico preguntar ¿Cómo pensar que una mujer no sería más “apta” para un trabajo de espionaje cuando dentro de sus herramientas, proveídas por el patriarcado, se encontraban una suerte de sensualidad inherente? ¿Cómo creer que esas actividades serían denigrantes cuando parece que serán cruciales para el objetivo máximo que es el triunfo de la guerra? Lógicamente, y desde cierta ética política, sería difícil concebir estos principios como aceptables pues implican respaldar un *eficientismo* y *biologicismo* absoluto que poco podría aportar a la construcción de un discurso crítico para el tema de la lucha de las mujeres, pero aún al respecto de este tema emergen visiones que nos contrastan:

Durante ese tiempo de gran actividad ni ellas ni nadie tuvo tiempo para analizar las consecuencias de utilizar su condición de género subordinada como arma para lograr el cumplimiento de la tarea. Las mujeres, socializadas para no ejercer la asertividad sino para conseguir lo que quieren a partir de subterfugios, engaños y chantajes emocionales, hicieron uso de ese bagaje y lo desarrollaron conscientes de que eso les daba ventaja sobre el enemigo; pero al mismo tiempo esa utilización exalta, confirma y da validez a ese tipo de conducta y, al cabo de doce años de ejercerla estas mujeres están mucho más cercanas que antes al prototipo femenino tradicional, lo defienden porque les ha sido útil para sobrevivir y no sienten necesidad de cuestionarlo. (Ibáñez, Murguialday & Vázquez, 1996: 137-138)

Mostrando como la utilidad de sus “dotes femeninos” sería solo una de las explicitaciones de cómo ellas concibieron vivencias patriarcales, de cómo reprodujeron lo aprendido⁵⁶.

Siguiendo esa línea de pensamiento surge la persistencia de la participación de mujeres dentro de los roles en actividades “pacíficas” –como marchas por los derechos humanos, la búsqueda de desaparecidos, la denuncia de la violencia estatal, etc–, pues deja también serias dudas al por qué de su tendencia femenina, “[...] en las organizaciones de masas las mujeres son consideradas imprescindibles y tienen un peso numérico importante, en tanto que en la vanguardia predomina la figura masculina, en cantidad y puestos de dirección.” (Murguialday, 1996b: 23). Si bien tampoco es necesario posicionarla como una actividad desdeñable, pues colocó a miles de mujeres en las calles respaldando un discurso político, además de enfrentarlas a la violencia estatal, es posible comprenderla desde la óptica que nos ofrece Silvia Soriano:

Estas mujeres organizadas no lo hicieron por iniciativa propia sino por instrucciones de quienes lideraban las organizaciones beligerantes que comenzaron a ver en ellas cualidades “características habituales” que las hacían susceptibles de participar en organizaciones legales, sin ser un blanco fácil de la represión pero que además presentarían el rostro más sensible, al personaje más sufrido de la guerra [...] (2006: 77)

56 Estas ideas aunque fueron extraídas de este fenómeno particular pueden ser extendidas al espacio analítico de los términos en los que se está entendiendo la participación política de la mujer. Es decir, la recuperación de herramientas patriarcales para el beneficio coyuntural son constantes, y su importancia es crucial puesto que hace más complicado ser crítica hacia nuestra propia contribución.

Por lo tanto agrupaciones como la Coordinadora Nacional de Viudas de Guatemala (CONAVIGUA), el Comité de Madres Monseñor Romero (COMADRES), o la Agrupación Internacional de Mujeres contra la Represión (AIMUR), entre otras, de cierta forma están también contenidas por un sentido práctico intrínseco a la aculturación del sistema sexo-género, colocándolas a ellas como sujeto idóneo al resultar las denunciante más legítimas respaldadas por la noción de su condición inherente de madres amorosas desde luego anti-violentas. De nuevo apoyándose en un esencialismo que considera a los sujetos absolutos, con posiciones totales, cuando de hecho nos queda claro que hubo mujeres que estuvieron dispuestas a apoyar con sus vidas los términos violentos de la guerra.

El arquetipo de la mujer pacifista –apoyado incluso por algunas visiones feministas⁵⁷– esta también entrelazado con la idea repetida de la mujer en términos de víctima máxima. Parte de este reconocimiento es lo que las legítima para ser las primeras impulsando hacia los tratados de paz (aunque tampoco sea fuerte su presencia en los acuerdos como es claro en los casos guatemalteco y salvadoreño). La base racional y práctica de esta noción de víctima tiene relación con la serie de tareas impuestas para su vida diaria, exclusivas por su género: la crianza, el cuidado, la reproducción en términos generales, la llamada doble jornada (no siendo la mujer trabajadora una novedad en la América Latina “subdesarrollada”). Y si bien esto es innegable, tampoco se puede desestimar que el formato de la denuncia puede caer y reafirmar

57 Silvia Soriano (2006) desarrolla más este cuestionamiento y nos presenta algunas de las posiciones más comunes en cuanto al desarrollo intelectual y político de la mujer como antítesis de la guerra en términos feministas (pp 35-39)

un naturalismo esencialista que dotaría a las mujeres de una posición de victimización⁵⁸ inmóvil que podría resultar poco práctica para el impulso de un pensamiento crítico respecto a su situación sexo-genérica.

Otra de las tendencias extraíbles de estas experiencias es el entendimiento de la igualdad en términos de lo masculino, que se evidenció en la autoapreciación a la que debían aspirar para ser “respetadas” o reconocidas como miembros élite del grupo guerrillero, “La idea de igualdad de las militantes en un ejército rebelde significaba ser como ellos, en muchos aspectos, no sólo en el castrense. Este fue el primer reto que ellas quisieron ganar, muchas lo lograron, llegaron a ser comandantes, mayores, capitanas [...]” (Soriano, 2006: 9). Se trataba para ellas de la necesidad de demostrar a sus compañeros hombres que no serían un lastre, lo que pasaba por asumir que la fuerza que su cuerpo debía forjar estaba medida por lo masculino, era a través de la cual se había hecho siempre la guerra. Diciéndolo con toda claridad, “La neutralidad de género es así simplemente el estándar masculino porque la masculinidad es el referente tanto de la igualdad como de la diferencia.” (Murguialday, 1996b: 15)

Esta lógica de la igualdad se intrinca con la percepción del avance en términos capitalistas –o modernos–, pues las pautas y los lugares a los cuáles se deseaba acceder llevaban a un ejercicio de competición por ejercer el poder y de alguna forma convertirse así en privilegiada. Por ello tal vez resultara sencillo imaginar que mientras más ascendieran en la escala militar, como se acercaban a lo igual, era posible estar

58 No estoy en desacuerdo con la noción de víctima, me parece que es necesario como primer momento admitirla, pero nunca dejar que se convierta en una razón para la pasividad y sí para la acción reflexiva.

aislada de la discriminación patriarcal: “[...] aunque no estaban a salvo del machismo dentro de las guerrillas, como lo estaban las comandantes femeninas, si tuvieron la oportunidad de desarrollar habilidades y consciencia política, lo cual tal vez no haya estado al alcance de las participantes femeninas de muy bajo nivel.” (Kampwirth, 2007: 31). Pero si pensamos que en realidad el patriarcado esta conformado por una serie de prácticas sociales que en relación dialéctica configuran la estructura sistémica patriarcal, se tendría que entrever que éste atraviesa transversalmente al resto de las estructuras sociales, se colude con los otros sistemas de dominación; haciendo de las mujeres, como figuras corpóreas determinadas, participantes activas desde la más aburguesada hasta el extremo de la proletariada. Sus símbolos, sus herramientas, constituyen a cada ser social por lo que encontrar una salida de ese círculo de dominación no sería producto automático de integrarse a las dinámicas del poder –en este caso los comités centrales, o élites militares, la seguridad de las cúpulas era relativa puesto que incluso ahí ellas eran mujeres– sino de hacer un ejercicio consciente de reconocerse inmersas en esa dominación, acompañado por un proceso constante de desestructuración subjetiva-objetiva.

Retomar la demanda de la “igualdad” desde el colectivo de mujeres fue uno de los primeros frentes de lucha internacional, de las primeras formas que tuvieron las feministas para entablar un diálogo con aquellos que les resultaba injusto. Los resultados de esta lucha están insertos, sobre todo, en la práctica demócrata-liberal de los derechos políticos que han ido ganando de a poco. Sin embargo, la conceptualización de la igualdad, y su demanda, tendrían que ser cuestionadas si ello significa admitir

de *facto* que lo construido hasta el momento es lo justo, haciendo del siguiente paso el involucrarse en las estructuras sociales de poder para de ahí aplicar las gestiones de su mejora. El que éstas guerrilleras concibieran que su participación se regía igualándose a un otro masculino no nos habla sólo de su concepción de mundo en guerra, pues el síndrome del sujeto teóricamente neutral que erige lo político, y a través del cual se determina la igualdad, sigue siendo base para la construcción democrática sin que se le reconozcan aún sus cualidades masculinas dominantes. Así la sensación de deseo por acceder a ese sujeto “neutral”, guarda sentido porque parece que a partir de éste se accederá al poder (sin considerar sus cualidades dominadoras).⁵⁹

La reproducción del patriarcado pasa por todos los sujetos sociales, incluyendo las mujeres. Entonces aún siendo ellas quienes en términos históricos se han visto más afectadas, bajo esa relación de dominación se les ceden ciertos privilegios funcionales para la sociedad neoliberal-capitalista-colonial⁶⁰. Terminar con los vicios de la reproducción de nuestra dominación requiere además de una determinación política, una conciencia clara de que al romper con ese lastre histórico se tendrá que renunciar a esa porción de privilegios. Y eso es ya complicado si no estamos dispuestas

59 Entiendo que para quienes es una idea defendible, es porque efectivamente nos desenvolvemos en una sociedad que nos requiere en esos formatos para poder participar, y que al ser una demanda más cercana de visualizar –pues casi siempre se juega en los términos jurídico-estatales– resulta instantáneamente más concreta. Sin embargo deja fuera los simbolismos básicos que cotidianamente oprimen, negándose a eliminarlas como condición para establecer un mundo de justicia.

60 El patriarcado es un sistema de dominación de larga duración, por lo que las cualidades de su reproducción, el conjunto de privilegios y opresiones, han variado respecto a su relación con esas otras estructuras. Sin embargo la forma neoliberal-capitalista-colonial-patriarcal ha sido una fórmula perpetuante y funcional, aunque no la única.

a reconocer como terminamos ayudando a lacerarnos con su reproducción, y en su lugar nos seguimos narrando como sujetos pasivos victimizantes. “Creo que hubo algunos cambios en algunos roles sexuales y maternales pero no hubo rupturas en la ideología que sustenta el sistema patriarcal [...] siento que hasta ahora no hemos logrado socializar nuestras experiencias para articular todos esos dolores y volverlas fuerzas colectivas.” (Murguialday, 1996b: 101). Ciertamente en los grupos guerrilleros pudo haber una presión interna que desestimaba el enfrentamiento con su propio ser reproductor, pero también es verdad que impulsos externos no hicieron falta. Muestra de ello es que aún en el proceso de reinserción después de pactar la paz anhelada, para ambos casos guatemalteco y salvadoreño, las mujeres en calidad de refugiadas – o colaboradoras–, terminarían confrontándose con un nuevo enemigo que había permanecido silencioso,

En cada proceso de retorno se hablaba de la formación de cooperativas en donde solamente el hombre es socio (y por lo tanto quien tiene acceso al crédito); la lucha surgió de la necesidad de las mujeres a ser incluidas también como socias y por tanto como propietarias de la tierra [...] por la cantidad de mujeres abandonadas por sus esposos y que se quedan sin tierra [...] pues al ser sólo el marido quien cuenta con el derecho a la tierra ella queda totalmente desprotegida [...] (Soriano, 2006: 302)

Para las campesinas colaboradoras del FMLN, las sorpresas desagradables dieron inicio cuando las comisiones zonales del FMLN comenzaron a enlistar a los potenciales beneficiarios del programa de transferencias de tierras: aquéllas cuyos esposos o compañeros de vida estuvieran incluidos en las listas tenían vetado su propio acceso a la propiedad de tierras, por más que hubieran sostenido solas la

producción de las parcelas ocupadas y hubieran alimentado con la misma a las columnas guerrilleras durante años. (Ibáñez, Murguialday & Vázquez, 1996: 216)

La euforia de haber logrado un pacto de paz después de los años de guerra que habían cobrado mucho a todos, las dejaría ahora con un nuevo espacio de lucha, proveniente tal vez de un lugar inesperado. Sería ya no contra el gobierno en el poder, sino contra sus propios compañeros practicando uno de los formatos más antiguos de opresión a la mujer: entregándole el poder de algunos medios de producción al patriarca. En el caso guatemalteco sería en 1996 cuando el reglamento de crédito las incluiría a todas, y en 1998 “[...] se incluyeron sus planteamientos en el proyecto de reforma a la Ley del Fondo de tierras.” (Soriano, 2006: 303). Mientras que para El Salvador, en un análisis del desarrollo en la posguerra por Clara Murguialday (1996) se denotan las denuncias de la inconsistencia y la exclusión, incluso con ellas participando en las discusiones de su omisión.

Por lo tanto en los hechos, la desmovilización y el retorno sería un proceso más complejo, también de lucha. Las complicaciones irían desde algo tan “simple” como combatientes rurales estando demasiado lejos de los centros en los que se negociaría o repartirían los beneficios de los acuerdos, o si esas mujeres se habían quedado sin compañero y la carga familiar estaría en sus hombros. Aunado a esto habría problemas para los comandos urbanos viviendo en clandestinidad, pues generalmente los poderes centrales al mando de la desmovilización negarían que éstos existían, impidiéndoles formar parte de las prebendas de la desmovilización oficializada. Así aun-

que la vida legal les esperaba, el formato para la reinserción civil, mecanizado para la eficacia, dejaría de lado múltiples aspectos, entre esos la imposibilidad de considerar los espacios que emocionalmente se habían tocado –y esto aplicaría para hombres y mujeres– lo que resultaría en una omisión de cómo resolverlos.

Para algunas mujeres con el proceso de paz se disolvía la colectividad haciéndolas volver a los viejos estatutos de la familia. La desmovilización desembocaría, tendencialmente, en un retorno a la normalidad en la posguerra. Y si se sigue la idea de que el retorno a lo tradicional es en realidad una reinterpretación dialéctica entre “[...] antiguos significados [que] se adscriben a elementos nuevos o los recientes valores cambian el significado cultura de las viejas formas [...]” (Fernández, 2000: 20), se puede admitir las implicaciones de que si un rasgo cultural sobrevive será porque encontró aspectos a los cuáles anclarse y porque sus funciones se adaptan a lo nuevo del contexto. Valdría la pena entonces indagar en lo que las sociedades de la posguerra, con sus integrantes ex-militantes mantuvieron para hacer permanecer los dogmas que habían perecido durante la guerra en los grupos guerrilleros, subvertidos.

De esta manera en este espacio de la desmovilización quedarían muestras de algunos vicios que las guerrillas, y sus directivas, no pudieron/quisieron resolver. Lo que es de resaltar dado que muchas de las problemáticas que vivieron las mujeres serían, en realidad, reflejo de tensiones en el desarrollo del proyecto revolucionario. Uno que resulta para mi fundamental es el manejo de las subjetividades individuales y cómo terminarían fundiéndose con una identidad colectiva funcional para el contexto de guerra, que cuando se trataba del enemigo común reflejaría una profunda

solidaridad, “[...] los cuerpos de las personas salvadoreñas que formaban parte de la guerrilla, expresaban no la propiedad sino la afrenta al estado [...] de una militancia cuya finalidad pasaba por encima de los individuos [...]” (Rayas, 2009: 203), pero que al ser establecida desde un órgano jerárquico generaría una nueva dependencia:

Su vínculo partidario le hizo renunciar a sus aspiraciones personales y le generó un sentido de pertenencia difícil de romper afectivamente; cuando se diluye esa sensación de ser parte de un cuerpo cohesionado que resuelve todas sus necesidades, culpa al partido de su mala situación y las secuelas personales que le dejó la guerra, pero aún conserva la esperanza de que sea la fuente que dé satisfacción a sus necesidades individuales y sociales (Fundación 16 de Enero: 29, 30) (Ibáñez, Murguialday & Vázquez, 1996: 97-98)

En contraposición al individualismo capitalista, se crearía un sentido de colectividad que diluiría las subjetividades, o la entretejió con una identidad del Partido que disolvería mucho la capacidad resolutoria o autodidacta del individuo. Es por eso que, como nos dice la última cita, se esperaba que la organización respondiera, creara, construyera, dirigiera y delimitara lo que podían o no ser. Lo discutible, lo criticable, lo que era justo o necesario, se dictaba desde una figura de poder concreta aunque con nociones abstractas de quienes estaban habitando el espacio guerrillero. Pero sería injusto creer que esta inclinación por fundirse en un Partido es exclusiva del comunismo o socialismo, cuando en realidad si tuvo sentido para quienes militaron bajo influencia de estas perspectivas es por lo común políticamente del delegar responsabilidad e iniciativa. Eslabón de la dependencia partidaria en el que se en-

cuentran algunas razones por las que las mujeres guerrilleras se verían “incapacitadas” para generar sus propios espacios y reflexiones para impactar en lo público de la guerrilla; que se pudo haber visto reflejado en un frente –dentro del frente– que las ayudara a sobrellevar lo que su subjetividad de mujer les había heredado.

Se perderían momentáneamente, en un análisis estancado en los dogmas de las condiciones materiales y su prioridad por encima de lo “no económico”, los hombres y mujeres que provenientes de una sociedad tradicional a la que pretendían re-estar con su rebeldía; sin encontrar siempre los instrumentos para romper del todo con el grueso cascarón que habían ido construyendo con cada paso de su vida, instalado en lo más externo e interno de sus subjetivas facetas.

Estas complicaciones y traspiés que se han podido extraer de la experiencia contada de algunas mujeres guerrilleras de El Salvador y Guatemala, dan claridad puesto que se corresponden ya no con un mundo armónico revolucionario, sino con uno complejo y enmarañado. Desde el segundo capítulo fue posible concluir que la dificultad del entrenamiento amplio que habrían tenido que aplicar los grupos guerrilleros para re-educar a sus integrantes, dotándolos de las herramientas que les posibilitaran simbólica y prácticamente no corresponderse con sus aptitudes *biologizadas*, es crucial para comprender los caminos ideológicos tomados que evidencian como la eficacia de la guerra se impuso. A eso tendríamos que agregarle la propia complejidad de los cambios culturales y las pautas mentales –en donde se pueden incluir la mayoría de los obstáculos a los que se enfrentaron las mujeres– así como su impacto cuando no se acompañan de su relación con lo material, lo político-económi-

co, “[...] no se sopesó suficientemente la dificultad que comporta la transformación de la mentalidad de las personas [...] el compartir el trabajo doméstico fue y sigue siendo un problema mucho mayor al de que la mujer se incorpore a la producción [...]” (Fernández, 2000: 27). Es por eso que siguiendo a la misma autora habríamos de preguntarnos ¿Por qué si las mujeres estuvieron dispuestas a participar de “actividades masculinas”, los hombres no hicieron el recorrido en sentido inverso? Es verdad que “el hombre nuevo” estuvo imbuido discursivamente por ciertas nociones “femeninas”, pero de ninguna forma eso significó un trastoque con las actividades materiales –que también forjan discursos– que se entendía le correspondían a las mujeres. Esas “actividades femeninas” no tuvieron legitimidad, no se consideraron productivas, ni se aceptó que requerían habilidades especializadas que las hicieran valorables. Así sería incluso en el trabajo revolucionario. Hacer el recorrido inverso hubiera significado romper con el gran dote de privilegios que sus cuerpos de hombres les dotan para sobrevivir en el patriarcado, es por eso que resultan tan difícil su crítica o su actuar en consecuencia.

Con estas consideraciones enfrentarnos al posible proceso de feminización en la guerrilla implica valorar muchos de estos factores aunque provoquen desniveles en la resolución. No hay respuestas totales ya lo hemos dicho, pero aún así podemos intentar marcar pautas. Para tal caso esta idea de Lucía Rayas nos permite presentar: “[...] pese a que las mujeres desafiaron el orden de género entrando en las filas guerrilleras armadas, el orden simbólico generizado jamás se alteró en el nivel imaginario.” (Rayas, 2009: 205). Es verdad, no es sólo que ese orden quedó inalterado sino que de-

sarrollar un proceso de reflexión y traerlo al frente para discutirlo, muchas de las veces ni siquiera fue posible. La complicación de las dominaciones que han sido construidas en ese espacio simbólico (menos tangible), es que comprenderlas implica someterse a un proceso arduo que rompería con los preceptos más básicos de la vida; al entendimiento de que todo para lo que habrán sido educadas estaba inserto en una estructura más amplia que para hacer el intento de detener, habrían de des-hacerse de gran parte de sus principios culturales. Eso en condiciones de “paz”. Pensar ahora en el contexto urgente de la guerra, mientras vivían las muertes, desapariciones, los triunfos militares, el adoctrinamiento, la presión política de triunfar, las subjetividades oprimidas en la colectividad revolucionaria que debía concentrar a todos, haría que la premura de la cotidianidad ganara peso cuando además la mayoría vivía en estado de sobrevivencia –mental y/o material. Hubo entonces, en superposición, un desafío y una permanencia.

Sin embargo la costumbre de medir en base a los grandes triunfos –provenientes de la tendencia intelectual positivista con sus grandes relatos, grandes héroes–, que concreta y magnánimamente no dejen lugar a dudas, puede nublarnos para apreciar la pequeña escala, nimia, oculta tan profundo que dudaríamos que algún día podría emerger para recuperarse, pero existente. Es por eso que para mí ellas no sólo trasgredieron por haber entrado a las filas guerrilleras, sino también porque al estar ahí hicieron aparecer constantemente la tensión entre lo tradicional y lo revolucionario, provocando que en cada espacio que ocuparan hubiera un sesgo de revolución.

[...] yo me siento el Frente, me siento la revolución de Nicaragua, me sigue inspirando el Che [...] El sueño que hace veinte años me hizo entrar al Frente sigue vivo en mí. [...] la utopía, la esperanza y por lo tanto la decisión y la necesidad de luchar siguen vivos en mí.

Entiendo y comparto la mayoría de los planteamientos que aquí se han hecho, pero deseo que ellos nos impulsen, nos lancen y nos abran nuevos caminos y no nos lleven a negar lo andado, porque es cierto, al ver para atrás hay dolor, pero que ese dolor y esa decepción no nos lleve a la frustración, al desencanto y a la parálisis. El movimiento de mujeres me ha ayudado muchísimo, me ha llevado a ver para adentro [...] Veo los errores del Frente Sandinista y me duelen en el alma; intento encontrarles salida y vivir con la certeza de que aunque nos quieten todas las flores, jamás nadie podrá detener la primavera. (Murguialday, 1996b: 74)⁶¹

Pero recuperar esta “pequeña escala”, aunque necesaria resulta también peligrosa. Se ha hecho evidente que existió una resistencia de las mujeres dentro de las guerrillas, con la característica de estar disgregada puesto que no parece haber podido trascender las afrentas individuales, lo que limitó su posibilidad de pasar del dilema personal a comprenderlo como un “predicamento social” (Mitchell, 1974). Con estas características puede ser conceptualizada, siguiendo a James Scott (2000), como “resistencia cotidiana” al manifestarse en formas subcutáneas y sin una intención de afrenta a la estructura de poder que genera esa sensación de defensa, –aunque no por eso dejó de ayudar a sobrevivir en situación de opresión. A su vez reconocer su práctica de esta forma ayuda a comprender la resistencia como un fenómeno de larga du-

61 Aunque este testimonio proviene de una ex-militante del FSLN de Nicaragua, decidí incluirlo porque refleja muy bien un sentir concluyente presentado en ese Encuentro de Mujeres Centroamericanas del que fue extraído.

ración presente tan constantemente como la represión misma; y así mismo a cuestionar que si esas resistencias no logran fundirse con manifestaciones/prácticas tambaleantes, se coarta su posibilidad de influencia. Desafortunadamente las guerrilleras, al menos en pleno proceso de guerra, no tuvieron la oportunidad de conformarse como posible “frente anti-patriarcal”, tenían demasiado en contra.

Al revisar la historización de la contribución femenina en los movimientos revolucionarios se nos presenta que en definitiva hubo una voluntad en las guerrillas que llevaría a optar por “reclutarlas”, o por no impedir su inclusión; a pesar de todo se buscó su participación en términos de su figura sexo-genérica (sin un sentido crítico como hemos visto), sobre todo en función de su símbolo clasista. Y como ya se ha visto a lo largo del texto en esto juega un papel principal la centralidad que el discurso socialista obtuvo, enlazado con el marxismo –y sus posteriores apellidos–, con el triunfo de la Revolución Rusa de 1917, así como su impacto en América Latina para recrearse con la expresión local del *guevarismo*. Haciendo que ese imaginario del camino que debía tomar la “situación de la mujer” se diseminara a lo largo de las latitudes; para generar una concurrencia histórica que las anclaba con *otras* que internacionalmente integraron movimientos revolucionarios con la misma voluntad explícita.

La experiencia desde la Cuba revolucionaria nos dejó el conflictivo ejemplo de la Federación de Mujeres Cubanas (FMC) –con el apoyo de la Federación Democrática Internacional de Mujeres, en control de la URSS– fundada en 1960 por Fidel Castro, nombrando a Vilma Espín (esposa de Raúl Castro) su Presidenta. Desgraciadamente

heredarían las connotaciones de dependencia al Partido dejándoles poco rango de operación, fungiendo más como intermediaria, sin mucho poder o independencia, de las necesidades de las mujeres y los niños⁶². Su perspectiva seguiría la economicista por lo que su acercamiento al feminismo sería tardío y tenso, llevándolas a gestionar políticas frente al gobierno pero poco a cuestionar las formas simbólicas de esas políticas. Aún así esta experiencia latinoamericana es de resaltar al establecerse como parteaguas de una sociedad que venía de dejar a las mujeres sin haber obtenido el voto en la reluciente presunción de la ciudadanía, pudiendo llevar a la ilegalidad a cualquier partido político que optara por afiliarlas, con su posición en el mundo de lo privado casi ineludible, y con su dependencia económica bajo una realidad, recientemente, abrumadoramente capitalista. Es por las afiliaciones tempranas de la FMC, y más anterior aún del Partido Socialista Alemán (PSA), engendrando figuras como Rosa Luxemburgo o Clara Zetkin, que se removerían las aguas que parecían pasmadas, abriendo tal vez sin querer, las puertas de las experiencias que llevarían a la crítica.

Es el antecedente, no directo pero si direccional, de las guerrilleras que conocimos. Su tradición revolucionaria estaría inserta en el gran marco que la experiencia de Rusia, Cuba, China y Vietnam habían engendrado. Sin embargo aún en aquellas primeras mujeres que emergieron en el imaginario de lo revolucionario con las nuevas perspectivas de los primeros años de 1900, se muestran los destellos de reclamos y

62 También pudieron contrarrestar algunas políticas del estado, como aquella que las excluía de 300 formas de empleo por razones relacionadas con la salud. Política herencia de las URSS que tenía una ley similar.

actitudes atemporales de aquella opresión que ha atravesado espacio y tiempo⁶³. Solo por dejar un ejemplo, en el texto de Dunayvskaya (2009) se menciona la discusión que Luxemburgo sostuvo en el PSA respecto a posiciones que ella defendía como el antiimperialismo o el internacionalismo, con August Bebel⁶⁴ y Kautski, que desencadenaría, contrario a lo esperado, una contienda que la expondría más que como sujeto crítico pensando, como una mujer emocional sin capacidad para guardar la compostura, “[...] era obvio que las polémicas contra ella, ahora que estaba en abierto desacuerdo con el núcleo de la jefatura ortodoxa, tenían un sarcasmo especial que ningún oponente varonil habría tenido que soportar.” (Dunayvskaya, 2009: 69-70). Se

63 La figura de Luxemburgo ha sido especialmente conflictiva, pues al ser de las mentes que contribuyeron a la discusión de las gestantes perspectivas socialistas, trabajó poco el tema que parecía obvio por ser mujer: “la cuestión femenina”. Según Dunayvskaya no existió nunca un desinterés, pues guardaba relación cercana con quien llevaba la división femenina en el PSA, Clara Zetkin, sino más bien una intención de afrenta no dando a sus compañeros hombres de Partido lo único que esperaban de ella. Aún con esto su ineludible existencia corpórea la alcanzaría: “Rosa deseó fundirse con el proletariado al *hacer historia*. Sin embargo, Jogiches, que ya estaba en Polonia haciendo aquella historia, y sus colegas alemanes, estuvieron lejos de alentarla a retornar a Polonia durante tan tumultuosos tiempos. La llamada “cuestión femenina” ya no era un tipo de generalización, sino que irritaba a Rosa en la forma más personal, al decirle una y otra vez que para ella, como mujer, los riesgos eran mayores que para los emigrantes revolucionarios varones que estaban retornando.” (Dunayvskaya, 2009: 29-30). Negarse a admitir el avasallamiento de su cuerpo de mujer no le permitiría eludir esa realidad, aunque parece haber sido su forma particular de resistir.

64 Sí, aquel que es cita obligada y repetida *ad nauseam* por ser de quienes trabajó la cuestión de la mujer en su texto: “La mujer y el socialismo” de 1880. Pero no creamos que es el único, también ha habido disputas dentro del anarquismo con una de sus figuras prominentes: Pierre-Joseph Proudhon, por lo que desde ahí también surge la pregunta, “¿se puede ser anarquista sin ser feminista?”

puede que cancelar a las mujeres por considerarlas sobre todo sujetos emocionales, incapacitándolas política y teóricamente no es ni tan nuevo, ni tan exclusiva de la cultura democrática-liberal. Sin tratarse por eso de condenar por un traspie, pero tampoco de negar lo que la guatemalteca Aura Marina nos dejó claro en su relato testimonial: esa fuerza patriarcal que se mueve dentro de todo hombre de izquierda⁶⁵.

Como fue posible constatar en los textos más contemporáneos, cabe decir panfletarios, ambos generados por los respectivos PC's –guatemalteco y salvadoreño–, el entendimiento desde la ideología central proveniente del socialismo de la URSS (que a su vez se había basado en algunos estudios marxistas) era que la mujer formaba parte de la clase explotada –proletariado–, lo que implicaba que formaba parte del Partido en forma igualitaria (en el ejemplo de la URSS sus derechos políticos les serían concedidos históricamente sin considerar su posición de género). A su vez, al reconocerse generalizada su falta de práctica política se entendía la necesidad de espacios en donde su pudiera promover su participación activa, no escindiendo al Partido pero si haciendo suerte de “sub-divisiones” que no escaparan del control central⁶⁶. En

65 Véase esta tesis pp. 209

66 De las críticas más continuas al comunismo por la vía del socialismo, esta el “centralismo democrático” que ahogaba la creación autónoma de principios, o nuevos frentes de lucha. Sin embargo una verdadera excepción en los confines de la Europa occidental será la guerrilla urbana conformada por mujeres y con principios feministas y anti-patriarcales: “Rote Zora” que desde Alemania lograría tener su propia agenda y decidir sus acciones en paralelo con el grupo mayor al que pertenecían: el Revolutiore Zellen (RZ) –bajo el ala del ideario comunista–. (Al respecto se puede consultar como testimonio visual, el documental “Die Rote Zora” (2000) de Oliver Ressler o el texto *Rote Zora: cada corazón es una bomba de relojería* (2012) traducción de algunos de sus manifiestos, disponible en zinelibrary.info/files/libro%20corregido%20web.pdf).

los grupos guerrilleros centroamericanas que se estudiaron fueron muy escasos esos espacios exclusivo de mujeres, o no han sido narrados; ellas se integrarían al grueso de la población guerrillera, sabiéndose en desventaja política pero sin mecanismos para su inclusión. Ninguna de las perspectivas –ni la estrictamente soviética, ni la regeneración centroamericana– logró integrar esa cuestión que se ha podido notar: cómo generar los cambios en los espacios culturales-simbólicos que escapan a las explicaciones abstractas, que requieren más tiempo para cuajar pero que a la vez merman el día a día de una parte de esos sujetos que se han apuntado a luchar por el cambio, entre las cuáles siempre se han encontrado mujeres. De igual forma faltó considerar la necesidad de preparar el espacio de la reluciente participación femenina sin caer en un paternalismo que las considerara un sujeto incompleto que requiriera “respeto” y paciencia. Es solo en Juliet Mitchell (1974) que se lee la posibilidad de que el “fracaso” del socialismo empujara a algunas mujeres a organizarse en otro lugar, bajo otros preceptos, en otros formatos que no les recordaran las frustraciones de sus partidos⁶⁷.

Entonces a Centroamérica llegaría también la guía del economicismo, que ya estaba produciendo cuestionamientos entre las mujeres por arraigar una uni-dimen-

67 Como un ejemplo de estos límites, habría que preguntarnos si la promesa que temporalmente se vivió en el estado socialista de la URSS, de que el Estado se encargaría de proveer las herramientas para que la mujer saliera del espacio doméstico para integrarse a la “vida social” logró extraer la concepción cultural de la división sexual del trabajo, o si más bien esos nuevos espacios “colectivos” estatales que se encargarían del cuidado (guarderías, comedores, asilos, etc.) estaban también conformados por mujeres. Lo que ha llevado a la tendencia de estudiar y reconocer la inclusión de la mujer sólo en términos de la familia, como si en ese espacio exclusivo se hicieran sujeto.

sión que superponía la condición de *clase* para explicar la conformación de las opresiones. Siendo de nuevo Mitchell (1974) quien reconocería la visión limitada por esa posición y de la omisión que se hizo de la perspectiva psicológica a la que, según ella, aportó posteriormente Simone de Beauvoir con *El segundo sexo* ([1948] 2013); afirmando que el gran aporte del movimiento de mujeres sería que su organización estaría impulsada por la realidad concreta de su opresión constante, y no por las abstracciones teóricas a través de las cuáles pretendía el marxismo explicarlas. Y es que como se ha ido comprendiendo en los escritos sobre sus vidas guerrilleras, aunque las críticas

Problemático si seguimos a Silvia Federici en su análisis de que ellas han sido colocadas en un lugar donde se inhabilita su actividad productiva bajo el síntoma de la reproducción como acto des-asalariado sin mayor impacto en el capitalismo que la permanencia de la enajenación. “Con la desaparición de la economía de subsistencia [...] la unidad de producción y reproducción que había sido típica de todas las sociedades basadas en la producción-para-el-uso llegó a su fin; estas actividades se convirtieron en portadoras de otras relaciones sociales al tiempo que se hacían sexualmente diferenciadas. En el nuevo régimen monetario, sólo la producción-para-el-mercado estaba definida como actividad creadora de valor, mientras que la reproducción del trabajador comenzó a considerarse algo sin valor desde el punto de vista económico, e incluso dejó de ser considerada un trabajo [...] confundándose con una vocación natural y designándose como «trabajo de mujeres» [...]” (Federici, 2010: 112).

Aunque es verdad que la reproducción de la mano de obra esta considerada dentro el salario que se debe pagar para la manutención familiar, éste sólo considera los recursos materiales necesarios para ella (leáse comida, ropa, techo) y no las tareas que transforman esos recursos en bienes familiares, ejecutadas sobre todo por las mujeres. “[...] si utilizamos la categorización del propio Marx del trabajo productivo como trabajo asalariado, las esclavas domésticas no están explotadas de la misma forma que los esclavos asalariados. Para que esto fuera cierto se les tendría que pagar un salario.” (Eisenstein, 1980: 35) Esta diferenciación es crucial dada la importancia del trabajo doméstico de reproducción que se extiende como práctica generalizada incluso a los confines de las guerrillas que aquí exploramos; su exclusión del análisis ha limitado la capacidad de explicación acerca de este formato de opresión.

al enfoque que le venía dando la perspectiva revolucionaria a la “condición de las mujeres” es certera, no se limita al hecho en sí pues se relaciona con las bases que han configurado históricamente la concreción del proyecto revolucionario. Razón por la cual es importante evitar, en la medida de lo posible, abstraer la reflexión del tema de las mujeres de las otras condiciones históricas que lo influyen. Con esto permitiremos que los tópicos que quedan por desempolvar y disgregar ayuden a conciliar/articular aquellas subjetividades de opresión que en ese momento parecían irreconciliables.

Las mujeres nunca desaparecieron de los procesos políticos, no pudieron evadirse de esa realidad de explotación, por eso teniendo la oportunidad encontrarían la forma de integrarse a los procesos revolucionarios aunque siempre siendo minoría. Es así que las percepciones de una Rosa Luxemburgo en 1905 al enfrentarse al grupo de hombres que suponía estaban de su lado, pero con los cuales debía ser crítica, son detectables en las guerrilleras guatemaltecas y salvadoreñas que dieron pie a mi análisis. Mostrándonos que en realidad esas centroamericanas han formado parte de un selecto espacio en la historia de las mujeres como participes de movimientos revolucionarios.

Queda claro que debieron enfrentarse a algunas herencias que atravesaron el tiempo para encontrarlas; renunciando por ejemplo a su perspectiva sexo-genérica en promesa de una figurada igualdad (con la sola excepción del “Batallón Silvia” como grupo separado de mujeres; cuya permanencia fue posible como colectivo genérico en tanto contara con el apoyo del Comité Central), inhabilitando iniciativas au-

tónomas que permitieran la reflexión interna. Ninguno de los grupos ni de sus participantes –ni hombres, ni mujeres– asumió reivindicaciones feministas, aunque *a posteriori* han podido acercarse sin entenderlo ya como una práctica divisionista. Y tal vez no absolutamente pero creo que dentro de las organizaciones guerrilleras, –como de cualquier otra con pretensiones de igualdad en los términos que ya hemos expuesto–, era fácil que lo que se concebía como un “respeto” aparecía en los términos puestos por Juliet Mitchell: “[...] este respeto ha tenido todas las implicaciones de paternalismo y mistificaciones inherentes a su significación dentro de la sociedad capitalista.” (1974: 102)

Parecía no haber escape pues incluso aquella ideología que había prometido la revolución “total” coartaba la lucha contra la opresión de las mujeres; reafirmando lo que ya había dejado estipulado muy al inicio de esta investigación, “Los grupos feministas latinoamericanos, por lo tanto, se vieron envueltos rápidamente por la aguda lucha de clases que exigía definiciones y compromisos.” (D’Atri, 2010: 109). Y no sólo esos grupos, sino todas las personas que se apuntaron para la revolución.

Pero habría que tener cuidado, habría que asumir la debida responsabilidad; porque justo como con el tema del dependentismo que culpaba al imperialismo absolutamente de los males vividos, sin considerar las configuraciones internas que posibilitaban a esos males porque favorecían a ciertas clases, tampoco es factible admitir que sólo porque la gran propuesta revolucionaria parecía haber fracasado en su intento por comprender y dar respuesta a la inquietud de la opresión patriarcal, no había posibilidades para una creación que hiciera afrenta a ésta desde aquí. De hecho la

historiografía nos muestra que alternativas existieron y que contraposiciones se forjaron. Por lo que el tema de las relaciones de poder hombre-mujer apeló también a la estructura del patriarcado interno; la imposibilidad de generar propuestas durante la coyuntura de la guerra revolucionaria debe recaer también en los hombros de quienes participaron en ella, y no sólo en quienes teóricamente se colocó la confianza para configurar el proyecto de la revolución. No son momentos para asumir un eurocentrismo o para considerar que los sujetos sociales coloniales de nuestro mundo subalterno latinoamericano, guatemalteco y salvadoreño para ser más específica, eran dependientes absolutos de lo propuesto desde fuera.

Al final se puede admitir que la categoría de clase sí introducía una perspectiva de lucha que permitía abarcar más, porque se acercaba y preguntaba si querías dejar de ser explotado y la respuesta siempre sería sí; pero el sistema sexo-género haciendo la misma pregunta inevitablemente implicaría que al dar la respuesta afirmativa se renunciarían a privilegios que generan la sensación de sobrevivencia en libertad, en una sociedad configurada para ser patriarcal. De cualquier forma los llamados a la conciliación tenían, y tienen sentido puesto que admiten la necesaria amplitud de aspectos que han configurado cómo es que vivimos y convivimos en el mundo. No se trata de aceptar que las mujeres son sujetos sobre todo culturales y que esa identidad les es absoluta y avasalladora, pues es claro que subsisten en el mundo, mayoritariamente desde hace varios años, limitadas por su condición de explotación; y que aunado a eso tendríamos que considerar, por ejemplo, que para el caso de las mujeres guatemaltecas –varias guerrilleras– su realidad indígena las reposicionaría en el

mundo. La perspicacia de nuevo de Mitchell revuela para reconocer que: “La conciencia política cabalmente desarrollada de una clase explotada o de un grupo oprimido no puede surgir de sí mismo, sino solamente de un conocimiento de las interrelaciones (y estructuras de dominio) de todas las clases dentro de una sociedad.” (1974: 24) o haciendo un paralelo con las mujeres del mundo indígena,

“A menudo se nos plantea esta fea pregunta: ‘¿A quién deben ustedes lealtad? ¿Al movimiento negro o al movimiento feminista?’ [...] “Bueno, sería gracioso si se nos oprimiera como mujeres de lunes a jueves, y luego se nos oprimiera como negras el resto de la semana. Podríamos combatir una u otra opresión según los días; pero hemos de luchar contra ambos cada día de la semana.” (Citado en Dunayvskaya, 2009: 209)

Probablemente parezca más difícil escuchar en la actualidad que alguien crea que la lucha de las mujeres debe esperar hasta el triunfo de la revolución socialista –o hay más apertura para contradecirlo–, pero en su lugar se hace el reclamo constante a las posturas feministas por no aludir explícitamente a la situación de clase, sin considerar que la relación habría de ser dialéctica para ser justa; las luchas clasistas habrían de recuperar del feminismo lo pertinente. De no hacerlo consciente se corre el riesgo de repetir el mismo patrón de conducta que llevó a los grupos guerrilleros a tener una realidad alterna, revolucionaria, mientras vivían los aspectos conservadores que fueran eficaces para hacer pervivir “la revolución”.

Así, el conjunto de las ideas provistas y reinterpretadas del repertorio marxista proveerían al mundo mental de generaciones de mujeres insertas en la posibilidad de

la revolución. El mito de su pasividad política y de su tendencia absoluta a lo no-violento sería quebrado históricamente. Como parte de todas ellas, las guerrilleras que aquí conocimos (y las latinoamericanas por qué no) abrevaron al tambaleo de viejos mitos; analizar sus vidas y no dar todo por sentado es suficiente para reconocerlo. Su participación sería excepción, y con ella romperían las reglas de lo esperado.

Respondiendo a la cuestión de la feminización, de sus vestigios, se reconoce ahora que debe ser una categoría temporal; se debe apuntar a una feminización no necesariamente corpórea pero sí que llame a la ruptura, a la afrenta de los valores y las formas aprendidas de convivir. Su aparición –ahora sí como cuerpo– dentro de las guerrillas inició una feminización que seguiría con sus pequeñas resistencias y sus tropiezos. Pero la aspiración ha de ser temporal porque en realidad se ha de apuntar a que sea innecesaria, dado que eso significará que hemos dejado atrás esa división social y su impacto como relación de poder.

Es así que cuando hablo de esos vestigios de la feminización no pienso sólo en la cantidad de mujeres que llegaron a las guerrillas, pienso sobre todo en lo que he podido conocer de su proceso individual, en cómo las hizo enfrentarse a su familia, a sus amigos, a sus hijos, a sus compañeros, en como justificaron prácticas patriarcales, en como sobrevivieron y decidieron después contar su historia en contra de los cánones de lo válido por reflejar sobre todo su subjetividad. Pienso después en sus resoluciones, y en como no niegan sus errores, pero también en los puentes que han tendido para que nosotras podamos entender como sobrevivieron, las que pudieron.

Guerrilleras en Guatemala y El Salvador, hacia una feminización de la lucha social.

[...] la participación política de las mujeres en situación de guerra ha cambiado radicalmente su posición subordinada, generando un espacio crítico en las subjetividades [...] a través de ésta se ha abierto un proceso de acumulación de experiencias de opresión genérica contradictorias a la democracia, provocando en sus subjetividades resistencias y rebeldías de género que socialmente han llevado a una práctica de lucha por la transformación de las relaciones personales y sociales [...] (Olivera, 2002: 82)

Que fueron incapaces de articular del todo sus vivencias para generar un discurso que se contrapusiera internamente al patriarcado, creo que es verdad, pero lo es también que con su presencia y su permanencia en la historia a través de sus testimonios han ayudado a dejar asentado que *ellas* estuvieron ahí no solo nominalmente, en contra de lo esperado, de lo deseado tal vez; y también, contrario a lo repetido, fue por su voluntad porque creían en un proyecto en el que deseaban poder influir. Y sus vidas eran sacrificio suficiente para dejar clara su convicción.

A modo de conclusión.
El recrear de una perspectiva revolucionaria

La tradición de las guerrillas latinoamericanas que se arraigó como práctica contestataria en la segunda mitad del siglo XX, fue comprendida a través de su revalorización como categoría legítima –aún con la ideologización herencia de la Revolución cubana–, colocando en el centro su particularidad como latinoamericana, su transformación hacia el proceso en Centroamérica y como su expresión militar se desbordó para germinar una identidad revolucionaria a los sectores de la sociedad que en ella se encontraron. Las guerrillas, en sus términos más amplios, nos permitieron entender la militancia que a través del uso de la memoria en sus testimonios, mujeres guerrilleras de Guatemala y El Salvador han podido relatar en su formato particular, atravesado por su conceptualización-materialización de mujer.

Entender e incluir a la *guerrilla* como parte de una tradición de resistencia, no exclusivamente militar pero si necesariamente de prácticas ético-revolucionarias que carcoman el amplio espectro de la vida social, fue para mí crucial. Historiarlas desde una visión menos positivista es igualmente vital, porque sin ello perdemos su transformación material, y sobre todo el cómo su lectura cambió historiográficamente a

razón de los nuevos paradigmas intelectuales que se han creado desde finales de aquel siglo.

Las guerrillas son lo que nos han narrado de ellas, por lo que resulta obvio, como en casi cualquier otro proceso, que su historia se ha ido construyendo a través de sus equivalentes élites proporcionando una visión muy particular, no por eso despreciable o menos legítima. Partir de aquí, admitiendo la incomodidad de tratar de explicar los motivos del uso de una violencia que no es nuestra, podría ayudar a generar nuevos estudios al respecto. Las estadísticas, el contexto, la cultura política, la ayuda externa, la tendencia violentista, nos pueden dar pistas que deben encontrar su límite en el por qué subjetivo construido individualmente y extendido en una colectividad ahora disgregada.

Es así que el proceso que conocimos de Guatemala y El Salvador no podía haber sido presentado como aislado (aunque extrañamente estando tan cerca y siendo contemporáneos, no hay indicios de una posible colaboración sin intermediación de los Sandinistas). Su inserción en el proceso amplio de la Guerra fría tal vez fue involuntaria, hasta el límite en el que sí se aproximaron a nociones del marxismo-leninismo aunque no tuvieron la relación preponderante con ninguna de las naciones socialistas, ni siquiera Cuba. Tampoco sus respectivos Partidos Comunistas serían centrales a la hora de organizar a las masas populares; seguían una agenda muy particular que los llevó a fluctuar respecto a su perspectiva de la violencia guerrillera. En el caso de El Salvador el “fracaso” de 1932, además planeado sin autorización del Comité Central del Partido a nivel internacional, serviría para confirmar y arraigar cómo esa

propuesta estaría signada a la derrota. Esas disputas al interior de los PC's llevarían a varios militantes a dimitir e integrar/se a los grupos guerrilleros, heredando aún así formas de organización verticales y jerárquicas propias de la concepción del Partido que fungía como ente central.

A lo largo del texto aunque exploré el caso de las mujeres guerrilleras, se intentó dejar claro que muchas de las tensiones y caminos que se tomaron no fueron exclusivos de ellas por ser mujeres sino que formaban parte de cómo se había configurado el proyecto revolucionario. La sobreeconomización del análisis de los procesos sociales, el “centralismo democrático”, la centralidad de la guerra, llevarían a desestimar los embates emocionales, el necesario re-aprendizaje, la consideración de otros procesos de dominación que también carcomían a la sociedad –entre ellos claro esta el sexo-genérico, puesto que el étnico pudo ser medianamente reconocido en Guatemala en la segunda etapa del proceso guerrillero.

Era una época en que la revolución era entendida como un momento culminante, pasmada en el tiempo a la espera de que “sus” sujetos sociales ideales llegaran a ella. Ya estaba dibujada, por lo que quedaba seguir las instrucciones acríticamente para acceder a su benevolencia. Las guerrillas serían un medio para ella. Pero no se pensó que en ese medio también se tejían relaciones sociales, que la Guerra Popular Prolongada engendraría en la guerrilla nuevas dinámicas basadas en el pleno de la guerra que vivían sus integrantes. El largo entremedio se abstraigo creyendo que solo era un *impasse*, cuando era también el momento; en ella se estaban constituyendo los valores de la revolución, se reproducían las nuevas perspectivas pero también se

arraigaban las viejas tradiciones. Qué diferencia habría hecho pensar que la revolución no era un lugar al que llegar, que no comenzaba al final de la guerra, y que más bien estaba en el principio pero también en el medio.

Tal vez las discusiones más actuales, como parte del aprendizaje, han recuperado la importancia de la vida cotidiana, de como no se podría pensar que ese es un espacio de inconsciencia apolítica sino que es más bien la red en la cual se desenvuelven las estructuras sistémicas ordenadoras; lo que la hace indudablemente un lugar que requiere ser cuestionado para apuntar al cambio. El *Situacionismo* –como signo de los tiempos en que se desarrolló– ha ayudado a comprender que la revolución no es ya un lugar al que se accede después de cumplir con ciertos requisitos, sino un proceso, uno en constante construcción, que requiere de reestructuraciones y adaptabilidad; porque los tiempos cambian, las geografías y también las formas en que se configuran las relaciones sociales. Ciertas cosas perpetúan tendencialmente, como el *determinismo* biológico de los cuerpos, pero su expresión no es la misma que tuvo en 1970 cuando las feministas europeas aclamaban el derecho a tomar la píldora anticonceptiva. Reusarnos a ir considerando los nuevos factores provocaría que el sentido revolucionario se estancará en una época en donde ya no podrá responder al futuro porque estaría requiriendo que el futuro fuera lo que en el pasado se vivió, y eso es imposible.

Fuimos comprendiendo cómo las guerrillas, en términos generales, se fundaron alrededor de este ideal inerte de Revolución, y como eso las imposibilitaría para considerar esos factores formados y recreados en el desenvolvimiento cotidiano. Su

lucha era contra el Estado, no contra su existencia sino contra como estaba constituido; creían que tomando el poder estatal⁶⁸ y sustituyéndolo por un otro más justo, obrero, revolucionario, verían resueltas las injusticias contra las que se habían alzado. Por lo que siguiendo a Raquel Gutiérrez (2006) su “pacto fundador” sería la guerra, y al terminarse ésta se difuminaría la solidaridad que tan fuertes lazos había creado mientras duró. Es verdad que se formaron espacios de solidaridad, que sus bases desarmadas arriesgaron también la vida por abastecerlas y ser su medio de comunicación, pero esas redes tenían un sólo sentido: sobrevivir la guerra, empujarla para derrocar al Estado. Era una demanda justa, pues desde ese lugar se detentaba el autoritarismo y la represión que afectaba a quien se involucrara de alguna forma en la contienda popular, pero estaba limitada desde su fundamentación. No creamos con esto que hay contradicción cuando muy al principio se coincidió con que la guerra ha sido una herramienta fundamental para algunos grupos que tratan de resistir, no es así, se sigue pensando que la guerra ha tenido cualidades constructoras –aunque inherentemente implique la destrucción– que como forma de violencia puede ser legítima, que sin duda para las guerrilleras su participación en ella las llevó a romper con muchos de los mitos de sus posibilidades corpóreas. Como esto es verdad también lo es que falta reflexionar en torno a ella, de las formas violentas en general. Ele-

68 Coincido con John Holloway (2005) cuando dice que esta tendencia a centralizar el Estado no es sólo de los revolucionarios sino también de los reformistas, que al contrario de los primeros pretenden formar partidos para acceder a él y desde ahí transformarlo. Teniendo ambos la responsabilidad de con eso abstraerlo como ente todo poderoso, sin considerar las relaciones sociales que lo construyen y las otras estructuras sistémicas que lo determinan.

gir la violencia a través de la guerra es aceptar que ésta es, hasta el momento, materialmente capitalista, incluso si está contra eso. La producción industrial detrás de ella se rige bajo las formas del mercado transnacional con magnates que se alimentan de traficar con armas sin apoyar éticamente ningún frente y beneficiándose de quien quiera que los requiera; lo que debería sin duda presentarse como hechos conflictivos. Nadie sale más beneficiado de la guerra que el gran capital armamentista. Igualmente es necesario admitir que esta violencia revolucionaria pasa como proceso impositivo; se hace la guerra, se conforman guerrillas, con un proyecto social en mente que se asume es el idóneo pero que no por eso sería aceptado por toda la sociedad. En esa porción de gente que no lo acepta –entre los cuales pueden estar personas en calidad de explotación– se encuentra la acción de imposición ¿Se podría hacer de otra forma? Ahora que todo el globo terráqueo parece estar tomado, ¿existe algún espacio, alguna oportunidad en donde se pueda fundar una idea autónoma de convivencia?. Aunque aquí no se trabajó vale la pena recuperar para el caso a los zapatistas en Chiapas, quienes se han organizado alrededor de esa idea con un discurso legitimado de una apropiación histórica de la porción del territorio que pisan; y aunque han podido hacerse de un espacio “suyo”, siguen siendo entidades nacionales que continúan hostigadas con la expectativa gubernamental de que algún día renuncien a su idea de autonomía. La guerra que emprendieron no es ya armamentista pero con su permanencia constituyen una inestabilidad que en ciertos sectores ayuda a poner en duda la legitimidad del Estado; de ahí su peligrosidad ¿Podría responder diferente un Estado que fue creado para erigirse como el ordenador de la vida social? ¿Cómo podríamos

no imaginar que dándose el caso de una lucha por su extinción no respondiera con armas? Sería ilógico, ningún grupo con tanto poder cedería tan fácil. Así que el problema va más hondo, se acerca tal vez a cómo es que la sociedad ha sido configurada, encontrando en los límites de esta configuración las posibilidades máximas para su cambio.

Los zapatistas representan hasta ahora el último bastión de la historia de las guerrillas latinoamericanas, su configuración ha sido distinta y hasta el momento tienen una amplia simpatía internacional. Su denuncia pasa por la autodeterminación, forjada en una identidad étnica, estableciendo valores que en realidad podrían corresponder a cualquier grupo político pero que en su particularidad han tenido mayor éxito para la legitimidad. Su diferencia con sus vecinas centroamericanas, las guerrillas de Guatemala y El Salvador que han sido los casos que aquí se han conocido (incluso Nicaragua aunque no se abordó en este estudio), son múltiples. Ninguno de los gobiernos mexicanos ha sido reconocido con tanto ahinco como dictadura, pocas veces se reconoce que hubo “guerra sucia”; mientras en Centroamérica desde mediados de 1970 había rasgos de que algo raro pasaba, aunque su realidad se ocultaba bajo el gran manto de protección mediática norteamericano. La historia presenta cómo esa región vivió dictaduras militares por más de 20 años, y eso hace que aparezcan las guerrillas como una gestación obvia ante la injusticia. Pero estos grupos guerrilleros no tenían una identidad étnica unificada, ni un territorio específico que pudiera pertenecerles. Convivían ahí familias de campesinos cuyas tierras habían sido expropiadas, pero no por eso fue central la recuperación de esas tierras; fueron en su

lugar grupos conformados por jóvenes estudiantes, campesinos, algunos obreros, intelectuales, militares, cuya identidad se jugaba en otros términos, reunidos tal vez por el sentimiento de indignación, de injusticia, de miedo, de indefensión, la apuesta por la revolución pero en términos abstractos, como aquella fuerza que permitía empoderarse, resistir, pero no alrededor de una porción de territorio sino de una lógica política que se les imponía y les evidenciaba que eran marginados, que no tenían verdadero derecho a opinar.

Los términos de la guerra también fueron distintos, en el caso zapatista hubo una “acumulación de fuerzas” silenciosa para el resto del país pero nunca apuntaron verdaderamente al enfrentamiento armado; al tener la oportunidad pactaron, aunque no por eso serían respetados. Las guerrillas guatemaltecas y salvadoreñas dieron un giro al *foquismo* que vitalizaba al militarismo, eso es algo por reconocer; en su lugar se amplió la organización y los preceptos políticos. Durante la segunda faceta en Guatemala se recuperó la presencia indígena, con la ORPA y el EGP; mientras en El Salvador brotaban organizaciones armadas que se coludían y reforzaban con articulado poderosos frentes de masas como el FAPU. Se integraron las facetas de la lucha social, aunque se seguían concentrando los esfuerzos en la batalla por la toma del poder, por el Estado. Confrontándose a las condiciones abiertas del gobierno militar, provocarían que la guerra no tuviera oportunidad de difuminarse fácilmente, al contrario de eso adquirió su propia dinámica y se alargó hasta que no hubo más salida. E incluso después de los pactos de paz ambas uniones —el FMLN y la URNG— seguirían

buscando el acceso al Estado ahora a través de los partidos políticos legalizados, en la lógica de la democracia liberal.

Entonces aunque su postura fue novedosa, con el tridente Partido-Ejército-Organización de masas (Rouquié, 1994) que amplió el combate, no por eso pudieron eludir los términos de la “guerra revolucionaria” como una batalla militar. Esto es verdad, la guerra contra el Estado se impuso, sobre todo en los términos emprendidos por los poderes centrales de los grupos guerrilleros; sin embargo es también acertado reconocer que para las bases sociales y podría ser incluso algunos combatientes, la lucha era por sobrevivir, por defenderse. Aún sin guerra militar la mayoría de la población entablaba un enfrentamiento.

Se dijo al principio del primer capítulo: las guerrillas fueron hijas de su tiempo, también los hombres y mujeres que ahí se desarrollaron. Los tiempos dictaban que la revolución era un tren que se abordaba, que la violencia a través de la guerra contra el Estado era el medio, lo que hacía a la toma del Estado el fin. Lo que le seguiría, después del triunfo, ya estaba dicho porque el cambio sería automático. Bajo esas premisas vivieron la guerra conformados en la identidad que la guerrilla les proveyó. Pero la guerra es dura, no se puede sentir orgullo pleno por ella. En su cobijo mucha gente muere, aunque no todos mueren igual ¿Un arma disparando certeramente en la cabeza tiene las mismas implicaciones que desmembrar frente a ti a tu hija o esposo, o compañero, violarte, para al final asesinarte? Creo que no. No todos murieron igual, por lo tanto el trauma de quienes sobrevivieron tampoco es el mismo ¿Quiénes se quedan con el legado más penetrante e hiriente? ¿Quiénes pueden olvidar? ¿Vale la

pena heredar el sufrimiento? Esas son premisas que le quedan al proceso de conciliación que aún continúa en ambas naciones. En El Salvador se creó el Museo de la Palabra y la Imagen (MUPI), en un intento que surgió primeramente para preservar la memoria después del proceso de guerra aunque ahora haya desbordado ese fin. A su vez se construyó el “Monumento a la Memoria y la Verdad” en el Parque Cuscatlán de San Salvador. Su Comisión de la Verdad publicaría el 15 de marzo de 1993 *De la locura a la esperanza: la guerra de los doce años en El Salvador*, pero en pos de la tolerancia 5 días después se proclamaría la “Ley de Amnistía General para la Consolidación de la Paz”. Lo mismo ocurriría en Guatemala, la Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH) publicaría en 1999 *Guatemala: memoria del silencio*. Siguiendo también la consigna de la tolerancia la información recopilada no podría ser usada para juzgar a quienes asesinaron, desaparecieron y torturaron. En febrero del 2014 abriría las puertas el Museo *K'ajol T'ulam* que desde Guatemala hace su esfuerzo para el “no olvido”.

Se habló de una guerra revolucionaria que se emprendió, pero su vivencia no fue homogénea ¿Quién la desató? ¿Cuándo comenzó? A veces buscamos señalar como si se tratase de un laboratorio, cuando no hay un momento fundacional. Pero sí, la guerra comenzó cuando se sintió la injusticia en base al desprestigio social, cuando se dictaminó quienes merecían qué, (y se ha mantenido desde entonces), pero ¿Desde cuándo? No lo sé. En ninguno de los casos la guerra comienza cuando los grupos guerrilleros le hacen frente a sus gobiernos. Habría que ir más atrás, habría que pensar con más profundidad, se tendrían que considerar no sólo los hechos históricos que materialmente han fundado la injusticia, sino también los procesos estructurales que

ideológicamente la han perpetuado. Es también un problema considerar al estado de guerra como un estado excepcional cuando la paz resulta más bien continuidad de la guerra, cuando ambas conviven al manifestarse la guerra aún sin armas, a través de la injusticia, la desigualdad, la pobreza y de la exclusión. Es por eso que las que aquí llamamos guerrillas respondieron a una contienda declarada de cerrazón político-social, al desazolve de procesos dictatoriales oligarcas y *caciquistas*; pero estos eran sólo la evidencia de los estragos de una práctica capitalista que no era –es– subdesarrollada sino dependiente, anclada al sistema-mundo que Wallerstein advirtió. No es un accidente, ha sido la mecanización sistematizada de la explotación.

Los límites de las guerrillas estaban guiados por su contexto –junto con su voluntad política–, ahí se encuentra la consecución de cómo se comprendió al feminismo y de cómo las mujeres guerrilleras terminaron involucrándose. Desde Latinoamérica el feminismo era inactivo, existían sesgos de su presencia pero no sería determinante hasta entrado el año 1980, sobre todo en el área centroamericana. Se le menciona en los textos publicados esa década por las guerrillas para exponer la participación femenina, pero desprestigiándolo reconociendo que su análisis y su postura ética no eran bienvenidos, necesarios; que la respuesta proveniente de la crítica a la estructura sistémica en clave clasista era suficiente para llamar a las mujeres a la revolución. Lo había sido, ellas estaban ahí por su condición de explotadas, en contra del capital. Sin por eso poder negarse –como dejan claro en su narración posterior– que no eran iguales, pero con la esperanza de que al derrocar al gobierno y tomar el poder se des-

bordarían sus derechos a la participación política, y con eso el mundo estaría listo para verlas actuar en libertad.

El feminismo pensado como separatista, aburguesado, contrarrevolucionario, es sin duda una visión heredada del comunismo. Lectura en la cual se olvida/borra la importancia de las anarcofeministas de principio de siglo enfrentándose a sus compañeros anarquistas, a sus maridos, y a los patrones, como evidencia que niega el verso histórico repetido por décadas de que las visiones feministas y clasistas no podían ser cómplices. Si su experiencia no perpetuó es entre otras cosas porque historiográficamente se le ha anulado de los anales del feminismo latinoamericano, no porque su actuar haya sido casual o carezca de importancia. Para mí esa experiencia temprana, junto con la de sindicatos de mujeres en Bolivia –como la Federación Obrera Femenina– y Perú (mucho antes de la Revolución cubana)–, resultan cruciales para apuntar a un nuevo historiar de la vida política de las mujeres. Esto porque resultan vestigio de aquello que de haberse querido se habría recuperado, evitando descentrar la discusión de la legitimidad de cuestionar y luchar desde múltiples subjetividades, apuntando más bien a una apuesta que se abreva con los cuestionamientos que han generado los feminismos descolonizantes, en su invitación a particularizar en lugar de emparejar para acomodarnos a todas como LA MUJER. Esa figura singular no existe, sus variedades están determinadas por cómo interactúa esa identidad genérica con el resto de las estructuras sociales; somos LAS MUJERES. Diría Domitila Barrios con toda firmeza a la nuera de Echeverría en el año de la Mujer celebrado por la ONU en México (1975), “nosotras no somos iguales”. El hecho de que la sociedad sea

fenotípica, que determine a través de la forma del cuerpo, la más superficial además – ensalzada por como luce con las ropas– nos posiciona en el mundo, hace decir “soy mujer” “soy hombre” “soy transexual”, etc. pero seguido de eso esta cómo interactúa nuestro ser corpóreo con la vida económica “soy diputada” “soy campesina” “soy la primera dama de México”; junto con todo el bagaje cultural que con esto viene, interactuando con las otras particularidades: étnicas, intelectuales, ideológicas, que van entretejiendo la compleja realidad individual, que solo adquiere sentido cuando se mira junto con los otros seres sociales.

Se entendió entonces que las mujeres guerrilleras tampoco fueron homogéneas, Yolanda Colom se reconoce a sí misma como ladina, mujer de ciudad, intelectual, blanca, igual que Aura Marina en Guatemala; en El Salvador no eran ladinas, Lorena Peña era de ciudad, letrada. Ellas convivieron con otras mujeres indígenas, en el caso de Guatemala, campesinas, analfabetas, así se describen contrastándose con la *otra* frente a ellas. Y sin embargo se encontraron. Pudieron reconocerse porque hasta cierto punto les guiaba otro interés: la revolución, la lucha, la liberación. Algo que parecía no tener que ver con como lucías, sino con que tan comprometida estabas. Aún con esto la división sexual del trabajo existió y fue también clasista, las mujeres letradas intelectuales acataron otro tipo de principios a los que no tuvieron acceso aquellas que aprendieron a leer y escribir en la montaña; éstas últimas generalmente se adaptaron a las tareas que les pedían, conscientes de que todas hacían “para lo que eran mejores”. Claro que no por eso fue un espacio de conocimiento estático, había posibilidades de nuevos aprendizajes, hay quienes como se dijo ahí aprendie-

ron a leer y escribir, quienes tomaron cursos de prácticas sanitarias, todas las que aprendieron a usar un arma, hubo la oportunidad de desarrollar un análisis político de la sociedad; pero en primer término se consideraba que había un espacio en el que cada una podía encajar sin mayor dificultad, determinado principalmente por cuál había sido su desenvolvimiento productivo antes de integrarse. En este aspecto se encuentra otro límite al posible proceso de crítica a ciertas prácticas normalizadas de opresión –patriarcales en este caso pero extensibles a otras formas que aquí no manifestamos–, y es que la coyuntura de la guerra con su emergencia como proceso militar, no dejó tiempo o espacio para planear o considerar un re-aprendizaje que hubiera permitido que se difuminaran los caminos previos –clasistas, sexo-genéricos, étnicos– que se habían tomado, para permitir reintegrarse a una nueva sociabilidad que bajo el manto de la guerrillera permitiera un proceso amplio de autodeterminación, de recreación.

La memoria de éstas mujeres viviendo la guerrilla permitió el entendimiento de nociones generalizadas sobre los movimientos armados; por ejemplo la concepción del trabajo en la montaña y en la ciudad, los momentos y organizaciones que influyeron en la toma de decisión por la guerrilla, los preceptos que guiaban el entendimiento de lo revolucionario (algunos de ellos ya discutidos aquí). De igual forma esta memoria particularizó la experiencia en clave de mujer. Aún si ésta no era su intención en el reflejo de su recuerdo, la articulación de su memoria, muestran una tendencia a ponderar ciertos aspectos que se corresponden con su existencia a través del sistema sexo-género. Se mencionó ya la división sexual del trabajo, que definitiva-

mente se reprodujo, pero en donde quedaría más marcado su encuentro sería definitivamente en las secuelas ideales y materiales de la faceta de la maternidad. Aquel proceso que biológicamente encarna la “perpetuación de la especie” ha sido transformado a lo largo de la historia en aquello que ellas vivieron, no tan distinto de lo actual –aunque sí con nuevos paradigmas en ciertas clases sociales, como la adopción o la abstención, sin que por eso se borre del todo la carga moral– y que las persiguió para imprimirles la culpa, y la inestabilidad de no estar ejerciendo la maternidad como “debían”; de haber elegido serlo cuando lógicamente estar inmersa en una guerra debería de negarlo ¿Cómo es que se llegó a la respuesta positiva y negativa de la maternidad? Algunas lo explican, otras solo lo juzgan. Para quienes tenía sentido, hablaron de pensar que la guerra duraría menos, que su hijo nacería en los albores de la revolución, o el simple gusto envuelto por el amor a su compañero de lucha. Para quienes se negaron, sería por el riesgo, el dolor de perderlo, de no criarlo, de faltar al compromiso único que debía ser la militancia guerrillera. La entrega de ninguna se podría negar, por un lado la gran mayoría de quienes decidieron ser madres relegaron su maternidad-crianza para volver al frente –algunas otras para huir del país–; mientras quienes se negaron fueron firmes en su decisión por cerca de 5 años, lo que requiere una fuerza de voluntad indoblegable. Junto con esto fueron cruciales también quienes ocuparon su lugar maternal, aquellas mujeres que sólo pudimos conocer someramente como recuerdos secundarios, que se hicieron cargo de hijos ajenos bajo el contexto de una guerra que hacía vulnerable a gran parte de la población; muchas de ellas siendo madres de quienes les legarían a sus nietos, teniendo que soportar el

peso de la crianza que se les concedía y la ruptura de su propio vínculo maternal. Se mostró que sus familias de una u otra forma estuvieron dispuestas a apoyarlas (cuando no les quedaba nadie más a quien acudir), incluso, como en el caso de Aura Marina, si sus padres no estaban del todo de acuerdo con sus prácticas políticas. Siendo una figura social indisociable dado que la construcción de sus relatos en muchas formas se extiende hacia sus familias, evidenciando el ritmo de una época. Aquellas que no mencionan que sus padres o tíos huirían del país hablan de cómo la militancia se extendía a lo largo del árbol familiar, de qué había hecho la represión con esos lazos. Fue el seno de las tradiciones conservadoras más arraigadas, pero también el testigo de su nueva faceta en la masculina figura de la guerra, con el “hombre nuevo” como ideal máximo.

La noción idealista era que el estado de guerra al que se habían lanzado no duraría mucho, pero incluso si duraba la prioridad debía ser siempre la guerra. Por eso con su proceso de clandestinidad se les pedía renunciar a cualquier aspiración común; y tal vez en esos primeros años fue que se estableció con más dureza la precariedad de las relaciones sociales fuera de las terminantemente necesarias y guiadas por las necesidades vitales de la guerrilla. El problema sería que las personas que integraban esas guerrillas eran seres sociales a quienes difícilmente se les podría impedir querer fundirse en los formatos de relación a los que estaban acostumbradas. Ahí entraría probablemente la disyuntiva de la maternidad, ya sea que la eligieras o no se les presentó en algún momento para tomar posición y decidir qué hacer. Era suficiente con que se arrancaran de las redes familiares que tanto sostén dan a las prácti-

cas sociales, no se pudo evitar que aspiraran a sentir y buscar algo más que lo que las necesidades materiales demandaban. Haciendo que conforme la guerra avanzaba, quienes habitaban la guerrilla fueran viendo como a quienes les guardaban simpatía morían, formando un halo de vulnerabilidad mezclado con sacrificio que llamaba a vivir para sentirse trascender, fortaleciendo las conexiones emocionales que les fueran posibles extender.

Se enamoraron, se decepcionaron, esperaron casi siempre que el “hombre nuevo” fuera sustancialmente distinto a todo lo que conocían; siendo un golpe duro al darse cuenta que como ellas, ellos tampoco eran tan diferentes. Aún así sus lazos rompieron la dinámica de la guerra, la rebasaron. Terminaron formándose familias, relaciones de amor, amistades, lealtades que se encontraron ahí esperando que pervivieran en el triunfo. Sin embargo muchas dificultades vendrían al respecto cuando el final fue el tratado de paz. Casi como si al no haber derrocamiento del gobierno el discurso revolucionario perdiera sentido, haciendo a casi todas volver a un lugar muy parecido del cual habían salido. Llegó la decepción del hombre revolucionario –incluso antes de la consciencia crítica de su propia participación como mujeres–, que ya durante el vivir en la guerrilla había demostrado vestigios de sus viejas formas machistas, pero que en la cotidianidad de la vida, ya sin comandos, sin exigencias militares, seguiría sin cuestionar. Así se mostrarían nuevos límites de la frágil burbuja que hubo de proveer la guerrilla. Demostrando que lo practicado en ella sería sólo una coyuntura continua que se prolongó.

En ese espacio de la guerrilla, germinado por la guerra revolucionaria emprendida por grupos armados en contra de sus gobiernos militarizados y autoritarios, encontrarían la complicidad de la colectividad inmersa en bastiones culturales difíciles de derrumbar. Al menos *a posteriori* pueden casi siempre notar los límites de su práctica política, aunque como vimos los preceptos que guiaron lo que parece su idea de “mujer nueva” resultaron cuestionables porque muchas de sus aspiraciones apuntaron a ideales *masculinizados*⁶⁹ impuestos a la figura corpórea del hombre; pero también por asumir que ciertas prácticas “idóneas” para las mujeres (como la coquetería, la manipulación) eran válidas, sin pasar por la crítica, porque ayudaban a ganar la guerra. No pudo haber sido de otra forma porque no parece haberse cuestionado de inicio esos principios. Fue así como la igualdad se entendió a través de la neutralidad falsa que permea al sujeto masculino; haciendo que las formas de su fuerza y resistencia física se igualaran necesariamente para ser validas, o que cualidades como la “racionalidad política” se impusieran por encima de la “emocionalidad histérica” (características comunes, una y otra, de lo hombre-mujer); sin comprender que se seguían modelos automatizados idealizados como absolutos inamovibles –el miedo es femenino, la valentía es masculina– que han garantizado que ciertos valores culturales se excluyan entre sí.

69 No pienso aquí que *masculinizado* es igual a hombre. Al contrario es una forma de diferenciar un *stock* de ideales impuestos desde el patriarcado para ser resueltos en quienes coexisten en el cuerpo fenotípico de un hombre. En el cual se ha colocado el ideal de neutralidad que muchos de ellos aceptan pero que algunos otros comienzan a cuestionar para emprender su propio derecho a despatriarcalizarse y deshacerse (des-hacerse) así, de esos preceptos que culturalmente configuran su actuar en el mundo, y que por lo tanto los oprimen.

Mucho más provechoso sería si reconociéramos que ninguna cualidad social guarda en sí misma su camino directo hacia el fracaso o el triunfo, y que mucho menos están constituidas esencialmente en un cuerpo sexo-genérico. Ha sido algo que hasta el momento ha hecho falta reconocer, y que sin duda nos haría, al partir de nuevos paradigmas, generar nuevas relatorías, nuevas formas de historiar y probablemente, para el caso de la formación de testimonios, nuevas formas de guiar la memoria.

Aquí se pudo conocer a algunas mujeres que protagonizaron la vida guerrillera en Guatemala y El Salvador; su proceso, aunque local, fue influido por la realidad continental que dotaba de sentido al imaginario de la revuelta revolucionaria. Y aunque su participación ahora nos es obvia, puesto que formaban parte de los grupos sociales aludidos, implicó un trabajo cuesta arriba en búsqueda de un reconocimiento que muchas veces habría de pasar por reafirmar valores hetero-normativos bases del sistema patriarcal. En un principio hubo la intención de que su ingreso fuera como base neutral de sujeto explotado, pero al final se manifestaría que seguían siendo mujeres, con todas las atribuciones negativas que de eso se puede hacer hasta la fecha.

Su contexto, aunque enarbolado en lo contemporáneo, nos es cada vez más ajeno. Las guerrillas centroamericanas tuvieron su auge muy avanzado ya el siglo XX, cuando otros aires comenzaban a envolver las utopías y la crueldad de seguir sobreviviendo a la muerte enmudecía, paralizaba y a la vez reorganizaba alrededor de nuevos valores: los derechos humanos, la paz, la democracia, todos en tono neoliberal.

Guatemala, con su inmensa geografía, y su fuerte tradición indígena, contrastó con el territorio confinado a la sobrepoblación salvadoreña y su casi desapreciada cultura precolonial. La respuesta a como hacer una revolución, medianamente socialista, en un territorio atrasado, terrateniente, campesino, donde la guerra de guerrillas y su foco aislado en la sierra tampoco tenían sentido porque el control del territorio era más proclive en el conjunto de naciones centroamericanas –que hacen apenas una pequeña unidad presionada por grandes y poderosos vecinos–, encontró algunos caminos a través de los grupos de personas que apostaron por ello. No por haber pactado habríamos de descartar las aportaciones de sus procesos; en todo caso como sostuve desde el principio de esta investigación, cabe acercarse de nuevo a esos proyectos con perspectivas críticas que empujen hacia nuevos paradigmas. Pero siguiendo a Raquel Gutiérrez no habríamos de hacerlo para constituir nuevos modelos ordenados que se basen en las mismas lógicas autoritarias que éstas guerrillas no pudieron evitar, ante eso ella llama a “desordenar” para crear en una libertad crítica que permita fundir todos los aspectos del vivir y llame a la práctica del cambio, no sólo a su formulación. Los “reclamos” no habrían de dirigirse hacia el pasado, no tendrían más que hacer ahí; han provenido de él porque en la reflexión del proceso guerrillero fue que esto se pudo evidenciar, pero en su lugar habrían de pretender apuntar a futuras discusiones, a renovadas visiones de estos proyectos.

Comencé este viaje buscando rastros de si las mujeres guerrilleras habían podido generar una crítica desde ese espacio al respecto de su opresión sexo-genérica. Mi respuesta muy al principio de la investigación era no, pero ésta, ahora me doy cuenta,

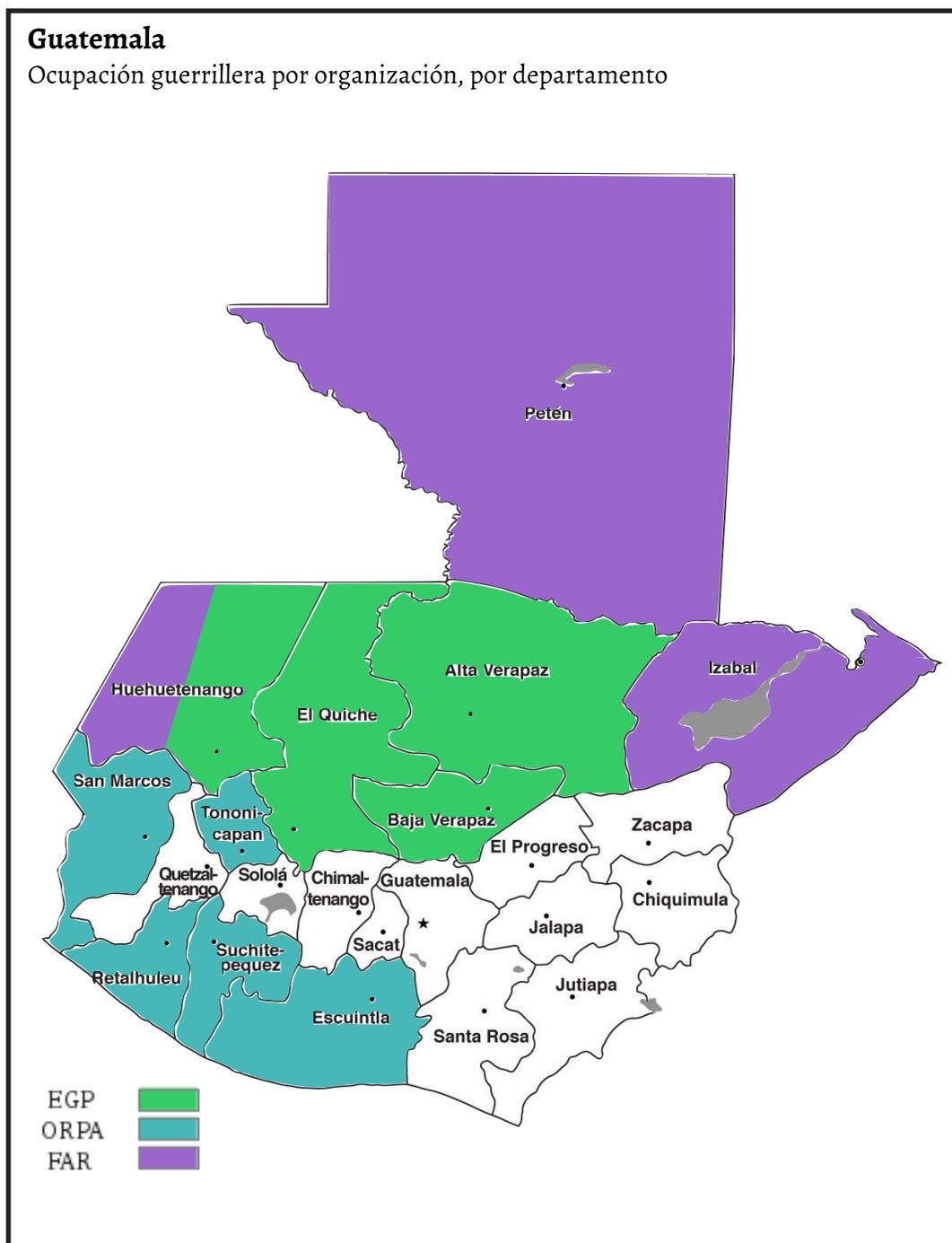
es insuficiente porque al conocerlas corroboré que no puede haber absolutos. Es un “no” porque no tuvieron el espacio mental, ni físico, ni la voluntad política para hacerlo. Pero ese “no” está intervenido por el hecho de que inevitablemente hubo algunos sesgos para contrarrestar la presión que se les colocó por ser mujeres y haber decidido participar desde una única perspectiva clasista. De ahí su feminización, no en su circunstancia numérica sino porque su presencia corpórea –su identidad sexo-génica–, apabulló el espacio de la guerrilla y aún en su inconsciencia terminó haciendo estragos. Fue un inicio inconsistente, pero debe ser reconocido sobre todo porque al hacerlo se podrá recomponer la serie de ausencias que desde las guerrillas latinoamericanas se hizo de las mujeres guerrilleras.

Se hizo obvio que las guerrillas tenían una vida cotidiana, que en ella se desarrollaron hombres y mujeres que aunque accedieron al discurso reconociéndose como parte de la clase explotada, terminarían sin poder eludir su posición sexo-génica. El enfrentamiento de ellas a su opresión parece más obvia, pero tal vez es sólo porque tienen el respaldo del feminismo que ahora puede hacer que su memoria se coluda con esa lucha inevitable; los hombres han carecido de eso. Incluso ahora que un feminismo reconoce su necesaria y legítima intervención en la lucha contra el patriarcado, los espacios son aún mínimos para impulsar sus reflexiones y comenzar sus cuestionamientos.

El camino que recorrieron estas mujeres hasta llegar a contarnos su historia, hace imperativo que en el presente se admita el apremiante hecho de que una práctica verdaderamente antisistémica, contestaría, revolucionaria, tiene que pasar por ser

crítica de todos los aspectos que configuran nuestras relaciones sociales, y no sólo de las bases materiales. Aquí reconocí la falta que hizo la crítica al sistema sexo-género en clave patriarcal, el daño que le hizo no sólo a ellas (aunque fueron las que conocimos) sino también a ellos. Se dijo en el último capítulo que ellas forman parte de la historia de las mujeres interviniendo en movimientos revolucionarios., las luchas sociales han sido también suyas. No llegaron a ellas con todas las respuestas, ni con todas las posibilidades de hacer su voluntad, pero su participación le ha marcado un ritmo a la historia, que llama discursivamente a ser más críticos respecto a como generamos las narraciones para evitar que en ellas parezcan incluidas quienes no lo están. No está mal hacer historias parciales, sino presentarlas como totales. La historia de las mujeres no es particular porque ellas lo sean, lo es porque no se ha negado que quien se presenta como “el *Mismo*” (hombre) (Beauvoir, 2012) es en realidad también un *otro* (particular).

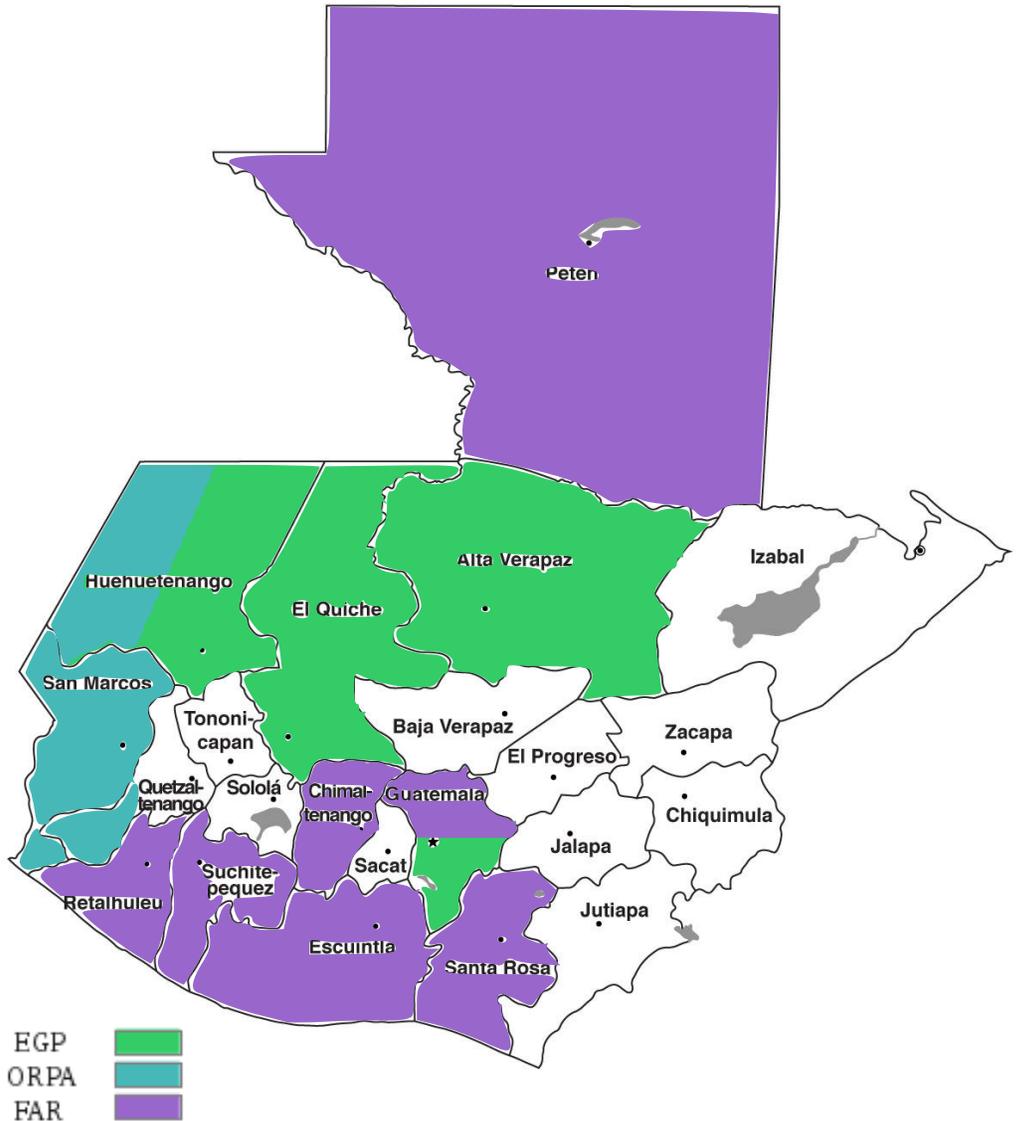
Anexo 1. Mapas de ocupación guerrillera



Basado en: **Rouquié, Alain** (1994b) *Guerra y paz en América Central* (pp 150-151) y **Rouquié, Alain** (coord.) (1994) *Las fuerzas políticas en América Central* (pp 128-130)

Guatemala

Ocupación guerrillera por organización, por departamento (1980-1982)



Basado en: **Prieto, Rozos** (2007) *Las guerrillas contemporáneas en América Latina* (pp 188)

El Salvador

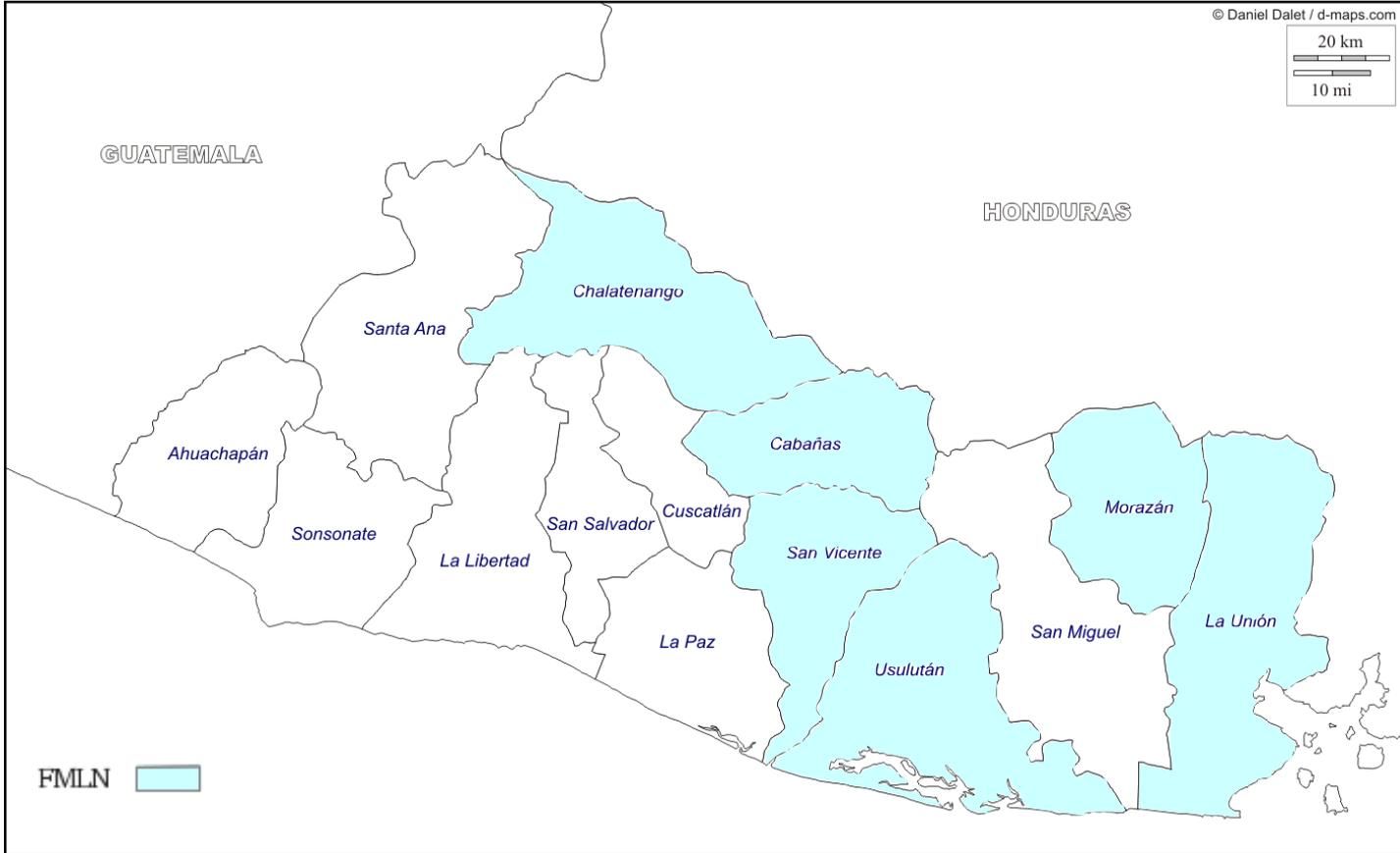
Ocupación guerrillera del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), por departamento (1981)



Basado en: **Prieto, Rozos** (2007) *Las guerrillas contemporáneas en América Latina* (pp 205)

El Salvador

Ocupación guerrillera del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), por departamento (1981)



Basado en: **Prieto, Rozos** (2007) *Las guerrillas contemporáneas en América Latina* (pp 205)

Bibliografía

Alegria, Claribel (1985) *No me agarran viva. La mujer salvadoreña en lucha*. México: Serie Popular Era.

Arriola, Aura M. (2000) *Ese obstinado sobrevivir. Autoetnografía de una mujer guatemalteca*. Guatemala: Ediciones del Pensativo.

Badinter, Elizabeth (1991) *¿Existe el instinto maternal? Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX*. Barcelona: Paidós Ibérica.

Bambirra, Vania (1992) *El capitalismo dependiente latinoamericano*. México: Siglo XXI

Bataillon, Gilles (2008) *Modernizaciones y tensiones*. México: Fondo de Cultura Económica

Beauvoir, Simone De (2013) *El segundo sexo*. México: DEBOLSILLO

Garrillo Andrea S., Hernández R., López A., Peláez L., & Jacqueline Torres Urizar (investigación realizada por) (2008). *Memorias rebeldes contra el olvido. Paasantzila Txumb'al Ti'Sotzeb' al K'u'l*. Guatemala: Magna Terra.

CEH, Comisión para el Esclarecimiento Histórico (2000) *Guatemala: causas y orígenes del enfrentamiento armado interno*. Guatemala : F&E editores

Cockcroft, James (2004) *América Latina y Estados Unidos: historia y política país por país*. México: Siglo XXI

Colom, Yolanda (2007) *Mujeres en la alborada. Guerrilla y participación femenina en Guatemala 1973-1978*. Guatemala: Ediciones del Pensativo

Comisión Permanente del Primer Congreso Contra la Intervención Soviética en América Latina (1954) *El libro negro del comunismo en Guatemala*. México

Chodorow, Nancy (1984) *El ejercicio de la maternidad: psicoanálisis y sociología de la maternidad y paternidad en la crianza de los hijos*. Barcelona: Gedisa.

D'Atri, Andrea. (2010) *Pan y rosas. Pertenencia de género y antagonismo de clase en el capitalismo*. México: Armas de la crítica.

Debray, Regis (2005) ¿Revolución en la revolución?. *Lucha Armada en la Argentina*. 1, págs. 122-144.

Díaz, Nidia (2008) *Nunca estuve sola*. Venezuela: El perro y la rana.

Domínguez, Liza, Navas, María C., Ortiz Edy A. & Rivera Ana K. (recopilación hecha por) (1995) *¿Valio la pena?! Testimonios de salvadoreña que vivieron la guerra*. El Salvador: Sobrero Azul.

Dunayevskaya, Raya (2009) *Rosa Luxemburgo. La liberación femenina y la filosofía marxista de la Revolución*. México: Fondo de Cultura Económica.

Eisenstein Zillah R (compiladora) (1980) *Patriarcado capitalista y feminismo socialista*. México: Siglo XXI

Elkin, Mario R. (2002) Las mujeres y la guerra. *Universidad del Norte: Colombia*, no. 9, enero-julio, pp. 89-124 [Recuperado en línea 9 de julio 2014] <http://rcientificas.uninorte.edu.co/index.php/psicologia/article/viewFile/1011/637>

Engels, Friedrich (1981) El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado. En *Obras escogidas*. Editorial Progreso Moscú. URSS, pp. 204-252.

Falquet, Jules (2002, 3-6 de julio) *División sexual del trabajo revolucionario: reflexiones en base a la participación de las mujeres salvadoreñas en la lucha armada (1981-1992)*, Tercer Congreso Europeo de latinoamericanista, Amsterdam,

Federici, Silvia (2014) *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación primitiva*. Madrid: Traficantes de sueños.

— (2013) *La revolución feminista inacabada. Mujeres, reproducción social y lucha por lo común*. México: Escuela Calpulli.

Fernández, Ana P. (2000) *Mujeres, revolución y cambio cultural. Transformaciones sociales versus modelos culturales*. España: Anthropos, UAM-X.

Figueroa, Amilcar (2009) *El Salvador. Su historia y sus luchas (1932-1985)*. México: Ocean Sur.

Figueroa, Carlos I.(2011) *Comunistas, revolucionarios y violencia revolucionaria en Guatemala. 1954-1972*. [aut. libro] Massimo Modonesi, Horacio Crespo (coordinadores) Elvira Concheiro Bórquez. En *El comunismo: otras miradas desde América Latina*. México : UNAM-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (CEIICH), 2011, págs. 423-457.

Gargallo, Francesca (2006) *Ideas feministas latinoamericanas*. México: Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM)

—(2014) *Feminismos desde Abya Yala. Ideas y proposiciones de las mujeres de 607 pueblos en nuestra América*. [Recuperado en línea el 9 de agosto 2014] <http://francescagargallo.files.wordpress.com/2014/01/francesca-gargallo-feminismos-desde-abya-yala-ene20141.pdf>

Gaspar, Gabriel (1997) *Guerrillas en América Latina*. Chile: FLACSO

Gitli, Eduardo (compilador) (1989) *Centroamérica: los desafíos, los intereses, las realidades*. México : Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco-Gernika

Gordon, Sara. (1989) *Crisis política y guerra en El Salvador*. México : Siglo XXI

Guevara, Ernesto C.(2008) *La guerra de guerrillas*. México: Ocean Sur

Guillén, Abraham & Donald C. Hodges (1977) *Revalorización de la guerrilla urbana*. México : El caballito

Gutiérrez, Raquel A.(2006) *¡A desordenar! Por una historia abierta de la lucha social*. México: Casa Juan Pablo-Centro de Estudios Andinos y Mesoamericanos.

Harbury, Jennifer (1995) *Bridge of courage. Life stories of the Guatemalan compañeros and compañeras*. Monroe, Me: Common Courage Press.

Herrera, Norma de (1983) *La mujer en la revolución salvadoreña*. México: COPEC-CECOPE Claves Latinoamericanas

Hirschman, Albert. (1985) *El nuevo autoritarismo en América Latina*. s.l.: Fondo de Cultura Económica. Págs. 65-103.

Holloway, John (2005) *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*. Venezuela: Melvin

Huntington, Samuel P. (2001) Revolución y orden político. En *El orden político en las sociedades en cambio*. Barcelona: Paidós, págs. 236-302.

Ibáñez Cristina & Norma Vázquez (1997) *Y la montaña habló: (testimonios de guerrilleras y colaboradoras)*. El Salvador: Mujeres por la Dignidad y la Vida. Las dignas

Ibáñez, Cristina, Murguiaday Clara & Norma Vázquez (1996) *Mujeres-montaña. Vivencias de guerrilleras y colaboradoras del FMLN*. España: Horas y horas.

Kampwirth, Karen (2007) *Mujeres y movimientos guerrilleros: Nicaragua, El Salvador, Chiapas y Cuba*. México: Plaza y Valdéz.

Lamas, Martha (1996) *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México: UNAM-PUEG.

Larteguy, Joan (1969) *Los guerrilleros*. México: Diana

Lehm, Zulema A., Rivera Silvia & Ricaldi Victor (1988) *Los artesanos libertarios y la ética del trabajo*. La Paz, Bolivia : Ediciones del Taller de Historia Oral Andina

Mercier, Luis V. (1969) *Las guerrillas en América Latina: la técnica del contraestado*. México: Paidós.

Mitchell, Juliet (1974) *La condición de la mujer*. México: Extemporáneos.

Molyneux, Maxine. (2003) *Movimientos de mujeres en América Latina. Estudios teóricos comparados*. Madrid, España: Cátedra

Moore, Henrietta L. (1991) *Antropología y feminismo*. Madrid: Cátedra: Universitat de Valencia, Instituto de la mujer.

Morán, Rolando (2002) *Saludos revolucionarios: la historia reciente de Guatemala*. Guatemala: Fundación Guillermo Toriello: Centro Rolando Morán

Murguiaday, Clara (1996) Mujeres, transición democrática y elecciones. El Salvador en tiempos de posguerra. *Nueva Sociedad*, 141, Enero-Febrero, pp. 34-42.

Murguiaday, C., & Mujeres por la Dignidad y la Vida (El Salvador) (1996b) *Montañas con recuerdos de mujer: Una mirada feminista a la participación de las mujeres en los conflictos*

armados en Centroamérica y Chiapas. El Salvador: Mujeres por la Dignidad y la Vida. Las Dignas

Olivera, Mercedes (2002) Mujeres en los movimientos armados y la construcción de nuevas identidades. En *Estudios sobre la violencia. Teoría y práctica*. CIESAS. México, pp. 79-95.

Paredes, Julieta (2012) *Hilando fino. Desde el feminismo comunitario*. México: Colectivo Grietas: Colectivo Lente Flotante: Cooperativa el Rebozo

Peña, Lorena. (2009) *Retazos de mi vida. Testimonio de una revolucionaria salvadoreña*. México: Ocean Sur.

Peñate, Oscar M. (2002) *El Salvador: Historia General*. San Salvador: Nuevo Enfoque

Perales, Iousu & Claudia Sánchez (2012) *Ana María, combatiente de la vida. Mérida Anaya Montes: salvadoreña, maestra, guerrillera*. México: Ocean Sur.

Pomeroy, William (1967) *Guerrillas y contra guerrillas*. México: Grijalbo.

— (1972) *Guerra de guerrillas y marxismo*. México: Cultura popular.

Potthast, Barbara (2010) *Madres, obreras, amantes... Protagonismo femenino en la historia de América Latina*. Argentina: Bonilla Artiga Editores: Iberoamericana: Vervuert

Prieto, Alberto R. (2007) *Las guerrillas contemporáneas en América Latina*. México: Ocean Sur.

Ramírez, C. (María "La Chiqui" Ramírez) (2001) *La guerra de los 36 años. Vista con ojos de mujer de izquierda*. Guatemala: Óscar de León Palacios.

Ramírez, Juanario V. (1994) Tesis Licenciatura en Derecho. Universidad Nacional Autónoma de México. *El problema de las guerrillas en América Latina*. México

Rayas, Lucía V. (2009) *Armadas. Un análisis de género desde el cuerpo de las mujeres combatientes*. México: El Colegio de México-Centro de Estudios Sociológicos, Programa Interdisciplinaria de Estudios de la Mujer.

Rouquié, Alain (coord.) (1994) *Las fuerzas políticas en América Central*. México: Fondo de Cultura Económica

Rouquié, Alain. (1994b) *Guerras y paz en América Central*. México: Fondo de Cultura Económica

Rubin, Gayle (1986) El tráfico de mujeres: notas sobre la “Economía política” del sexo. *Nueva Antropología*. 030, pp 95-145

Sabino, Carlos (2008) *Guatemala, la historia silenciada (1944-1989) (Vol. II El dominó que no cayó)*. Guatemala: Fondo de Cultura económica.

Saletti, Lorena C. (2008). Propuestas teóricas feministas en relación al concepto de maternidad: , no. 7, enero, pp. 169-183. [Recuperado en línea 7 de julio 2014]

<http://publica.webs.ull.es/upload/REV%20CLEPSYDRA/07-2008/11%20Saletti.pdf>

Scott, James (2000) *Los dominados y el arte de la resistencia*. México: Era

Scott, Joan Wallach (2008) *Género e historia*. México: Fondo de Cultura Económica

Solórzano, Silvia (1989) *Mujer alzada*. España: Sendai.

Soriano, Silvia H. (2006) *Mujeres y guerra en Guatemala y Chiapas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos.

Sosa, Ignacio (coord.) (1998). *Insurrección y democracia en el circuncaribe*. México: UNAM-CCYDEL.

Stoltz, Norma. C. (1977) Mobilizing women: revolution in the revolution. *Latin American Perspectives*, 4, págs. 82-102.

— (1998) *Nuestras utopías. Mujeres guatemaltecas del siglo XX*. Guatemala: Magna Terra.

Suárez, Liliana & Hernández, Rosalva (ed.) (n.d) *Descolonizando el feminismo. Teorías y prácticas desde los márgenes*. [Recuperado en línea el 22 de julio 2014] <http://webs.uvigo.es/pmayobre/textos/varios/descolonizando.pdf>.

Taber, R. (1967) *La guerra de la pulga*. México: Era.

Torres-Rivas, Edelberto. (1993) *Historia general de Centroamérica*. Madrid: Comunidades Europeas

Unificada, Dirección Revolucionaria (1980) Centro de documentación de los movimientos armados. [En línea] 10 de Octubre de 1980. [Citado el: 28 de Agosto de 2013.] <http://cedema.org/ver.php?id=3541>.

—(1980) Centro de documentación de los movimientos armados, 22 de Mayo de 1980. [Recuperado en línea 28 de Agosto de 2013.] <http://www.cedema.org/ver.php?id=3935>.

Wallerstein, Immanuel (2005) *El análisis del sistema-mundo: una introducción*. México: Siglo XXI

Waters, Mary. A. (1979) *Marxismo y feminismo*. España: Fontamara.

Información de censos

-El Salvador

Biblioteca Virtual en Población. Centro Centroamericano de Población. Datos de 1971 [Recuperado en línea 7 de agosto del 2014]

http://ccp.ucr.ac.cr/bvp/censos/El_Salvador/1971/def/index.htm

El Salvador. Fuentes de datos, metodología y estimaciones demográficas del periodo 1950-2007. Ministerio de Economía. Dirección General de Estadísticas y censos (DIGESTYC). Fondo de población de las Naciones Unidas (UNFPA). Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE) (2008)

[Recuperado en línea 17 de agosto del 2014]

http://www.unfpa.org/sv/dmdocuments/vi_censo_poblacion_final-datos_ajustados.pdf

Situación educativa de América Latina y el Caribe. 1980-2000 (2001) Oficina Regional de Educación para América Latina y el Caribe (OREALC) UNESCO/Santiago (dato de población en 1980) [Recuperado en línea 17 de agosto del 2014]

http://www.oei.es/quipu/situacion_educativa1980_2000.pdf

Valle, Victor M. “La educación universitaria en El Salvador. Un espejo roto en los 80's” en Revista Realidad pp 255-279. No. 19-20 Enero-Abril 1991 (dato de matrícula en 1980 pp270) [Recuperado el 18 de agosto del 2014]

<http://www.uca.edu.sv/revistarealidad/archivo/4e737b9882509laeducacion.pdf>

Lazo, José F. *El Salvador. CEPAL* [Recuperado en línea 18 de agosto del 2014]

www.cepal.org/publicaciones/xml/8/4648/salvador.pdf

Alvear, Virginia G. *La Educación Popular en Morazán, El Salvador, durante la guerra civil de 1981 a 1992: ¿parte de una estrategia de supervivencia?* (Capítulo 3. La educación en El Salvador) [Recuperado en línea 18 de agosto del 2014]

http://www.diss.fu-berlin.de/diss/servlets/MCRFileNodeServlet/FUDISS_derivate_00000000560/

-Guatemala

Biblioteca Virtual en Población. Centro Centroamericano de Población. Datos de 1964 [Recuperado en línea 10 de agosto del 2014]

<http://ccp.ucr.ac.cr/bvp/censos/guatemala/1964/>

Biblioteca Virtual en Población. Centro Centroamericano de Población. Datos de 1981 [Recuperado en línea 10 de agosto del 2014]

<http://www.ccp.ucr.ac.cr/bvp/censos/guatemala/1981-t1/index.htm>